

KRISTI ANN HUNTER

Volver a creer



Libros de
vida



© *Kristi Ann Hunter*

Kristi Ann Hunter se graduó en Informática por el Georgia Tech, pero siempre supo que lo que quería era escribir. Ha ganado varios premios, entre los que se cuentan el RWA Golden Heart, el ADFW Genesis y el Georgia Romance Writers Maggie Award. En 2016 ganó además el Premio RITA a la mejor novela romántica inspiracional con *Por fin en Marshington Abbey*. Vive con su marido y sus tres hijos en Georgia. Para saber más sobre ella, visite su página web: www.kristiannhunter.com.



Daphne Blakemoor lleva doce años viviendo más que feliz lejos del mundo. Tiene todo lo que le hace falta: el cariño de los que la rodean, un hogar y tiempo para dejar volar la imaginación. Sin embargo, la propiedad en la que trabaja como guardesa cambia de dueño y lo que menos espera es que el nuevo propietario sea alguien que vuelve del pasado... y que pone en peligro todo cuanto tiene.

William, marqués de Chemsford, desea ser cualquier cosa en la vida menos parecerse a su padre. Decidido a establecerse en el campo, rodeado de paz y tranquilidad, lo que menos espera es encontrarse en su nueva mansión a alguien que dejó huella en su vida hace muchos años.

Tanto él como ella han vivido hasta ahora tratando de olvidar el pasado. ¿Serán capaces de afrontarlo en lugar de huir de él?

Solver a creer

Misterio en Haven Manor

Título original: *A Return of Devotion*, libro 2 de la serie *Haven Manor*

Copyright 2019 by Kristi Ann Hunter
Originally published in English under the title
A Return of Devotion
by Bethany House Publishers,
a division of Baker Publishing Group,
Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.
All rights reserved

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Books and Chips

Imagen de cubierta: © Lee Avison/Arcangel Images

Primera edición digital: febrero de 2020

ISBN: 978-84-17626-16-7

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

KRISTI ANN HUNTER

Desolver a creer

Libros de
seda

Al único capaz de darnos un nuevo comienzo.

CORINTIOS 2: 5-7

*Y para Jacob,
que siempre me recuerda
que cada día nos ofrece una nueva oportunidad
para volver a intentarlo.*



Capítulo 1



Marlborough, Inglaterra, 1816.

Tendría que haber estado preparada. Al fin y al cabo, había dispuesto de dos meses para imaginar ese momento, para asimilar que alguien nuevo iba a entrar en su vida. En realidad, apenas había hecho otra cosa que elucubrar sobre todos los posibles escenarios, a cada cual peor.

Pero jamás se había imaginado algo como aquello.

Daphne Blakemoor miró fijamente al hombre que tenía enfrente y parpadeó. En varias ocasiones. De forma rápida, lenta, con un párpado, con otro... Era imposible que ese hombre existiera. Al menos, hasta dentro veinte años, más o menos.

El pelo rubio oscuro, la nariz recta, la mandíbula definida y aquellos profundos ojos azules en un rostro prácticamente simétrico le resultaban demasiado familiares. De hecho, llevaba trece años viendo una versión más joven en el rostro de un muchacho que estaba punto de convertirse en un hombre y que en ese momento se encontraba a tres habitaciones de distancia, reemplazando el tramo final de la moldura desgastada y descascarillada del salón.

Con discreción, se pellizcó la pierna a través de la falda e intentó imaginar que justo al lado del recién llegado había un poni, aunque solo fuera para comprobar si el caballero también era producto de su mente.

Pero la escena del porche, delante de la puerta de entrada, seguía siendo la misma. El hombre todavía estaba allí, mirándola con los labios apretados y el ceño fruncido.

Había visto una mirada muy parecida en el rostro de Benedict cuando se sentía confundido. Aunque no era tan directa como la de ese tipo, ni tan desconcertante. Pero ¿quién sabía dentro de veinte años? El muchacho terminaría siendo una copia exacta de aquel hombre. Bueno, sin el costoso traje hecho a medida y seguramente más musculoso. A fin de cuentas, Benedict iba a ser un obrero, no un miembro de la aristocracia. Sin embargo, se parecían lo suficiente como para que cualquiera pensara que era el padre del muchacho.

Por supuesto que no lo era. Daphne lo sabía de buena tinta. Había estado en el momento de su concepción.

Y aunque se le habían olvidado un montón de detalles —ya fuera a propósito o involuntariamente—, el rostro del sujeto que había engendrado a su hijo no era uno de ellos.

De pronto, todos los planes premeditados, todas las charlas de ánimo que se había dado frente al espejo —en silencio, por supuesto, para que su amiga Jess no se burlara de ella—, todos los discursos preparados para ese instante dejaron de tener sentido, porque era incapaz de recordar una sola palabra.

Lo único que de verdad quería hacer era cerrar la puerta en las narices a ese caballero y correr a esconderse en el rincón más tranquilo y oscuro que pudiera encontrar.

Sin embargo, se quedó allí parada. En el umbral. Sin hacer absolutamente nada. Porque si aquel hombre era el nuevo propietario de su casa, Daphne no tenía ni idea de cuál era el proceder adecuado.

El visitante ladeó la cabeza y la arruga en su entrecejo se hizo aún más pronunciada.

Ella tragó saliva. Nadie se topaba con Haven Manor así como así. Esa era la razón por la que

se había convertido en el lugar ideal para esconderse los últimos doce años.

Ese hombre tenía indicaciones exactas de cómo llegar allí. Y teniendo en cuenta que solo se las habían dado a una persona, no había lugar a dudas. Estaba claro que era el nuevo propietario y ella le estaba bloqueando la entrada a la casa, mirándolo como una gansa.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Benedict, la luz de su vida y el muchacho que era una versión más joven del rostro de aquel hombre, estaba dentro y no podía permitir que se vieran. No hasta que se le ocurriera un plan y un discurso bien ensayado.

Aunque con discurso o sin él, sabía que tenía que reaccionar. Quedarse varios minutos en silencio y con la boca abierta no eran la mejor carta de presentación para una empleada. El hombre estaba a punto de ponerse a hablar y parecía que estaba considerando seriamente dedicar sus primeras palabras a despedirla.



La mujer era una simplona.

Parecía una campesina normal y corriente, con el pelo castaño recogido en un moño suelto, ojos marrones y el toque de color en la piel propio de las personas que vivían en un lugar donde podían sentir el abrazo del sol de vez en cuando.

Sin embargo, todavía no había pronunciado una palabra. Lo único que había hecho era mirarle fijamente y parpadear repetidamente.

¿Quién era? Obviamente debía de formar parte del personal básico que se suponía que llevaba años cuidando de la propiedad. William esperaba que no fuera la cocinera que había solicitado al abogado para preparar su llegada. El protocolo de abrir la puerta normalmente incluía algún tipo de saludo, pero esa mujer estaba tardando tanto en articular palabra que creyó que cualquier plato que intentara cocinar terminaría chamuscado.

¿Una sirvienta tal vez? Iba con un vestido de una calidad superior al que había esperado en una criada, aunque se notaba que lo había usado unos cuantos años. ¿Sería el ama de llaves?

No podía imaginarse a un ama de llaves sin un mínimo de inteligencia, aunque también era cierto que aquella casa estaba en mitad de la nada. Su cochero apenas había logrado dar con el lugar, y eso que tenían instrucciones precisas. Una casa como aquella sería el lugar perfecto para alguien competente pero incapaz de comunicarse.

Sintió cómo la tensión abandonaba su rostro y sus hombros. La mujer tenía que ser muda. Mientras no fuera también sorda podrían arreglárselas, aunque quizá no fuera lo más adecuado que una persona privada de voz se encargara de abrir la puerta.

Respiró hondo y abrió la boca para hablar, pero ella se le adelantó, rompiendo el silencio y echando por tierra todas sus razonadas conjeturas.

—Me temo que ahora mismo no hay nadie en la casa, señor. Tendrá que venir a visitarnos en otro momento.

A William se le olvidó cerrar la boca. Entonces, no era muda. Iba a tener que retomar su anterior idea de que era un poco tonta.

—No estoy aquí de visita —respondió él, despacio y dedicando especial atención a su dicción

—. Soy lord Chemsford.

Todavía le resultaba extraño pronunciar aquel título. Tras pasarse treinta y tres años presentándose como lord Kettlewell y a su padre como marqués de Chemsford, ahora él era lord Chemsford y ya no había un vizconde Kettlewell. Motivo suficiente para dejar a un hombre con la sensación de no conocerse a sí mismo.

—Milord... —La mujer hizo una reverencia perfecta, pero no se movió ni un centímetro, ni se presentó.

Ella tenía que saber quién era él, ¿verdad? Sí, las instrucciones que había enviado al abogado habían sido escuetas, pero seguro que esa mujer era consciente de para quién trabajaba, aunque tal vez no supiera qué hacer con esa información, aun teniéndola.

Se aclaró la garganta, decidido a darle otra oportunidad. Tampoco pensaba pasar las noches sentando en la sala de estar conversando con los sirvientes. Si conseguían salir airoso de ese momento, se reservaría su opinión sobre ella hasta comprobar cómo hacía el resto del trabajo.

Fuera cual fuese.

—Soy el propietario de esta finca.

Ella volvió a parpadear, pero continuó sin hacer nada. Ni se echó a un lado ni se presentó, ni siquiera le dio la bienvenida.

Oyó el crujir de las ramas de los árboles que rodeaban la propiedad por el azote del viento, el gorjeo de los pájaros... Aquella finca descuidada resultaba ser un remanso de paz. A su espalda, al pie de las escaleras que conducían al porche, los caballos se movieron, haciendo que el arnés del carruaje chirriara, pero incluso eso no rompió la calma que se respiraba en aquel lugar. Tendría que asegurarse de que aquella tranquilidad permaneciera mientras restauraba la casa y los terrenos adyacentes.

La paz era algo que no había disfrutado en su vida durante mucho tiempo.

Había acertado al seleccionar esta propiedad como su hogar entre las muchas que había heredado de su padre junto con el título, una reputación y un buen número de parientes de diversos grados que querían vivir del marquesado.

Unos parientes a los que nunca se les ocurriría buscarle en medio de las tierras del condado de Wilt, en una propiedad en decadencia que su progenitor había ganado en una partida de cartas.

Era el lugar perfecto para vivir.

Si alguna vez conseguía entrar por la puerta.

—Quizá podríamos... o usted podría... —William vaciló un instante. ¿Cuál era la petición adecuada en un caso como aquel? ¿Hacerse a un lado? ¿Entrar en la casa? Ya se estaba arrepintiendo de su decisión de no ponerla de patitas en la calle.

Despacio, tensó primero los músculos de todo el cuerpo y después los relajó, empezando por los hombros y bajando hasta los dedos de los pies. No era un hombre dado a tomar decisiones precipitadas, y despedir a una empleada sin haber pasado del porche lo era, independientemente de lo extrañas que fueran las circunstancias; pero no tenía la menor idea de qué hacer a continuación. Podía apartarla sin ninguna dificultad, ya que era bastante más pequeña que él. Aunque puede que lo más prudente en ese momento fuera buscar otra puerta de acceso a la vivienda.

Justo en ese instante, el golpe de una de esas puertas lejanas cerrándose rompió la silenciosa quietud que parecía haberse instalado entre ellos. Segundos después, oyó el tintineo de un arnés, seguido del traqueteo de las ruedas de una carreta. Acceder por primera vez a su casa por la entrada de servicio no era la opción ideal, pero quería contemplar su nuevo hogar antes de que se pusiera el sol y, a ser posible, sin tener que obligar a una mujer a hacerse a un lado.

Entonces ella se movió.

Y esbozó una sonrisa enorme que iluminó su rostro ovalado al tiempo que daba un paso atrás y abría la puerta del todo con una floritura.

—Bienvenido a casa, milord.

Vaya.

Eso no se lo había esperado.

O mejor dicho, era lo que esperaba en un primer momento, pero luego ella bloqueó la puerta y... No merecía la pena buscar una explicación. Sería mejor aprovechar la oportunidad antes de que esa mujer cambiara de opinión.

William entró en el vestíbulo de una zancada y miró con ojos entrecerrados a la mujer sonriente. No le cabía la menor duda de que se trataba de una sonrisa forzada, tensa, nada natural. ¿Ahora tenía el aplomo de guardar las apariencias cuando hacía unos instantes no le había dejado entrar?

—¿Ya me está permitido pasar? —No pudo evitar la ironía.

Ella parpadeó, pero su sonrisa se hizo más amplia.

—Por supuesto, milord. Está en su casa.

—Algo que estaba empezando a dudar —murmuró. Se aclaró la garganta—. ¿Y usted es...?

—El ama de llaves. —Juntó las manos frente a sí y ejecutó una ligera reverencia—. La señora... eh... Brightmoor, a su servicio.

Había hecho la reverencia propia de una dama y se había trabado al pronunciar su apellido como una chiquilla de la calle. ¿Y se suponía que estaba a cargo de su casa? Puede que se las hubiera arreglado sin ningún problema cuando únicamente debía estar pendiente de evitar que el tejado se derrumbara, pero encargarse de todo lo demás era otro cantar.

Sin embargo, allí estaba, así que tendría que apañarse, al menos durante unos días. Mientras no le envenenara el té, era mejor opción que no tener ningún ama de llaves.

William soltó un suspiro.

—¿Tenemos algún lacayo que pueda llevar mi equipaje y enseñar a mi cochero dónde guardar los caballos?

La mujer asomó la cabeza por la puerta y miró hacia el camino de grava donde estaba parado su carruaje. Pasley, el cochero y encargado de establos, estaba de pie, al lado de los dos caballos mientras que Morris, el ayuda de cámara, permanecía junto a la puerta del carruaje. Si alguno de los dos había encontrado extraña, o incluso entretenida, la escena que acababa de suceder en el porche, tuvieron el decoro de no mostrarlo. Como haría todo buen sirviente.

—No —respondió el ama de llaves, arrastrando la palabra un poco más de lo necesario, mientras se metía las manos en el delantal—. Pero tenemos un muchacho que vive... cerca... y que echa una mano con el huerto, las cabras y las gallinas.

Tuvo que sacudirse el repentino estupor que lo invadió mientras intentaba asimilar lo que esa mujer acababa de decirle. ¿Su propiedad abandonada tenía un huerto? ¿Y animales de granja?

—¿Tenemos cabras y gallinas, pero no lacayos?

—No hemos tenido necesidad de contar con un lacayo, pero la comida es algo completamente distinto. —Su tono (considerablemente más culto de lo esperado para una persona que vivía en medio de la nada) contenía el reproche suficiente como para que se ahorrara la disculpa que hubiera pronunciado por instinto.

Ella tenía razón. Durante el trayecto no había visto muchas granjas, solo frondosas arboledas. Si querían tener comida fresca a diario o productos como huevos o leche, necesitaban un pequeño huerto y un puñado de animales que se los proporcionaran, a ella y a quienes formaran parte de ese «hemos».

—Reuben es bastante capaz con los caballos —añadió la señora Brightmoor, todavía retorciendo las manos en el delantal—. Pero sus maletas son bastante grandes. ¿Podría llevarlas su sirviente? También podría ayudarlo y llevar alguna usted mismo.

No era la primera vez que tenía que cargar con algo. Había transportado sus maletas en un par de ocasiones, incluso también un baúl, pero que ella le sugiriera algo así le sorprendió un poco. Con independencia de que fuera capaz de hacerlo, era partidario de que esas tareas las desempeñaran las personas que contrataba para ello.

Y él era propenso a contratar a mucha gente.

Qué ironía contar con tantos trabajadores cuando lo que de verdad quería era estar solo. Aun así, creía que tener a uno o dos sirvientes extras era dar un mejor uso a su dinero que dos elegantes trajes hechos a medida que no necesitaba.

Sin embargo, ahí estaba, con un personal de, se suponía, tres personas, contando con que la cocinera que había solicitado estuviera en algún sitio. Debería haber preguntado qué entendía el abogado por un personal básico. Estaba claro que tenían conceptos distintos. Y parecía que hasta que coincidieran, él tendría que asumir alguna tarea.

Miró alternativamente al carruaje y al ama de llaves. ¿Le dejaría entrar cuando regresara o volvería a bloquearle el paso?

Como era imposible cruzar un porche de tres metros y bajar una docena de escalones de piedra sin despegarse de la puerta, dejó la casa y regresó al carruaje, de donde sacó la bolsa de viaje de cuero que había llevado con él.

—¡Milord...! —protestó Morris, acercándose al resto de equipaje atado a la parte trasera.

William negó con la cabeza y sujetó mejor la bolsa.

—Ve con Pasley. En cuanto hayáis desenganchado los caballos podéis encargarnos de los baúles.

Morris miró a su alrededor.

—Ir con él... ¿adónde?

William también echó un vistazo alrededor. No vio ni una sola edificación cerca. La casa ubicada en una pequeña colina parecía la única de la zona. Los árboles se extendían hacia ambos lados, como si hubiesen querido ocultarla.

Sin embargo, sí vislumbró un sendero surcado por huellas de ruedas y un par de caminos que

conducían a un lado de la casa. Estaba a punto de sugerir a los sirvientes que se encaminaran en esa dirección cuando un muchacho apareció por la esquina. Era todo brazos y piernas. Sus extremidades eran lo suficientemente delgadas como para que la señora Brightmoor asumiera que no iba a servirles de mucha ayuda a la hora de cargar con los baúles; y el cuello, que sobresalía de una camisa que en algún momento debió de ser blanca, no parecía lo bastante fuerte como para sostener su cabeza.

Pudo apreciar algo parecido a unas lentes antes de que el niño agachara la cabeza para clavar la vista en sus pies mientras caminaba, dejando a William contemplando una maraña de rizos castaño-rojizos que requerirían, al menos, media lata de cera para peinarlos adecuadamente.

Los labios apretados de Morris fueron un claro indicio de que al sirviente no le hacía mucha gracia tener que seguir a un crío que se iba mirando los pies, pero no se quejó. Tampoco tenían muchas otras opciones para elegir.

William sacó la maleta más pequeña de la correa que sujetaba el equipaje y se volvió hacia las escaleras antes de que Morris volviera a protestar.

La puerta de entrada seguía abierta, pero ahora sin la enigmática señora Brightmoor a la vista. Accedió al vestíbulo principal, cerró la puerta empujándola con el pie y se quedó contemplando todo lo que tenía alrededor.

Antes había estado demasiado pendiente del ama de llaves como para fijarse en la estancia, y si le hubieran preguntado tampoco habría sido capaz de decir qué se esperaba.

Aunque desde luego no aquello.

La enorme sala, a pesar de no contener apenas muebles, resultaba impresionante, sobre todo cuando uno se paraba a pensar en todo el tiempo que había estado vacía. Alineadas contra las paredes se podían ver varias mesas intrincadas, tan pequeñas que prácticamente no cabía nada en ellas, y otras tantas sillas igual de delicadas. Las paredes, de un fuerte tono rojo que había visto mejores días, contrastaban con las molduras y los revestimientos blancos.

Pero lo que realmente le dejó sin aliento fueron las obras de arte. Las paredes estaban repletas de pinturas y en cada rincón se erigían estatuas cual centinelas. Un vistazo a las puertas abiertas reveló que la presencia de arte se extendía más allá de aquella estancia.

Y todas y cada una de las piezas y cuadros, incluso viéndolos de cerca, parecían estar limpios y meticulosamente cuidados. Puede que su ama de llaves no fuera capaz de hablar bien, pero sabía —o al menos alguien que viviera en aquella casa— cómo usar un trapo.

Como si la hubiera invocado con el pensamiento, la mujer apareció en el gran arco abierto frente a la puerta principal. De nuevo la veía sonreír, aunque esta vez de forma más natural. Una sonrisa que transformó su cara dorada por el sol en una adorable combinación de valles y colinas. Parecía demasiado joven para ser ama de llaves. Tal vez se habría sentido un poco intimidada por su presencia. Sí, era una hipótesis razonable. Puede que hasta fuera el primer aristócrata con el que había hablado en su vida.

—Aquí está —dijo ella con aquel tono tranquilo, culto y en absoluto servil.

De modo que se había vuelto más bonita mientras iba a por sus maletas, pero no había cambiado en lo demás. William soltó un suspiro.

—Sí, aquí estoy. ¿Sería tan amable, quizá, de llevarme hasta mis aposentos?

Ella parpadeó.

—Por supuesto. Las escaleras están por aquí.

«Por supuesto». Como si todo lo demás en ese encuentro hubiera salido como esperaba.

La siguió y entró en una estancia igual de grande que el vestíbulo que acababan de dejar, pero con dos escaleras de considerable tamaño adosadas a las paredes laterales, que estaban enmarcadas por obras de arte.

Antes de que se diera cuenta, el ama de llaves ya había ascendido la mitad del tramo de una de ellas; a pesar de que era más baja que él, su ritmo lo dejó impresionado. Le supuso todo un placer caminar con alguien sin tener que alterar su paso normalmente rápido. Aunque tampoco estaba acostumbrado a pasear con sirvientes, excepto en alguna ocasión que otra con Morris.

La alcanzó cuando llegaron al rellano de la primera planta, mientras ella se acercaba a una puerta y la abría con un gesto de la mano que le desconcertó por lo diferente que era a la discreta forma con la que solían hacerlo los sirvientes.

Puede que mereciera la pena mantener a la señora Brightmoor, aunque solo fuera por la sucesión de sorpresas que suponía.



Capítulo 2



—Sus aposentos, milord. —Daphne no solía sentir mucha confianza en sí misma fuera de su cómoda rutina, en la que sin duda no encajaba el imponente lord Chemsford, pero sabía que había hecho un buen trabajo a la hora de preparar las habitaciones. Bueno, tan buen trabajo como le fue posible.

Era imposible no pasar por alto los doce años de rudo y constante uso que habían dado a aquellas dependencias. No al mobiliario, por supuesto. Daphne y su amiga Kit se habían asegurado de almacenar todos los muebles decorativos y aquellos de mayor valor antes de transformar la habitación en el dormitorio de todos los niños que tenían a su cuidado.

Niños que ya no vivían allí. Solo quedaba Reuben. Benedict se había mudado a la casa del señor Leighton, el maestro carpintero del que estaba aprendiendo, y el resto se había ido a vivir con familias que los habían acogido como propios, lo que no solo les proporcionaba un hogar, sino un futuro mucho más seguro. La mayoría de las niñas a las que Daphne había criado como una madre también estaban ahora con una familia, pero habían dormido en la habitación que había al otro lado del rellano.

El cuarto reservado para lord Chemsford, sin embargo, había pertenecido a los chicos, y se notaba en las paredes y en el suelo. Aunque no podía culparles por las marcas de humedad del techo. Eso solo podía achacarse a un tejado que había pedido a gritos una reparación.

Accedió al interior de la habitación para asegurarse de que el propietario pudiera entrar sin dificultad y dejara sus maletas en el suelo.

El equipaje que le había sugerido que llevara él mismo.

Sería un milagro si llegaba a la cena sin que la despidiera. Tantos años viviendo lejos de la alta sociedad habían hecho que se olvidara de lo que se consideraba aceptable.

Se aclaró la garganta.

—Me he encargado de airear el cuarto con frecuencia y de cambiar la ropa de cama cada pocos días para que estuviera listo cuando llegara.

El aristócrata dejó sus cosas en el suelo y se paseó por la amplia habitación.

En el centro de una de las paredes había una cama enorme con ornamentados postes que llegaban prácticamente hasta el techo. Se trataba de una cama muy pesada, casi habían tenido que quitar la barandilla de la escalera para volver a instalarla en la casa. Esperaba que ese mueble y la alfombra turca frente a la chimenea fueran lo suficientemente llamativos para que lord Chemsford no se fijara en las marcas visibles en la pared: las huellas que habían dejado los cabeceros de hierro de los niños durante años.

Pero no tuvo tanta suerte.

Se acercó y frotó una de las líneas grises antes de mirar hacia arriba y contemplar las distintas humedades del techo.

—Son antiguas —señaló ella, ya que no podía fingir que no existían—. Si esta noche llueve no

le caerá ninguna gota. —Salvo que hubiera otra grieta en el tejado de la que no tuviera conocimiento, lo que era perfectamente posible. El tejado llevaba tiempo acusando del paso de los años y habían colocado estratégicamente más de un cubo en las habitaciones del ático. Sin embargo, la parte que cubría aquel dormitorio había sido completamente reparado.

—No pasa nada. Está todo bien —comentó él.

Daphne había estado conteniendo el aliento hasta que él pronunció aquellas palabras. Se había criado en Londres, cerca de la alta sociedad. Y durante su breve y primera temporada en la capital se había apoyado en suficientes paredes de salones como para conocer a más de un aristócrata al que le habría indignado que le ofrecieran un dormitorio con un aspecto tan gastado, aun sabiendo que la casa había estado prácticamente vacía durante décadas.

Y sin embargo, allí estaba un hombre con título dispuesto a cargar con sus propias maletas y que no se quejaba del razonable deterioro de la habitación.

Qué diferente habría sido su vida si la noche en la que intentó ser alguien más que ella misma hubiera conocido a ese hombre. ¿Qué habría pasado si su única aventura devastadora hubiera sido con una persona que no pretendiera únicamente arruinar la reputación de una joven? ¿Y si hubiera conocido a un caballero que hubiera acudido a su rescate?

El que tenía frente a sí se parecía demasiado al que la había arruinado y puesto su mundo patas arriba. No le resultó difícil imaginarlo como una versión mejor y mucho más honorable del otro.

Pero no lo era. A pesar de su aspecto o de lo sensato que pareciera, ella no era quién para imaginárselo como su salvador. El marqués no estaba allí para enamorarse de ella pasando por alto su pasado y querer a su hijo como si fuera propio, sobre todo porque el propio Benedict tampoco sabía que ella era su madre y se había criado creyendo que era otro más de los niños de los que se habían hecho cargo... y, sinceramente, su vida era mucho más complicada de lo que parecía cuando se paraba a pensar sobre ello.

Ningún hombre en sus cabales, y mucho menos un noble, querría tener nada que ver con ella.

Sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en el marqués, que la estaba mirando expectante.

Por Dios, ¿qué fallo habría cometido ahora?



Seguro que ella iba a ofrecerle traer agua caliente, ¿verdad? Puede que hasta té y algún refrigerio. La casa no contaba con lacayos, pero tenía que haber alguna sirvienta. Alguien más. Era imposible que la señora Brightmoor se encargara sola de todo aquello.

Pero la mujer simplemente se quedó allí, mirándolo fijamente y parpadeando de vez en cuando.

Quizá fuera la primera vez que tenía que preocuparse por un invitado. No aparentaba tener mucho más de veinticinco años, aunque el abogado le había indicado que la actual ama de llaves llevaba trabajando bastantes años en la casa. Esa mujer debía de haber pasado sola casi toda su vida de adulta. Aunque resultara un inconveniente, era comprensible que sus habilidades en las relaciones personales fueran más bien escasas.

Con suerte, no le importaría mucho que él contratara a un ama de llaves competente y la relegara al puesto de sirvienta que, por lo limpias que había encontrado las partes de la casa que

había visto, era algo mucho más acorde a sus capacidades.

—Pida que traigan agua caliente —dijo él con un suspiro—. Y quizá...

—¿Té?

William interrumpió su frase cuando vio entrar a otra mujer en la habitación. Si había tenido sus dudas sobre si el ama de llaves era más baja que la media, con la nueva incorporación lo tuvo meridianamente claro. ¿Acaso el agua del condado de Wilt tenía algo que impedía crecer a las mujeres de la zona? El pelo de la recién llegada era rubio y lo llevaba peinado en un moño tirante, en un claro contraste con el halo castaño que rodeaba la cara del ama de llaves por el recogido suelto que llevaba.

La rubia traía consigo una bandeja en las manos. El vapor salía de la tetera situada entre una taza, un plato pequeño y un surtido variado de emparedados y galletitas.

—Eh... sí. —William se aclaró la garganta—. Té.

La rubia hizo un gesto de inclinación de cabeza hacia el ama de llaves.

—He traído el refrigerio que pidió. Y el agua ya está calentándose, tal y como ordenó. Reuben la traerá cuando termine con los caballos.

William dejó de prestar atención a la bandeja que había pedido su, por lo visto, no tan incompetente ama de llaves. ¿Iban a llevarle el agua las larguiruchas extremidades del muchacho que había visto antes? Tendría suerte si empezaba a bañarse por la mañana.

—Sí —respondió la señora Brightmoor. Empleó el mismo tono lento y forzado que cuando le había sugerido llevar su propio equipaje—. Gracias. Bien. —Asintió y parpadeó un poco más mientras observaba cómo la rubia bajita depositaba la bandeja sobre el pequeño escritorio que había en un rincón.

En cuanto todo estuvo dispuesto, la mujer hizo una pequeña reverencia y se dirigió hacia la puerta.

Pero mientras pasaba por delante del ama de llaves vio como le tiraba de una manga. Fue un gesto tan rápido que William se lo podría haber perdido si hubiera pestañeado. Incluso ahora se preguntaba si había sucedido realmente, pero el extraño saltito que dio la señora Brightmoor fue la prueba que necesitaba para confirmarlo.

El ama de llaves hizo su propia y elegante reverencia.

—Le dejamos para... eso.

Después volvió a sonreír y siguió a la otra mujer hasta la puerta, cerrándola en cuanto salió.

Había algo allí que no le encajaba, pero no tenía claro si era por la lejanía de la casa o por algún indicio de un problema mayor. El rugido que emitió su estómago le recordó que, si bien no podía responder a esa pregunta en ese instante, sí podía resolver el problema del hambre que le carcomía por dentro y la garganta reseca que traía por el polvo del viaje.

Cuando mordió una galleta, se sintió invadido por una explosión de sabores que no pudo identificar, pero sin los que no quería vivir el resto de su vida. En la tranquila soledad de su habitación, se permitió gemir de placer y se dejó caer sobre una gran silla tapizada. En el aire no flotaba ni una sola mota de polvo. Dio otro bocado, saboreando aquella delicia mientras masticaba. Por una comida como aquella y las estancias tan limpias estaría dispuesto a soportar las considerables rarezas de sus sirvientes. Además, el hecho de que aquello le diera una excusa

más para no tener invitados en su propiedad suponía un beneficio adicional.



Daphne logró bajar las escaleras hasta la planta principal con temor a no poder dar otro paso y tener que apoyarse contra la pared para no derrumbarse.

La habitación de la planta de arriba estaba ocupada por un extraño, y no por los niños a los que había adorado y criado desde pequeños. Casi nunca se le había dado bien tratar con extraños, y el marqués no había sido una excepción. Aquel hombre podía aplastarla con una sola palabra y tenía que estar relacionado de algún modo con el error de juicio más grave que había cometido en su vida.

¿Qué iba a hacer?

Una mano pequeña la agarró firmemente del codo y la llevó por las escaleras que conducían a los dominios de los sirvientes. Teniendo en cuenta la fuerza que Jess había adquirido durante los años que pasó ejerciendo de espía para Inglaterra, cuando te sujetaba de ese modo no era fácil zafarse de ella. Había llegado a la casa hacía tres años y, al principio, también había sido una extraña, pero una extraña que necesitaba que la cuidaran, y nada como eso lograba derribar tan rápido las defensas de Daphne. Con el paso del tiempo, habían terminado siendo amigas.

Aunque en ese momento, empujándola por las escaleras de piedra, Jess no parecía precisamente amigable.

A diferencia de los escalones que había bajado instantes antes, estos estaban desgastados y carecían del esplendor que reflejaba el resto de la casa. En los últimos doce años había descendido por aquellas escaleras un sinnúmero de veces, y jamás le había importado esa diferencia.

Hoy, sin embargo, sí. Hasta hacía quince minutos, ninguno de los que vivían allí había estado a las órdenes de nadie. Habían formado una familia, trabajando unidos para mantener la propiedad, obteniendo la comida necesaria y ganando el dinero suficiente para sobrevivir.

Durante los doce últimos años, la sencilla escalera de piedra solo había sido una forma de llegar a la cocina. Ahora era un umbral, la gente que lo pasaba era de una clase más baja.

Daphne se había criado encima de esas escaleras. Bueno, no de esas en particular, pero sí de unas muy similares. Pero cuando se mudó allí no habían hecho distinción alguna. Todos los que vivían bajo ese techo pertenecían a la casa y eran iguales.

Ahora ya no.

Ahora su posición había cambiado y su comodidad y seguridad dependían de servir al hombre que había arriba. Aunque mantener su posición ya no era la mayor de sus preocupaciones.

Jess no dejó de agarrarla del codo hasta que estuvieron dentro de la cocina. Después la soltó con un pequeño empujón.

Daphne fue tambaleándose hacia la mesa de trabajo y se sentó a tientas en uno de los taburetes que tenía al lado. Luego respiró hondo y fijó la mirada en un profundo boquete de la superficie del tablero. No había forma de saber qué había producido aquella hendidura, pero de alguna forma le reconfortaba su existencia.

A diferencia de casi todos los muebles de las estancias de arriba, esa mesa llevaba años allí.

La calmaba. Mirándola podía fingir que nada había cambiado.

Pero todo había cambiado.

Ahora él estaba ahí y era un problema.

Jess se paseó por la cocina, enfrascada en sus quehaceres. Esa mujer no parecía inmutarse nunca, ¿de verdad no le preocupaba, aunque fuera un poco, su situación actual?

—¿Lo has visto? —preguntó Daphne en un ronco susurro.

Jess se detuvo y la miró arqueando una delicada y pálida ceja.

—Por supuesto. ¿Crees que entraría en una habitación sin mirar todo a mi alrededor?

—Sí, sí. —Apoyó la parte superior del torso sobre la mesa—. Pero ¿lo has visto de verdad?

Jess dejó la cebolla que había sacado de una caja y cruzó la cocina para proteger con las manos los dedos helados de Daphne.

—Sé lo que estás pensando.

Lo dudaba. Hacía tres años, cuando Kit había traído a Jess a Haven Manor, ella ya había aprendido, o al menos en parte, a cortar por lo sano con la inclinación que había tenido desde joven a fantasear. Siendo responsable de criar a doce menores, perder de vista la realidad durante el día era algo muy peligroso, así que esperaba hasta que se quedaba sola, fregando los platos, o cuando se iba a la cama o acunaba a uno de los más pequeños, para dejarse llevar por esos pensamientos.

Ahora, con solo tres de los niños mayores a su cargo, de vez en cuando volvía a caer en sus viejas costumbres. Como en ese momento. Pero no había forma de que Jess supiera que una parte de su mente estaba muy ocupada elucubrando con todo tipo de posibilidades, incluida la pregunta de si no era descabellado que el hombre que había intentado olvidar con todas sus fuerzas durante los últimos catorce años se hubiera convertido en el aristócrata que ahora ocupaba el dormitorio principal.

Daba igual que el padre de Benedict tuviera los ojos marrones y ese hombre azules, aunque jamás había oído que los ojos de alguien pudieran cambiar de color.

—Estás pensando que nuestro nuevo patrón guarda un notable parecido con Benedict —continuó Jess, pese a que Daphne no parecía prestarle mucha atención.

El silencio cayó como una pesada losa mientras ambas se miraban. Si bien no era eso exactamente lo que había pensado, se acercaba bastante, aunque en el fondo había esperado que el parecido hubiera estado solo en su cabeza.

Cuando Jess le apretó los dedos, sintió una energía renovada. Si alguien podía tener la solución a su problema esa era Jess. Puede que la misteriosa mujer hubiera llegado a su casa como si fuera un cachorrito perdido al que hubieran relegado a un rincón, pero era una superviviente.

Su amiga hizo un breve y seco gesto de asentimiento y prosiguió:

—Y piensas bien. Son idénticos. —Soltó la mano a Daphne y se volvió hacia la cebolla antes de sacar un cuchillo del bloque de madera que había en la mesa cerca de la pared—. Aunque, como no te has desmayado en medio de la puerta principal, supongo que no es el padre. ¿Qué relación guardan?

Daphne apoyó los codos sobre la mesa de trabajo y hundió la cabeza entre las manos con un gemido. No quería pensar en Maxwell Oswald, no quería recordar los detalles de esa noche, pero

estaban grabados a fuego en su memoria. Y traer de vuelta esos recuerdos le ocasionaba una miríada de emociones enfrentadas: por supuesto culpa y vergüenza, pero también la alegría por haber tenido a Benedict y un nuevo propósito en la vida. No se podía imaginar su existencia sin ambos. Prefería pensar en todo lo bueno que conllevó tomar una mala decisión que en la decisión en sí misma.

Se había dejado llevar por el momento, fingiendo ser su amiga Kit, que era una joven vivaz y popular a la que no le aterraba separarse más de un metro de la pared de una estancia llena de gente. Había estado más absorta en la idea de lo que podía ser que en el hombre en sí mismo. Jamás se había sentido atraída por Maxwell; solo lo conocía de vista y, excepto por su reputación, apenas sabía nada de él.

Sin embargo, le había cautivado la idea de sentirse querida. Por una vez había sido el centro de atención. No había sentido la urgente necesidad de salir de allí porque no fuera ella misma. Había ido cubierta de la cabeza a los pies, con un disfraz para un baile que incluía peluca y máscara.

Pero eso no era lo que necesitaba recordar ahora. Ni tampoco que no solo se comprometió a sí misma, sino que también traicionó a su mejor y más cercana amiga. No se trataba de recordarla a ella. Sino de recordarlo a él.

Y cuando se dio cuenta de lo poco que sabía de Maxwell Oswald el rubor tiñó sus mejillas.

—Tal vez sean... ¿primos? —Se esforzó en recordar todas las veces que Kit le había hablado de lo buen partido que era Maxwell Oswald—. Su padre fue el segundo hijo de un marqués, pero no estoy segura de cuál. —Tragó saliva—. Aunque ahora mismo me apostaría una buena suma de dinero a que se trataba del marqués de Chemsford.



Capítulo 3



Jess picó la cebolla moviendo con agilidad el cuchillo afilado. Al cabo de un rato, por fin recogió los trozos, los echó a la olla y miró a Daphne.

—¿Qué quieres que hagamos?

La siguiente bocanada de aire llegó a sus pulmones con más facilidad. «Hagamos». Jess no se iba. Siempre temía que su amiga se marchara, que saliera corriendo de allí; porque Daphne y lo que quedaba de Haven Manor solo podían acarrearle complicaciones.

Correr siempre había sido una opción. Al fin y al cabo, Jess había ido allí para esconderse de algo, o quizá de alguien, y en ese momento la casa era mucho más vulnerable con toda esa gente entrando y saliendo de la propiedad. Pero parecía que, al menos de momento, no entraba en sus planes hacer las maletas y desaparecer.

Así que ella se concentraría en el presente y dejaría para más adelante los «algún día».

—No podemos dejar que vea a Benedict. Jamás.

Jess soltó un resoplido.

—Supongo que eres consciente de que el muchacho es el aprendiz del señor Leighton, ¿verdad? Sí, el mismo carpintero al que han contratado para hacer las reparaciones que necesita la casa. Benedict va a estar por toda la propiedad por lo menos un año. Es imposible que no se cruce con él.

—¿Por qué? —repuso Daphne—. Es un aprendiz. No hay ninguna razón por la que lord Chemsford tenga que estar en una habitación en la que trabaje Benedict. Es un aristócrata, se le llenarían las botas de virutas. No debería resultarnos muy difícil asegurarnos de que no coincidan nunca en la misma estancia.

Jess sacó un nabo de una cesta que tenía cerca y se lo pasó de una mano a otra mientras reflexionaba sobre lo que su amiga acababa de decir.

—¿Y lo haremos con la ayuda de Benedict o sin ella?

Se mordió el labio. Aquella situación presentaba otra dificultad añadida. Benedict sabía que era ilegítimo, igual que todos los niños que habían vivido allí. También era consciente de que su padre pertenecía la nobleza, porque todos los chicos de Haven Manor habían nacido en las mismas circunstancias, aunque a ninguno de ellos se les había revelado la identidad de sus progenitores.

Como Daphne se había criado sabiendo lo que era sentirse distinta a sus pares, preguntándose por qué nadie más se ponía a temblar cuando conocía a alguien nuevo o sentía el irrefrenable deseo de esconderse debajo de la cama cada vez que tenía que acudir a un evento social, quiso que Benedict se sintiera lo más normal posible, que tuviera la sensación de que pertenecía a algún lugar.

Así que no se lo dijo.

Benedict no sabía quién era ella.

Había querido a todos los niños como si fueran suyos, así que pensó que no importaría. Benedict sería igual que el resto de sus pseudohermanos, criados en secreto para protegerlos de las burlas de la sociedad y de los horrores que padecerían si terminaban en alguna casa de trabajo¹.

Si ahora le decía que le había estado mintiendo toda su vida... ¿La perdonaría? No podía arriesgarse a perder la estrecha relación que tenían, la conexión madre-hijo que habían creado a pesar de que nunca pudo dirigirse a ella como tal.

—Sin —respondió en voz baja—. Hay que hacerlo sin que él sepa nada.

Jess parecía no estar ni de acuerdo ni en contra, simplemente siguió haciendo la comida.

—Eso no es posible —replicó al final.

Daphne se enderezó sobre el taburete y se cruzó de brazos.

—¿Por qué no?

—¿Además de por la imposibilidad logística de mantener a dos personas alejadas en un mismo edificio durante un año? El señor Leighton va a tener que tratar con lord Chemsford. Y sí, el carpintero también se dará cuenta de lo parecidos que son. —Jess se cruzó de brazos y arqueó ambas cejas—. ¿Qué piensas decirles a Sarah, a Reuben y a Eugenia?

Daphne gruñó y volvió a dejar caer la cabeza sobre la mesa.

Los tres niños que quedaban en Haven Manor trabajaban de algún modo u otro en la finca para explicar su constante presencia en ella. Todos se veían como una familia y seguían pensando en Benedict como un hermano mayor, a pesar de que ahora vivía con el señor Leighton. Iba a resultar imposible mantenerlos alejados a todos ellos de su nuevo patrón. ¿Qué pensarían? ¿Qué dirían?

Otro gruñido emergió de su pecho al mismo tiempo que la frente empezaba a palparle. ¿Cómo podían dos personas parecerse tanto como Benedict y lord Chemsford? Nadie iba a creerse que no eran padre e hijo. Nadie. Y si la gente llegaba a enterarse de que Benedict no era legítimo, la vida que su hijo estaba intentando construir con tanto esfuerzo podía venirse abajo.

Tal vez el muchacho pudiera mudarse al norte. En Escocia apreciaban mucho a los buenos carpinteros. Y allí había menos posibilidades de que la gente conociera al marqués.

Aunque aquello no resolvía el problema de los que ya conocían a Benedict. ¿Y si alguien le decía algo a lord Chemsford? ¿Exigiría respuestas a Daphne? ¿La despediría cuando no se las diera?

Si lo hacía, se vería obligada a terminar en una casa de trabajo. Y entonces, no volvería a ver a su hijo. Quizá la señora Lancaster, la amable y anciana propietaria de la tienda de comestibles de Marlborough, que la había ayudado cuando llegó a la zona, se apiadara de ella y le ofreciera un puesto de trabajo. Necesitaba a alguien a quien dejar su tienda. Ella podría dedicarse a eso. Bueno, excepto por el hecho de que encargarse de un negocio como aquel requería tratar con gente que no conocía.

—¿Daphne? ¿Daphne?

La voz de Jess la sacó de sus divagaciones y la situó de nuevo en la cocina de la apartada casa señorial.

Tragó saliva.

—¿Sí?

Jess alzó una ceja. Le brillaban los ojos en medio de un semblante divertido.

—¿En serio?

Oh, por Dios, ¿acaso le había preguntado algo? ¿Qué? Por lo visto algo con lo que esperaba que ella no estuviera de acuerdo.

—Esto... ¿no?

Jess se puso a reír y negó con la cabeza mientras añadía más ingredientes a la olla puesta al fuego.

Daphne hizo una mueca. Pasarse los dos últimos meses limpiando y quitando el polvo había mermado su capacidad para frenar las ensoñaciones con las que se evadía.

Jess le lanzó una mirada incisiva por encima del hombro.

—¿Los niños?

Daphne intentó encontrar la solución para mantener alejados a todos del recién llegado, pero su amiga se adelantó.

—Reuben verá al hombre en cuanto suba el agua. —Hizo un gesto hacia las ollas y cubos que se estaban calentando al fuego.

—Ya pensaré en algo —masculló. Tenía tiempo. Como Benedict ya no vivía con los demás en la casita que había más allá del jardín, no veía al resto de los niños a diario. Tenía uno o dos días para pergeñar un plan.

—No lo harás —repuso la rubia en voz baja—, pero si quieres ganar algo de tiempo para llegar a esa misma conclusión, tendrás que conseguir que sucedan algunas cosas.

Jess estaba equivocada. Ella era una madre desesperada intentando proteger el bienestar de su hijo; también el propio, pero sobre todo el de su hijo. Era capaz de todo para conseguirlo.

Aunque tenía que reconocer que un poco más de tiempo no le vendría nada mal.

—¿Qué cosas?

—El señor Leighton y Benedict han terminado hoy con el salón formal. Mañana empezarán con la sala de estar. Esa era mi antigua habitación, así que no tendrán mucho trabajo, pero sí le dedicarán unos cuantos días. Tienes que proponerle a lord Chemsford un recorrido por la casa y enseñarle esas estancias esta noche.

—¿Por qué? —Sabía que la mansión ahora era de ese hombre y que él tenía derecho a ir donde quisiera, pero no le gustaba la idea de acompañarlo en una visita guiada.

—Porque acaba de mudarse a una casa nueva, Daphne, y querrá verla. Si no esta noche, puede que mañana, cuando esas habitaciones estén ocupadas por trabajadores. —Jess cortó las verduras con el cuchillo a tal velocidad que Daphne escondió los dedos.

—Un recorrido. Puedo hacerlo. —Y podía. ¿No acababa de llegar a la conclusión de que una madre desesperada era capaz de cualquier cosa?—. ¿Qué más?

—Si quieres conseguir más de uno o dos días, va a ser bastante difícil. Podrías tratar de convencerlo de que envíe a la gente que está haciendo las reformas a las habitaciones del ático, para que el servicio doméstico pueda mudarse de nuevo a la casa. Luego pídele que traslade sus dependencias a la planta principal, a la sala de estar. Si no tiene ningún motivo para ir a la planta de arriba, menos probabilidades habrá de que se encuentre con Benedict. Tendrás que esforzarte bastante para que funcione.

—¿Yo? —Se le quebró la voz. Por alguna razón, se había imaginado a su amiga llevando a

cabo toda aquella estrategia. A fin de cuentas, eso se le daba muy bien.

—Sí, tú. —Jess clavó el cuchillo de cocina en un bloque de madera que había en la mesa junto al fuego—. Eres el ama de llaves. No creo que ese hombre esté por la labor de sentarse a tomar el té con su cocinera. ¿O prefieres que le digamos que la única criada de salón que tiene es una niña de doce años y que le pidamos a Sarah que le pregunte por sus planes? Seguro que puede echarle un buen vistazo mientras lo hace.

A Daphne le entró tal pánico que se apoyó en los bordes del taburete en el que estaba sentada para no caerse.

—Hemos tomado la decisión equivocada. Tú deberías ser el ama de llaves. Está claro que yo no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

Su interlocutora no dijo nada, simplemente se quedó mirándola con las manos en las caderas, la cabeza inclinada hacia un lado y arqueando las cejas expectante, esperando a que Daphne pensara en lo que acababa de decir y se diera cuenta de lo ridículo que sonaba.

—Oh... —Hizo una mueca de fastidio—. No funcionaría, ¿verdad? Ahora ya me conoce y le he dicho que soy el ama de llaves.

—Por no mencionar que apenas sabes cocinar un puré de nabos y un guiso de conejo.

—Una comida de lo más sustanciosa.

—Para una panda de rufianes, tal vez. Pero no se te ocurra servirla en la mesa de un marqués, por muy solitario que sea. —Descolgó otra olla de un gancho y empezó a reunir ingredientes. Se acabaron los días sencillos. Seguro que Lord Chemsford esperaría comidas elaboradas. Iba a pasarse dentro de la cocina casi todo el día.

Daphne se mordió el labio. No se había parado a pensar en eso.

—¿Sabes qué comidas hacerle a un aristócrata? —Contuvo el aliento. Si Jess respondía que no, ¿qué harían?

—No me habría ofrecido voluntaria para el puesto si no lo supiera —contestó.

—Por supuesto —murmuró Daphne—. Voy a tener que arreglármelas yo sola ahí arriba.

—No del todo. —Puso la olla sobre el fuego y sacó un cuenco para preparar masa de pan—. Contratará a más sirvientes.

—Eso no me supone ningún consuelo —gimió—. Se supone que tengo que supervisarlos.

—No tiene que ser mucho más difícil que supervisar las tareas de una docena de niños. Seguramente sea más fácil. —Jess la miró, luego suspiró e hizo a un lado el cuenco—. Sarah es una buena criada de salón y Eugenia está haciendo un buen trabajo ayudándome en la despensa. Pero no es suficiente. Lo más probable es que tengamos que contratar a más personal. Podemos intentar por todos los medios que sean personas que apoyaron Haven Manor cuando era un refugio. Incluso podrían ayudarte con cualquier plan inútil que se te ocurra con respecto a Benedict. —Se encogió de hombros mientras volvía a colocar el cuenco frente a sí—. Obviamente, todos creerán que lord Chemsford es el padre del muchacho, pero eso solo los volverá más protectores.

—Y más inclinados a odiar a su patrón —murmuró ella—. Cualquiera que nos echara una mano con los niños en el pasado no tendrá en muy buena consideración a un hombre que crean que abandonó a su hijo ilegítimo en nuestra puerta.

Jess suspiró y apoyó ambas manos en la mesa para reclamar la atención de Daphne con su mirada azul.

—Entonces, díselo. O no se lo digas. Contrátalos. O no. Cuéntaselo a Benedict. O no. En toda esta situación no hay una solución perfecta que no vaya a ocasionarte ninguna incomodidad. Escoge la que te resulte menos mala y llévala a cabo.

—Bueno, haces que no parezca nada agradable.

—Es que yo no soy agradable —repuso—. Soy realista.

Por mucho que le costara reconocerlo, Jess tenía razón. La cómoda vida que Daphne se había procurado, lejos de los ojos curiosos de la sociedad y de la gente en general, había llegado a su fin. Fue bonito mientras duró.

—Vas a tener que decirme qué hacer.

—Ya te lo estoy diciendo. —Hundió las manos en la masa y empezó a mezclarla—. Cuéntale a Benedict la verdad. Después, si él quiere mantenerse alejado del marqués, que así sea.

No. Tenía que haber una forma de resolver aquello que permitiera a Benedict conservar lo poco que le quedaba de la inocencia de la infancia. Frunció el ceño.

—Me refiero a que me digas qué hacer con la casa y los sirvientes.

—¿No te criaron para que algún día te convirtieras en la señora de la casa? Solo tienes que encontrar un espejo y fingir que estás hablando con tu ama de llaves.

Daphne frunció el ceño. Casi nunca le molestaba la franqueza de Jess, incluso cuando incluía una burla hacia ella, pero ahora mismo le resultaba frustrante.

Sí, tenía claro que tendía a ser un poco despistada, aunque sabía que tenía más que ver con su imaginación que con cualquier merma en su inteligencia. Pero había ocasiones en las que tenía la sensación de que Jess asumía que su falta de atención podía achacarse a una carencia de sustancia mental. Normalmente le resultaba fácil pasar por alto esos momentos, pero ese día estaban siendo demasiados.

—Creo que he olvidado todas esas lecciones de «señora de la casa» que me dieron. Es lo que tiene llevar catorce años apañándomelas por mí misma.

—Está bien. —Jess se limpió las manos en el delantal y se hizo con un lápiz y un trozo de papel marrón que había a un lado de la mesa. A continuación, se dedicó a escribir unos minutos y luego deslizó la nota hacia su amiga—. ¿Te ayuda esto?

1. Adjudicar un dormitorio al ayuda de cámara y al mozo de cuadra. (Los mozos de cuadra viven al lado de los establos. Por eso construyeron dos cuartos cuando renovaron el granero).

2. Asegúrate de que Sarah sepa que no tiene que volver a limpiar en la planta superior sin tu permiso. (Y no la mandes allí mientras él esté en la cama o cambiándose).

Continuó leyendo y esbozó una leve sonrisa. Podía seguir los puntos de una lista. Incluso los de una sarcástica como aquella.

—Sí, me ayuda muchísimo.

—Bien. —Jess se detuvo un momento y se quedó tan quieta que, de no ser porque la estaba viendo con sus propios ojos, Daphne hubiera pensado que había salido de la cocina—. ¿Sabes? —dijo la rubia al cabo de un rato—. No pasa nada porque no seas buena en algo. Y tampoco pasa

nada por pedir ayuda.

Tal vez. Seguramente. Pero no era buena en nada. Al menos en nada que fuera de utilidad. Podía tocar el piano y dibujar, dos habilidades inútiles para la supervivencia. No poseía ninguna habilidad superior a las de cualquier otra persona normal.

Pero admitirlo en voz alta solo la haría parecer una quejica y acomplejada. Sabía que no era una persona horrible, ni siquiera indigna. Simplemente no destacaba en nada, excepto por su imaginación.

¹ N. de la T.: Las casas de trabajo eran asilos de pobres que proporcionaban techo y alimento a los más desfavorecidos de la sociedad, sobre todo lisiados, ancianos, niños y mujeres, a cambio de trabajo, y cuyas condiciones de vida eran durísimas.



Capítulo 4



William mordisqueó lentamente la última galleta mientras contemplaba las vistas que le ofrecía la ventana de su dormitorio. No se veía nada más que hierba y árboles. Todas las edificaciones adyacentes, los jardines no ornamentales y las zonas de servicio parecían ubicados de forma estratégica para no perturbar la tranquilidad de ese lado de la casa. Se respiraba mucha más paz de la que se había atrevido a esperar.

A su espalda, Morris y Pasley entraron arrastrando los pies, llevando el baúl más grande al vestidor. William no había llegado tan lejos todavía. Como iba a reformar toda la casa, no tenía especial interés en verlo. Daba igual el estado en el que se encontrara, todo tenía más de veinte años y, como mínimo, necesitaría una nueva capa de pintura.

Pasó una mano por las marcas grises de la pared. ¿Qué diantres habrían hecho los dueños anteriores allí?

—La señora Brightmoor me ha informado de que hay un cuarto para mí fuera de la zona del vestidor —dijo Morris cuando salió de allí—. Nos queda subir otro baúl más y luego me encargaré del mío.

Asintió y recogió su taza de té. Daba igual cuándo su ayuda de cámara tuviera su ropa colocada. Allí no iría a verlo nadie, nadie lo estaba aguardando ni esperaría que hiciera nada. Nadie le diría qué podía o no hacer. Gracias a Dios, estaba completamente solo.

—Tómate tu tiempo. Debes de tener la garganta tan seca como la mía, si no más.

Morris hizo una reverencia y salió en silencio de la habitación.

William regresó a la ventana con la taza de té en la mano y emitió un profundo suspiro que alivió un poco más la tensión que sentía en los hombros, mientras se empapaba del paisaje y disfrutaba del té. El lugar donde había vivido en Irlanda los últimos siete años también tenía unas vistas magníficas, pero estaba lleno de gente y edificios. La tranquilidad que se respiraba en medio de toda esa naturaleza era exactamente lo que había esperado encontrar cuando decidió trasladarse. Su padre se había pasado toda la vida hablando de gente. De la que conocía, de la que se negaba a conocer, de la que le gustaba.

De la que odiaba.

William no tenía nada en contra de nadie, pero en ese momento, mientras tratada de decidir en qué tipo de marqués se iba a convertir, lo último que quería era tener que tratar con cualquiera.

La puerta que se abrió a sus espaldas desvió su atención de la ventana. El niño que había visto antes entró en la habitación con un cubo de agua enorme. Desde luego no se le veía menos desgarbado que cuando estaba fuera. Tenía un cuello escuálido y sus brazos no parecían lo suficientemente fuertes para cargar el cubo de agua que traía. Aun así, no derramó ni una sola gota.

Ahora que lo tenía más de cerca comprobó que, efectivamente, llevaba lentes, pero parecía usarlas solo para mirarse los pies.

No iba a permitir que un niño cargara con el agua necesaria para poder darse un baño decente,

aunque fuera en la pequeña tina que había en un rincón cerca del fuego. Era imposible contratar esa misma noche un lacayo adulto, pero sí podía encargarse a Pasley que trajera el agua más tarde o darse un baño abajo, cerca de donde se calentaba el agua.

Hizo un gesto de asentimiento y señaló hacia el vestidor, aunque el niño no podía verlo, y dijo:
—Basta con que llenes la jofaina.

El muchacho se dirigió hacia el aguamanil del vestidor, hundiendo un poco los hombros. Un gesto que seguramente se debía más al alivio que al peso del cubo, pero daba igual. No iba a quedarse allí parado viéndolo traer cubo tras cubo en una dolorosa y lenta agonía.

A pesar de la orden, el chico, después de echar el agua en la jofaina, cruzó la habitación y se detuvo frente a la tina, como si no tuviera claro si tenía que llenarla o no.

—Si te sirve de ayuda —dijo William, intentando mantener un tono de voz bajo y seguro, el mismo que emplearía para hablar a un caballo asustadizo—, puedes dejar aquí el cubo.

Pudo ver la nuez de Adán del niño moviéndose en su cuello flacucho mientras tragaba saliva.

—Como desee, mi... su... mmm... ¿excelencia?

El hombre se mordió la lengua y hundió las mejillas hasta que las notó contra los dientes. «No te rías. No te rías. Este no es un buen momento para reírte. Sobre todo cuando tampoco estás seguro de por qué quieres reírte».

La balbuceante declaración del pequeño le había resultado un tanto cómica, pero también un poco desesperada. ¿Eso era lo que le esperaba a cambio de la privacidad, tranquilidad y reputación? Echó un vistazo al paisaje que tenía detrás, libre de parientes codiciosos o pares que querían desperdiciar sus vidas mientras cumplían con sus responsabilidades.

Sí, valía la pena aguantar mucho a cambio de eso.

No estaba demasiado acostumbrado a vivir situaciones cómicas. Intentó dejar de lado la incomodidad del muchacho, pero no pudo evitar sonreír. A pesar de todo, logró mantener la compostura e hizo un sobrio gesto de asentimiento al pequeño.

—Soy un marqués, muchacho. Un milord servirá.

—Por supuesto. —El niño se humedeció los labios—. ¿No desea nada más, milord? —Por fin decidió alzar la cabeza y sus miradas se encontraron.

Entonces el chico abrió los ojos de tal manera que igualaron el tamaño de las lentes. Después movió un pie, se golpeó en la rodilla contra el cubo medio vacío y esbozó una mueca de dolor. Volvió a tragar saliva antes de pasarse la mano que tenía libre por el rostro y bajar de nuevo la mirada.

—La semana pasada se terminaron todas las reformas del establo y ya he acomodado sus caballos. Pero me temo que el único alimento que tenemos es el que damos a las gallinas y a las cabras. Mañana puedo acercarme al pueblo y encargarme del asunto —dijo a toda prisa.

El pueblo, suponiendo que Marlborough fuera la localidad más cercana a la casa, estaba como poco a más de tres kilómetros de distancia por caminos bastante modestos, a los que difícilmente podía llamarse carreteras. No había visto nada más que árboles y algún que otro campo de pasto o granja en, por lo menos, kilómetro y medio. ¿Era ese niño la única protección y mano de obra que había por los alrededores?

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Nueve, señor... Esto... milord. Dentro de poco más de un mes tendré diez.

Era tan absurdo que un niño de nueve años fuera el varón con más rango del personal al servicio de esa casa que le entraron ganas de volver a reírse, aunque esta vez sin el toque de humor. Estaba claro que no podía llevar mucho tiempo trabajando allí. Entonces, ¿qué habían hecho las mujeres antes? Era imposible que la señora Brightmoor se hubiera encargado ella sola de todo aquello.

—¿Eres el único... mmm... hombre trabajando aquí?

El muchacho alzó la barbilla mientras hinchaba el pecho todo lo que pudo. Ahora su expresión era un poco más dura. Lo miraba con los ojos un tanto entornados. El orgullo que había expandido su pecho hacía que sus brazos y piernas parecieran aún más delgados. Si Dios quería, algún día ese niño crecería hasta alcanzar el largo de sus extremidades y se convertiría en un espécimen bastante imponente. Pero ahora solo parecía torpe. Decidido, sí, pero también muy torpe.

—Sí, milord. Ayudo a cuidar el jardín y a los animales. Y corto toda la leña.

Hasta ese momento, su propiedad había estado en manos de dos mujeres jóvenes, una bastante ingenua y la otra un poco más alta que una niña, y un crío que todavía no tenía que rasurarse. Todo eso, por supuesto, suponiendo que la mujer menuda fuera una sirvienta y no la cocinera que había contratado para su llegada.

La idea era del todo aterradora.

—¿Quién más trabaja aquí, además de la señora Brightmoor?

Fue hacia el vestidor para echarse un poco de agua en la cara, esperando que el muchacho se sintiera un poco más cómodo si él hacía algo más que mirarlo. Sin embargo, cuando regresó a la habitación el pequeño todavía no había contestado.

De hecho, parecía completamente confundido. Murmuraba por lo bajo «señora Brightmoor» repetidamente.

—¡Oh! La señora... sí. Bueno. —Se aclaró la garganta—. Mis... mmm... hermanas. También trabajan aquí. Sarah ayuda en la casa y Eugenia trabaja en la antesala de la cocina.

—¿Y tus hermanas son mayores que tú? —«Por favor, por favor, que lo sean». Tener trabajando a un niño de nueve años como mozo de cuadra era una cosa. ¿Pero una niña de ocho años como sirvienta? Eso sería... No estaba seguro de cómo expresarlo con palabras, pero hacía que le picara la piel y se le revolviera el estómago hasta el punto de querer vomitar el té que acababa de terminar.

—Sí, señor.

William se relajó, al igual que su estómago. Eran mayores. Bien. Tenía sentido que las hermanas mayores trabajaran como sirvientas allí y luego llegara el hermano.

Pero el pequeño continuó hablando:

—Sarah tiene doce y Eugenia once, milord

Desesperado por ocultar su reacción, enterró la cara en la toalla de lino que había agarrado del palanganero. ¿Tenía contratadas a dos mujeres y a una familia de niños? ¿Eso era lo que el abogado entendía por un personal básico? Aunque todavía no había tenido pruebas de que no fueran capaces de cuidar de la finca, la idea no le agradó. Esos sirvientes habían estado bajo el cuidado del marquesado y los habían dejado indefensos.

A las mujeres y a los niños que vivían aislados sin protección, sobre todo cuando eran tan jóvenes, como debía de serlo la señora Brightmoor cuando empezó a trabajar allí, podían sucederles incontables desgracias. ¿Quién los habría ayudado? Desde luego no ese niño, que ni siquiera había nacido cuando su padre había ganado la propiedad en una partida de cartas.

—¿Tus padres también trabajan aquí?

La valentía que había visto hacía unos segundos en el rostro de ese niño decidido y lleno de orgullo se desvaneció de inmediato y de nuevo volvió a parecer el muchacho torpe. Avanzó de lado hacia la puerta, sin dejar de sostener el asa del cubo.

—Tengo que cuidar a los animales, milord. ¿Necesita algo más?

Sí. Respuestas. Respuestas a muchas preguntas que nunca hubiera imaginado que tendría que hacer. Pero no iba a presionar a un niño de nueve años para obtenerlas. Sin embargo, tenía toda la intención de interrogar al ama de llaves que había conocido antes.

—Gracias por el agua... ¿Cómo te llamabas?

—Reuben, milord.

—Gracias por el agua, Reuben. No necesito nada más.

El niño asintió y corrió hacia la puerta.

—Otra cosa, Reuben. —El pequeño se detuvo con un pie fuera de la habitación y giró la cabeza tan rápidamente que las lentes se deslizaron por su nariz. En esa ocasión, William dejó que la sonrisa asomara a sus labios, incluso se podría decir que la propició un poco—. No tienes que decir milord todo el rato. Después de la primera vez, basta decir señor. Y no te olvides de dejar el cubo.

El pequeño volvió a tragar saliva de forma espasmódica antes de asentir solemnemente y dejar el cubo en el suelo. Estaba serio, como si William le hubiera enseñado una lección mucho más importante que una simple norma social que él mismo y todos sus conocidos habían aprendido desde la infancia. ¿Decía aquello más sobre la educación del niño o sobre la compañía de William?

Mientras cruzaba la estancia para recuperar el cubo, recordó todo el encuentro con el muchacho. Había algo raro. Negó con la cabeza. Toda aquella experiencia estaba siendo extraña. Nunca había estado en una casa que no contara con el personal necesario —normalmente, incluso había criados de más—, con personas preparadas y dispuestas a hacer su trabajo. Siempre intentaba recordar darles las gracias —más que nada porque su padre nunca lo hacía—, pero la mayoría de las veces se marchaban antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo.

¿Cuándo había sido la última vez que había podido mantener una conversación con uno de sus sirvientes?

Enseguida le trajeron el resto del equipaje y Morris se encargó de quitarle el polvo y la suciedad del viaje.

—Un baño habría sido mucho más adecuado, milord —dijo su ayuda de cámara con los labios apretados. El desagrado era la única emoción que aquel hombre dejaba entrever.

—Haz los arreglos necesarios para que se instale una bañera abajo hasta que contratemos a más personal. Por ahora, ocúpate del polvo que tengo en el pelo, está haciendo que me pique la cabeza.

A pesar del sombrero que había llevado durante el trayecto, la suciedad se había abierto paso a través de sus espesos mechones. Morris le quitó la mayor parte de la suciedad antes de inclinarle sobre la tina y verter el agua que quedaba en el cubo sobre el pelo.

No era lo ideal, pero serviría. William se retiró el cabello húmedo de los ojos con un suspiro, empezando a sentirse mejor.

—¿Se vestirá para la cena, señor?

—No —respondió él, la libertad de poder decir aquello le relajó un poco más—. Mi ropa normal de día servirá.

Media hora después, iba vestido con unos pantalones cómodos, una camisa de lino, la levita y un pañuelo de cuello atado de forma sencilla. Era un atuendo con el que nunca se habría atrevido a ir a cenar a ningún otro lugar, pero si el muchacho que tenía trabajando en su casa —se negaba a llamar a Reuben lacayo— no conocía la forma apropiada de dirigirse a él, era probable que nadie hiciera mención alguna a cómo iba vestido.

Lo más seguro era que ni siquiera se dieran cuenta.

Pasó la mano por una de las paredes del vestidor casi vacío, donde se repetían las extrañas marcas que había visto en el dormitorio. Unos rasponazos junto con unas rayas gris oscuro. Tanto en esa pared como en las otras, estaban bastantes espaciadas. ¿Se encontraría con más rayaduras de ese estilo en otras habitaciones?

No sabía mucho sobre la casa. Su padre se la había ganado al hijo del hombre que la había mandado construir. Un individuo que, según su heredero, había sido una persona bastante extraña y excéntrica. Algo con lo que, por lo que había visto hasta ese momento, no podía estar más de acuerdo. Se había construido una casa digna de exhibirse, un oasis de paz, lejos de absolutamente todo. Tal vez se había pasado el día celebrando lujosas fiestas, o vagando solo a través de su particular museo de arte.

Fuera del dormitorio, una gran bóveda de vidrio permitía que la luz inundara la galería cuadrada de dos plantas. Antes había estado tan concentrado en seguir a su ama de llaves que solo había podido echar un vistazo a los enormes cuadros que decoraban las altas paredes blancas. Las dos escaleras que ascendían desde la planta de abajo se encontraban y entraban en la galería enfrente de una puerta de doble hoja de madera lisa. La mitad de la galería estaba abierta al piso inferior y al otro lado había otra puerta que supuso que conduciría a un dormitorio o vestidor.

Rodeó la galería por el lado más alejado de las puertas dobles, recorriendo con la mano la pared, pero no encontró más estrías o marcas. El sólido muro de enfrente lucía un cuadro bastante grande en el que se mostraba una victoria en una batalla. No sabía bastante de historia como para saber exactamente cuál, pero se podía apreciar la energía y vitalidad que desprendía la escena.

Comprobó que la puerta que había justo frente a la suya llevaba a otro dormitorio, pero este no tenía nada especial. Solo muebles sencillos, un suelo sin alfombras y escasa decoración.

Teniendo en cuenta que las otras habitaciones que había visto hasta el momento estaban llenas de obras de arte, aquella austeridad le resultó un tanto discordante.

Se fijó en que la estancia tenía dos camas. De modo que no había dos dormitorios idénticos para la señora y el señor de la casa. También podía descartar que allí se hubieran celebrado fiestas complejas. Todo apuntaba a que el propietario ni siquiera había querido que su familia se

sintiera bienvenida.

Qué raro.

Aunque no tan raro como la capilla que encontró tras las dobles puertas. Los bancos estaban dispuestos en tres filas cortas frente a un altar de madera tallada. También había unas pocas sillas de madera con respaldo apoyadas contra la pared a ambos lados de la entrada.

Por supuesto que no era extraño que las casas señoriales de campo más antiguas dispusieran de capilla. Dawnview Hall, la sede del marquesado situada a las afueras de Birmingham, tenía una, pero la mansión había sido construida al menos un siglo antes, por no decir dos. Y tampoco se usaba como tal. Cuando era niño, su madre lo había convertido en su salón privado y solía escaparse allí para leer o hacer sus labores de costura. Al final de su vida, se retiró allí solo para sentarse y contemplar el rincón en el que antaño se había ubicado el altar.

William no estaba seguro de lo que había hecho la nueva *lady* Chemsford con aquel espacio. Las pocas veces que había regresado a Dawnview desde que su padre se había vuelto a casar solo tres meses después de la muerte de su primera esposa, había procurado que sus visitas fueran cortas y se había paseado lo menos posible por la vivienda.

Esta casa, de la que ni siquiera sabía el nombre, aún no tenía cien años y estaba a poco más de tres kilómetros de un pueblo que contaba con dos iglesias. Sin embargo, tenía una capilla que todavía se usaba como lugar de culto.

¿Tan ermitaño había sido el anterior propietario? ¿Habría sido un protestante que rezaba allí solo? ¿O tal vez lo hacía acompañado de quienes usaban las camas del dormitorio más austero? Tal vez uno de esos predicadores que iban de pueblo en pueblo, dando sermones a aquellos que no tenían otro guía espiritual, acudía de vez en cuando a esa capilla para dirigirse a un número limitado de feligreses.

En cierto modo era una idea que le reconfortaba, aunque también resultaba un poco inquietante. Hacía que la casa pareciera aislada del mundo. Y por mucho que ansiara la privacidad y mantener las distancias, no estaba seguro de que quisiera estar apartado de todo.

Hizo un gesto de negación con la cabeza mientras deslizaba la mano por el borde de uno de los bancos. No tenía que llevar una vida solitaria solo porque la casa hubiera sido construida en un lugar perdido. Marlborough estaba a un paseo de allí, a menos si iba a caballo, y las carreteras que lo comunicaban con Londres se conservaban en unas excelentes condiciones.

No había una sola razón que le impidiera administrar el marquesado desde allí, en lugar de hacerlo desde el que siempre había sido el baluarte de la familia. Al menos durante un tiempo. Al fin y al cabo, un escritorio era un escritorio, y quería sentarse frente a uno que no estuviera muy cerca de la segunda esposa de su padre, Araminta, y su hijo, Edmond. Simplemente no podía vivir bajo el mismo techo que la familia que su padre había planeado formar desde el mismo momento en que su primera mujer se había consumido por la enfermedad. La familia que su padre había amado.

Salió de la capilla y se dedicó a echar un vistazo al resto de la primera planta. Al fondo se situaban dos habitaciones pequeñas más, tan austeras como el primer dormitorio de invitados.

Aunque le faltaba algo de decoración, por lo visto iba a tener muchas camas para ofrecer a quien invitara para hacer negocios. Disponía de suficientes obras de artes en la planta de abajo

para mejorar los dormitorios de la de arriba, pero era consciente de que la casa carecía de comodidades. No había encontrado ninguno de los adelantos de los últimos sesenta años. Incluso las sillas parecían menos cómodas que cualquier otra en la que se hubiera sentado últimamente.

Todavía no había visto indicio alguno del equipo de carpinteros que había pedido al abogado que contratara, lo que significaba que aún no habrían comenzado a trabajar en esa planta. Le resultaría bastante fácil convertir todo aquel proyecto en una reforma más extensa. Tal vez algo más parecido a una remodelación. Sin embargo, si empezaba a realizar renovaciones de mayor calado, sería una señal de que tenía la intención de vivir allí durante mucho tiempo.

Como esa había sido su intención original, le sorprendió la sensación de disgusto que acompañó a ese pensamiento. Puede que no estuviera tan preparado como había creído para deshacerse de los convencionalismos.

Los cuadros y estatuas flanqueaban el descenso por las escaleras. No vio ninguna similitud en el estilo o asunto, solo arte. Parecían estar dispuestos sin ton ni son. Por todos los rincones y en todas las paredes.

Bueno, en todas las paredes que el dueño de la casa probablemente vería.

¿Habría algo de valor? No tenía ni idea. Tampoco creía que su padre fuera consciente de que había ganado un museo oculto. De haberlo sabido, se habría llevado cualquier pieza que mereciese la pena a Dawnview Hall. Tal vez una de las primeras personas a las que debiera invitar fuera un experto que pudiera decirle exactamente qué había heredado.

Al final de las escaleras, echó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba, hacia la bóveda de cristal y la luz que entraba a través de ella. El vacío de las cavernosas habitaciones le impactó, o tal vez solo fue la quietud. Nunca había vivido en ningún lugar que no tuviera un personal doméstico completo. Y aunque todos intentaban moverse del modo más silencioso posible, solo con respirar desplazaban el aire de una casa y la llenaban de vida.

Sí, en cuanto tuviera a más sirvientes deambulando por los pasillos, los sonidos distantes de pasos o chirridos, el cierre de una puerta, o incluso el tarareo de algún criado mientras trabajaba fuera, harían que aquel lugar se pareciera más a un hogar. En cuanto conociera todos los rincones y recovecos, reconociera algunas de las obras de arte y se familiarizara con los tablones del suelo que crujían, se sentiría más cómodo.

Sin embargo, esa tranquilidad tenía algo liberador. Allí nadie esperaba nada de él, ni bueno ni malo.

No tenía la reputación de su padre pendiendo sobre un hombro ni las expectativas de su madre cerniéndose sobre el otro.

Podía construir y construiría un hogar allí. Por lo menos uno temporal. Al final tendría que casarse y decidir dónde formar una familia; y podría ser, o no, en Dawnview Hall. Ese lugar era grande y oscuro, con la culpa y el dolor incrustados en las piedras y el mortero de sus robustas paredes.

De pronto, se vio invadido por un agradable olor que le hizo cosquillas en la nariz y lo hizo desistir de seguir vagando por las habitaciones de la planta principal. Intentó seguir el aroma y, antes de darse cuenta, estaba frente a una puerta que había debajo de una de las escaleras principales del enorme vestíbulo. Una puerta que estaba abierta y que revelaba unos escalones de

piedra y unas paredes blancas y lisas.

Las reglas no escritas con las que se había criado decían que no debía cruzarla e ir al otro lado, porque obviamente conducía a los dominios de la servidumbre. Pero en una casa en la que no había ni una sola campanilla, ni criados apostados a intervalos convenientes para enviar mensajes, era imprescindible que las normas cambiaran. Si quería saber cuándo iba a poder comer lo que fuera que estaba oliendo, tendría que regresar a su cuarto e interrumpir a Morris en la laboriosa tarea de deshacer su equipaje o bajar las escaleras él mismo.

Qué raro que encontrara tan perturbadora, y a la vez emocionante, la idea de traspasar ese umbral. Quería tranquilidad. Quería ser un noble más moderno que la mayoría de los que había conocido. Si esas dos cosas traían un poco de novedad y emoción a su vida, que así fuera. Seguro que el resultado valdría la pena.

Sonrió al sentir un leve rugido de tripas y un retortijón en el estómago. Si había una cosa que siempre era igual, sin importar dónde o con quién estuviera, era que con una buena comida todo se veía mucho mejor.



Capítulo 5



Le sorprendió el aspecto de desorden al pie de las escaleras. Tampoco sabía muy bien qué esperaba encontrar. Quizá la limpieza del resto de la casa, a pesar de que supuestamente había un grupo de trabajadores reformando algún lugar de la vivienda, le llevaba a pensar que esa zona también luciría impoluta. No se veía polvo ni suciedad, pero en un rincón había una pila de ropa arrugada, y en el otro, varios cubos junto a una escoba.

Vio varias puertas abiertas en dos de las paredes y una apertura en la tercera que daba a un pasillo.

Pero lo que más atrajo su atención fue el gran arco que se abría en la cuarta, a través del cual podía ver la cocina; de allí provenía el apetecible olor a comida y dos voces femeninas hablando en susurros pero de forma decidida.

—¿Por qué tengo que subir? Reuben le llevó agua para que se diera un baño, así que no voy a arriesgarme a entrar cuando se lo esté dando.

—Si no subes, no sabremos cuándo tenemos que servir la cena. ¿Qué esperas que haga? ¿Que se ponga a gritar por las escaleras?

Hubo un momento de silencio y William tuvo que acercarse al arco para poder distinguir a las dos mujeres, mirándose la una a la otra, inclinadas sobre una mesa de trabajo llena de marcas. Sus cortas estaturas impedían que llegaran muy lejos sobre el tablero, lo que imprimía un toque de humor a la escena de su intensa conversación.

La señora Brightmoor miraba parpadeando a la pequeña rubia, que ya no parecía tan tímida como cuando estuvo en su dormitorio.

—Sí, supongo que no sería muy apropiado, ¿verdad? —terminó diciendo el ama de llaves.

—No. —La mujer que dio por sentado que era la cocinera se apartó de la mesa con un gesto de asentimiento—. Pero teniendo en cuenta que ha bajado las escaleras y en este momento está parado ahí mismo, diría que es un asunto irrelevante.

La rubia dirigió sus ojos azules hacia él, mirándolo durante unos segundos antes de concentrarse en una olla que colgaba sobre del fuego. La señora Brightmoor también se fijó en él, aunque se la veía bastante más sorprendida que a la cocinera. Sin embargo, no apartó la mirada de inmediato. Clavó la vista en él, abriendo los ojos a medida que su rostro perdía color, a pesar del calor de la cocina.

—Milord —dijo al cabo de un rato, levantándose para hacer una pequeña reverencia. Después, miró a la cocinera antes de humedecerse los labios nerviosa y volver a fijarse en él—. La comida todavía no está lista. ¿Quiere que... le haga un recorrido por la casa? —Se separó de la mesa e hizo un gesto hacia las escaleras.

¿Estaba intentando sacarlo de allí?

Separó los pies y arqueó las cejas mientras examinaba la estancia, luchando contra la tentación de cruzarse de brazos en señal de enfado.

—Podemos empezar con la cocina.

Ella se dio la vuelta con gesto completamente confundido mientras miraba las mesas y utensilios que abarrotaban la sencilla estancia. La cocinera se desentendió de ambos, moviéndose con agilidad entre pucheros.

—Yo... bueno... pues aquí está. Esta es la cocina. —La señora Brightmoor señaló las puertas que se alineaban en la pared que William tenía a su espalda—. Allí tiene la despensa, el almacén y el baño. Y ahí la antesala de la cocina.

—Ya veo —masculló él. Se sentía como un completo imbécil. ¿Qué esperaba? ¿Una información pormenorizada de dónde guardaban las ollas y sartenes? No le habría interesado aunque ella se hubiera ofrecido a darle esos detalles.

—Oh... —La señora Brightmoor apretó la boca y se volvió hacia las escaleras. En cuanto estuvo de espaldas a él murmuró—: Entonces, apenas necesita un recorrido por la cocina.

—Supongo que no. —Se puso junto a ella, esforzándose por no reírse ante su propia obstinación. Puede que estuviera haciendo el ridículo, pero había conseguido aturdir a la mujer que no había hecho más que confundirlo, así que tal vez mereciera la pena—. Aunque me gustaría hacer una visita al comedor y que se me ofreciera algún plato de comida.

—Se lo subiré inmediatamente, milord —repuso la cocinera mientras destapaba una cesta llena de panecillos dorados.

A William le habría encantado convertirse en un niño de cinco años y llevarse uno de esos crujientes panes en su breve paseo hasta el comedor, pero ya había dejado bastante de lado el decoro por esa noche.

Abandonar la sencillez de las escaleras y entrar de nuevo en la opulencia de la planta principal volvió a impresionarle. Todavía no estaba acostumbrado a vivir rodeado de tanta abundancia de... de... cosas. Cada estancia por la que le guiaba la señora Brightmoor era más una galería que una habitación funcional.

Cuando llegó al umbral del comedor, se detuvo en seco al ver el mueble más ostentoso y menos práctico que se hubiera diseñado jamás.

Era una especie de mesa de madera oscura y maciza, sostenida por enormes gárgolas intrincadamente talladas en cada esquina. Sus cuerpos y alas se extendían de tal forma que la simple idea de sentarse en ella suponía toda una aventura. Las sillas que la acompañaban tenían un aspecto similar; parecían tronos góticos más que asientos de un comedor.

La señora Brightmoor volvió a hacer una reverencia y salió de la estancia, dejándolo solo para que se sentara sin la incomodidad de tener a alguien observándolo. Una tarea que supuso varios intentos y una complicada maniobra. Al final lo logró, sin clavarse nada, antes de que la comida llegara. Para su sorpresa, la cena se la trajo la misma ama de llaves.

Pero ¿quién más se la iba a llevar si tenía contratado como servicio doméstico a dos mujeres y a un trío de niños? La señora Brightmoor no le sirvió el vino, sino que dejó la botella encima de la mesa para que lo hiciera él mismo. Y si la variedad que tenía frente a sí indicaba algo, le habían servido todos los platos a la vez.

La tranquilidad que se respiraba en el comedor —en realidad, en toda la casa— cayó sobre él como una pesada losa cuando empezó a comer mientras intentaba no clavarse el ala de una

gárgola. Desde luego no era la primera vez que cenaba a solas; había estado viviendo solo y relacionándose con un puñado de amigos con cierta regularidad. Aun así, se encontró a sí mismo raspando el cuchillo contra el plato con más frecuencia de la necesaria, con el único propósito de provocar un ruido que rompiera aquel sofocante silencio.

Mientras movía el brazo para alcanzar el vino, el frufú de la tela también perturbó la extrema clama. Nunca había sido tan consciente de cada movimiento que hacía al comer. Resultaba fascinante y al mismo tiempo perturbador.

Al oír unos pasos acercándose al comedor, dejó el vaso y miró hacia la puerta.

Su extraña y pequeña ama de llaves volvía a entrar en la estancia y depositaba un pudin en la mesa frente a él. Después se marchó, dejándolo una vez más libre para contemplar las llamas parpadeantes del candelabro.

Sintió la tentación de llamarla para poder oír algo más que su propia respiración.

No obstante, estar solo también tenía sus ventajas: no había nadie para presenciar la forma en la que rebañó el cuenco de pudin de pan y mantequilla hasta dejarlo reluciente.

Entonces miró el plato y el cuenco vacíos. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? Normalmente los sirvientes, que esperaban en silencio a un lado, eran los encargados de recoger los platos y cubiertos.

¿Debería marcharse y dejar la vajilla en la mesa?

Cuando la señora Brightmoor regresó, todavía seguía sopesando las diferentes opciones. Sin embargo, en cuanto la vio, su cabeza se llenó de preguntas mucho más complejas que cómo iba a llegar el plato sucio hasta el fregadero de la antesala de la cocina.

Después de todo, puede que aquel silencio constante no fuera tan malo.



Lo último que Daphne quería era volver a estar en presencia de lord Chemsford. En general, le costaba mucho relacionarse con extraños, y ese hombre tenía el control sobre su futuro y el de aquellos a quienes amaba.

Pensar en ellos fue lo que le dio el coraje suficiente para entrar de nuevo en el comedor. Todos, pero Benedict en particular, confiaban en ella, lo supieran o no.

—Si ha terminado, nuestra sirvienta de salón puede limpiar la mesa mientras le enseño la casa.
—Lo dijo clavando la vista en un jarrón colocado tras él para no tener que mirar aquellos ojos azules que parecían analizarla.

Lord Chemsford se movió para ponerse de pie y se golpeó la rodilla contra la cabeza de una de las gárgolas. Daphne lo compadeció interiormente mientras él soltaba con fuerza el aire entre los dientes. Cuando terminó de incorporarse del todo, todavía con una mueca en el rostro, repuso:

—No hace falta que me acompañe hoy. Mañana tendré mucho tiempo libre para deambular por ella.

Y eso era precisamente lo que más le preocupaba a Daphne.

—Dormiré mejor si se siente como en casa, milord, y no será así hasta que conozca la residencia en la que vive.

La joven casi puso los ojos en blanco ante lo insípido de su comentario. Según su experiencia, daba igual lo acogedor que pareciera un lugar, uno necesitaba vivir una temporada en él para sentirse como en casa.

Sin embargo, para su sorpresa, el hombre pareció considerarlo. Ella había estado soltando tonterías a la desesperada, ¿de verdad pensaba el marqués que eso podría tener importancia?

Por lo visto sí.

—Enséñeme la casa entonces —propuso él. Señaló hacia la puerta.

Daphne tragó saliva y forzó una sonrisa. Aunque nunca lo reconocería en voz alta, temía que Jess tuviera razón y fuera imposible mantener al marqués y a Benedict separados en el mismo edificio durante un tiempo indefinido. Pero si usaba las sugerencias que su amiga le había dado para ganar un poco de tiempo, quizá pudiera conseguir algo.

O al menos pensar en una forma de explicar a Benedict que no estaba relacionado de forma directa con un hombre que era igual que él... y no, no podía decirle por qué estaba tan segura de ello.

Caminó de habitación en habitación, intentando recordar cómo hablaba y actuaba un ama de llaves profesional. Había vivido en aquella casa durante doce años. Había sido su hogar, más que ningún otro. La casita del guarda le parecía un poco fría e incómoda, y eso que llevaba allí dos meses. Todavía tenía la sensación de pertenecer al lugar que abrigaban esos muros; un lugar en el que había aprendido a afrontar cada día con valor y a no pensar en el pasado ni en el futuro.

Daba igual que todos los cuadros y obras de arte y los intrincados y costosos muebles se hubieran guardado mientras Kit, Jess, los niños y ella vivían allí. Conocía las paredes, sabía cómo resonaban las risas por toda la casa cuando los chicos corrían descalzos por el suelo de mármol pulido del vestíbulo principal. Sabía qué escalones evitar al subir o bajar las escaleras por la noche para no despertar a los pequeños.

Cuando salió del salón al vestíbulo, deslizó una mano por el marco de la puerta, buscando con el dedo una pequeña muesca en la madera, fruto de la persecución de John a Blake con un atizador de la chimenea.

Desde el vestíbulo, condujo al marqués hasta la sala de música. Resistió la urgente necesidad de tocar con cariño las teclas del gran piano que había en el centro de la estancia. El viejo clavicordio de la casa del guarda no tenía ni punto de comparación, aunque Sarah y ella se turnaban para tocarlo casi todas las noches. Tenía tres teclas rotas y una molesta tendencia a desafinarse. El piano, sin embargo, era lo más cercano a la perfección que había tocado en su vida. Y eso que se había sentado delante de los pianofortes de los salones más elegantes de Londres antes de verse obligada a dejar la capital.

Aunque logró mantener las manos alejadas del teclado, no tuvo tanto éxito con la mirada. El anhelo invadió sus ojos cuando se movió alrededor de la madera reluciente, mientras una melodía se abría paso dentro de su cabeza; sintió un hormigueo en los dedos, deseosa de dar vida a la música. Se mordió la lengua para no tararearla. Habían tomado prestado aquel instrumento, al igual que la casa. Su desconocido benefactor no tenía ni idea de que le había proporcionado un refugio a ella y un hogar para niños a los que habían ido dejando a su cuidado a lo largo de los años.

Y seguramente sería mejor que siguiera sin enterarse.

—Por aquí se va a la sala de retratos —señaló ella, llevándolo por un pequeño pasillo que salía de la sala de música—. ¿Tiene algún antepasado en estas paredes?

Sí. Esa era una pregunta impersonal perfecta y a la vez educada. Se suponía que ella no conocía la historia de la casa.

—No —respondió él, con la cabeza inclinada hacia un lado y las cejas alzadas, como si la pregunta le hubiera dejado perplejo—. No tengo ningún pariente en esas paredes.

Esperó a que lord Chemsford dijera algo más, que le ofreciera alguna explicación, pero entró en la sala en silencio, con las manos en la espalda. Daphne frunció el ceño. ¿Acaso no iba a decirle que su familia jamás había puesto un pie en aquel lugar? Entendía que no le contara que había llegado a ellos gracias a una partida de cartas, pero ¿no informarle de nada? No era así como tenían que transcurrir las conversaciones sociales educadas.

Pero aquella no era una conversación social. Él no tenía ni idea de que ella no era una mera sirvienta, sino una dama —de un estrato más bajo que él, eso sí— y, por tanto, una persona perfectamente adecuada para conversar y lo suficientemente digna de merecer un poco de cortesía por su parte.

Otra de las cosas que seguramente era mejor que no supiese.

Lord Chemsford caminó por la sala, contemplando retrato tras retrato y escultura tras escultura. Era una habitación inútil, construida para el único propósito de exhibir obras de arte y objetos de valor. No habían encontrado indicio alguno de que el hombre que mandó construir la casa hiciera ningún tipo de vida social en ella, así que aquella estancia cavernosa, aunque perfecta para albergar una pequeña reunión o incluso un baile de campo, había sido solo para él.

Un auténtico desperdicio. Pero Dios le había reservado un curioso destino en uno de esos designios tan misteriosos suyos. Aunque los niños pequeños ahora podían corretear y jugar con otros chicos en sus nuevas familias, cuando vivían en esa casa, aquella habitación vacía había sido el lugar donde Kit y ella les permitían dar rienda suelta a sus energías cuando el clima les impedía divertirse fuera.

Pero Kit ya no volvería a estar allí. Se había casado con un hombre que compartía su pasión por proteger a los niños no deseados y, cuando regresaran de su luna de miel, viajarían por el país en busca de familias que acogieran a más pequeños.

Y Daphne se quedaría en el mismo sitio. Cuidando de los pocos mayores que nadie había querido y ayudándoles a forjarse un futuro propio.

Era un buen trabajo, aunque un poco solitario. Sobre todo porque no sabía cuál sería su cometido a largo plazo. ¿Qué pasaría cuando no hubiera más niños que cuidar? ¿Qué haría?

El marqués iba de un lado a otro por la sala, ajeno a las elucubraciones de su ama de llaves, que permanecía incómoda en el umbral. Ahora mismo estaba en el otro extremo de la estancia, acercándose a una de sus piezas favoritas. No era un objeto que hubiera traído el propietario original, sino uno de los pocos recuerdos que quedaban de las mujeres y niños que habían vivido allí.

Se trataba de una mesa de juego diseñada y realizada por Benedict. Había hecho dos, pero habían llevado a la casa del guarda la que estaba en peor estado

Puede que colocarla en aquella galería respondiera al intento de Daphne de dejar una marca, de seguir formando parte de la historia de esa vivienda. Y no solo lo habían hecho con la mesa, también habían «olvidado» otras creaciones de Benedict, así como dos cajas de té decoradas con filigranas que hicieron para vender en el mercado. Una de ellas permanecía en el salón recién reformado y otra en el comedor. Pequeños recordatorios de que hubo un momento en que ese lugar fue un auténtico hogar y no solo una casa.

Lord Chemsford deslizó una mano sobre la mesa. La retiró al instante, cuando involuntariamente presionó el pestillo que hacía girar el tablero de ajedrez incrustado para revelar otro de *backgammon*. Después se arrodilló y buscó alrededor, hasta que encontró los compartimentos que contenían las piezas de ajedrez talladas a mano y las fichas del segundo juego.

—Señora Brightmoor —la llamó—, ¿de dónde han sacado esta mesa?

El orgullo y la seguridad que la pieza le había provocado instantes antes se desvanecieron y dieron paso al temor.

—No sabría muy bien qué decirle, milord. —El miedo a ser descubierta le atenazó la garganta hasta el punto de temblarle la voz—. Cuando empecé a trabajar aquí la casa estaba abandonada.

—Sí —murmuró él—. Según tengo entendido, hace más de veinte años que nadie vive aquí.

—Sí, eso también he oído yo —convino ella.

El marqués se puso de pie y la miró, volviendo a unir las manos a su espalda.

—¿Entonces, estaba vacía cuando llegó?

—Sí, estaba bastante desatendida cuando... yo... empecé.

Él volvió a mirar la mesa con las cejas alzadas.

—Entiendo.

Daphne cambió el peso de un pie a otro. El señor Leighton decía que Benedict era muy innovador con sus diseños de madera. ¿Parecería la mesa demasiado moderna para la casa?

—Hay muchas más obras de arte por ver —adelantó ella—. La casa está llena.

—La casa es un mausoleo de arte. —Frunció el ceño al fijarse en uno de los cuadros—. Aunque este es bastante cuestionable.

—El salón de cristal es impresionante —apuntó Daphne, esperando distraerle del camino que debían de estar tomando sus pensamientos.

Y lo logró, porque enseguida dejó de prestar atención a las paredes para centrarse en ella.

—¿Salón de cristal?

—Por aquí.

Salieron de la sala de música hacia un salón con tal exceso de decoración que ella contenía la respiración cada vez que tenía que limpiarlo. Había cristal por todas partes. Más allá de lo que uno podía esperar —jarrones, candelabros y figuras—, exhibía artículos que llegaban a cuestionar la cordura de sus artífices. Jamás se habría imaginado que alguien necesitara una pluma de escritura falsa hecha de cristal, pero ahí estaba. ¿Y qué decir de las hebras de vidrio del cerco del reposapiés? Eran todo un modelo de la frivolidad.

Esa habitación no conservaba nada de las mujeres y los niños. De hecho, había sido la primera estancia de la que retiraron todas las cosas, guardándolas cuidadosamente y vigilando que los

pequeños dedos de Benedict no rompieran alguna. Era la habitación que más extraña le resultaba, donde solía ir cada vez que necesitaba recordar que ya no vivía allí.

El salón de la parte trasera era otra historia, y mientras veía como lord Chemsford tomaba la iniciativa y entraba en él, pensó en detenerlo e intentar convencerlo de que no hacía falta que visitara esa parte de la casa esa noche, o nunca. Pero no lo hizo.

A pesar de que el señor Leighton y Benedict habían reparado y pintando toda la habitación, devolviéndole el esplendor que no había tenido en mucho tiempo, Daphne todavía pensaba en ella como el enorme comedor. En vez de los sofás rojos y las delicadas sillas de patas curvadas, veía la gran mesa de madera que ocupaba la mayor parte del espacio y que les había proporcionado un lugar para comer, trabajar y estar juntos como la familia que habían sido.

Lord Chemsford fue directamente hacia las puertas de doble hoja de cristal y las abrió, contemplando el panorama que se veía desde allí. Daphne sabía perfectamente cuál era. Había estado en ese mismo porche todas las noches, contemplando el reflejo de la luna. Allí habían hablado de todo y tomado todas las decisiones. Y habían usado tanto sus puertas que una de ellas se rompió y la reemplazaron por un tablón de madera. Por eso aquel salón había sido lo primero en reformarse. Porque había en él mucha vida que borrar.

Gran parte de «su» vida.

De pronto se sintió exhausta. Hasta el punto de dudar si sería capaz de andar hasta la casa del guarda y meterse en la cama.

—Pues ya ha visto casi toda la planta principal —señaló Daphne con una sonrisa forzada—. Seguro que está cansado por el viaje.

El marqués se volvió hacia ella con las cejas arqueadas.

—Creía que había dicho que era necesario conocer una casa para dormir bien en ella.

—Eso fue antes de darme cuenta de lo tarde que era. Es imposible que pueda ver la casa entera esta noche. Lo mejor es que pase un tiempo en sus habitaciones para que se sienta completamente instalado.

Como única respuesta, la miró fijamente. Por su mente pasaron todas las cosas que ese hombre podía estar pensando. Pocas de ellas eran halagüeñas y la mayoría seguramente cuestionaban su salud mental o inteligencia, pero en ese momento no podía importarle menos. Ahora solo necesitaba que él aceptara sus excusas y se retirara.

Por fin, al cabo de un rato, le oyó decir:

—Haga que traigan agua a primera hora de la mañana para que pueda afeitarme.

Ella le ofreció una pequeña reverencia y contuvo el aliento mientras él salía del salón y subía las escaleras hacia el dormitorio. Cuando desapareció de su vista se escabulló a la cocina, donde Jess estaba haciendo los preparativos para el día siguiente.

—¿Cómo lograbas hacer esto todos los días? —preguntó, abrazándose a sí misma apoyada en la mesa de madera—. Tengo el corazón en la garganta y estoy a punto de ahogarme por el miedo a que descubra todo lo que ha sucedido en esa casa. Sé que no hay forma de que se entere y que Benedict ahora mismo no está aquí, por lo que no hay ningún peligro real en este momento, pero no puedo evitar sentir de que la realidad va a terminar golpeándome de lleno.

Jess terminó de apilar los platos limpios.

—Oh, claro que va a terminar golpeándonos de lleno. —Le pasó una bandeja para que la colocara en el estante, junto a las demás—. Tu única esperanza es retrasarlo hasta que podamos apuntalar nuestras defensas. Solo intenta mantenerte alejada de su camino todo lo posible. Si no puede hablar contigo, menos probabilidades hay de que metas la pata.

Daphne agarró la bandeja con el ceño fruncido.

—Siempre has sabido cómo reconfortar a una chica —replicó secamente. Pero Jess compensaba su falta de tacto con su sentido práctico. Daphne se mantendría alejada del marqués a menos que las tareas domésticas o la necesidad de distraerlo de la presencia de Benedict indicaran lo contrario.

Mantenerlos separados iba a ser una tarea difícil. Y todavía tenía que cuidar de la casa. E idear un plan que les sirviera a largo plazo.

Iban a ser unas semanas muy largas.



Capítulo 6



La situación le resultaba de lo más irónica. A pesar de que había reconocido que la idea del ama de llaves de recorrer la vivienda para sentirse como en casa y poder dormir mejor tenía cierta lógica, en ese momento estaba tumbando con la vista clavada en el techo y sin poder pegar ojo por el palpitante dolor que le golpeaba el cráneo.

Esa era una de las razones por las que no viajaba tanto como muchos de sus pares. Los lugares desconocidos solían producirle dolor de cabeza. Nuevos entornos, nuevas camas, nuevos sonidos y olores. Le costaba una semana de migrañas acostumbrarse por completo y relajarse. Una semana de jaquecas cada vez que iba a cualquier sitio era motivo suficiente para que fuera reacio a viajar.

Normalmente, si conseguía concentrarse en respirar y hacía caso omiso del dolor lo suficiente como para conciliar el sueño, por la mañana se sentía mejor. Esa noche, sin embargo, el dolor le estaba produciendo náuseas, parecía como si se deslizara por su espina dorsal hasta caer en su estómago.

Se dio la vuelta, con la esperanza de aliviar la presión en las sienes si se acostaba de lado. Pero no lo consiguió y emitió un gruñido bajo y áspero. El aumento de dolor le contrajo el estómago y tuvo que incorporarse hasta sentarse. Trató de respirar a pesar de las náuseas, pero sufrió una oleada de toses que le obligaron a llevarse las manos a la cabeza. Si apretaba lo suficiente, ¿le saldría el dolor por los oídos?

Alertado por la tos, Morris entró en el dormitorio envuelto en una de las batas de William que le había regalado el año anterior. Llevaba la mitad del cabello enmarañado y pegado a la cabeza y la otra perfectamente peinado. El farol que sostenía envió un resplandor parpadeante sobre la cama que hizo que lord Chemsford levantara la mano para protegerse de la luz.

—Milord, ¿es su cabeza, señor? —preguntó el ayuda de cámara.

William gruñó. Otra respuesta habría requerido demasiado esfuerzo.

—¿Quiere que llame al ama de llaves, señor? Incluso con un personal tan escueto deben de tener una dispensa con algunos medicamentos. —Morris era demasiado profesional y estoico como para mostrar cualquier atisbo de burla en el rostro, pero su voz lo delató por completo.

—Sí —aceptó él, con el tono de voz más bajo posible para que el dolor no fuera a más—. Despierta al ama de llaves.

El sirviente se marchó de inmediato y él cerró los ojos antes de intentar buscar alivio apoyando la cabeza en la almohada.

Cinco minutos después Morris regresó al dormitorio, pero lo único que llevaba en la mano era el farol.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, volviéndose a incorporar.

—No encuentro a la señora Brightmoor.

—¿No está en su habitación?

Morris se aclaró la garganta.

—No creo que tenga una habitación aquí, milord.

—¿Qué? —Le costaba mucho pensar con aquel martilleo en el cerebro, pero le parecía haber entendido que su ama de llaves no tenía un cuarto propio en la casa.

—Me temo que usted y yo somos los únicos que ahora mismo estamos en esta casa, señor. Las alcobas del ático están vacías, y aunque en las habitaciones de la zona de servicio hay camas amontonadas, no he visto indicio alguno de que nadie las esté usando para otra cosa que no sea almacenaje.

William se levantó del lecho, impelido por la intención de comprobar por sí mismo las extravagantes afirmaciones del ayuda de cámara. No podía ser verdad. Pero Morris no solía hacer ese tipo de bromas. En realidad, nunca bromeaba.

Para su sorpresa, ponerse de pie le calmó las náuseas, incluso le alivió el golpeteo en las sienes lo suficiente como para poder pensar. Se pasó una mano por la frente.

—Esa mujer tiene que estar en algún lado.

La casa estaba demasiado lejos de todo para ir y venir todos los días. Puede que los niños acudieran desde alguna granja cercana, pero en ese momento no le importaba si dormían en el sofá de la sala de estar, a menos que supieran dónde estaba la despensa y si guardaba algún medicamento que pudiera aliviarle el dolor de cabeza.

—Creo que vi una casa pasado el jardín. —Podía enviar a Morris, pero si estar de pie le ayudaba, puede que caminar también le viniera bien—. Tráeme botas, unos pantalones y una levita.

—Ahora mismo, milord.

Estaba hecho un desastre, pero no le importó. Se hizo con el farol y salió a la oscuridad. El frío de la noche mitigó el dolor. Después de respirar hondo unas cuantas veces, empezó a sentirse casi aliviado por completo.

Tal vez debería sacar un catre al jardín y dormir bajo las estrellas.

La casa del guarda tenía el mismo aspecto de abandono controlado que parecía invadir toda la propiedad. Lo suficientemente cuidada para no aparentar mal estado, pero no en condiciones óptimas.

Tras un momento de duda, llamó a la puerta. Si no había nadie, iba a sentirse como un auténtico idiota; pero no había testigos, así que su vergüenza sería limitada.

No obtuvo una respuesta inmediata. Lo más probable era que las alcobas estuvieran arriba, así que volvió a llamar con un poco más de fuerza.

Oyó murmullos y correteos de un lado a otro antes de que la puerta se abriera finalmente para mostrar a una señora Brightmoor bien envuelta en una vieja bata rosa y con el cabello castaño recogido en una trenza que le llegaba a mitad de la espalda. La mujer se frotó los ojos como si todavía estuviera medio dormida.

—¿Mi... milord?

—¿Por qué está aquí abajo?

—Vivo aquí. —La vio mirar hacia atrás y después se volvió hacia él, entrecerrando la puerta un poco más.

La situación le recordó tanto al momento que se habían conocido en la entrada de su propia

casa que decidió firmemente entrar en la vivienda. No tenía ni idea de lo que haría en cuanto estuviera dentro, pero le dolía la cabeza, así que no iba a preocuparse porque todos sus pensamientos no fueran precisamente lógicos.

Quería entrar y quería un remedio para el dolor de cabeza. Y no había motivo alguno para que no pudiera obtener ambas cosas. Puede que hasta una le proporcionara la otra. Si ella vivía allí, tal vez guardara los medicamentos dentro.

—Aunque reconozco que parece una razón bastante endeble para despertarla en medio de la noche, me temo que tengo dolor de cabeza. Y si no hago nada para que se atenúe, no dormiré y no me encontraré muy bien durante los próximos dos días.

Ella abrió los ojos y relajó la postura. Después dejó de sujetar la puerta y esta se abrió unos pocos centímetros más.

—Qué mal. Tenemos varios tratamientos en la despensa de la casa que puede probar para ver si le alivian el dolor. —Bajó la mirada y se apretó la bata—. Deje que... Deme un momento y le daré lo que necesita.

William asintió y esperó a que ella le dejara entrar, pero no lo hizo. Volvió a agarrar la puerta como si tuviera toda la intención de dejarlo fuera.

—Señora Brightmoor, es de noche, hace frío y la hierba está mojada. —En realidad, el aire nocturno le estaba haciendo más bien que mal y sus botas lo protegían del rocío acumulado. Pero ella no tenía por qué enterarse de eso.

—Cierto. —Miró a su espalda una vez más y abrió la puerta—. ¿Quiere entrar? No tardaré mucho.

Él cruzó el umbral sin decir una palabra y ella se apresuró hacia las escaleras que había en medio de la estancia. A la derecha, una puerta daba a un área grande y vacía. En un rincón cercano a él, había una mesa pequeña con unas sillas.

A su izquierda estaba la zona de la sala de estar con un clavicordio, que parecía sacado de la basura, apoyado contra la pared trasera. En el centro había varias sillas dispuestas en círculo; y contra la pared más cercana a la puerta, una extraña mesa ovalada que parecía tener una silla unida a uno de sus largos bordes.

Se acercó a ella, aunque se detuvo al oír un ruido que provenía de la puerta que había en el otro extremo de la habitación y que presumiblemente conducía a una pequeña cocina. Estuvo atento pero, al no oír nada más, siguió su camino hacia el mueble que había captado su atención.

Tal vez husmear no le proporcionaría información sobre su ama de llaves, pero lo distraería del palpitar que sentía detrás de los ojos.



—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Jess. Daphne había regresado a la habitación que compartían y se ponía un abrigo sobre el camisón y la bata.

—Buscando la despensa —respondió, mientras sacaba sus botas de debajo de la cama—. Necesita algo para el dolor de cabeza. —Sentía el corazón en la garganta al pensar en todo lo que podía salir mal con ese hombre en la pequeña casa. Apenas se habían molestado en ocultar la

historia de la propiedad o la presencia de los niños que quedaban. Intentó ponerse las botas y caminar hacia la puerta al mismo tiempo.

No tuvo mucho éxito.

—¿Y cree que la despensa está aquí, en la casa del guarda? —Jess puso los ojos en blanco y fue a por su abrigo.

—No, cree que su ama de llaves está aquí. —Se detuvo el tiempo suficiente para terminar de ponerse las botas—. Quédate. No necesitamos que descubra que los niños y tú también dormís aquí. Podría enterarse de todo. —Se volvió hacia la puerta, pero cuando tenía la mano en el pomo, se paró de nuevo—. Puede que tengas que ayudar a Reuben a sacar su cama de la cocina cuando nos vayamos. Se volcó cuando la metimos allí. Ahora mismo está sentado contra la puerta para que lord Chemsford no pueda entrar.

Jess ladeó la cabeza y la miró.

—¿Crees que no ha revisado ya todas las habitaciones de la casa y no se ha dado cuenta de que ninguno de nosotros dormimos allí? —Hizo un gesto de negación con la cabeza y movió la mano indicando que saliera—. Da igual. Ayudaré a Reuben. Al fin y al cabo tú sabes más de medicamentos y de cuidar a la gente.

Daphne frunció el ceño, pero salió al pequeño rellano que había entre la habitación de ambas y la de Sarah y Eugenia. No importaba lo que Jess creyera; se recordó la gran diferencia entre especular sobre algo y saberlo a ciencia cierta.

Y a ningún hombre le gustaría saber que tres mujeres y una docena de niños habían invadido su casa, con independencia del motivo por el que lo hicieran. O al menos eso pensaba ella.

Pero tal vez él lo viese con buenos ojos.

Podría decirle: «¿Sabe que durante los últimos doce años Haven Manor ha sido un refugio para niños que, de otro modo, seguramente habrían muerto cuando sus madres hubieran terminado en asilos para pobres?».

Y él le contestaría: «Qué uso tan extraordinario para una casa vacía».

«Sí», continuaría ella, «y gracias a que esos niños han estado aquí, sus madres pudieron aspirar a un futuro que, de otro modo, les habría sido negado. Retomaron sus vidas y la mayoría aprovecharon esa segunda oportunidad para ayudar a otras personas».

«Y yo aquí pensando en convertirlo en mi propio hogar... Su plan es mucho mejor. Quédense con la mansión y yo viviré en la casa del guarda».

Ella se reiría. «No hace falta. Mi amiga Kit ahora está casada con lord Wharton y han estado viajando por toda Inglaterra en busca de familias que quieran acoger a esos niños no deseados como propios. Es probable que los mayores todavía tengan que buscar trabajo y abrirse su propio camino en el mundo, pero no es tan malo. Solo quedan tres, cuatro si cuenta a Benedict».

Casi dio un traspié en el último escalón. Imaginarse hablando de Benedict con lord Chemsford fue suficiente para sacarla de inmediato del mundo de color de rosa que solo existía en su cabeza.

Tomó una profunda bocanada de aire y entró en la habitación de abajo y en la realidad. Si le contaba al marqués lo que habían estado haciendo, incluso en los cuatro últimos meses, seguramente los expulsaría de su propiedad y acabaría con la carrera de Nash como abogado.

Por lo que lord Chemsford sabía, Nash era simplemente el abogado que supervisaba el

mantenimiento básico de una finca prácticamente abandonada.

Pero era mucho más que eso.

Durante los primeros meses de vida de Benedict, Kit y ella habían estado manteniéndose a flote gracias a la caridad de la señora Lancaster. Aun así, decidieron hacer cuanto pudieran para ayudar a Margareta, una vieja amiga que estaba embarazada y había huido de su casa. Pero entonces Nash se enamoró de Margareta y todos ellos se embarcaron en la misión de salvar a otras mujeres que no tuvieran a quién recurrir, y a sus hijos.

Algo muy noble, sí, pero no era eso para lo que el marqués les había estado pagando.

El marqués, como se había temido, no estaba mirando las escaleras cuando ella apareció, sino inspeccionando el escritorio que había cerca de la puerta. Se trataba de uno de los diseños de Benedict. La silla se metía dentro y encajaba perfectamente en la mesa, creando un óvalo perfecto. Cuando se sacaba la silla, la parte superior se abría, revelando un tintero y una bandeja para apoyar las plumas, y la parte central del tablero se inclinaba hacia arriba, ofreciendo una superficie excelente para dibujar o escribir.

—Es un mueble fascinante. —Lord Chemsford sacó la silla y la volvió a colocar.

—Sí —convino Daphne, aclarándose la garganta—. Su dolor de cabeza, ¿recuerda? Tenemos que subir a la casa y conseguir lo que necesita. Aquí no hay nada. —Intentó esbozar una sonrisa mientras cruzaba la estancia y salía, deseando que la oscuridad hiciera parecer más real su fingida tranquilidad.

Él se puso a caminar a su lado, sosteniendo con firmeza el farol mientras caminaban por la hierba.

—¿Por qué está en la casa del guarda?

Llevaba pensando una respuesta a esa pregunta desde que lo había dejado entrar a la vivienda, pero no había encontrado ninguna verosímil. El rocío le humedecía el dobladillo de la bata, lo que demostraba lo ridículo que era hacer un trayecto de ese tipo a diario.

Como no tenía una excusa creíble, decidió quedarse lo más cerca posible de la realidad. Responder vagamente y dejar que él imaginara lo que quisiera. Lo que se le ocurriera sería mejor que la verdad.

—Ahora mismo hay un número limitado de habitaciones para el servicio doméstico. Las alcobas del ático estaban en bastante mal estado antes de que yo llegara y, desde entonces, han sufrido otros tantos daños a causa de la lluvia.

Muy bien. Solo la verdad. Era cierto que únicamente las habitaciones de abajo, las cercanas a la cocina, estaban en condiciones de habitabilidad. Las camas de los sirvientes, que antaño se habían alineado en los dormitorios del primer piso para que los niños las usaran, ahora se apilaban en dos alturas en los cuartos de abajo. No le había dicho nada del paradero de Jess y los otros. Con suerte, el marqués pensaría que estaban en algún lugar fuera de la casa, o incluso en el establo, y que solo ella dormía en la casa del guarda.

Aunque que ella ocupara esa vivienda era terriblemente presuntuoso por su parte. Normalmente se reservaba para los administradores u otros empleados de rango superior.

Pero como él no dijo nada sobre el asunto, ella tampoco lo hizo.



Capítulo 7



Daphne entró en la casa por la puerta que conducía directamente a la cocina. El marqués la siguió y ella sintió que volvía a sudar por su presencia. Había conseguido sacarlo de la casa del guarda, sí, pero ahora lo tenía en el área de servicio; una zona que siempre habían considerado segura. ¿Cuántas evidencias del auténtico destino que habían dado a aquella casa habrían dejado allí? Habían ocupado todas las habitaciones de abajo, cuando en teoría deberían llevar más de dos décadas sin apenas tocarse.

Si él entraba en la despensa, con los estantes repletos de tónicos, hierbas y remedios propios de una vivienda llena de niños, iba a empezar a hacer preguntas.

Y no sabía si iba a poder responder.

—¿Por qué no se sienta aquí? —Dio una palmada en un taburete junto a la mesa de trabajo de la cocina y le quitó el farol con suavidad—. Voy a por la quinina y los ingredientes para un té de corteza de sauce.

Se dirigió hacia la despensa, esperando que él la hubiera hecho caso, pero los pasos que oyó detrás de sí le demostraron lo contrario.

Lo único que podía evitar que esa noche todo se viniera abajo era que la puerta de la despensa estaba un poco torcida. Costaba mucho abrirla más de unos pocos centímetros y producía un chirrido horrible. Sabía perfectamente dónde estaba todo lo que necesitaba. Debería ser fácil meterse en el cuarto y conseguirlo todo rápidamente.

Pero ¿y si él asomaba la cabeza? ¿Podría darle una explicación convincente? Soltó un suspiro. En ese momento entendió por qué le gustaba inventarse historias solo en su cabeza. Porque mentir y tergiversar en la vida real era agotador y bastante estresante.

El chirrido de la puerta raspando contra el suelo fue más fuerte y desagradable de lo que recordaba, reverberando a través del pasillo de piedra lo suficiente como para que se estremeciera por dentro, y eso que no era ella la que estaba sufriendo el dolor de cabeza.

Oyó el gemido del marqués antes de verlo apoyarse contra la pared, con los ojos cerrados y las manos presionándose la cabeza. Sintió una enorme lástima por el evidente malestar del hombre, pero su momento de angustia le ofreció la oportunidad de oro que estaba esperando.

Ya había abierto la puerta lo suficiente para poder entrar, así que se deslizó en la despensa y se hizo a toda prisa con todo lo que necesitaba. A pesar de que detestaba causar dolor a alguien, volvió a cerrar la puerta, provocando otro chirrido insufrible que debió de ir directo a la cabeza del marqués, pues soltó otro gemido.

—Lo siento —dijo ella, antes de empujarlo hacia la cocina.

Él se dejó caer con cuidado sobre el taburete. Después, cruzó los brazos en la superficie de la mesa y hundió la cabeza entre ellos. Se fijó en aquella mata de enmarañados rizos rubio oscuro que se curvaban en las puntas, disparándose en varias direcciones. En eso era un poco distinto a Benedict. Su cabello era completamente liso, incluso cuando necesitaba un buen corte.

Dejó el farol en la mesa y dejó de pensar en su hijo y en todo aquello que no tuviera que ver con la misión que se traía entre manos. Ahora que había neutralizado cualquier amenaza inminente, pudo concentrarse en cuidar a otro ser humano. Era lo más fácil a lo que había tenido que enfrentarse desde la llegada de lord Chemsford. Sabía cómo hacerlo. Al fin y al cabo, había sido la que se había encargado de desinfectar los raspones de las rodillas y besar los dedos que habían sufrido algún percance. Había calmado las rabietas y se había levantado en medio de la noche para ayudar y consolar a los pequeños.

El hecho de que ahora se tratara de un hombre adulto que podía arruinarle la vida —otra vez— y no alguno de sus chicos no cambiaba en nada el procedimiento.

Se movió rauda por toda la cocina. Avivó el fuego, puso a calentar la tetera y sumergió un paño en el cubo de agua fría que había cerca de la puerta para poder colocárselo en la nuca antes de elaborar el remedio que necesitaba.

En aquella casa habían preparado té de corteza de sauce en varias ocasiones para los dolores de cabeza, junto con una dosis de quinina cuando eran especialmente intensos. Pero el té tenía que estar un rato en infusión, por lo que se preguntó qué otra cosa podía hacer, algo que ayudara a que el marqués empezara a recuperarse.

Cuando los pequeños tenían un dolor tan fuerte, hacía reposar sus cabezas en el regazo y les acariciaba el pelo.

Pero eso no parecía muy apropiado en este caso.

Sin embargo, pensar ello hizo que le hormiguearan los dedos por las ganas de tocar su pelo. ¿Sería igual que acariciar el de Benedict? ¿O sería distinto al tratarse de un hombre guapo?

Porque sí, era guapo. Antes no había querido reconocerlo, ni siquiera para sí misma, pero esa noche tan oscura y tranquila parecía estar hecha para confesiones silenciosas. Su rostro poseía una seriedad muy atractiva, con unos ángulos fuertes, definidos e interesantes a la luz del farol mientras alzaba la cabeza y se colocaba el paño húmedo en la frente.

Entonces él abrió los ojos, de un azul fascinante, y se encontró con su mirada. Incluso dolorido como estaba, no daba la sensación de ser del tipo de hombre que huía de sus responsabilidades, que eludía sus deberes, que se proponía arruinar a propósito la reputación de una mujer.

¿Cómo de diferente habría sido su vida si años atrás hubiera conocido a un hombre así en la pista de baile? Alguien que la hubiera llevado consigo a una finca aislada en medio del campo para llevar una vida tranquila. Podría haber sido la señora de un lugar como Haven Manor en vez del ama de llaves.

Lord Chemsford ladeó la cabeza, arqueando una ceja de forma inquisitiva mientras ella permanecía allí de pie, mirándolo fijamente y dejándose llevar por esa imaginación que le había ocasionado tantos problemas a lo largo de los años. Una imaginación que tenía que guardar a buen recaudo. Únicamente había permitido que se mezclara con la realidad en una ocasión. Y eso había traído como consecuencia la ruina de su reputación y que tuviera que huir de Londres, con su mejor amiga a su lado.

Entonces su futuro era incierto. Más o menos como en ese momento.

—Esto no es lo que suelo usar para aliviar el dolor —murmuró él, después de tragarse la quinina.

Ella colocó el té delante de él, intentando rehuir su mirada.

—Bébase esto.

Tomó un gran sorbo antes de volver a dejar la taza en la mesa y girarla despacio, observando el líquido turbio.

—¿Cuál es el verdadero motivo por el que no vive en esta casa?

—Es un lugar bastante grande para que alguien viva solo, ¿no cree? —Se dio cuenta de que eso era precisamente lo que iba a hacer él. O lo que pensaba que haría. ¿Se veía a sí mismo solo o tendría también en cuenta a los sirvientes? Aunque, por el momento, solo compartía techo con el señor Morris.

—Mmm. —Él se llevó de nuevo la taza a los labios y le dio otro buen trago, mientras con la otra mano alcanzaba el bote de medicina y lo hacía rodar entre sus largos dedos—. Me alegro de que tuviera esto.

Daphne iba a decirle que tenían remedios para casi cualquier enfermedad o heridas de poca importancia, pero cerró la boca en el último momento y se limitó a sonreír. Aunque había pasado mucho tiempo desde que había tenido sirvientes, recordaba que tenían que permanecer en silencio e intentar llamar la atención lo menos posible. Algo que a veces había envidiado cuando la obligaban a acudir a algún evento social.

Sin embargo, aunque en los últimos años había aprendido a realizar una enorme cantidad de tareas, no se sentía como una sirvienta. La habían criado para atender cualquier conversación educada. Esas dos ideas lucharon en su mente mientras se disponía a hablar.

—¿Le duele la cabeza a menudo?

—Cuando viajo. Sobre todo cuando duermo en un lugar nuevo. Supongo que debe de tratarse de algo que flota en el aire, aunque esta noche el haberme levantado me ha aliviado bastante el dolor —respondió en voz baja, Daphne no supo si por ser de noche o por el dolor.

Volvió a preguntarse si no sería mejor escabullirse y dejarle tomar el té en silencio, como haría todo buen sirviente, pero le pareció un poco grosero por su parte irse. Cuando se encontraba mal no le gustaba estar sola. Quería que alguien la mimara y le dijera que pronto se iba a sentir mejor.

No podía hacer lo mismo por él, pero sí hacerle compañía. Si él quería, por supuesto. Algo que no podía preguntarle.

Tampoco podía irse. En el fuego había algo más que ascuas y tenía que esperar a que Jess llegara y empezara a cocinar. Luego regresaría a la casa del guarda y se vestiría adecuadamente para el día.

De modo que se pondría a sí misma en una situación comprometida. Se sentó en el otro taburete, el más alejado del extremo en el que estaba sentado él y contempló el crepitar del fuego. Se quedaría allí, pero en silencio. Y si el marqués quería mantener una conversación, que la iniciara él mismo.

No lo hizo. Se limitó a quedarse callado, contemplando también las llamas.

Daphne dejó que su mente vagara una vez más.

Si se hubiera casado con un hacendado de campo o un clérigo, como siempre había pensado que haría, esa podría haber sido una noche cualquiera de su vida. Con los dos sentados delante del fuego, mientras ella se ocupaba del dolor que le aquejaba.

O tal vez fuera él el que la cuidara. ¿Y si hubiera sido a ella a quien le doliera la cabeza? ¿Y si su marido criado en el campo le hubiera preparado el té y quitado las horquillas del pelo?

Sería bueno cuidar de alguien que también pudiera protegerla a ella. Los niños eran maravillosos y Daphne los adoraba, pero en esa relación el cuidado era unidireccional. Y aunque había considerado a Kit como algo más que una hermana y Jess se había convertido en una amiga muy querida, ninguna de las dos había tenido un carácter muy maternal.

Se le escapó un suspiro antes de darse cuenta de que no estaba sola con su imaginación.

—Gracias.

—De nada. —Se volvió hacia él instintivamente para encontrarse con su atenta mirada. ¿Cuánto tiempo llevaba observándola? ¿Se habría preguntado qué estaba pensando? ¿Quería ella que fuese así? Se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia el farol—. ¿Le ha ayudado en algo?

—Sí. —Él se pasó una mano por el cabello y por la nuca—. De hecho funciona mucho mejor que cualquier otra cosa que haya probado antes. Ahora me voy a la cama. Si necesito algo, se lo haré saber al señor Morris.

—Dejaré el remedio aquí durante unos días para que no sea difícil encontrarlo. —No iba a permitir que el ayuda de cámara se acercara a su despensa. Era obvio que le traía sin cuidado estar en una casa aislada de lo que él seguramente consideraba el mundo civilizado y sin personal suficiente. Cuando fue a recoger su cena para llevársela a su habitación no se había dignado a dirigir la palabra a nadie.

Forzó una sonrisa dirigida a Lord Chemsford mientras él se levantaba del taburete. Cualquier reticencia ante el ayuda de cámara no era problema del marqués. Ni tampoco que tuviera que pasar esa noche en la cocina para vigilar el fuego. Ese era el tipo de preocupaciones que los sirvientes no compartían con los señores de la casa.

—Buenas noches.

Lord Chemsford asintió, recogió el farol de la mesa y abandonó la cocina.

Y ella se quedó sola.

Unos sonidos suaves invadieron el sueño de Daphne, devolviéndola al mundo real. Alzó la cabeza y parpadeó. Todos los dolores y molestias ocasionados por haber dormido apoyada en la mesa de cocina se hicieron patentes sin misericordia alguna. De su garganta escapó un gemido mientras se estiraba antes de saludar con un murmullo a Jess y a Eugenia.

La muchacha se acercó a ella, con su trenza rubia oscura balanceándose, y la abrazó.

—Mamá Jess me dijo que te dejara dormir, aunque tenías que estar muy incómoda.

Daphne le colocó un rizo que se le había escapado de la gruesa trenza.

—A veces la comodidad no es lo que más importa.

Eugenia asintió frunciendo la boca con seriedad, aunque inmediatamente después suavizó el gesto y continuó recogiendo los utensilios de cocina que Jess necesitaba para preparar el desayuno.

—Tiene sentido. No siempre me gusta lo caliente que mamá Jess pone el agua de fregar, pero así consigue que las ollas se limpien con más facilidad.

—Exacto. —Daphne reprimió una sonrisa mientras miraba a su amiga, que estaba negando con la cabeza a la vez que cortaba pan y lo colocaba sobre la rejilla de tostar.

—Su señoría sigue en la cama. Así que esta mañana no saldrá a montar a caballo.

Las tres volvieron sus cabezas hacia la puerta de la cocina y se encontraron con el señor Morris. A pesar de ser tan temprano, iba vestido con sobriedad y sin una sola arruga, además de llevar el pelo impecablemente peinado y unas botas tan relucientes que Daphne estaba segura de que podía ver su propio reflejo en ellas desde esa distancia. Aquello bastó para ser plenamente consciente de que ella iba vestida con una bata desgastada y unas botas sin brillo alguno que no se había atado del todo la noche anterior.

—Qué interesante —intervino Jess, sin ralentizar sus movimientos—. ¿Y qué quiere que hagamos con esa información?

—Que se lo notifiquen al muchacho del establo. Seguro que ya le han ordenado que se encargue de los preparativos de la mañana. —Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo y su rostro adquirió una expresión de disgusto que probablemente respondía a su estado natural.

Daphne se dispuso a levantarse para comunicar el mensaje. De todos modos tenía que ir a la casa del guarda y el establo quedaba a mitad de camino. Además, aquello la alejaría de la cocina y de una de las personas que habían irrumpido en su vida y con la que todavía no tenía muy claro cómo actuar.

Pero la mirada cortante que recibió de Jess hizo que no despegara el trasero del taburete. De pronto, sintió una inmensa fascinación por el borde deshilachado del abrigo que se había puesto la noche anterior. Enroscó un hilo suelto alrededor de los dedos y esperó que nadie se diera cuenta de que estaba bañada en un sudor frío.

—Reuben es más un chico para todo que un empleado del establo, pero estoy segura de que al señor Pasley le gustará conocer el cambio de planes de lord Chemsford. —Jess señaló con el cuchillo la puerta—. El modo más rápido de llegar al establo es saliendo por ahí y tomando el camino de la derecha. Después, tome el desvío a la izquierda.

El ayuda de cámara se alisó la su levita y resopló, curvando el labio en una mueca. ¿De verdad se iba a poner a discutir con Jess? Nadie discutía con Jess. Bueno, podían discutir una vez, pero nadie lo hacía dos veces, porque la disputa solía terminar con ella lanzando un cuchillo a la mesa de madera que había al otro lado de la cocina. Una vez incluso vio cómo cortaba una pluma de una bota que se encontraba a veinte pasos de distancia. Hasta el momento no le había clavado ningún cuchillo a nadie —la bota no la llevaba nadie puesta en el momento del desplume—, pero esa mañana parecía estar considerándolo seriamente.

Daphne no pudo evitar compadecerse un poco de ese hombre. Era obvio que debía de estar acostumbrado a trabajar en otras condiciones. Aun así, no tenía por qué mostrarse tan prepotente.

Al verle abrir la boca, contuvo el aliento, pero él se limitó a preguntar:

—¿A qué hora se sirven las cenas?

—Se las serviré a su señoría cuando le plazca —contestó Jess, continuando con su trabajo—. Pero el servicio cena a las nueve y media, salvo que lord Chemsford necesite algo.

El labio superior del hombre se curvó aún más cuando miró a Eugenia, que esbozó una amplia sonrisa y lo saludó con la mano antes de llevar un cubo de agua templada a la antesala.

—¿Todo el servicio?

—Sí. —Jess dejó caer su cucharón sobre la mesa y apoyó las manos sobre la superficie de

madera, demasiado cerca del cuchillo que había usado para el pan. Pero no lo alcanzó; simplemente se apoyó un poco más en la mesa para poder atravesar mejor con la mirada al ayuda de cámara—. Todo el servicio. Ya voy a tener que mantener la comida caliente y lista para dos horarios distintos, como para añadir un tercero...

—Pero... —El señor Morris empezó a protestar, obviamente molesto porque un sirviente de rango superior tuviera que compartir la cena con simples criadas y humildes mozos de cuadra. Sí que iba a discutir con Jess.

Daphne intentó encogerse aún más mientras Eugenia asomaba la cabeza por la puerta entreabierta de la antesala, con los ojos abiertos de par en par, contemplando la escena.

Jess agarró el cuchillo y lo que quedaba del pan que había estado cortando.

—Ni-se-le-ocurra. —Enfatizó cada palabra con un rápido corte de pan.

Daphne se mordió los labios para no echarse a reír. Ese hombre no le había causado muy buena impresión el día anterior. Pero estaba claro que Jess lo tenía entre ceja y ceja.

El ayuda de cámara tragó saliva y se apresuró hacia la puerta.

—Creo que le llevaré mi propio mensaje al señor Pasley.

—¿Me hará el favor de decirle que la cena se sirve a las nueve y media? —preguntó Jess con una sonrisa irónica—. Y si pudiera tener a lord Chemsford listo para cenar a las nueve, le serviré la comida recién hecha.

El hombre volvió a hacer una mueca. Desde luego se le daba bastante bien poner la cara más fea.

—Su señoría bajará cuando le plazca. Y si no bajo a esa hora de las nueve y media que usted ha impuesto, espero que mi comida esté lista después de la de lord Chemsford.

Daphne se acomodó en la mesa de trabajo, para asegurarse de que nada se interponía entre Jess y las vigas de madera con marcas de cuchillo del otro lado de la habitación. Su amiga había hecho un esfuerzo titánico para controlar su temperamento, pero lo dejaba salir cuando le convenía. Se dispararía como un arma bien afiliada. Siempre que un arma pudiera arrojar cuchillos que cortasen con precisión. Daphne negó con la cabeza. Qué analogía más horrible había hecho.

Jess se encogió de hombros y continuó cortando pan. Por lo visto, esa mañana iban a tener muchas tostadas.

—Le serviré su plato en la mesa del servicio a las nueve y media. Luego ya depende de usted cuándo quiera comérselo.

El hombre volvió a fruncir el ceño pero no dijo nada más. Solo abrió la puerta y salió de allí enfurecido.

La rubia dejó el cuchillo en su sitio y ladeó la cabeza, mirando el montón de pan cortado.

—Pues esta noche también hay pudín de pan.

Antes de darse cuenta, Daphne estaba doblada de la risa. Una risa resplandeciente, intensa, liberadora. De las que no se había permitido desde que se enteraron de que el propietario de su adorado refugio tenía la intención de reclamarlo para sí. En cuanto recuperó el aliento, se hizo con una de las tostadas y salió de la cocina con el propósito de vestirse para el resto del día.

Mientras caminaba por el sendero que llevaba a la casa del guarda, no pudo evitar sentir una chispa de esperanza. Puede que al final las cosas salieran bien.



Capítulo 8



Cuando William por fin se despertó, bastante más tarde de lo normal y con la cabeza notablemente despejada, el sol resplandecía a través de la ventana. Lo que fuera que le había dado la señora Brightmoor la noche anterior le había permitido dormir mejor que en años, lo que, a su vez, le alivió el dolor más de lo esperado.

Morris tenía todo dispuesto en el vestidor, con la indumentaria preparada para pasar el día. Incluso había pospuesto su paseo a caballo diario para la tarde, aunque no estaba por la labor de montar. Salir y permitir que el aire fresco eliminara el rastro del dolor de cabeza, sí, pero no montar.

Al cabo de una hora, deslizaba la mano por la barandilla mientras bajaba las escaleras, estirando el cuello para contemplar las obras de arte en las que no había reparado el día anterior. Eran demasiadas para poder apreciarlas todas y cada una. Si quería que aquello se convirtiera en un hogar en el que se sintiera cómodo, tendría que reducir la colección.

Y contratar a mucho más personal.

Abajo no había nadie a quien pedir el desayuno y tampoco encontró ninguna campanilla en el comedor. Eso significaba que tendría que esperar, subir las escaleras y enviar a Morris abajo, o bajar él mismo como había hecho el día anterior. Y ninguna de esas opciones era algo que quisiera sentar como precedente.

Sin embargo, al final resultó que su escaso personal era de lo más eficiente, porque, cuando todavía seguía de pie al lado de aquella mesa tan ridícula, decidiendo qué hacer, apareció la señora Brightmoor bandeja en mano. Dispuso un plato de comida, la taza de té y la humeante tetera en la cabecera de la mesa, mientras él se sentaba con mucho cuidado en la silla.

—Hace una mañana excelente —intervino ella, girando el plato para presentárselo de la forma más apetecible posible—. ¿Tiene planes para hoy?

Los dedos de William se cernieron sobre el borde de la tostada. Aunque era normal que el ama de llaves supiera los horarios del señor de la casa, el intercambio de ese tipo de información no se hacía en una conversación en medio del desayuno.

—No... no estoy seguro.

—Entiendo. —La sonrisa de ella decayó un poco, pero enseguida volvió a recobrar su brillo anterior, aunque en esta ocasión un poco más tensa.

William alcanzó una tostada y el pequeño recipiente que contenía mermelada con movimientos lentos y lanzó varias miradas al ama de llaves.

—Ahora... voy a comer. —Ella no se movió. Él se aclaró la garganta—. Solo.

Vio como entrecerraba los ojos. Entonces retrocedió un paso y le ofreció una reverencia perfecta antes de abandonar con torpeza el comedor. Tuvo la sospecha de que no había ido muy lejos, pero al menos ya no estaba revoloteando alrededor de él mientras desayunaba.

La comida era de una perfección absoluta. Algo sorprendente, teniendo en cuenta el escaso

personal y la cocina obsoleta en la que la elaboraban. No entendía mucho de cocinas, pero lo que había visto en la zona de servicio habría hecho que la mayoría de los chefs de Londres renunciaran a las primeras de cambio a trabajar en un lugar así.

Después de saborear el último bocado, dejó el tenedor en el plato y se recostó en la silla con un suspiro.

—¿Qué tal su cabeza?

William dio un pequeño brinco en la silla, evitando por los pelos otro golpe en la rodilla con una de esas detestables gárgolas. Miró sorprendido a la señora Brightmoor, que estaba de nuevo junto a la mesa. ¿Lo habría estado observando mientras comía? ¿Cómo si no se había dado cuenta del instante preciso en que había terminado?

—Ah... mejor. Gracias. —Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie, intentando mantener la mayor distancia posible entre ellos—. Lo más seguro es que pase el día fuera. Me he dado cuenta de que el aire fresco y el ejercicio ligero es lo que mejor me viene para recuperarme. Si me quedo sentado mucho tiempo, el dolor regresa más a menudo de lo que me gustaría.

—¡Oh! —Ella relajó los hombros y al instante desapareció la tensión que reflejaba su sonrisa, dejando solo un deslumbrante rictus de felicidad—. ¡Debería recorrer un poco todo esto!

—Creí que ya lo había hecho ayer.

—Tenemos un montón de terrenos, la mayoría en estado salvaje. Si sale sin ningún guía que lo acompañe, podría perderse.

Aquella sentencia hacía aguas por todos los lados, empezando por el uso del «tenemos», que implicaba algún tipo de copropiedad, y terminando con la sugerencia velada de que era un crío ingenuo que no podía caminar por el bosque sin perderse. William no tenía muy claro por dónde empezar. Puede que lo mejor fuera eliminar sus preocupaciones de un plumazo.

—Estoy seguro de que conseguiré no perder de vista la casa.

La expresión risueña de ella se tornó preocupada mientras recogía los platos y los colocaba en la bandeja.

—Pero, entonces, no verá mucho. Hay demasiados árboles ahí fuera y ahora mismo están repletos de hojas. No podrá contemplar bien su nueva casa. Y una casa no está hecha solo de ladrillos y madera. Todo y todos los que están a su alrededor forman parte de ella.

William se frotó el labio inferior entre el pulgar y el índice. Ni siquiera su madre le había dado tanto la lata. Aunque cuando era mayor para regañarle por asuntos serios, ya estaba demasiado débil para hacerlo. Aquellos años habían sido muy difíciles para él. Estaba lejos, mientras ella sufría sola. Iba a visitarla siempre que podía, pero no era suficiente. Nunca podría haber sido suficiente.

¿Se habría sentido sola, sin nadie que le hiciera compañía cada día?

De pronto ya no quería estar dentro de la casa. Quería personas, conocidos, un recuerdo de que, aunque estuviera solo, en realidad no lo estaba.

—Tal vez vaya al pueblo a caballo. Así no tendré que preocuparme por si me pierdo durante el paseo.

—Puede ir andando. Hay un camino a Marlborough que atraviesa gran parte de los terrenos circundantes. —Ella miró la ventana y frunció el ceño—. Si se encuentra con fuerzas para hacerlo,

será mejor que salgamos cuanto antes. Por las tardes suele a ponerse a llover sin previo aviso.

Él tosió.

—¿Salgamos?

—Sí, los dos. Me he autoasignado la responsabilidad de comprobar que se instala como es debido. Si esta casa y este pueblo van a ser su hogar, debería conocerlos por completo. No me apartaré de su lado hasta que se entere de todo lo que necesita saber.

Eso era precisamente lo que William se temía.



—El granero, o supongo que ahora el establo con todas las renovaciones que ordenó hacer, está por ahí. Los animales también. —La señora Brightmoor señaló el camino que conducía a una edificación de madera con una extraña combinación de elementos viejos y nuevos. Había dado instrucciones para que se construyera un establo adecuado y había conseguido justo eso: un establo funcional. Si quería que algún día fuera a juego con la casa tendría que construir uno completamente nuevo.

Dejó de prestar atención al establo. La señora Brightmoor se había alejado cinco pasos del camino. Ahora señalaba en dirección opuesta, hacia una amplia extensión de hierba que iba desde la casa al lago y una pequeña elevación en el sendero que ocultaba cualquier edificación que estuviera en el lado opuesto a la vivienda.

—Colgamos la colada justo en esa pendiente. —Ella continuó moviéndose—. Y el lago está por ahí.

William la siguió con paso lento, no solo para ver los sitios que le iba señalando, sino también para evitar que un esfuerzo excesivo le afectara a la cabeza. Ella nunca se quejó de su ritmo, ni siquiera soltó un suspiro de impaciencia, simplemente redujo la velocidad y se detuvo de vez en cuando hasta que lo tenía a uno o dos pasos de distancia y volvía a retomar la marcha.

Para ser alguien que había insistido tanto en mostrarle la propiedad que había elegido como su hogar, se estaba moviendo increíblemente rápido. Desde que habían salido de la casa habían seguido una línea bastante recta.

Todo eso hizo que sintiera más curiosidad por ella que por las edificaciones de los alrededores. Que un sirviente despertara su interés de esa forma era una nueva experiencia para él, pero había algo en ella, en la casa y en toda aquella situación que parecía no tener sentido.

A él le gustaban que las cosas tuvieran sentido.

Tal vez ese tipo de curiosidad era la que hacía que la gente no dejara de contemplar situaciones horribles solo para ver qué sucedía a continuación. No es que pensara que ella fuera a hacer nada horrible. Era una persona bastante pequeña, así que, a menos que en el bosque estuviera esperándole una banda de rufianes, no tenía razón alguna para preocuparse por su seguridad.

Sin embargo, puede que su cordura sí corriera peligro inminente. Esa mujer, en la que no debería haberse parado a pensar más de lo estrictamente necesario, había despertado en él más preguntas que cualquier dama de alta alcurnia que conociera.

La manera en que aceleró ligeramente el paso cuando rodearon el lago y entraron en el sendero

que se adentraba en el bosque hizo que se detuviera justo en el límite donde comenzaban los árboles y reconsiderara la idea de los rufianes.

A ella le llevó unos siete pasos darse cuenta de que no iba pisándole los talones. Se paró y se volvió para esperarlo; frunció el ceño cuando se dio cuenta de que él había dejado de andar.

—¿Se encuentra bien? ¿Es su cabeza? Tal vez esta caminata sea demasiado después de pasar la noche con jaqueca. Tal vez estaría más cómodo pasando el día en su dormitorio. O en la biblioteca. Podría hacerle un poco más de té de corteza de sauce.

William inspiró profundamente, permitiendo que el aire limpio y fresco le llenara los pulmones y aclarara la cabeza. No, no quería volver a la casa, pero ¿de verdad su ama de llaves no veía lo extraño que había sido su comportamiento desde su llegada? Puede que si dejaba de esquivar esas conversaciones raras que seguía intentando mantener con él se enterara de algo más.

Se aclaró la garganta y apoyó un hombro contra un árbol, cruzando un pie sobre el otro.

—¿Solo estaba preguntándome dónde está tratando de llevarme?

—Al pueblo, por supuesto.

—Al... —Fue incapaz de repetir la frase—. ¿Hablabas en serio? ¿Andar por el bosque hasta el pueblo?

Ella se miró los pies.

—Le permitirá caminar al aire libre pero no dándole el sol directamente. A veces, si me da demasiado el sol, también me duele la cabeza —confesó ella mientras sacaba un palo del suelo con el pie. Después alzó la cabeza y esbozó una sonrisa deslumbrante—. Además, el carácter de una casa también depende del entorno. ¿Cómo va a conocer su casa si no sabe nada del pueblo?

William se aclaró la garganta y miró por encima del hombro hacia la mansión de la colina. Desde la distancia, pudo ver a los trabajadores descargando algo de una carreta y metiéndolo en la vivienda para continuar con su trabajo en el salón trasero.

—Sabe que la casa no está viva, ¿verdad? No creo que las vigas se reúnan a tomar el té conmigo y me reprendan por no conocerlas. Además, ¿no sabría más de ella quedándome entre sus paredes que deambulando fuera?

—Las paredes son simples barreras. —Su sonrisa se tornó un tanto tensa cuando hizo lo mismo que él y miró la vivienda—. ¿Y no creerá de verdad que una vivienda son solo ladrillos y mortero?

Sí, lo creía. A esa combinación se le añadía un poco de madera y eso era todo. Aunque probablemente se refería a la vida que se hacía dentro, no iba a darle la satisfacción de estar de acuerdo con ella.

—Usted no sabe ni una sola cosa sobre mí.

—Sé que es lord Chemsford. —Levantó un dedo—. Y que su color preferido es el azul. —Alzó un segundo dedo y esbozó una sonrisa de triunfo—. Eso no es solo una, sino dos cosas.

La miró sorprendido.

—¿Cómo sabe que mi color favorito es el azul?

El ama de llaves se encogió de hombros.

—Es el primer día que pasa en su nuevo hogar, por lo que lo más probable es que quiera rodearse de aquello que conoce y le importa. Y lleva puesta una levita azul.

William se miró la manga, que de hecho era de un tono azul oscuro.

—Eso es bastante... impresionante por su parte.

Y también un poco aterrador.

—Puede que me haya ayudado que el señor Morris nos gritara a todos esta mañana que no se nos ocurriera derramar nada sobre su abrigo favorito mientras lo cepillaba.

Aquello hizo añicos su creciente preocupación y no pudo evitar sonreír.

—No se lo diga a Morris, pero mi abrigo favorito es el otro azul que tengo.

Se quedaron unos instantes allí parados, ella en un silencio servil que no parecía del todo correcto y él con una sensación de paz que hacía mucho tiempo que no sentía. En realidad, le daba igual ir al pueblo, pero desentrañar el misterio de su ama de llaves le resultaba mucho más apetecible que cualquier otra cosa.

Además, todavía tenía que decidir si iba a despedirla en cuanto encontrara un reemplazo adecuado o ver si podía comportarse como alguien medianamente normal con un personal completo del que encargarse.

—Muy bien —aceptó él, señalando en un gesto con la cabeza el camino situado delante de ella —. Vayamos al pueblo.

Caminaron en silencio la mayor parte del tiempo. Ella marchaba cerca de árboles enormes, saltaba sobre corrientes de agua tan pequeñas que ni siquiera podían llamarse riachuelos y levantaba la mano de vez en cuando para deslizar sus dedos sobre un poco de musgo o unas flores altas. En ocasiones también tarareaba una melodía que no era lo suficientemente larga como para que él la identificara.

William la seguía, con cuidado de recordar el camino para regresar a casa, pero también para poder hacer el mismo trayecto por su cuenta cuando quisiera. No le importaría volver a apreciar la belleza de esos bosques en un paseo más tranquilo, incluso tal vez a caballo, para no tener que preocuparse de dónde ponía el pie.

Salieron de entre los árboles y tomaron una vía rural llena de baches. Justo delante de ellos vio un puente de piedra que se arqueaba sobre un río estrecho.

Recordó el puente del día anterior. Y tuvo una mejor idea de por dónde se podía atajar y cuál era la posición de la casa con relación al lugar en el que se encontraban. Ir por el bosque les había ahorrado, por lo menos, media hora de trayecto, tal vez más.

—Es usted una guía muy callada —observó él. Andar por el campo en silencio no iba desvelarle nada más de ella que el aguante que tenía para caminar.

La mujer se detuvo y echó un vistazo a su alrededor.

—Mmm, bueno, este es el puente que lleva hacia el pueblo.

—¿Y ese es el camino de vuelta a casa? —Señaló el pequeño claro en los árboles por el que acababan de salir.

—Bueno, sí.

—Entiendo. —Él la miró un momento. Cuando era niño, aprendió desde bien pronto a interpretar los estados de ánimo de su padre. El hombre nunca había sido violento, al menos no con los puños, pero era fácil reconocer cuándo había tenido un mal día o algún desencuentro con su madre por la tensión y el movimiento de sus hombros, como si sus brazos y piernas estuvieran

controladas por un arnés invisible.

La señora Brightmoor tenía el mismo aspecto que el día anterior. Y que esa mañana. Pero la noche anterior y en el paseo por el bosque la había visto más tranquila. ¿Qué tendría el pueblo? ¿Y si la calmaba estar sola? De ser así, no iba a poder manejarse bien cuando contratara a más sirvientes.

Como sus dudas requerían respuestas, señaló el puente con la mano y dijo:

—¿Seguimos?



Capítulo 9



Daphne se hubiera dado a sí misma un coscorrón a medida que los edificios a su alrededor iban siendo más grandes y se reducía la distancia entre ellos.

Jamás se le habría ocurrido esa idea por sí misma, pero en cuanto el marqués mencionó que quería salir de casa y dar un paseo, le pareció la distracción perfecta. Si lord Chemsford estaba lejos de Haven Manor, no vería a Benedict o al señor Leighton mientras trabajaban.

Pero como estaba con él, no le dio tiempo a pensar en un plan mejor. Aun así, llevarlo a Marlborough le pareció una idea brillante.

Excepto por una cosa.

En Marlborough había gente. Un montón de gente. Gente con la que había hecho todo lo posible por tener poco o ningún trato. Por supuesto que conocía a los lugareños. Uno no podía vivir más de una década en un sitio y no ver a nadie, pero la necesidad de mantener su secreto había hecho que sus cualidades de dama florero de Londres se fortalecieran. Así que, salvo que se encontrara entre el puñado de personas que realmente conocía, siempre hacía todo lo posible por pasar desapercibida.

Benedict era diferente. A él le gustaba hablar con la gente. ¿Cuántas de esas personas sabían que ahora vivía con el señor Leighton y que acudía a los servicios religiosos todos los domingos en vez de una vez cada pocos meses? ¿Cuántas lo habían visto entrar de vez en cuando a la tienda de la señora Lancaster?

A pesar de que se suponía que nadie tenía que conocer la existencia de los niños, Kit y ella se habían arriesgado a llevarlos al pueblo en alguna que otra ocasión. Al fin y al cabo, la gente no solía ver lo que no estaba buscando. Sin embargo, ninguno de ellos era ciego. Bueno, a excepción de Agatha, la mujer que se sentaba a un lado de la carretera, cerca de la iglesia de St. Mary, para vender flores.

Y ahora mismo, la pregunta que le rondaba por la cabeza era cuántos de ellos los mirarían boquiabiertos al percatarse del extraordinario parecido entre Benedict y lord Chemsford, o por qué un miembro de la aristocracia con un ayuda de cámara quisquilloso y un sastre con mucho talento iba paseando al lado de una mujer que se parecía a la lechera de la zona. Daphne llevaba una capa con un parche enorme cosido cerca del dobladillo; y debajo, un sencillo traje gris diseñado para que una mujer pudiera vestirse sin la ayuda de una doncella.

No había nada como un juego de cintas entre los omóplatos para señalar que su propietaria pertenecía a la clase alta de la sociedad.

Esbozó una sonrisa cuando alguien que pasaba por delante de ellos aminoró el paso para verla entrar caminando al pueblo con un hombre a su lado. Ya no había vuelta atrás. Ahora solo podía seguir andando y rezar para que sucediera lo mejor. En ese momento le vendría muy bien un milagro.

Se aclaró la garganta y señaló a su izquierda.

—Ahí está St. Mary. En Marlborough tenemos dos parroquias. St. Peter está en el otro extremo de la calle High.

El marqués asintió.

—¿Y en la casa? ¿A qué iglesia acuden?

¿Qué podía responder? Hasta hacía unos meses, Daphne no solía ir más de una vez al mes al pueblo para asistir a un servicio dominical. Y, cuando lo hacía, alternaba entre las dos parroquias para no dejarse ver demasiado ni provocar que alguien se preguntara por qué iba cada vez con dos niños diferentes.

—¿Señora Brightmoor...?

—Oh, sí, la iglesia... —Se aclaró la garganta—. En realidad, no formamos parte de ninguna parroquia, así que dejamos que el personal acuda a la iglesia que mejor le plazca. —Aquello sonaba convincente, ¿verdad? No mentía, pero tampoco admitía que la mayoría de las veces celebraban los oficios religiosos en la casa.

Rogó mentalmente que no le recordara que el personal, hasta el día anterior, solo consistía en dos mujeres y tres niños. Y por lo que él sabía, durante mucho tiempo la única contratada para ocuparse de la casa había sido ella.

Añoró saber exactamente lo que le habían contado sobre el cuidado y mantenimiento actuales de la propiedad. Durante años, Nash había intentado comunicarse lo menos posible con los propietarios para evitar que estos pensaran mucho en Haven Manor. Pero se vio obligado a contarles algo, sobre todo cuando la finca pasó del padre al hijo.

Cruzaron la calle High y caminaron por el centro de la población bajo el brillante sol de la mañana, mientras la gente se movía de un lado a otro.

Estaba claro que ir a Marlborough había sido una estupidez. Daphne respiró intensamente, en un intento de calmar su acelerado corazón, mirando a cada uno de los transeúntes. ¿Qué haría si alguien le preguntaba por Benedict? ¿Y si mencionaba lo mucho que se parecían? Se llevó la mano al estómago, agarrotado por los nervios. Lo que habría dado por poder darse media vuelta y regresar a su casa...

Solo que ya no era su casa. Era la de lord Chemsford.

—Esta es una de nuestras posadas —dijo, señalando hacia el edificio, en ese momento tranquilo, pero que se transformaría en un lugar de actividad desenfadada en cuanto llegara una diligencia—. Existen varias. A la gente de todas las posiciones sociales les gusta pasar por Marlborough, así que tenemos algunas muy bonitas.

Esa era la solución perfecta. Se aclaró la garganta y continuó:

—Quizá prefiera alojarse en una de ellas mientras arreglan la casa. Allí ahora hay mucho ruido y seguramente le supondrá un inconveniente cuando los trabajadores se muevan de un dormitorio a otro.

Sí, todavía tendría que preocuparse porque algún habitante del pueblo le dijera algo, pero si conseguía persuadir a lord Chemsford de que se quedara en una posada, convencería a Benedict de que se mudara temporalmente a la casa del guarda y todo iría bien.

—No será tan incómodo como pasar semanas enteras en una habitación que no es tuya —

replicó el marqués, cortando de raíz sus esperanzas—. Puede que tenga que cambiar de dormitorio a medida que las reformas avancen, pero prefiero soportar los inconvenientes de mi propia casa antes que vivir en una posada.

—Oh...

Daphne se detuvo y miró la calle ancha y adoquinada. Los edificios de ladrillo se alineaban en la vía con los puestos de los soportales listos para el mercado semanal. Sería otra excusa para mantenerlo alejado de la casa. Cualquiera que viviera cerca de Marlborough tenía que conocer su mercado.

Y también había lugares que le gustaría visitar a un turista: como el caballo blanco esculpido en el suelo de la colina o el círculo de piedras cerca de Avebury. No tendría que acompañar a lord Chemsford a todos esos sitios. De hecho, prefería que él fuera a verlos solo mientras ella se quedaba en casa.

Pero aunque él hiciera todo lo que le sugiriese, solo le ocuparía unos cuantos días. La estancia en la posada había sido la primera y hasta ahora única solución a largo plazo que se le había ocurrido, y él la había rechazado antes de que a ella le diera tiempo a imaginarse siquiera si podía funcionar.

—Prosiga, señora Brightmoor. —La voz del marqués denotaba cierto tono de exasperación. Daphne hizo a un lado su lista mental de lugares que podrían alejarlo de Haven Manor.

—¿Proseguir?

Él ladeó la cabeza y la miró con curiosidad. Su mirada azul tan directa hizo que se apretara aún más la capa. No le gustaba ser objeto de atención de nadie, mucho de menos de alguien a quien no conocía. Daba igual el parecido que tuviera con su hijo. Benedict nunca había tenido el poder ni la seguridad en sí mismo para transformar su mirada en un arma letal, tal y como podía hacer ese hombre.

—Con la visita guiada —precisó él—. Dijo que era de vital importancia que conociera el pueblo si iba a vivir aquí.

—Cierto. Sí. —Retorcó las manos en la capa y miró a su alrededor. ¿Dónde podía llevarlo? No podían darse la vuelta, así que seguir andando por el pueblo era la única forma de salir de ese lío. Con un poco de suerte, pronto se le ocurriría algo—. Por aquí.

¿Qué le podía enseñar a un aristócrata? Existía una razón por la que la clase alta solo utilizaba Marlborough como un pueblo de paso de camino a sitios mucho más atractivos. Las fábricas de queso no eran particularmente interesantes y a él no le iba a hacer especial ilusión saber dónde estaba el asilo para pobres. Tampoco creía que le importara mucho ver el campo donde solían jugar los niños de allí.

En realidad, los únicos lugares a los que siempre iba cuando estaba en el pueblo era al despacho de Nash —le parecía poco oportuno llevar allí al marqués cuando el abogado no lo esperaba— y la tienda de la señora Lancaster. Mucha gente encontraba interesante la única tienda del pueblo, pero ¿querría lord Chemsford verla? No se iba a poner a comprar.

—Tenemos unas cuantas escuelas. —Cuando señaló el otro extremo de la población se vio invadida por una sensación de triunfo. A los miembros de la aristocracia siempre les interesaba la educación y esas cosas. Desde donde estaban no podía verse Ivy House, el lugar que albergaba la

academia de Marlborough. Los otros colegios tampoco estaban en aquella calle. ¿Debería acompañarlo en esa dirección?

—No tengo hijos, señora Brightmoor. Y, si los tuviera, irían a Harrow, como hice yo —repuso él, mirando a su alrededor con ojos entrecerrados.

¿Era por el sol o volvía a dolerle la cabeza? Apenas habían pasado unas horas desde que había sufrido una migraña lo suficientemente fuerte como para no poder dormir. Puede que una caminata tan larga no hubiera sido tan buena idea.

Daphne notó las palmas de las manos pegajosas por el sudor. Intentó limpiárselas con disimulo en el interior de la capa. Pensó que debían entrar en algún sitio. Si el sol le estaba afectando a la cabeza, la sombra y el ambiente más fresco del interior de un edificio le irían mejor. Pero ¿dónde?

Miró a un lado y a otro de la calle. ¿Había algo allí que pudiera interesarle a un par del reino?

No. Las posadas y tabernas eran los únicos lugares de Marlborough que ofrecían servicios a los de su clase. La oficina de Nash y la tienda de comestibles parecían sus únicas soluciones. Por una vez, le habría gustado tener que tomar una decisión que no consistiera en elegir la opción menos mala.

Lo guio por el lado de la calle en sombra, señalando de cuando en cuando algún edificio. Cuando se acercaron al enorme ventanal del despacho de Nash, estiró un poco el cuello para mirar dentro.

Estaba vacío. Bueno, vacío de gente. Le alivió no tener que presentarle todavía a lord Chemsford. Aunque el abogado era más que capaz de manejar una o dos situaciones comprometidas, creyó que lo más educado por su parte sería advertirle antes. También quería que el marqués estuviera de mejor humor para que las primeras instrucciones que diera a Nash no fueran buscar una nueva ama de llaves.

Necesitaba mantenerlo contento para que se olvidara de las tonterías más que cuestionables que había cometido desde su llegada.

—¿Le gusta el regaliz? —preguntó de forma entrecortada.

—¿Regaliz? —inquirió él, arqueando una ceja.

—Sí. —Daphne tragó saliva y continuó andando por la acera—. La tienda Lancaster tiene el mejor regaliz de la zona.

Puede que aquello fuera una completa invención. En realidad, no tenía ni idea si alguien más vendía regaliz por esos lares, y mucho menos si era el mejor. Lo que sí sabía era que la señora Lancaster lo tenía y que debía de ser bueno, porque cada vez que les daba a hurtadillas un poco a los niños, estos cerraban los ojos de pura felicidad y estaban como en una nube el resto del día. Y lo que era aún más importante: la anciana nunca dejaba que nadie se marchara de su tienda sintiéndose infeliz.

No sabía la edad exacta de la señora Lancaster. Siempre la había conocido con canas y arrugas. Muchas arrugas que debían de haberse formado por todo el tiempo que se pasaba sonriendo a sus vecinos y clientes. Su marido había muerto años antes de que Daphne llegara allí y desde entonces regentaba la tienda.

Según ella misma decía, llevaba entrometiéndose en la vida de los vecinos de Marlborough desde que podía hablar.

La señora Lancaster también era una de las pocas personas que sabía que ella era la madre de Benedict. Las había acogido cuando Kit y ella llegaron huyendo de Londres, se preocupó por ellas, les proporcionó cobijo durante un tiempo y las enseñó a sobrevivir por sí mismas. Y además, le sostuvo la mano durante el parto. No había nadie en aquel pueblo en quien pudiera confiar más.

Ahora solo le quedaba esperar que la mujer no fuera tan vieja como para que le diera un patatús si recibía una de esas miradas del marqués.

—Y aquí —dijo, abriendo la puerta de la tienda—, es donde compramos los suministros y alimentos que necesitamos.

Lord Chemsford entró tras ella, soltando un suspiro por el alivio que le supuso escapar del calor, pero se giró inmediatamente hacia el escaparate.

—¿Eso es una alforja?

—Sí. —Daphne cambió de peso de un pie a otro. ¿Cómo explicarle el funcionamiento de aquella tienda? Además de alimentos, especias y otros productos comestibles, la señora Lancaster también ofrecía una selección de artículos que se vendían en el mercado, permitiendo a la gente del pueblo que montara sus propios puestos y que comprara otros objetos durante la semana.

Con el paso de los años se había convertido en un lugar para que los vecinos de Marlborough se reunieran y hablaran de sus problemas, además de un sitio en donde se podía comprar casi de todo. Si necesitabas algo, era más que probable que la señora Lancaster lo consiguiera.

Por suerte, en ese momento la tienda estaba vacía de clientes. La señora Lancaster se movía de un lado a otro detrás del mostrador, llenando latas y revisando los estantes mientras murmuraba para sí misma.

—Buenos días, señora Lancaster —saludó ella.

—Buenos días, querida. —La mujer se dio la vuelta con una amable sonrisa que hizo aún más visibles las líneas y las arrugas de la edad. Cuando posó la mirada en Lord Chemsford, abrió los ojos de par en par y, por primera vez desde que Daphne recordara, la franca sonrisa fue reemplazada por una mirada de completa sorpresa, que se convirtió inmediatamente en un severo ceño fruncido. Entretanto, extendió una mano arrugada hacia atrás para agarrar el mango de una escoba, como si estuviera preparada para poner al marqués de patitas en la calle.

Daphne se acercó al mostrador sintiendo el corazón en la garganta. Si la señora Lancaster los echaba, no tenía ni idea de adónde llevar al marqués o cómo enfrentarse a las preguntas que él le haría por el incidente.

—Este es lord Chemsford. Es nuevo en el pueblo. No tiene «ninguna relación» con eso.

Lord Chemsford se aclaró la garganta y frunció el ceño, no a la tienda, ni a la mujer mayor que le miraba con cara de pocos amigos, sino a ella.

—Si así es como pretende presentarme, señora Brightmoor, le agradecería que me dejara hacerlo por mí mismo.

Al oír el falso apellido, la señora Lancaster entrecerró aún más los ojos y miró alternativamente a ambos.

—No —intervino la señora Lancaster. Su gesto se suavizó dando paso a su sonrisa habitual—. Créame, es una presentación más apropiada de lo que parece. —Sus ojos brillaron—. Es una de

esas peculiaridades de los pueblos pequeños. Tenemos nuestro propio idioma.

—¿Ah, sí? —El marqués miró a la tendera y luego a ella. La irritación había desaparecido y algo muy parecido a un destello de humor matizó su rictus serio.

Daphne tragó saliva. ¿Cómo podía encontrarlo divertido? A ella solo le preocupaba que el corazón le estallara y morir allí mismo, en ese preciso instante.

Él se acercó un poco más a la señora Lancaster.

—¿Y cuál es el mensaje oculto que mi guía le acaba de transmitir?

—Si se lo revelo ya no sería tan oculto, ¿verdad? —La señora Lancaster rodeó el mostrador, arrastrando ligeramente el pie derecho con cada paso que daba—. No podemos compartir los secretos del pueblo con todos los recién llegados apuestos que entren por esa puerta.

Daphne se sonrojó como si la apreciación de que el marqués era guapo hubiera salido de su boca. Aunque tenía que darle toda la razón. Ella no se había dejado engatusar por su primo porque lo encontrara feo, y lord Chemsford era el más guapo de los dos con diferencia.

Aun así, no hacía falta que aquello se pregonara en su presencia. Ya le resultaba bastante difícil no fantasear con él en otro momento y lugar, llevándola a la pista de baile sin la intención de arruinarle la vida.

Sí, necesitaba pasar por alto su atractivo.

—Estoy decidido a quedarme en la zona por una temporada —anunció el marqués, inclinándose hacia la señora Lancaster—. Tengo una propiedad al otro lado del río.

La señora Lancaster volvió a abrir los ojos de par en par y la miró.

—¿En serio? Creía que por allí no había nada más que granjas y bosques.

—Ha estado vacía unos años, pero tengo la intención de cambiar eso. ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que me consideren alguien de aquí y pueda entrar en el círculo de confianza?

—No se trata solo del tiempo, milord. —La mujer buscó algo en una lata—. Sino de saber si pondrá de su parte para protegernos. —Le ofreció un regaliz—. ¿Le apetece un poco?



Capítulo 10



William estaba bastante seguro de no haber entrado nunca en una tienda de comestibles. Y tenía completamente claro que jamás había visitado una tienda como aquella. Hasta dudaba que existiera otra igual. Se metió un trozo de regaliz en la boca y lo masticó con cuidado. No podía recordar la última vez que había comido una de esas golosinas, pero sí recordaba que no le había entusiasmado.

Y seguía sin entusiasmarle.

Pero como ya le habían declarado una especie de intruso, no podía rechazar el ofrecimiento.

Aunque no estaba del todo seguro de cómo su ama de llaves lo había convencido para hacer un recorrido por el pueblo, ni por qué tenía la vaga sensación de que incluso él mismo había sido el promotor de la idea, le gustaba Marlborough. Era un lugar agradable y limpio, sin la ostentación de Londres o la de las casas solariegas donde se había alojado en Irlanda. Eso sí, no ofrecía nada fuera de lo común, ni siquiera remarcable.

—¿Y bien? ¿En qué te puedo ayudar hoy? —preguntó la mujer mayor a su ama de llaves.

La señora Brightmoor se sonrojó un poco y bajó la mirada al suelo.

—Mmm... en nada, yo... estoy haciendo un recorrido guiado por el pueblo a lord Chemsford.

La señora Lancaster la miró sorprendida y luego se fijó en él.

—¿Le has hecho caminar hasta el pueblo sin motivo alguno?

Ya no cabía ninguna duda: le gustaba esa mujer. Puede que fuera un poco rara, pero se notaba que era inteligente y no tenía miedo de decir lo que pensaba delante de él. Tuvo la sensación de que lo regañaría sin ningún miramiento, como hacía con el ama de llaves, que ahora se había cruzado de brazos y apretaba los labios.

—Es importante que un hombre conozca su pueblo.

—¿Y cuándo conocerá el pueblo al hombre? —preguntó la señora Lancaster.

Otra vez la conversación críptica. ¿Hablarían sin tanto misterio si pensaban que no las oía? Merecía la pena intentarlo. Les dio la espalda y se alejó un poco para examinar algunos de los artículos que se salían de lo común para parecer distraído de la charla entre ellas en el mostrador.

—¿Estás segura de que no es él? —susurró la mujer mayor.

William contempló una taza de té y agudizó el oído conteniendo la respiración.

—Señora Lancaster, por supuesto que estoy segura.

—Sí, sí, no te equivocarías en algo así. —Oyó un prolongado y tembloroso suspiro—. ¿Por qué lo has traído aquí?

—¿Dónde más podía llevarlo?

Sí, dónde más. ¿Y por qué tenía que llevarlo a ningún sitio? ¿Habría algo en la casa que estaban intentando ocultarle? ¿Algo que tenían que esconder incluso en ese momento?

—Le prepararé una bolsa con dulces —propuso la tendera en un tono un poco más alto, moviéndose detrás del mostrador—. Así irá más contento mientras camina.

—Pero no sé adónde llevarlo —terció el ama de llaves. O al menos eso creyó oír él, porque se habían ido al final del mostrador y le costaba más escucharlas.

—Llévalo con Nash... Hablar de negocios todo el día...

Ladeó la cabeza. El abogado encargado del cuidado de la propiedad se llamaba Nash Banfield. ¿Se estaban refiriendo a él? Que lo conocieran no le sorprendía, la señora Brightmoor trabajaba en la casa y el pueblo era bastante pequeño. Pero ¿referirse a él por su nombre de pila...?

El ama de llaves respondió en voz demasiado baja para oírla, pero hizo que la mujer mayor se riera y le diera una palmadita en la cabeza. La joven tuvo que arreglarse su espeso moño alto.

Deambuló un poco más por la tienda, pensando cuánto tiempo dejar a las mujeres para que hablasen. La señora Lancaster parecía ser la voz de la razón, así que quizá pudiera influir en la idea que se le hubiera metido al ama de llaves en la cabeza. Entonces podrían retomar una relación laboral normal... o empezarla de cero. Una en la que ella se dedicara a hacer su trabajo en silencio y él pudiera olvidarse de que ella estaba allí.

Pensamientos como ese hacían que el sistema social pareciera demasiado clasista. Pero si empezaba a tratar a los sirvientes como sus iguales, su casa sucumbiría al caos. Él los contrataba, les pagaba salarios justos y no quería que trabajasen más de lo debido.

De hecho, si empezaba a prestar atención a su personal, lo más seguro es que a ellos les resultara tan incómodo como a él. Solo imaginarse la cara que pondría Morris si le pidiera que se sentara con él a tomar el té le hizo sonreír. El ayuda de cámara se desmayaría al instante.

Dio otra vuelta por la parte frontal de la tienda, tan fascinado como cuando había entrado. La tendera le ofreció otra enorme sonrisa y lo invitó a acercarse al mostrador.

—¿A qué se dedica, milord?

William había aprendido desde bien joven a que era mucho mejor para él no mostrar sorpresa. Con el paso de los años, había practicado bastante esa habilidad mientras todo el mundo se deleitaba contándole los últimos chismorreos y hazañas, sobre todo los de su padre. En ese momento tuvo que tirar de toda su experiencia para permanecer impasible. Miró a su ama de llaves y se dio cuenta de que ella no creía que la mujer mayor hubiera perdido la cabeza. Aunque hacía poco que la conocía, ya se había percatado de que el rostro de la señora Brightmoor podía expresar todas y cada una de las emociones conocidas.

En ese momento, sin embargo, solo parecía intrigada.

Puede que ninguna de las dos estuviera bien de la azotea.

—¿A qué se refiere? Soy un par del reino. ¿A qué espera que me dedique? —Hacía lo que todos los nobles; o al menos los que eran responsables. Gestionaba sus propiedades e inversiones, se interesaba por la política e intentaba que la vida de las personas que formaban parte de la comunidad en la que vivía prosperara en la medida de sus posibilidades, dándoles trabajo y, en ocasiones, mejorando sus edificios. Y tenía intención de modernizar el marquesado para seguir cumpliendo con esas obligaciones en los años venideros.

Normalmente, todas esas responsabilidades merecían un respeto, pero lo único que estaba recibiendo en ese momento de aquella tendera era un gesto de ceño fruncido. Y él no estaba acostumbrado a que le fruncieran el ceño. La gente no fruncía el ceño a un marqués.

Pero aquella mueca desapareció enseguida. Cuando la mujer le pasó la bolsa, mostraba una vez

más una amplia sonrisa.

—Pero antes que un par del reino es usted un ser humano, ¿verdad? Considere esto como un regalo de bienvenida. Le endulzará un poco el día.

William tomó el obsequio y se propuso reflexionar sobre la pregunta más tarde. La bolsa se deslizó en el bolsillo de su abrigo, pero la interpelación sobre su humanidad se quedó rondando en su cabeza.

Durante toda su vida, había sido el heredero, el hombre que se convertiría en marqués, el que ayudaría a gobernar el país y proporcionaría el sustento a cientos de personas, pero nunca se detuvo a pensar mucho en «quién era», porque siempre había asumido esa función como seña de identidad. Y aunque ahora ya no estaba completamente seguro de ello, sabía que no era como su padre, y puede que eso fuera suficiente.

Su ama de llaves era ridícula. O puede que el ridículo fuese él, porque todavía seguía yendo detrás. Cuando salieron de la tienda, lo convenció para continuar el paseo por el pueblo. Hasta el momento, había visto un caballo blanco esculpido en una colina, unos pocos puestos vacíos listos para usarse en el mercado del sábado y el parque donde los niños jugaban las tardes en que hacía buen tiempo.

Y seguía sin saber qué necesidad tenía de ver todo aquello.

Puede que para una mujer como ella todos esos lugares fueran importantes y mereciera la pena mostrarlos. Tal vez lo más que se había alejado de Marlborough en toda su vida fuera la propiedad en la que ahora trabajaba y, a sus ojos, la casa más antigua del pueblo, que había conseguido evitar los estragos del incendio de hacía cientos de años, fuera algo digno de ver.

Pero él había contemplado el océano, los acantilados blancos y Londres. Y aunque le gustaba la sencillez de Marlborough por su tranquilidad, no lo encontraba un lugar extraordinario.

—Hay un pozo muy interesante por esta calle...

—No. —William levantó una mano. Por fin habían regresado a la calle High e iba a poner fin a esa farsa—. Vamos a entrar en esa posada a comer algo. —Señaló hacia uno de los establecimientos que más le habían gustado de su paseo. Un paseo muy muy largo. Estaba cansado de andar.

Y tenía hambre.

—¿Por qué? —inquirió la señora Brightmoor. Se había mostrado más atrevida a medida que avanzaba el día, casi como si no se viera como su sirvienta, sino como su igual. Un comportamiento, cuando menos, impertinente. Y también bastante incómodo, porque en algunos momentos él se había encontrado caminando a su lado disfrutando de su compañía; también se había olvidado de quiénes eran en realidad.

Hasta que volvió a recordarlo y toda aquella situación se tornó un tanto embarazosa.

Tal vez había llegado la hora de recordarle que cada uno tenía un lugar y desempeñaba un papel en la vida, y que romper esa norma convertía el mundo en un caos.

—Porque tengo hambre, señora Brightmoor, y el aroma que sale de allí indica que sirven comida apetecible.

Al ver que aparecía la versión nerviosa de esa mujer casi deseó haber ido al pozo. Vio como lo miraba primero a él y luego a la posada. Parecía perdida, hasta un poco asustada.

Entonces ella tomó una profunda bocanada de aire y esbozó una sonrisa triunfal.

—Pero si todavía no ha visto al señor Banfield.

William se sorprendió ante aquel arrebato. No pudo evitarlo. Hacía un momento parecía indefensa, y un instante después tenía ese arranque de osadía, como si la idea se le fuera a escapar si no la soltaba de repente.

—No —replicó él con firmeza—. No lo he visto. ¿Pero qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Se está haciendo tarde. Na... esto... el señor Banfield no sigue un horario establecido. Deberíamos ir a ver si está en su despacho. Es el hombre que su padre contrató para que se ocupara de supervisar el cuidado de la propiedad.

—Sí, lo sé. ¿Pero tiene comida? —espetó él, de forma cortante. Sí, estaba siendo bastante brusco, algo que su madre le reprochaba siempre. Pero seguro que hasta ella lo habría encontrado aceptable en este caso.

—No. Pero si quiere hablar con él un rato, puedo pedir a la posada que le lleven comida allí.

¿Hacía unas horas había insistido en que se alojara en una habitación de esa misma posada y ahora no quería que entrara allí?

Jamás había conocido a alguien tan impredecible como ella. Durante toda la visita, en la que se suponía que tenía que conocer el pueblo y cómo funcionaba todo, el ama de llaves había evitado cuidadosamente tener que presentarle a alguien, excepto a la propietaria de la tienda de comestibles. ¿Y ahora tenía que reunirse con el abogado simplemente porque sí?

De nuevo la curiosidad pudo con él. Esa mujer era un enigma fascinante. ¿Qué sería lo siguiente?

—Muy bien. Lléveme con el señor Banfield.

Ella asintió y se puso a caminar decidida por la calle High hasta un edificio con un enorme ventanal con cuarterones que daba a la zona principal del pueblo. Una vez allí, abrió la puerta.

Dentro había un hombre de constitución media, con el cabello oscuro, un tanto grisáceo en las sienes, y con las puntas sobresaliendo revueltas, como si se hubiera pasado la mano por la cabeza repetidamente para despeinarse.

Le asombró la cantidad de periódicos, libros y documentos diseminados por todas partes. Seguramente fuera uno de esos casos de desorden organizado, pero nunca había visto nada igual. Su abogado de Birmingham tenía un despacho impecable y amueblado con lujosas mesas de madera oscura y sillas tapizadas.

—Señor Banfield —saludó el ama de llaves, con una pronunciación muy marcada—, creo que todavía no conoce a lord Chemsford.

William no tuvo muy claro si el hombre la había oído. Parecía demasiado ocupado mirándolo a él, con ojos entornados y los labios apretados.

El abogado se volvió hacia la señora Brightmoor.

—¿Y usted ha conocido a lord Chemsford? —preguntó el señor Banfield.

William estaba acostumbrado a que la gente guardara secretos a su alrededor. La aristocracia siempre intentaba controlar quién sabía qué e intercambiar habladurías. Su padre lo había hecho, amenazando a la gente si le contaba a su primera mujer sus hazañas en Londres o comprando su silencio si las coacciones no funcionaban. Aquello provocó que la casa donde pasó la infancia se

deteriorara tanto con el paso de los años que la idea de que se guardara un secreto bajo su propio techo le desagradaba enormemente. Ahora estaba completamente convencido de que estaban ocultándole algo y todas las personas involucradas estaban haciendo un pésimo trabajo fingiendo lo contrario.

La sonrisa que la señora Brightmoor ofreció el abogado era enorme, tensa y tan falsa que resultaba hasta ridícula.

—¡Por supuesto! Lo conocí ayer, cuando llegó a Ha... a la casa.

Cualquiera que fuera el mensaje tácito que envió con esa frase pareció calmar un poco al abogado. William memorizó todas las palabras y luego las analizó una a una, pero no pudo descifrar lo que podían ocultar, así que decidió meterse de lleno en el enigma y extendió la mano hacia el abogado.

—Un placer conocerle más allá del papel, señor Banfield.

—Lo mismo digo. —El hombre rodeó el escritorio y le estrechó la mano. Luego quitó una pila enorme de periódicos de una silla y los colocó encima de una mesa que había al lado—. Por favor, tome asiento. Siento no haber estado en la casa para recibirle. Nadie nos informó de cuándo tenía pensado venir a vivir aquí.

William se sentó en la silla y se llevó una grata sorpresa al darse cuenta de que era mucho más cómoda de lo que parecía.

—No estaba seguro de cuánto me llevaría cerrar el asunto que tenía entre manos en Londres.

—Entiendo. —El señor Banfield revolvió varios papeles de su escritorio—. Confío en que encontrara todo de su agrado a su llegada.

¿Lo encontró? Sus habitaciones estaban listas, tenían comida a su disposición y el granero reparado para albergar los caballos, el carruaje y al mozo de cuadra. Sí, eso era todo lo que había pedido.

Pero luego estaba el hecho de que su ama de llaves no vivía en la casa y que tenía la vaga sensación de ser el visitante no deseado al que los sirvientes no le quitaban ojo para asegurarse de que no robaba la plata.

—Sí, fue de mi agrado —reconoció finalmente. Porque lo había sido. No algo ejemplar e incuestionable, pero sí satisfactorio—. Aunque, por supuesto, habrá que contratar a más personal.

El abogado asintió.

—Sí. Todavía falta un poco para la siguiente feria de empleo, pero conozco a la gente del pueblo. Podemos cubrir cualquier puesto enseguida.

William hizo un gesto de asentimiento.

—Prepararé una lista. —Aunque primero tendría que decidir si mantenía en su puesto al ama de llaves. Sin duda sería más fácil si se incorporaba al grupo de sirvientas de la casa o al personal de cocina. Miró a la mujer en cuestión, que estaba de pie en un lado del despacho, con las manos cruzadas delante y mordiéndose los labios—. ¿La comida, señora Brightmoor?

El abogado la miró y arqueó las cejas, pero no dijo nada.

—Ahora mismo voy, milord —aceptó ella, haciendo una reverencia en su dirección, pero encontrándose con la mirada del señor Banfield. Luego abandonó el despacho a toda prisa.

William observó a través de la ventana cómo cruzaba la calle y entraba en una posada de

ladrillo.

El abogado se aclaró la garganta.

—¿Está todo en la casa a su gusto? Confieso que esperaba que las reformas que nos pidió estuvieran más avanzadas antes de su llegada. Si desea quedarse en otro lugar mientras las obras terminan, puedo indicarle varios establecimientos donde pueda alojarse.

Tanto el señor Banfield como la señora Brightmoor parecían demasiado preocupados por lo incómodo que le resultaría soportar unas cuantas reformas en una casa, cuando era lo suficientemente grande como para evitar el ruido y el desorden. Sobre todo teniendo en cuenta que, hasta donde había visto, era un trabajo más bien superficial. Eso sí, los daños en el techo eran una señal inequívoca de que el tejado necesitaba una reparación de mayor calado. ¿Por qué habían dejado que se deteriorase hasta ese punto? ¿Habían pedido más fondos adicionales y se los habían denegado o es que el abogado era tan raro como el ama de llaves?

—Por lo poco que he visto, no tengo ninguna queja. El ebanista que ha contratado para encargarse del interior parece estar haciendo un trabajo excelente, aunque es un poco lento.

El señor Banfield pasó una mano por el borde de su pluma.

—Sí. Ahora mismo solo están él y su aprendiz. Aunque no hay nadie que trabaje mejor que él por los alrededores.

Hablaron sobre las reformas más importantes, incluidas las de las alcobas del ático, en ese momento inservibles y que tendrían que acondicionarse antes de contratar a más personal. Ni siquiera estaba seguro de dónde vivían la cocinera y las sirvientas de las que había oído hablar. ¿Dormían todas en la casa del guarda?

Pensó en las otras renovaciones y edificaciones anexas necesarias para modernizar la propiedad. Con independencia de que decidiera vivir allí a largo plazo, alquilara la casa o la vendiera, era un trabajo que tenía que llevarse a cabo. Y mientras el abogado tomaba notas y le hacía preguntas, la conversación se fue alejando de la casa en sí y fue centrándose en asuntos de negocios. Le sorprendió la preparación que demostró el señor Banfield.

Si al final decidía quedarse allí por más tiempo del inicialmente previsto, necesitaría un abogado de la zona que le echara una mano, o que incluso ocupara el lugar del que había heredado de su padre. Con suerte, el señor Banfield sería alguien competente y eficiente, a pesar del aspecto de su despacho.

Al cabo de un rato llegó la comida y ambos dieron buena cuenta de ella mientras hablaban. El abogado dio nuevas pruebas de una aguda inteligencia y William se sintió cada vez más confiado de poder gestionar el marquesado desde Marlborough, aunque solo fuera por un tiempo.

Eso le quitó otro peso de encima. Su necesidad de alejarse no supondría eludir la responsabilidad de cumplir sus deberes como marqués.

Lo que no terminaba de encajarle del todo era que la señora Brightmoor hubiera conseguido su empleo estando a cargo de la finca un hombre tan inteligente y observador como el señor Banfield.

William esperó hasta que el ama de llaves volvió a salir del despacho, para devolver la vajilla sucia a la posada, para preguntar:

—¿Cuánto tiempo lleva la señora Brightmoor cuidando de la casa?

—Años —respondió el abogado—. Lleva trabajando allí desde que los abogados de su padre

me pidieron que supervisara la propiedad.

La respuesta le sorprendió. Su padre había ganado la casa hacía casi quince años. Aunque el señor Banfield se hubiera tomado su tiempo para encontrar a alguien, eso significaría que la señora Brightmoor llevaba allí más de diez años. No parecía tan mayor... A menos que, también ella, hubiera empezado a trabajar allí cuando era una niña.

El señor Banfield entrelazó los dedos debajo de su barbilla.

—Cuando acepté el encargo, mi esposa ayudó a poner la casa en orden en un primer momento, pero la señora... mmm... Brightmoor lleva muchos años al frente del cuidado de la propiedad.

Eso tenía mucho más sentido. Si ella hubiera empezado allí siendo una joven de unos catorce años y la hubieran preparado para asumir el puesto de ama de llaves, eso explicaría que supiese cuidar de una casa pero no de las personas que la habitaban. Y en ese caso no sería justo despedirla sin darle la oportunidad de aprender.

Aunque no tenía ni idea de dónde o cómo se suponía que alguien aprendía a ser ama de llaves.

Deseaba hacer otras cuantas preguntas, pero no las pronunció en voz alta. Aunque sentía que podía confiar a aquel hombre cualquier cosa relativa a sus negocios, había algo en sus enigmáticas conversaciones con la señora Brightmoor y en la forma como la miraba que le indicaba que no podía fiarse de las respuestas que no descubriera por sí mismo. Necesitaba ceñir sus preguntas a los hechos.

—¿Y el resto del personal? ¿Cuánto tiempo llevan trabajando las sirvientas y la cocinera?

El señor Banfield jugueteó con la pluma.

—Hemos contratado a todos hace poco. Los niños se han criado en la zona y llevaban un tiempo echando una mano de vez en cuando en la casa. Así que, cuando vimos que necesitaríamos contar con más personal tras su llegada, ellos fueron nuestra primera opción, a pesar de que son un poco jóvenes.

Aquello tenía sentido. Entonces, ¿por qué seguía dudando?

Cuando salió con la señora Brightmoor de Marlborough el sol empezaba a ponerse en el cielo. Cruzaron el puente y continuaron rumbo a casa. William ya se sabía el camino, de modo que podía regresar cuando quisiera sin necesidad de llevar con él a su ama de llaves.

En ese momento deseaba haber encontrado la forma de dejarla en el pueblo. Aunque el trayecto de aquella mañana había sido tranquilo, el camino de vuelta no lo estaba siendo. Sus comentarios no se circunscribían a los árboles, la flora o a los pájaros, ni siquiera a los ciervos que se dispersaban corriendo cuando detectaban su presencia.

No, ella quería conocer sus planes. ¿Qué iba a hacer con la finca? ¿Cuántas veces tenía intención de viajar a Londres?

Todo un interrogatorio al que él se mostraba más que capaz de oponer resistencia. Pero le estaba irritando sobremanera tener que hacerlo y se le agotó toda la paciencia que había decidido tener con ella. Cuando dejaron atrás los árboles que había cerca del lago, el último ápice de transigencia se desvaneció. Llevaba todo el día siendo bastante educado, excesivamente educado si se incluía el día anterior. Ya iba siendo hora de recordarle quién era el noble y quién el ama de llaves. Puede que hasta le sirviera de primera lección sobre cómo comportarse adecuadamente.

—Señora Brightmoor... —dijo entre dientes, volviéndose para mirarla. Una ligera brisa

soplaba entre ellos, haciendo que a Daphne se le soltaran varios mechones del recogido y azotaran su cara—. Me gustaría recordarle amablemente que usted trabaja para mí y no al revés.

—Por supuesto —admitió ella, con los ojos muy abiertos—. Pero si no sé lo que va a hacer, no sabré lo que tengo que hacer.

—Tiene que hacer lo que yo le diga que haga, y ahora mismo le estoy diciendo que me deje en paz —gruñó.

Ella abrió la boca pero volvió a cerrarla inmediatamente.

Por fin el silencio.

Ahora que había ganado, y antes de decir alguna crueldad, William giró sobre sus talones y cruzó el campo que llevaba a la casa. Como esa noche volviera a verla pululando a su alrededor, terminaría teniendo pesadillas.



Capítulo 11



Daphne se pasó el resto de la tarde alejada de lord Chemsford. Algo que no le costó mucho, pues Benedict y el señor Leighton habían regresado al pueblo para trabajar en el taller con algunas molduras. Ninguno de los dos se pasaría por la casa en, por lo menos, los dos próximos días.

Incluso hizo que Reuben saliera del establo e hiciera las veces de lacayo para llevar la cena al marqués.

Los niños se mantuvieron silenciosos cuando se reunieron para cenar. Por supuesto que no esperaba que se sintieran cómodos con el señor Morris presente y el desdén que exudaba por los cuatro costados. El mozo de cuadras, el señor Pasley, resultaba mucho más agradable. Al menos parecía feliz de haber tomado a Reuben bajo su tutela y enseñarle cómo cuidar de animales un poco más complicados que unas cabras y unas gallinas.

Sin embargo, sabía que era solo cuestión de tiempo que los chicos terminaran preguntándole por lord Chemsford. Eugenia todavía no lo había visto, pero Sarah y Reuben sí. Tal vez habían decidido que no querían saber más del asunto. Y mientras se guardaran sus especulaciones para sí mismos, Daphne estaría más que feliz de postergar la conversación mientras pudiera.

Cuando recogían los platos antes de irse a la casa del guarda a dormir, hizo todo lo que pudo por reírse y gastar las bromas de costumbre, por fingir que su rutina no había cambiado ante la llegada del nuevo señor de la casa.

Pero no le dejaba de latir aceleradamente el corazón, que parecía competir con el tictac del reloj. Al final, más pronto que tarde, todo se desmoronaría, y aún no tenía un plan para evitar la catástrofe.

Cuando todos se reunieron en la habitación de las niñas para la lectura nocturna de la Biblia, la mujer recurrió a uno de sus pasajes favoritos en un intento por alejar sus temores. Mientras se acomodaba en el borde de la cama que compartían las chicas, alisó las desgastadas páginas de un pasaje del Deuteronomio. Eugenia se acurrucó a su izquierda y Sarah se sentó a su derecha. Reuben estaba tendido en el suelo y Jess apoyada contra la pared.

—¿Por qué no estamos leyendo el siguiente capítulo de Juan? —preguntó Eugenia con un bostezo.

—Porque a veces... —Se detuvo a mitad de la frase y aspiró profundamente. Allí no tenía que fingir. Esos muchachos eran su familia. Y siempre había intentado enseñar a los niños que era bueno mostrarse abierto, ser honesto, e incluso vulnerable, con aquellos a los que amabas, a pesar de lo peligroso que pudiera resultar en cualquier otro lugar.

Como en la casa que hasta hacía poco había sido su hogar.

Se aclaró la garganta y prosiguió:

—A veces necesito que Dios me recuerde algunas cosas. Es bueno apoyarse en una promesa cuando la situación lo requiere.

Los niños asintieron, contentos de ir a donde quiera que Daphne les guiara, sobre todo cuando se trataba de leer la Biblia. Esa había sido la única parte de sus vidas donde ella había dirigido el rumbo. Descubrió el consuelo que podía proporcionar el estudio diario de los Testamentos cuando se vio atrapada en una pequeña casa a las afueras de Marlborough, embarazada de Benedict y con miedo a acudir a cualquier parte y que alguien conociera su estado y el pecado que lo había provocado.

Se había leído aquella historia del Deuteronomio tantas veces que podía recitar de memoria algunas partes.

Moisés había cometido errores y, aunque Dios le había perdonado con su infinita gracia, a él, que había guiado a los israelitas fuera de Egipto, no se le había permitido caminar en la Tierra Prometida. Sin embargo, sí había podido guiar a la siguiente generación de líderes que llevarían al pueblo de Dios donde tuviera que ir.

Daphne se veía perfectamente reflejada en esa historia. En un momento de su vida, una decisión, un error, la había llevado a la ruina, pero en Marlborough le habían dado la oportunidad de criar a unos niños para que fueran mejores personas e hicieran más de lo que ella jamás había podido hacer. Si se hubiera quedado en Londres, apoyándose en las paredes de los salones de baile y ocultándose detrás de los pianos de las salas de estar, nunca habría descubierto la existencia de un lugar en el que se sentía tan cómoda siendo ella, en donde se sentía útil.

Nunca tendría la habilidad o el coraje de guiar a nadie, pero sí podría alzar a Josué tal y como Moisés había hecho. Esos niños, incluidos Benedict y todos los que ahora vivían con sus nuevas familias, eran la próxima generación. Aquellos a los que Dios estaba preparando para salir al mundo y vivir por él.

La gracia y el perdón que se le había concedido a Daphne le permitía formar parte de sus preciosas e inocentes vidas.

—Sé fuerte y valiente—recitó Daphne de memoria, dirigiéndose hacia los tres rostros que la miraban—. No tengas miedo ni te desanimes, porque el Señor tu Dios te acompañará donde quiera que vayas; no te abandonará ni te dejará desamparado.

Cómo deseaba inculcar todo ese coraje a esos niños. Lo iban a necesitar. La vida no era amable con las personas que no tenían las conexiones apropiadas, con los que tenían un origen cuestionable. Tendrían que luchar por todo, y ella quería que lo hicieran con integridad y con la seguridad del amor de Dios.

Haría lo que fuera necesario para mantenerlos con ella el tiempo suficiente para que se sintieran seguros con ese amor. Quizá fuera un tanto presuntuoso por su parte querer ser Moisés, pero era una idea sólida a la que aferrarse, en la que poner sus esperanzas. En la medida de lo posible, ayudaría a formar una generación con un poco más de coraje y confianza en Dios que los que ella había tenido.

Y eso sería suficiente.

Tenía que serlo.

Porque cualquier otra alternativa requeriría que ella saliera de ese hogar que había creado. De su desierto.

—Mamá Daphne... —intervino Sarah, tocando un agujero del dobladillo de su camisa—. ¿Es

lord Chemsford el padre de Benedict? ¿Por eso está aquí?

Eugenia, que no parecía nada sorprendida por la pregunta, agregó:

—¿Le va a dar a Benedict un hogar como pasó con los otros niños?

Las tranquilas palabras de la pequeña le rompieron el corazón en mil pedazos, provocándole un hondo dolor en el pecho. No intentó retener las lágrimas que cayeron por sus mejillas. Nunca lo hacía. Eso solo empeoraba la situación. Cuanto antes las dejara fluir, antes desaparecerían.

Haciendo caso omiso del llanto, forzó una sonrisa y pasó una mano por el pelo de Eugenia.

—No. Lord Chemsford no es el padre de Benedict. Que se parezcan es solo una extraña coincidencia. No hay razón para que ninguno de ellos se preocupe por el otro.

Oyó un ligero resoplido que provenía de la puerta, pero no permitió que su sonrisa decayera. Por mucho que quisiera prohibir tajantemente cualquier discusión sobre el notable parecido del marqués con el chico, y sobre todo desalentar a cualquiera que quisiera mencionárselo a Benedict, no tenía intención de afrontar las preguntas que esa prohibición pudiera traer. Así que ignoró el ceño fruncido de Sarah y el gesto de confusión de Reuben y dio a Eugenia un sonoro beso en la frente.

—Es tarde y ninguno de nosotros estamos acostumbrados a la cantidad de trabajo que tenemos ahora. Es hora de irse a dormir.

Excepto por los murmullos de buenas noches, nadie dijo nada más. Reuben se retiró a su catre del salón y Eugenia y Sarah se acurrucaron juntas debajo del edredón de la cama doble que compartían. Daphne salió al rellano con el farol en la mano y fue hasta el cuarto en el que dormía con Jess.

Su amiga ya se había puesto el camisón y se estaba cepillando el pelo. Lucía la sonrisa ladina y traviesa que siempre precedía a una buena dosis de burlas.

—¿Le gustó al marqués el recorrido que le hiciste por el pueblo?

—Por supuesto —murmuró—. El sueño de todo aristócrata es tener un ama de llaves que lo engañe para caminar unos cuantos kilómetros el día después de tener una terrible jaqueca. Es la mejor manera de conocer a un montón de personas tan normales y corrientes que jamás habrían estado lo suficientemente cerca de él como para describir las hebillas de sus zapatos.

La sonrisa de Jess se hizo aún más amplia. Siempre se mostraba muy orgullosa de su amiga cuando conseguía hacerle frente.

Y a Daphne le pasaba lo mismo.

—¿Tuviste algún problema?

—No. —Se metió bajo las mantas. Necesitaba escapar de la realidad durante un rato.

Lo cierto era que Nash le había lanzado unas cuantas miradas molestas cuando lord Chemsford no los observaba. Y no podía culparle. El abogado llevaba años haciendo muchísimo por ella y Daphne nunca le había revelado la identidad del padre de Benedict. Incluso se guardó esa información para sí misma cuando trabajó codo con codo con ellas para llevar las finanzas de la mansión, se encargó de llamar a hombres de confianza para que les hicieran gratis las reparaciones necesarias en la casa y las ayudó a mantener a los niños ocultos de aquellos que querían que desaparecieran en lugar de que crecieran en el campo, apartados de la sociedad.

Y ahora el abogado tenía que trabajar para un hombre que estaba claramente relacionado de

alguna forma con Benedict, y ni siquiera sabía qué secreto estaba intentando ocultar. Sí, no era justo para Nash, un hombre que había invertido una buena parte de su vida intentando salvar a madres como ella y a sus hijos. Pero Daphne no había tenido oportunidad de poder contarle nada más ese día.

—Sabes que no vas a poder evitar que se vean por mucho más tiempo, ¿verdad? —comentó Jess, mientras se subía a su propia cama—. ¿Has pensado en algún otro plan?

Daphne golpeó y aplastó la almohada hasta que quedó a su gusto.

—Lo único que tengo que hacer es mantenerlos alejados otra semana más. Entonces lord Chemsford ya no estará pendiente de nosotros. La gente como él no presta mucha atención al personal de sus casas.

—¡Qué sorpresa! —murmuró Jess, con ironía, antes de cambiar de tema—. ¿Crees que estará en la casa, hablando con ese hombre horrible al que llama ayuda de cámara sobre «gente como tú»?

Daphne se apoyó sobre los codos.

—¿A qué te refieres al decir «gente como yo»?

—¿A qué te referías tú al decir «gente como él»?

—A la aristocracia. A la gente rica que está acostumbrada a tener una casa llena de sirvientes. —Al ver que respondía con un mero murmullo de asentimiento, insistió—: Jess, ¿quién es la gente como yo?

Una línea blanca en medio de la oscuridad reveló que su amiga estaba sonriendo cuando respondió:

—Los que están tocados de la cabeza.

—¡Yo no estoy tocada de la cabeza! —Se dejó caer sobre la almohada.

—Daphne —replicó con una risita—, prácticamente has secuestrado al marqués en su segundo día en esta casa. Eso no dice mucho de tu cordura.

—¡Oh, vete a dormir! —gruñó ella.

Su amiga se puso a reír, pero se dio la vuelta y se quedó en silencio, dejándola que siguiera su propia rutina para conciliar el sueño. Aquella en la que viajaba a una vida distinta a la que tenía. Ese era el único momento en el que se permitía reconocer que no le importaría encontrar una vía de escape al arrepentimiento y a las consecuencias de sus actos. ¿Había hecho Moisés algo parecido? ¿Se había quedado despierto por la noche, preguntándose qué habría pasado si hubiera recordado la diferencia entre hablar a una roca y golpearla? ¿Se habría imaginado lo que podría haber sucedido?

Probablemente no. Pero Daphne lo hizo.

Cerró los ojos y dejó que su mente divagara. A veces se imaginaba lo que habría pasado si nunca lo hubiera estropeado todo, si se hubiera quedado en Londres y hubiera hecho lo que debía. Por supuesto, todos esos escenarios excluían la existencia de Benedict, pero ella ya no podía concebir una vida sin su hijo.

Otras veces, pensaba en lo que haría con los niños si poseyera una cantidad infinita de tiempo y dinero.

Casi siempre se imaginaba a sí misma como una persona diferente, aunque siempre con

Benedict. En ocasiones era audaz como Jess o afable como Kit. En otras se veía caminando entre una multitud de personas y no corriendo hacia el rincón más cercano para apoyarse contra la pared mientras le temblaban las rodillas.

Pero esa noche fue una de esas raras ocasiones en las que se imaginó de vuelta en Londres. Era joven y llevaba su mejor vestido, que era bastante más sencillo que la mayoría de las prendas que vestían las damas de su entorno. Sabía perfectamente qué prenda era. Recordaba cuando la cortó años atrás y la convirtió en sendos trajes para que Sarah y Eugenia fueran a la iglesia.

Pero cuando el sueño empezó a apoderarse de ella aquel recuerdo se desvaneció y lo único que Daphne vio fue a sí misma, parada en un rincón con una taza de ponche. Era casi un recuerdo real, un trozo de felicidad, mientras contemplaba a Kit sonreír a su pareja de baile.

Una pareja que se parecía mucho a lord Chemsford.

¿Había estado él en alguna de esas fiestas del pasado? Entonces él era lord Kettlewell, un joven preparándose para entrar en la vida adulta.

Durante ese día se había mostrado muy amable... bueno, más amable de lo que podría haber sido. ¿Lo sería también en esa otra época? ¿Habría sido tan agradable, paciente y educado con la muchacha apoyada en la pared como con la nerviosa y excéntrica ama de llaves?

Se imaginó que sí. Fantaseó con que él la ofrecía otro vaso de ponche y se quedaba con ella en aquel rincón toda la noche, hablando sobre la destreza de Benedict en la carpintería, o sobre cachorritos o sobre otro tema igual de placentero. Cuánto se habría divertido si hubiera tenido más noches como aquella.

Soltó un suspiro de felicidad, se hundió todavía más en la almohada y se dejó invadir por el sueño.



William se propuso evitar a la asaltante de caminos que tenía como ama de llaves. La noche anterior se había quedado dormido con solo un ligero y molesto palpitar en la parte posterior de la cabeza. Se había levantado a su hora habitual y había salido a montar para conocer desde la comodidad de su caballo, y en completa soledad, algunos de los bosques que no había visto el día anterior.

A su regreso había entrado sigilosamente en la casa y había buscado a propósito a la joven sirvienta a la que solo había visto de paso los dos últimos días. Siempre parecía un poco asustada cuando se topaba con él, aunque tal vez esa fuera su expresión habitual. Tenía una cara un tanto extraña, con una barbilla puntiaguda y unos ojos enormes.

—¿Sarah, verdad?

—Sí, milord —respondió la muchacha en voz baja, llevándose al pecho el trapo que tenía en la mano.

—Pide a la cocina que me preparen el desayuno en una bandeja. Yo... bueno... diré a Morris que baje y me la traiga cuando esté listo para tomarlo.

La chica hizo una reverencia muy ligera, aunque elegante, y en ningún momento dejó de escudriñar su rostro.

—Ahora mismo, milord.

William asintió y se dio la vuelta para apresurarse a sus dependencias antes de que la señora Brightmoor lo interceptara. Con un poco de estrategia y suerte, podría cambiarse de ropa, desayunar y salir de casa para inspeccionar a pie el entorno de la casa y las edificaciones adyacentes sin que su ama de llaves le sugiriera que echase un vistazo a la corteza de algún árbol de la zona o visitara cada granja que hubiera en diez kilómetros a la redonda.

Esa mujer no se parecía a ningún sirviente que hubiera conocido. Él tenía todo el derecho a sentirse como si fuera la única persona que habitara en esa casa, pero cuando terminó de desayunar, y antes de salir, se encontró mirando de soslayo, prevenido ante la posibilidad de que ella estuviera a la espera.

Escapar airoso de la casa hizo que caminara a un ritmo más enérgico y con una sonrisa en el rostro. Esa mañana le habían llevado su caballo hasta la puerta principal y luego el joven criado le había esperado en el mismo lugar para recoger la montura, así que todavía no había tenido oportunidad de ver de cerca el establo ni los otros edificios anexos.

Encontró indicios claros de que el establo había sido un granero más pequeño y antiguo antes de las recientes reformas. El señor Pasley nunca se había quedado corto a la hora de pedir lo que los caballos necesitaban, por lo que dedujo que la remodelación había sido más que suficiente, al menos por el momento.

Mientras se acercaba, le llegaron los sonidos y olores de animales. Ah, sí, la señora Brightmoor criaba cabras y gallinas para el abastecimiento diario.

Vio un redil enorme adosado a un lado del antiguo granero, aunque la valla era un poco baja como cercado para caballos. Al observarlo de cerca se dio cuenta de que era un corral de gallinas. Muchas gallinas. Al menos debía de haber dos docenas de aquellos demonios escarbadores, tal vez más. Y por si fuera poco, otro vallado aún más grande albergaba otro número también considerable de cabras.

¿Cuántas gallinas y cabras se necesitaban para dar de comer a un puñado de personas? Con eso podían alimentar a una gran familia de granjeros. A varias familias de granjeros. Puede que hasta a un pequeño ejército.

En un lateral del corral se situaba una caseta rectangular que, al igual que la cerca, no tenía aspecto de ser muy nueva. Tal vez el dueño original había regentado algún tipo de negocio relacionado con los huevos y los encargados de cuidar la casa habían pensado que él querría continuar la actividad. Eso explicaría toda esa cantidad de aves. Aunque, ¿quién compraría los huevos? Seguro que cualquier persona que viviera cerca de allí tendría sus propias gallinas.

Le llamó la atención una palanca situada a un lado de la construcción. La presionó y se sobresaltó al ver que el tablero trasero de la caseta se inclinaba de tal forma que uno podía retirar los huevos sin necesidad de poner un pie en ella.

Un detalle ingenioso y que nunca había visto antes. No era un gran conocedor de las labores de agricultura o recogida de huevos, pero si sus otras propiedades hubieran tenido un dispositivo como ese, seguro que habría oído hablar de él.

La curiosidad por saber cómo funcionaba el gallinero le hizo olvidar su intención de averiguar por qué había tal cantidad de gallinas. Se inclinó para mirar por debajo y, al instante, se encontró

una nueva incógnita. Junto a la palanca estaban grabadas las mismas iniciales, B y S, que había visto en la mesa de la casa del guarda y debajo, la fecha de 1813.

Un año en el que, en teoría, la propiedad había estado prácticamente abandonada. ¿Habrían construido allí mismo el gallinero o lo habían llevado después?

¿Tendría la finca escondida alguna otra pieza de aquel fabricante de muebles tan ingenioso? Miró alrededor y se percató de varios tejados que sobresalían de entre los árboles junto al lago. La señora Brightmoor le había señalado brevemente la existencia de esas pequeñas edificaciones el día anterior, pero había mencionado que todas ellas estaban vacías y sin muebles. Y si bien podía elegir varias palabras no muy halagüeñas para describir a su ama de llaves, no creía que «mentirosa» fuera una de ellas.

La mujer estaba ocultando algo, sí; pero si hubiera estado dispuesta a mentir para que no se descubriera, ya lo habría hecho, y sus encuentros habrían sido bastante menos incómodos.

Aunque había muebles en la casa del guarda, al menos uno, con la marca del mismo ebanista. Regresó hasta el punto donde el camino se dividía en dos direcciones: una llevaba al establo y a un jardín demasiado grande con aspecto de haber sido bien cuidado y la otra conducía a la casa del guarda. Bajar hasta allí le pareció una invasión. Si la señora Brightmoor hubiera tenido una habitación en la casa principal, como cualquier ama de llaves normal, no habría entrado a buscar nada dentro de ella sin una buena razón, así que vio justo tener la misma deferencia con el lugar en que vivía. Al menos por ahora.

Así que solo le quedaba la casa principal. ¿Lo haría? ¿Podría pasearse tranquilamente por las estancias a su antojo o saldría esa mujer de repente, detrás de cualquier cortina, para insistir en que era esencial que inspeccionara las nuevas molduras?

En ese momento oyó una puerta cerrarse y retrocedió por el camino hacia el establo, donde se ocultó detrás de una puerta abierta y miró a hurtadillas hacia la vivienda principal. Pero al pensar en su actitud se sintió muy molesto consigo mismo. Esa era su casa, su propiedad, su vida. Y si quería entrar en su vivienda y deambular por donde le diera gana, por supuesto que lo haría.

Sobre todo cuando vio a una pequeña figura con un vestido de muselina y una chaquetilla Spencer dirigirse a la zona donde tendían la ropa.



Capítulo 12



William rodeó un lateral de la casa en dirección a la entrada principal y pasó por una larga pared de cristal. Unas cortinas blancas impedían ver detrás de un conjunto de paneles de vidrio y el ventanal de doble puerta instalado entre ellos. Coronaba el conjunto un intrincado semicírculo de vitrales. No había visto una pared semejante en toda la casa. Decidió utilizar esa entrada.

Abrió el pestillo sin ningún esfuerzo y la puerta se movió sobre unas bisagras silenciosas y bien engrasadas, franqueando el paso a una biblioteca espectacular.

Aunque podía prescindir de la profusión de arte que parecía ir pegada a todas las paredes de esa casa, el contenido de esa estancia era más que bienvenido.

Al igual que la galería de retratos, la habitación se había construido con posterioridad y estaba unida a la vivienda principal mediante un pasillo corto. En las dos paredes más largas se habían dispuesto sendas estanterías, creando paneles de encuadernaciones de cuero que ocupaban desde el suelo hasta el techo. En el otro extremo de la sala, cerca de las ventanas, lucía un escritorio de proporciones considerables, mientras que los sofás y las sillas ocupaban la otra mitad. Pasó la mano sobre un gran globo terráqueo dispuesto sobre un soporte tallado de tres patas y este giró sobre su eje en un colorido remolino de geografía.

La sala era lo suficientemente maravillosa como para distraerle de su objetivo. Estaba rodeado de auténticos tesoros, pero allí no había nada que se pareciera a las creaciones que había visto en la casa del guarda o el gallinero.

Echó una última mirada hacia atrás y fue hacia el salón. Aunque no estaba completamente seguro de lo que estaba buscando, confiaba en que lo sabría en cuanto lo viera. O quizá ya lo había visto y no se había dado cuenta. Tal vez la mesa de juegos de la galería de retratos...

Cruzó el vestíbulo principal y la sala de música, deteniéndose para mirar el banco junto al piano, que parecía incluir un estante para guardar las partituras. Una idea interesante, pero ¿no se caerían cada vez que movieran el asiento?

En cuanto llegó a la galería de retratos, se propuso no mirar la colección de rostros con los que no guardaba ningún parentesco y parecían observarlo. Cruzó la sala y se arrodilló al lado de la mesa de juegos. Tardó un rato en encontrar lo que buscaba, ya que la mayor parte de la superficie la ocupaba el tablero giratorio y los originales compartimentos, pero finalmente logró dar con las ya conocidas B y S y el año 1815 grabados en una de las patas. De modo que se trataba de una creación más reciente.

A continuación, se pasó mucho tiempo rebuscando en lo que se suponía que era otro salón, aunque parecía otra galería. Estaba repleto de cristal y obras de arte, con muchos estantes y mesas donde exhibirlo todo, pero nada le pareció particularmente ingenioso.

En el salón grande, observó con detenimiento cada estante y mesa, hasta que empezó a sentirse un poco ridículo. Por suerte, no había nadie pululando por la casa que pudiera ser testigo de su

búsqueda.

Era indudable que gracias a la labor del señor Leighton, al que aún no conocía en persona, el salón presentaba una marcada diferencia con el resto de la casa. La pintura renovada y los acabados modernos eran bonitos y sobrios, lo que demostraba que el abogado había elegido a un buen trabajador. El mobiliario también había sido restaurado y reunía algunas de las mejores piezas de la casa. A pesar de su antigüedad, sus líneas limpias formaban un conjunto armónico. Por el aspecto cómodo de los enseres, en contraste con el halo de exhibición ostentosa que había visto en otras partes de la casa, dedujo que seguramente aquella era una de las estancias que más había usado el propietario anterior.

William se movió por la habitación intentando apreciar el valor de cada pieza, aunque se llevó una gran decepción cuando la mesa de té no resultó ser otra cosa que una superficie con cuatro patas. Sin embargo, en otra colocada al lado de la pared más lejana, encontró otro artículo que captó su atención: una caja cubierta por un intricado patrón de filigranas que la convertía en una obra de arte claramente diferente a las del resto de la vivienda.

Era una caja preciosa, aunque no clásica ni refinada. La abrió y descubrió múltiples contenedores. Una bandeja extraíble dejaba a la vista diferentes espacios para almacenar distintos tipos de té.

Volvió a cerrar la caja y le dio la vuelta. Allí estaba las mismas B y S, junto al año: 1811.

Un recorrido por el resto de las habitaciones sacó a la luz más piezas con las mismas iniciales grabadas y fechadas en años en los que, en teoría, la finca había estado vacía. Como una pequeña estantería construida con una ligera inclinación para sostener una colección de himnarios en la capilla o un gancho bastante rudimentario para colgar un farol cerca de la cama de uno de los dormitorios más pequeños. En una de las alcobas austeras que había frente a sus dependencias, encontró también un gancho en un tocador para sostener el aguamanil y poder inclinarlo con una sola mano.

Algunas piezas eran más sofisticadas que otras. Las más complejas tenían fechas más recientes, pero todas mostraban un refinamiento y una habilidad que serían altamente apreciados por la mayoría de los ebanistas.

Se preguntó si habría más artículos prácticos de ese estilo en las zonas de trabajo de la casa. Tal vez una tina que facilitara el lavado de la ropa o un cuenco donde amasar el pan con menos esfuerzo. No estaba seguro de cómo se hacían esas labores, pero ambas le parecían bastante complejas.

Al final, decidió regresar a la biblioteca y se dejó caer en la silla situada detrás del escritorio.

Aunque no era tan ridículo como la mesa del comedor, no invitaba a la más mínima productividad. Era tan aburrido como el intrincado mueble de las gárgolas. Es más, tuvo la sensación de que, mientras sus libros de contabilidad permanecieran abiertos sobre esa superficie, le entrarían unas ganas enormes de sentarse en un sofá y ponerse a leer un libro.

Eso era seguramente lo que había hecho el anterior dueño. ¿Por qué si no había dispuesto su despacho en una biblioteca única que solo llamaba a la distracción?

La solución parecía obvia. Tenía que conseguir que el autor de la mesa de juego y del escritorio de la casa del guarda le construyera un nuevo escritorio. Y tal vez hasta un juego

completo de muebles para despacho, con los mismos detalles tan útiles como creativos.

No podía haber muchos ebanistas en la zona. Seguro que el señor Leighton sabían quién era B. S.; o S. B., pues las letras estaban tan entrelazadas que era difícil deducir el orden.

Lo que sí tenía claro era que nunca volvería a sentirse satisfecho delante de un escritorio normal hasta que no viera lo que aquel artista podía diseñar.



Daphne no podía hacerlo.

Durante los dos últimos días, con Benedict y el señor Leighton trabajando en el taller en Marlborough, había intentado ser la perfecta ama de llaves. Básicamente, había tratado de mantenerse lo más alejada posible del marqués, guardar silencio mientras le servía las comidas y evitar el contacto visual con él a toda costa.

Había sido agotador.

Estudió las diversas posibilidades y trazó varios planes, pero en ese momento, mientras oía los golpes de los martillos en la sala de estar, no le quedó más remedio que reconocer que no iba a poder mantener alejado a lord Chemsford de Benedict. Al menos no por sí misma.

No le quedaba otra que contarle al señor Leighton lo que estaba sucediendo y esperar a que, con un poco de suerte, el hombre pudiera organizar el trabajo de modo que los caminos de Benedict y el dueño de la casa nunca se cruzaran.

Por desgracia, no era la única que esa mañana estaba decidida a hablar con el carpintero.

—¡Lord Chemsford! —gritó, yendo hacia el lugar de donde provenían los martillazos. No sabía muy bien qué le diría cuando captara su atención, pero necesitaba detenerlo a cualquier precio.

El marqués prácticamente dio un salto del susto antes de darse la vuelta, tan rápido que estuvo a punto de caerse.

—Señora Brightmoor —saludó con tono tenso y neutral.

—¿Ha podido ver ya todos los terrenos de la propiedad? —Daphne casi gimió y dejó caer la cabeza entre las manos. Por supuesto que los había visto. Había cabalgado por ellos esa misma mañana y se había pasado toda la tarde anterior examinándolos con los dos hombres a los que había contratado para diseñar zonas ajardinadas en las partes descuidadas. Aun así, necesitaba sacarlo de la casa, aunque solo fuera un momento, para poder hablar con el señor Leighton. De modo que se lanzó a por todas—. Hay una gruta de lo más interesante junto al lago.

El marqués negó con la cabeza y abrió la boca antes de cerrarla con un suspiro. Después, cambió de postura para enfrentarse directamente a ella y frunció el ceño.

—He visto todos los terrenos que necesito ver por ahora. Cuando traigan los nuevos planes para el paisajismo, volveré a recorrerlos para visualizar los cambios.

—Oh. —La deslumbrante sonrisa que se había visto obligada a esbozar se desvaneció un poco, pero rápidamente enderezó los hombros y volvió a curvar hacia arriba las comisuras de la boca—. Entonces, ¿en qué puedo ayudarle?

—No la estaba buscando —repuso él entre dientes.

Daphne tragó saliva. Parecía que su recuperada actitud de entrometida, tras dos días mostrando

el decoro de la sirvienta perfecta, le había enfadado un poco. Ahí estaba otro motivo más para dar las gracias porque la mayoría de los niños que había criado tuvieran ahora su propio hogar: les había enseñado las habilidades imprescindibles para dedicarse al servicio doméstico, pero era obvio que era incapaz de mostrar la deferencia necesaria.

Si el marqués le concedía unos minutos más de gracia sin despedirla del puesto, volvería a ejercer de sirvienta invisible y descargaría su frustración sobre su almohada cada noche. Solo unos pocos minutos.

El hombre suspiró una vez más y pareció calmarse un poco. Corrigió el ceño de su rostro y le dijo con un tono más amable:

—Pero sí estoy buscando al señor Leighton. Así que, si me perdona...

Lord Chemsford parpadeó atónito cuando se dio cuenta de que le estaba pidiendo permiso a su ama de llaves —a ella también le había sorprendido—, pero inmediatamente después sacudió la cabeza y se dispuso a seguir su camino.

—¿Al señor Leighton? —Se apresuró a adelantarle con la mano extendida, como si estuviera dispuesta a agarrarle de la levita para impedir que continuara. Pero antes de cometer un error tan grave, tuvo el tino de llevarse la mano al pecho—. ¿Y qué quiere del señor Leighton?

El marqués se dio media vuelta con las cejas enarcadas.

—¿Acaso importa? El señor Leighton trabaja para mí, o eso tengo entendido, y quiero hablar con él.

—Por supuesto. —Lo rodeó y se colocó entre él y la sala de estar; un movimiento con el que estuvo a punto de tirar un jarrón de un vivo tono naranja colocado sobre una mesa decorativa—. Le diré que quiere verlo inmediatamente.

—Se lo diré yo mismo —replicó él, dando un paso adelante.

Daphne retrocedió hasta prácticamente tocar la puerta.

—No quiere hacerlo.

Él la miró con ojos entrecerrados.

—¿Por qué no, señora Brightmoor?

«¿Por qué no? ¿Por qué no? ¿Por qué no?». Se mordió el labio mientras trataba de encontrar una razón... cualquier razón. Le habría servido la más absurda del mundo, porque en ese momento solo podía pensar en si a las naranjas le habían puesto ese nombre por el color o había sido al revés.

—¡Porque se ensuciará! —gritó, impulsada por la súbita inspiración.

El marqués cerró los ojos durante un instante y luego ladeó la cabeza como si no la hubiera oído bien.

—¿Ensuciarme?

—Sí —asintió ella con énfasis—. No se puede imaginar la cantidad de polvo que hay en esa habitación. Si entra ahí, Morris se pasará el resto del día cepillándole la levita.

Nada más pronunciar esas palabras pensó que ese hombre era un aristócrata y no le importaría que su ayuda de cámara tuviera que agregar una tarea más a su jornada. Pero se aclaró la garganta y continuó:

—Y si el señor Morris está cepillando su levita no podrá... no podrá... —¿Qué se dedicaba a

hacer todo el día aquel ayuda de cámara tan eficiente, pero tan estirado a la vez?—. No podrá arreglar su vestidor. Y Sarah y yo no podremos entrar allí, usted ya me entiende.

Lord Chemsford volvió a apretar los dientes, haciendo que se le marcara aún más la mandíbula.

—Quiero hablar con el señor Leighton. Si mientras le pido que venga a verme le cae un poco de polvo a mi bota, estoy seguro de que Morris es más que capaz de solucionar de ese inconveniente.

Daphne dejó a un lado el poco orgullo que le quedaba —que, sinceramente, no era mucho— y, ahora sí, se apoyó contra la puerta de la sala de estar, inclinándose contra uno de los marcos con tal dramatismo que habría sido la envidia de más de un actor del Drury Lane.

—Simplemente no puedo permitirselo, milord. ¿Y si luego va dejando polvo por toda la casa? Sarah y yo somos las únicas que nos encargamos de la limpieza.

—Contrataré a otra sirvienta.

—No en menos de una hora. —Veinte minutos. Solo necesitaba veinte minutos. Lo justo para que el señor Leighton escondiera a Benedict en el primer rincón que se le ocurriera. Se cruzó de brazos e intentó parecer lo más imponente posible, tal y como recordaba que hacia el ama de llaves de la casa de su padre en Londres cuando le prohibía comer galletas en la cama—. Si quiere ir a Marlborough y contratar a una ahora mismo, le dejaré entrar en cuanto regrese.

—¿Me «dejará» entrar?

Puede que no hubiera elegido la mejor combinación de palabras.

El marqués la observó y después miró la puerta. Tras ella se oían los constantes martilleos de los trabajadores, ajenos a la escena que se estaba desarrollando al lado.

—¿Cómo sabe que hay polvo ahí dentro?

Ahora fue Daphne la que parpadeó. ¿La creía? ¿Estaba dando crédito a una excusa ridícula?

—Yo... eh... antes les llevé un refrigerio.

Él la miró de arriba abajo.

—No se la ve especialmente sucia. Y va con el mismo vestido que llevaba esta mañana cuando me sirvió el desayuno.

—Sí, pero porque no puede ver la suciedad. Es lo bueno que tiene la muselina estampada, que lo oculta todo.

No tenía ni idea de si aquello era cierto o no. Su guardarropa era una mezcla de ropa muy anticuada y desgastada compuesta por las prendas modificadas que tenía en Londres catorce años antes y vestidos que se había hecho con telas que la señora Lancaster les había ido dando. En ese momento tenía seis vestidos que sobrellevaban los rigores de la vida rural, pero había mantenido sus viejos hábitos de limpieza y aseo personal, por lo que no sabía sí soportarían la suciedad del campo.

—¿Y la muselina estampada no deja caer ni una mota de polvo cuando uno se mueve por la casa? —El marqués negó con la cabeza—. El día de la colada debe de ser terriblemente duro.

¡Maldito sea! ¿Por qué tenía que buscarle la lógica a todo? ¿No podía, aunque solo fuera por una vez, creer que lo que ella decía era verdad?

Se quedaron allí de pie, mirándose el uno al otro lo que parecieron horas, aunque fueran unos

segundos.

El marqués juntó las manos detrás de la espalda e inclinó la cabeza.

—¿Cómo va a solucionar este problema, señora Brightmoor?

—¿Solucionar? ¿Yo? —Nunca le habían pedido una solución. Su manera de enfrentarse a los problemas era imaginarse que desaparecían.

—Sí. Ya que encuentra tan abominable mi plan de entrar en una estancia de esta casa para hablar con un hombre al que tengo contratado, supongo que eso significa que me puede proponer otro.

—El señor Leighton puede encontrarse con usted. En la biblioteca. —Era la solución perfecta. Ella tendría sus veinte minutos para advertir al señor Leighton, este le daría instrucciones a Benedict para que se quitara de en medio y mantendría al marqués ocupado mientras se reunía con él.

Lord Chemsford se pasó una mano por la mandíbula.

—Pero eso no...

—Se lo comunicaré de inmediato. —Daphne abrió la puerta que tenía a su espalda lo suficiente para meter la cabeza y hacer saber al carpintero que el marqués quería reunirse con él en la biblioteca en cuanto le fuera posible.

El hombre larguirucho le sonrió y asintió antes de fijar un clavo en la moldura que Benedict sostenía contra la pared. Durante los últimos doce años, esa habitación había sido un dormitorio en vez de una sala de estar y su uso le había dejado unos cuantos golpes y abolladuras más de lo que cabría esperar en un pequeño salón.

Cerró la puerta con una sonrisa triunfal.

—¿Y él no esparcirá polvo por toda la casa?

—Por supuesto que no —respondió ella, marcando un profundo ceño—. El señor Leighton sabe cómo limpiarse antes de salir.

Tampoco era necesario. En ese momento había tan poco serrín que no merecía la pena ni barrerlo.

Se le encogió el estomago. La desesperación la había convertido en una mentirosa de tomo y lomo.

—Muy bien —aceptó lord Chemsford—. Iré a la biblioteca y esperaré ansioso la llegada del debidamente limpio señor Leighton.

En cuanto lo vio darse la vuelta y desaparecer de su vista, Daphne aspiró profundamente, por fin aliviada. ¿Cómo era ese versículo de Oseas? «Sembraron vientos y recogerán tempestades». Tenía el mal presentimiento de que estaba a punto de comprobar cuán grande era la tempestad que podía soportar esa casa.

No. Aquello terminaría pronto, porque ya no tendría que hacer eso ella sola. Con los labios apretados en una línea sombría, abrió la puerta de la sala de estar y entró.



Capítulo 13



William se alejó de la sala de estar, preguntándose cómo diantres había podido perder el control sobre la situación. Se había criado sabiendo que algún día se convertiría en marqués, aprendiendo cómo manejar a la gente y gestionar las propiedades que le otorgaría el título y, en general, intentando encontrar el delicado equilibrio entre ejercer el poder de manera efectiva y no ser un zopenco pomposo.

Pero en ese momento tenía la sensación de haber perdido ese equilibrio.

Cuando se enfrentó a la sonrisa de desesperación de la señora Brightmoor —una sonrisa más falsa que la pata de palo de un marinero—, se dignó a darle una explicación tratando de que se sintiera más cómoda. Y, teniendo en cuenta que el trabajo de ella consistía precisamente en velar porque su casa fuera un sitio cómodo y habitable, fue una concesión inesperada.

No obstante, no quería despedirla. Era evidente que, por el aspecto que presentaba la vivienda, la había cuidado con esmero y había sido una buena empleada. Además, dudaba que tuviera ahorros, y probablemente careciera de un lugar adonde ir. De lo contrario, hacía tiempo que habría cambiado de trabajo a un lugar mucho menos aislado.

Aun así, tampoco podía permitir que su ama de llaves le hiciera sentir como un canalla en su propia casa solo porque había estado buscando a otro empleado.

Mientras caminaba por el comedor donde desayunaba, se fijó en una caja que había encima del aparador. No la había visto antes, cuando uno estaba allí, era imposible fijarse en otra cosa que no fueran esas horribles gárgolas. Era muy parecida a la que había en el salón, aunque el patrón de las filigranas decorativas era más complejo en esta y las espirales y remolinos de papel formaban una imagen de esa misma casa.

La inspeccionó hasta que encontró la forma de abrirla, tirando de un mecanismo que hacía que varias bandejas se movieran. Igual que la otra. Esta ofrecía la posibilidad de guardar diversas clases de té y encontrarlas de forma muy accesible. Al darle la vuelta dio con la B y la S que sabía que iba a encontrar, junto con la fecha. En este caso, 1816. Se había hecho ese mismo año.

Alzó la cabeza en cuanto oyó la puerta de la sala de estar abrirse. A continuación, unos pasos se dirigieron al salón, antes de que la puerta se cerrara.

—Me temo que no la entiendo, señorita Daphne.

William frunció el ceño. «¿Señorita Daphne?». La pronunciación del nombre con un ligero acento irlandés hizo que sonara suave y dulce, pero a la vez más común y accesible. De alguna forma, señorita Daphne le iba mucho mejor que el acartonado señora Brightmoor. Resultaba mucho más fácil imaginarse a la señorita Daphne interponiéndose en el camino de un hombre que a la señora Brightmoor.

Aunque él no se había imaginado eso.

—Se lo contaré todo —dijo la señora Brightmoor—. Puede venir abajo conmigo y escucharme mientras preparo un refrigerio para su reunión. Tal vez si el marqués está comiendo, no quiera

sacarle de allí enseguida.

«¿Sacarle de allí...?». Una idea empezó a tomar forma en su cabeza, pero era demasiado increíble. Aunque también era cierto que la señora Brightmoor había demostrado ser capaz de intentar lo imposible.

¿De verdad estaba tratando de mantenerlo alejado del señor Leighton?

De ser así, no le quedaba otra que admirar su empeño y, hasta cierto punto, su ingenio, a pesar de que estaba claro que esa mujer no pensaba mucho las cosas antes de actuar. Tal vez cuando descubriera qué estaba intentando ocultarle del señor Leighton, la vida en esa casa volvería a ser como en los dos últimos días.

Tranquila. Silenciosa. Y con los sirvientes comportándose como se suponía que debían.

Dejó la caja a un lado y bajó las escaleras hasta la cocina. Había llegado la hora de poner fin a los tejemanejes de su ama de llaves. Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, se encargaría de demostrarle que carecía de importancia. O, si realmente la tenía, se encargaría de ello y luego la reprendería por ocultárselo. Si de verdad pasaba algo malo con el señor Leighton, y ella, el señor Banfield y el resto de personas con las que hubiera trabajado lo habían pasado por alto, William les enseñaría todo lo que sabía sobre cómo ejercer el poder aristocrático que había heredado.

Al llegar al final de las escaleras oyó unas risas que se detuvieron en el mismo instante en que entró en la cocina.

La cocinera estaba de pie al lado de la mesa, retirando la carne de una brocheta. La señora Brightmoor preparaba una bandeja de té mientras un hombre daba buena cuenta de un cuenco de galletas. Era alto y delgado, con una mata rebelde de cabello pelirrojo rizado, parcialmente oculto por una gorra marrón.

—Supongo que es usted el señor Leighton, ¿verdad?

El hombre alzó la vista y abrió los ojos de par en par mientras lo observaba de la cabeza a los pies. Después clavó la vista en la señora Brightmoor un par de segundos y volvió a mirarlo.

—Sí, milord.

Su voz era tan tensa como su aspecto. En realidad, todos parecían incómodos. Conteniendo la respiración. Observando. Esperando.

Al cabo de un rato, el carpintero por fin se quitó la gorra con una mano y se pasó la otra por la corona de rizos alborotados.

Era un irlandés de pura cepa. ¿Creían que lo despediría por eso? Era una posibilidad. Muchos hombres de su posición no habrían dudado en hacerlo. Tenía que reconocer que era un gesto digno de admiración que la señora Brightmoor hubiera estado dispuesta a arriesgar su puesto de trabajo para que el señor Leighton no perdiera el suyo.

Tal vez William pudiera lograr que su casa volviera a la normalidad solo con mostrarse amable y cordial con el hombre.

—Un placer conocerle, señor Leighton. Es admirable lo que ha hecho en el salón.

La señora Brightmoor tosió.

—No tiene ninguna relación.

William entrecerró los ojos y miró a su ama de llaves, que en ese instante parecía estar de lo más ocupada colocando con cuidado una tetera vacía en el centro de la bandeja. La pequeña

cocinera parecía estar sopesando pinchar al ama de llaves con la brocheta.

—¿Ninguna relación con quién? —preguntó él.

La señora Brightmoor volvió a esbozar esa deslumbrante y ridícula sonrisa falsa.

—Con nadie que el señor Leighton conozca, por supuesto. Pueblos pequeños, ¿recuerda? En Marlborough nos gusta saber las... relaciones... eh... comerciales que se tiene con otra gente. El apoyo de la zona, por así decirlo. Solo le he hecho saber al señor Leighton que es usted nuevo.

La cocinera clavó la brocheta con fuerza en la carne que acaba de retirar.

Puede que su amistosa bienvenida no fuera a allanar del todo el camino a la normalidad. A menos que eso fuera lo normal. En cuyo caso se alegraba de no tener casi nunca un motivo para bajar a la cocina.

Volvió a prestar atención al carpintero, que, a pesar de ser el único que no se había movido, salvo para volver a ponerse la gorra, parecía el más sensato de todos.

—Me gustaría hablar con usted sobre un escritorio.

—¿Un escritorio? —preguntó el hombre.

—¿Un escritorio? —repitió el ama de llaves.

William no miró, pero por el sonido que oyó, el de una mano al palmejar la carne, supuso que la cocinera acaba de tapar la boca a la señora Brightmoor.

—¿Le apetece acompañarme a la biblioteca para que podamos hablar sobre el asunto? —Había hecho la propuesta en forma de pregunta, pero se volvió hacia la puerta sin esperar respuesta.

Oyó un carraspeó antes de unos pasos pesados que le seguían mientras subía las escaleras.

Se propuso no mirar atrás. No quiso sucumbir a la tentación de comprobar qué haría el ama de llaves a continuación. Aquello era como una fascinante atracción de feria.

En cuanto estuvieron en la biblioteca, se sentó detrás del insulso escritorio e hizo un gesto al señor Leighton para que tomara asiento en la silla de enfrente.

—¿Ha hecho usted todo el trabajo de carpintería de la casa?

El hombre asintió, ajustándose la gorra sobre la cabeza y revolviéndose el cabello aún más. Después se rascó la barbilla bajo una barba rala tan roja como sus rizos.

—Durante los últimos diez años.

William soltó un suspiro de alivio. Si ese hombre llevaba trabajando en la finca la última década, seguro que sabía de dónde venían las nuevas piezas.

—He encontrado algunos artículos, bastante interesantes, por cierto, que llevan una B y una S. ¿Sabe algo de ellos?

—Que han salido de mi taller. —El señor Leighton bajó la mirada y se puso a toquetear un parche de la pernera de sus pantalones.

—Excelente. —Ya se encargaría más tarde de obtener más información sobre quién era el verdadero diseñador. Por el momento, ya había logrado bastante con ese pequeño avance—. Me gustaría que me hiciera un escritorio similar.

El señor Leighton alzó la cabeza y arqueó las cejas de tal modo que se le formaron unos surcos profundos sobre el puente de la nariz.

—¿Similar a qué?

—Al gallinero, las cajas de té, la mesa de juego... Me gusta el ingenio del diseño y el uso del espacio que hace.

El carpintero se rasco la cabeza debajo de la gorra.

—Tengo un diseño en el taller. Se trata solo de un boceto sobre el papel, pero puedo traérselo. Todavía no hemos construido uno, pero la idea está bastante formada.

Mucho mejor.

—Me gustaría verlo mañana.

—Mmm, sí. —El señor Leighton se removió en la silla, como si no estuviera del todo cómodo en ella—. Eso haré. Aunque... me gustaría echarle un vistazo previamente, incluso retocarlo un poco antes de enseñárselo. Tal vez mi aprendiz y yo podríamos irnos hoy un poco más temprano para no hacerle esperar mañana.

William asintió y se recostó en la silla.

—Sí, entiendo. —Se quedó callado un momento—. ¿Sabía que viví varios años en Irlanda? — Por supuesto que no lo sabía. Ya se había encargado él de que no lo supiera mucha gente. Si su padre se hubiera enterado de que su hijo estaba tan cerca, podría haberse convertido en un incordio aún mayor.

El carpintero se limitó a asentir.

—Es un país bonito, milord.

—Lo es. Tanto por el paisaje como por la gente. —Miró al señor Leighton a los ojos, esperando que el hombre entendiera que le daba igual que fuera o no irlandés siempre que hiciera un buen trabajo y fuera honrado.

—Así es, señor. —El hombre volvió a asentir y tragó saliva—. Hasta mañana entonces, señor.

—Hasta mañana.

Cuando el carpintero se marchó, William dejó escapar un suspiro. Ahora, por fin, su tranquila casa de campo se transformaría precisamente en eso.



El diseño del escritorio era magnífico. El señor Leighton se lo entregó tal y como habían acordado. Le anunció que ese mismo día tomaría medidas y quitaría las molduras de algunas de las habitaciones. Después trabajaría en su taller durante unos días para hacer las piezas necesarias.

William estudió el boceto minuciosamente.

Era una obra de arte. Se trataba de un escritorio pensado para colocarse contra la pared, en lugar de en el centro de la estancia, y tenía una intrincada combinación de bandejas, cajones y estantes. Estaba deseando tenerlo, hacerse con una pluma y responder a toda la correspondencia que encontraba trivial y tediosa por el simple gusto de llenar todos esos recovecos.

Era una auténtica lástima que un trabajo tan impresionante, si el resultado estaba a la altura del diseño, quedara relegado a una casa de campo aislada del mundo.

William solo tendría que encargarse de más piezas al señor Leighton. ¿Eran la B y la S una especie de homenaje a alguien? Ese detalle todavía le tenía un poco confundido, pero la destreza

demostrada en las piezas de fecha más reciente compensaba cualquier excentricidad. Si el escritorio terminaba siendo tan impresionante como el del boceto, pediría otro para llevarlo a Londres cuando acudiera a la sesión parlamentaria del año siguiente.

Lo único que le faltaba era un lugar donde guardar los libros de contabilidad. Si pudiera tenerlos a mano, pero no en la misma superficie de trabajo, podría trabajar de forma más eficiente.

Salió de la biblioteca y, guiado por el ruido, caminó hasta el comedor, donde encontró al señor Leighton de espaldas a la puerta, subido a una escalera de mano y quitando una moldura. Como no quería sobresaltarlo y que se cayera, decidió esperar en silencio hasta que terminara.

—Benedict, muchacho, puede que tengamos que hacer más piezas de las que creíamos. —El irlandés, todavía en lo alto, frunció el ceño mientras tocaba la parte posterior de la madera que acaba de quitar—. Mira esto. Supongo que ya estaba mal antes de que la colocaran. Pintar una madera de mala calidad es lo mismo que ponerle un vestido de seda a una vaca.

Desde la otra habitación le llegó una risa, seguida de la voz de un muchacho.

—Puede que la dejen entrar a la fiesta, pero arruinará todos los bailes.

Por lo visto, aquella comparación sin sentido debía de ser algo que el carpintero decía a menudo.

El más joven —seguramente el aprendiz al que todavía no conocía— siguió hablando cuando el señor Leighton se bajaba de la escalera con la moldura bajo el brazo.

—No tiene por qué suponer ningún problema. ¿Quiere que vaya ahora a tomar medidas y hacer un boceto? Acabo de terminar de dibujar las proporciones que deben tener las flores para la jamba de la puerta.

Cuando Leighton llegó al final de la escalera y vio a William se quedó inmóvil, con los ojos de par en par y un pie todavía en los peldaños. Tragó saliva con fuerza.

—No —respondió—. Nos llevaremos la pieza con nosotros. Tú puedes... mmm... terminar esa rosa y después... eh... ir fuera y sacar un poco de agua con la bomba.

—Puedo traer algo de beber.

William arqueó ambas cejas cuando oyó la voz del ama de llaves emerger de la sala donde estaba el aprendiz.

El sonido de unos pasos alejándose les llegó antes de que al carpintero le diera tiempo a gritar:

—No, no hace falta...

—Ya se ha ido, señor Leighton —aclaró el muchacho.

El señor Leighton empezó a dar vueltas a la moldura que sujetaba entre las manos, cambiando su peso de un pie a otro. ¿Por qué estaba tan nervioso? Pero si le había hecho un encargo más... Eso debería servir para que perdiera el miedo a que lo despidiese.

Tal vez algo había salido mal y no quería contárselo. Echó un vistazo a la habitación y todo estaba bien. Incluso mejor, ya que habían colocado todos esos muebles horribles en un lateral y los habían cubierto con una sábana.

—Por lo que llevo visto, está haciendo un trabajo excepcional —empezó él, intentando tranquilizar de una vez al hombre—. Y está siendo rápido; algo que valoro enormemente. —Iban a un ritmo impresionante, teniendo en cuenta que solo eran dos personas. Cuando reformaran las partes estructurales de la vivienda, puede que necesitaran ayuda.

—Gracias, milord. —El carpintero giró una vez más la madera—. ¿En qué puedo ayudarle?

William asintió. Supuso que sus elogios habían disipado las preocupaciones del hombre. Levantó el boceto del escritorio.

—Este diseño... ¿Es posible que en esta parte, en vez un armario se pongan cajones parecidos a los de aquí? Además, me gustaría poder guardar cinco o seis libros de contabilidad en algún sitio de fácil acceso.

Leighton dejó la moldura en el suelo, se quitó la gorra y se pasó la mano por los rizos desordenados.

—Bueno... mmm... vamos a ver.

El carpintero bajó la voz casi hasta el susurro mientras tomaba el boceto. Después se aclaró la garganta y recorrió el papel con un dedo.

—Lo de los libros en principio no supondría ningún problema. Podría guardarlos aquí en medio. —Lanzó una mirada ansiosa hacia la sala de estar antes de volver a carraspear y continuar —: En cuanto a los cajones, bueno, depende de dónde haya que poner los mecanismos para el resto de aperturas y compartimentos.

William alzó ambas cejas. El dibujo contaba con todo lujo de detalles y cada centímetro cuadrado estaba asignado a un espacio con un propósito, pero ¿el carpintero no sabía cómo funcionaba?

—¿No debería saberlo ya? Me dijo que las otras piezas salieron de su taller.

—Y le dije la verdad. Solo que... —Dejó caer los hombros mientras soltaba sobre el boceto un prolongado suspiro—. El caso, milord, es que el diseño no es mío.

William entrecerró los ojos.

—Y entonces, ¿de quién es?

El carpintero tragó saliva.

—De mi aprendiz.

¿El dueño de esa voz de muchacho que había oído en la otra habitación era el que había diseñado ese escritorio? ¿Y el que había creado las otras piezas que había visto en la casa? Eso explicaría la mejora en la calidad con el paso de los años.

—Muy bien —aceptó—. Pues ¿por qué no se lo preguntamos a él? Creo que antes lo llamó Benedict, ¿no? Quizá le interese saber que se apropia usted de su trabajo.

Leighton se estiró todo lo alto que era.

—Yo nunca he hecho tal cosa, milord. Le dije que esas piezas salieron de mi taller y es la verdad. La madera y todas las herramientas las puso mi taller. Benedict lleva años trabajando conmigo, incluso antes de que le tomara formalmente como aprendiz. Yo sigo siendo el maestro carpintero, el que recibe los pedidos y al que pagan.

—Pero por lo visto no es la persona que ha diseñado mi nuevo escritorio —repuso William con frialdad. Después, alzó la voz y llamó al muchacho—. ¿Benedict?

—No es necesario que haga esto, milord. —Leighton cambió de nuevo su peso de un pie a otro—. Es mejor que hable esto solo conmigo, en serio.

William volvió a mirar al carpintero con ojos entrecerrados, mientras volvía a llamar al aprendiz:

—Benedict, me gustaría hablar contigo sobre una modificación que quiero hacer al diseño de mi escritorio.

—¡Por supuesto, milord! —Leighton ya no parecía nervioso, sino más bien asustado.

Oyó en la habitación contigua el sonido de las herramientas al dejarlas en el suelo. Luego, unos pasos acercándose hasta la puerta antes de que pudiera ver la sombra de una figura por el rabillo del ojo.

—Yo... —La figura se detuvo—. No fastidies...

William parpadeó y puso fin a la mirada fija con la que estaba atravesando a Leighton. El carpintero se quedó lívido cuando la voz del muchacho cambió de emocionada, por el interés que había suscitado su trabajo, a fría. No solo fría. Helada. Como un auténtico témpano de hielo.

Lord Chemsford sintió que la ira se le agolpaba en la garganta. Ese muchacho debía de ser lo que todos le habían estado intentando ocultar. Apretó los labios en una línea sombría, dispuesto a hacer lo que fuera necesario ahora que el secreto estaba a punto de salir a la luz. Se dio la vuelta y...

Y entonces él también se quedó completamente petrificado. Por un momento se olvidó de respirar. ¿Había en la casa sales aromáticas? Porque existía la posibilidad de que todos terminaran necesiéndolas.

Era como estar mirándose en un espejo. Un espejo antiguo. La nariz. Los ojos, de la misma forma y color. El pelo, incluso con la misma peculiaridad de ser ligeramente más oscuro en un lado de cabeza que en el otro. Ese muchacho era su «yo» de hacía veinte años.

¿Cómo era posible?

—¿Quién eres?

—Benedict Sutton. —El chico cuadró los hombros, que apenas comenzaban a ensancharse, y alzó la barbilla—. Y si no le importa, milord, me gustaría hacerle la misma pregunta.

Seguro que su nombre y el título no era precisamente lo que el muchacho quería saber, pero no tenía otra cosa que ofrecerle.

—Soy el marqués de Chemsford.

—Que Dios nos asista a todos —susurró Leighton.

Aunque William apreciaba los sentimientos del hombre, le parecía un poco raro que en ese momento se pusiera a rezar, a menos que supiera algo más sobre la situación.

—¿Tiene algo que añadir, señor Leighton? Porque el muchacho y yo parece que estamos bastante perdidos.

—Bueno, yo... yo...

Al carpintero lo salvó la entrada de otra persona en el último momento. La señora Brightmoor llegó con una bandeja con limonada y emparedados. Se detuvo en seco y los miró alternativamente, a él y al muchacho.

—Sé quién eres —dijo el chico. Era como si de su tono de voz saliesen cuchillos.

A William se le contrajo el estómago mientras empezaba a hacerse una idea de quién podía ser el muchacho. Era una persona reservada y discreta, pero hubo un tiempo, unos pocos meses después del repentino matrimonio de su padre tras la muerte de su madre, en el que perdió el control y tomó más de una mala decisión antes de enderezar su vida. Siempre había dado gracias a

Dios por permitirle salir ileso de aquella etapa.

O eso pensaba.

—No —intervino la señora Brightmoor, mientras se apresuraba a dejar la bandeja sobre la mesa cubierta con una sábana—. No lo sabes.

—¿No lo sabe? —preguntó él, al mismo tiempo que el muchacho añadía: «¿No lo sé?».

William no esperó a que el ama de llaves respondiera y se dirigió directamente al chico.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

Trece. Tragó saliva. La misma edad que tenía su medio hermano Edmond, que no se parecía a él ni la mitad que ese muchacho.

La edad encajaba. Era posible. Sintió que sus rodillas amenazaban con ceder.

—Da igual la edad que tenga. —La señora Brightmoor se interpuso entre ellos, mostrando un gesto decidido en el rostro mientras miraba alternativamente al niño y al hombre—. Él no es... — Se detuvo y tomó una profunda bocanada de aire—. Él no es tu padre.

—¿Estás segura? —inquirió el muchacho, expresando en voz alta la pregunta que él mismo se estaba haciendo en ese momento.

—Muy segura.

—Entonces, ¿quién es? —quiso saber él—. ¿Quién es el padre del chico? Si está tan segura de que no soy yo, es porque debe de saber quién es, y como actual cabeza de familia de los Oswald, exijo saber su identidad, ya que está claro que el muchacho proviene de alguna rama de mi árbol genealógico.

De eso estaba completamente seguro. Era imposible que el muchacho se pareciera tanto a él y no estuvieran relacionados de algún modo. Y como hacía décadas que no había nacido ninguna prima dentro de su familia, su relación tenía que venir necesariamente por la línea paterna del chico.

La señora Brightmoor retrocedió un paso. ¿Qué tipo de emoción había debido de ver en su rostro para provocar en ella tal reacción? William no tenía del todo claro qué era lo que estaba sintiendo en ese momento.

Nunca le había importado mucho su familia. Ni siquiera le gustaban muchos de los miembros de la aristocracia que conocía. Cuando Edmond nació, deseó por un instante poder encontrar la forma de convencer al secretario de la Corona de que había muerto para el que título pasara a su medio hermano y desentenderse él.

Pero como demostrar la muerte de alguien normalmente requería la existencia de un cadáver, al final decidió hacer un uso mejor de su dinero y poder y simplemente puso la mayor distancia posible entre él y la frívola inmadurez del resto de sus pares.

Por lo visto alguien más de su familia había decidido distanciarse de las responsabilidades, pero de una manera distinta.

—Hice una promesa —respondió Daphne en voz baja—. Lo siento mucho. —Pero ella no estaba hablando con William; de hecho no le estaba prestando la más mínima atención. Estaba parada delante del muchacho, retorciendo las manos y mirándolo como si quisiera envolverlo con sus brazos y protegerlo de todas las malas noticias que pudieran afectarle.

Y él parecía dispuesto a dejarla.

¿Sería posible que...? No, no podía ser. Pero ella se había mostrado tan categórica en cuanto al hecho de que William no lo había engendrado... Hizo la pregunta antes de que pudiera arrepentirse:

—¿Es usted su madre?



Capítulo 14



Si bien el día anterior Daphne había recurrido a unas cuantas mentiras para evitar una reunión como aquella, en realidad, no se le daba muy bien mentir. Además, tampoco quería hacerlo delante de su hijo. Y aunque nunca le había confesado cuál era su verdadero parentesco, lo había criado, y seguía haciéndolo de algún modo, y quería darle un buen ejemplo.

A pesar de todo, tampoco quería que Benedict se enterara de su secreto.

Pero cómo le habría gustado contestar que sí y reclamar a Benedict como suyo. No le había resultado tan difícil no hacerlo cuando la casa estaba llena de niños. Con una docena de criaturas a las que cuidar y amar, se había empeñado en que Benedict fuera igual que el resto, que perteneciera a ese lugar. Ya era diferente al resto del mundo. No había necesidad alguna de que se sintiera distinto dentro de su familia.

Sin embargo, la casa estaba prácticamente vacía y con el paso de los años se iría vaciando más, y sentía que había perdido algo. No podía arriesgarse a confesar a Benedict la verdad y perder aún más. Era su madre en todo, aunque no se dirigiera a ella por ese nombre. Y con eso tenía suficiente.

Tenía que pensar cómo afrontar más tarde las preguntas que ya sugerían los ojos azules llenos de dolor de su hijo. Pero en ese instante la prioridad era el marqués.

A ver cómo se las apañaba.

Inspiró profundamente y cuadró los hombros. Luego se volvió hacia él y escogió un punto encima de su hombro izquierdo en el que clavar la mirada.

—Yo lo crie —dijo, alzando ligeramente la barbilla e intentando que no le temblara.

—¿Usted lo crio? —preguntó lord Chemsford—. Entonces, ¿quién es su madre?

—También hice una promesa de no revelarlo. —Y era verdad. Se lo había prometido a Benedict, aunque él no lo supiera. Había prometido ayudarlo a que se sintiera lo más normal posible y a no dañarlo más de lo que la vida ya lo había hecho. Le había prometido amarlo como una madre, pero nunca encadenarlo desvelando su parentesco.

—Como parece que usted es la única persona que parece saber algo, le sugiero que me lo diga —apremió lord Chemsford—. Creo que todos estamos de acuerdo en que el parecido entre dos de las personas que estamos aquí obedece a algo más que a una coincidencia.

A Daphne se le rompió el corazón cuando volvió a mirar a su hijo.

Benedict, que siempre se había mostrado tan maduro, tan decidido a ser el hombre de la casa y a proteger a todos, se estaba abrazando la cintura y no hacía más que mirar de uno a otro como si fuera un niño perdido en medio de una multitud. No parecía un adulto escuálido, ni siquiera un jovencito de trece años. Su mundo amenazaba con desmoronarse a su alrededor y parecía dispuesto a sucumbir con él.

Pero ella no iba a permitir que eso sucediera.

Se obligó a mirar al marqués a los ojos a pesar de que eso le provocara un nudo en el estómago

y le temblaran las rodillas. Buscó las palabras que le ayudaran a arreglar aquello. O que, por lo menos, no perjudicaran a Benedict.

El sudor hacía que le picaran las palmas de las manos, pero se negó a limpiárselas en la falda. No podía permitirse ningún signo de debilidad. Tenía que ser fuerte por su hijo.

—No veo por qué alguien tiene que decirle algo. —Tragó saliva antes de agregar—: Milord.

Él arqueó una ceja.

—Ah, ¿no?

—Está claro que no está teniendo ningún problema con el trabajo de Benedict. —Intentó volver a tragar saliva, pero tenía la boca seca—. Así que no veo motivo alguno por el que tenga que estar al tanto de nada relacionado con sus... sus asuntos íntimos.

El marqués elevó aún más las cejas y ella intentó no estremecerse por dentro. Puede que «íntimos» no fuera el término más adecuado para usar en ese contexto.

El hecho de que lord Chemsford creyera que podía ser el padre de Benedict implicaba que estaba familiarizado con la palabra en más de un sentido. Solo eso debería ser motivo suficiente para destruir cualquier fantasía que hubiera tenido sobre ir galopando juntos a la cañada. De todos modos, solo habían sido fantasías absurdas. Ella ni siquiera montaba a caballo.

—Señora Brightmoor —replicó lord Chemsford—, como hombre de honor que soy, no tengo por costumbre eludir mis responsabilidades.

Daphne estuvo a punto de atragantarse. ¿Qué diría Kit en un caso como ese? No, Kit directamente lo atacaría. ¿Y Jess? ¿Qué diría Jess?

—Seguro que es usted digno de admiración. —Casi sonrió ante su tono jocoso—. Pero en este caso, no es usted responsable de nada.

Lord Chemsford la atravesó con la mirada durante unos segundos antes de olvidarse de ella y dar un paso a un lado para volver a fijarse en Benedict. Su mirada era firme e inquebrantable, incluso cuando apretó la boca.

—Ser marqués significa que tengo una responsabilidad con el título más allá de lo que yo pueda haber hecho. Y tampoco tengo ninguna intención de eludir ese deber, incluso si eso conlleva aceptar las consecuencias de los actos del titular anterior.

Daphne abrió la boca un tanto confundida. ¿De qué estaba hablando ese hombre? Repasó mentalmente la frase, que resultaba extremadamente formal y un poco confusa, a pesar de la seguridad con la que la había pronunciado.

Oh, no. No estaría pensado en la posibilidad de que Benedict fuera su hermano, ¿verdad? Que su padre fuera también el padre de Benedict... La mera idea le provocó tal repulsión que tembló un poco por dentro.

Benedict emitió una especie de suspiro estrangulado. Daphne se volvió inmediatamente hacia su hijo. El chico había dejado caer los hombros y los ojos azules le brillaban por las lágrimas contenidas. No estaba mirando al marqués. La miraba directamente a ella.

Se moría de ganas de ir hacia él y abrazarlo como había hecho cuando era más pequeño y se clavó una astilla mientras trabajaba con la madera. Pero aquello era mucho más trascendental que una astilla. Lo más seguro es que aquello fuera su peor pesadilla hecha realidad. Su identidad saliendo a la luz y sufriendo un despiadado escrutinio.

Sintió como si sus pies estuviesen clavados al suelo. Si daba un paso, saldría corriendo de aquella estancia, porque no solo era Benedict el que tenía que enfrentarse a los fantasmas de su pasado.

Ella también.

Las acusaciones y preguntas sobre la paternidad de Benedict cayeron sobre ella como pesadas rocas. Cada frase hacía que recordara la cara de decepción de su padre, que sintiera la misma desesperación que las llevó a Kit y a ella a huir de Londres, que se ahogara en la misma sensación de arrepentimiento y de impotencia que solo disminuyeron cuando sostuvo a su precioso bebé y se dio cuenta de que todavía tenía una razón para vivir.

Pero ahora no podía derrumbarse. Más tarde podría llorar en su almohada y escapar imaginándose que la vida seguía igual que seis meses atrás.

Aunque primero se torturaría a sí misma recreando todas las formas en que podría haberse enfrentado a esa situación mejor de lo que lo estaba haciendo.

—No tiene por qué preocuparse por nada, milord. Su título sigue intacto, al menos por lo que a este asunto respecta. —No tenía ni idea de qué otras cosas podía haber hecho su padre y tampoco quería pensar en ello. Había conseguido separar el pecado de los niños que había criado, incluido el suyo, y necesitaba hacer lo mismo con su patrón si quería seguir trabajando allí.

—Soy el cabeza de la familia Oswald. —Lord Chemsford volvió a mirarla fijamente—. Y va a tener que esforzarse mucho para convencerme de que este muchacho no proviene de ningún miembro de ella.

Benedict dejó escapar un gemido gutural, sin poder salir de su estupor, pero no dijo nada.

—¿Y qué si proviene? —Daphne se sorprendió al ver que era capaz de moverse. Avanzó con paso firme hasta que estuvo lo suficientemente cerca del marqués como para hundir un dedo en su pecho. El hombre estaba tan atónito por su gesto como ella misma, pero eso no le impidió continuar—: ¿Qué hará? ¿Envolverle en trajes hechos a medida como los suyos y presentarlo en sociedad? ¿Ocultarlo en algún lugar remoto? No permitiré que lo arrastre a ningún sitio inhóspito para que desaparezca a su conveniencia.

Oyó una queja apagada de su hijo.

El señor Leighton carraspeó.

Daphne sintió un intenso calor en las mejillas. Se había olvidado de que el carpintero seguía allí.

El hombre se colocó la gorra.

—Creo que será mejor que el muchacho y yo salgamos y les dejemos que... que lleguen a un acuerdo.

—No. —La voz de Benedict era apenas un susurro, pero estaba negando con la cabeza con vehemencia, casi con violencia—. Quiero saberlo. Nunca os hemos preguntado quiénes eran nuestros padres. Parecía que era más fácil no saberlo, pero no me gusta esa sensación, mama Daphne. No me gusta estar en esta situación y no saberlo.

Al ver la mirada de superioridad que le lanzó lord Chemsford, le entraron ganas de volver a clavarle el dedo en el pecho, pero el marqués la esquivó y fue hacia Benedict.

—¿Dónde creciste, muchacho?

—Aquí —respondió con un suspiro.

Daphne sabía cómo se sentía. Ella también soltó el aire de sus pulmones mientras miraba esos dos rostros tan similares que ahora estaban a escasos centímetros de distancia.

¿Qué estaría pensando su hijo? ¿La habría creído cuando le dijo que ese hombre no era su padre? Sinceramente, si ella no hubiera estado allí en el momento de su concepción, también creería que estaba mintiendo.

—¿Aquí? —El marqués miró a su alrededor—. ¿En esta casa? ¿Y quiénes eráis? Has hablado en plural al decir que nunca habíais preguntado quiénes eran vuestros padres.

—Bueno... yo... —El muchacho dejó de mirar al marqués y clavó la mirada en Daphne. Había terror en sus ojos. Sabía que se le había escapado una información que no debían compartir.

Ya era demasiado tarde. La mujer intentó tranquilizarlo con una sonrisa mientras se esforzaba por encontrar una nueva estrategia. Podía salir de la habitación, pero ¿la seguiría el marqués? Sí, si se las apañaba para atraer su atención sobre ella.

Sin embargo, no se le ocurría nada que decir. Aunque tampoco le dio mucho tiempo, porque lord Chemsford se volvió y la atravesó con la mirada.

—¿Acaso ha estado mi padre manteniendo una casa de beneficencia en esta propiedad sin saberlo?

Aquello estaba demasiado cerca de la verdad.

El marqués ya no parecía enfadado. Sus emociones anteriores habían sido relegadas por una fría neutralidad. ¿Significaba eso que la idea había despertado su curiosidad? ¿Le parecería incluso bien? ¿O simplemente estaba tan enfurecido que se había sumido en una especie de rabia controlada?

—Estoy segura de que ha visto los libros, milord. Esto no fue una casa de beneficencia, nunca lo ha sido. —Era un hogar, se negaba a pensar en Haven Manor como otra cosa. Además, nunca habían gastado en los niños ni un solo penique de la asignación que les daban para el cuidado de la mansión. Se había usado única y exclusivamente para lo que se había estipulado.

Lord Chemsford echó los hombros hacia atrás y se apuntaló firmemente en el suelo.

—El padre del muchacho... ¿Quién es?

En su mente apareció el rostro y el nombre, pero no habría podido pronunciarlo aunque hubiera querido. Nunca había hablado de esa noche con nadie que no fuera Kit. Jess solo sabía a grandes rasgos lo que sucedió.

Allí estaba, abrumada por los recuerdos; no solo de esa noche, sino de todos los días y años que siguieron. Sintió una avalancha de emociones. Desesperación, vergüenza, miedo... Pero también dicha, amor, esperanza... Todo se fundió en un nudo en la garganta que parecía amenazar con estrangularla.

Sabía que Dios la había perdonado. Que era una persona valiosa y había hecho algo bueno con su vida. Sabía que parte de la responsabilidad de lo ocurrido aquella noche era suya, pero también la habían manipulado y se habían aprovechado de ella.

Era consciente de todo eso, pero en ese momento, en ese preciso instante, dudaba de la veracidad de todo lo que pudiera decir. La sensación de soledad y agotamiento se apoderó de ella, estremeciéndola, al tiempo que la culpa y la vergüenza luchaban por abrirse paso en su interior.

Abrumada por los recuerdos, deseó ser una de esas mujeres que podían desmayarse a su antojo.

Sintió que la oscuridad invadía su campo de visión, tal vez su deseo iba a cumplirse.

—¿Mamá Daphne? —La voz de Benedict atravesó la neblina en la que estaba sumida. Sintió cómo la estrechaban unos brazos delgados, pero a la vez fuertes por los años de trabajo en la carpintería y en la granja—. No pasa nada. No necesito saberlo.

—Pero yo sí —terció Lord Chemsford.

—¿Por qué? —espetó ella con voz ahogada—. Si me da un motivo de peso, le diré quién es su padre. —Pero no la madre. La madre nunca. Benedict nunca la perdonaría por habérselo ocultado.

Se preparó para recibir un discurso sobre el honor y la responsabilidad, sobre preservar la reputación y el nombre. Como si ella no fuera consciente de eso. Pero el hombre se limitó a mostrar el boceto de su escritorio.

—¿Quiere mantenerlo escondido aquí? ¿Limitaría su talento a hacer gallineros para poder extraer huevos en vez de cultivar su capacidad para diseñar algo como esto? El muchacho tiene trece años. Imagine lo que podrá hacer dentro de diez. ¿Quiere retenerlo aquí?

Daphne abrazó a su hijo y contestó entre dientes:

—Por supuesto que no.

—Entonces, sabrá que se encontrará con más personas como yo, con personas que me conocen. Si no estamos preparados para ello, la relación obvia pero no reconocida impedirá cualquier éxito que el muchacho pudiera alcanzar.

Parpadeó sorprendida. De todas las cosas que le podría haber dicho, de todas las razones que podía haber esgrimido, había elegido el futuro de Benedict. Lo único contra lo que ella no podía luchar, lo único por lo que haría cualquier cosa. Respiró hondo y entrelazó los dedos con los de Benedict. Por él, podría vencer el miedo que amenazaba con doblarle las rodillas.

Aun así, no pudo articular palabra. El severo gesto de lord Chemsford, cuyos pensamientos era incapaz de adivinar, le impedía respirar y mucho menos hablar. Desvió la mirada hacia su hijo, estaba tan cerca de él que podía ver cómo la había superado en centímetros. Se fijó en las lágrimas que todavía brillaban en sus ojos, parecía aterrorizado y emocionado al mismo tiempo.

¿Qué le pasaría al final? ¿Limitaría el evidente parentesco con el marqués su futuro?

—Él tiene razón. Tengo que saberlo. —Benedict apretó la mandíbula hasta que se le marcaron las venas del cuello.

Por mucho que le costara admitirlo, llegaba un momento en que era mejor estar preparado que protegido.

Benedict se apartó un poco; no la soltó, pero tampoco la abrazó. Era como si quisiera ofrecerle consuelo, pero no estuviera seguro de recibirlo.

—Nunca me paré a pensar que conocieras detalles sobre mi vida que yo no sabía, y no me preocupa especialmente estar en esa misma posición con nadie más. No sé de dónde vengo, pero tú sí. Sabes quién es mi padre. —El chico tragó saliva—. Y mi madre.

—¿Qué le paso a la madre? —preguntó lord Chemsford, con la voz todavía firme, aunque un poco más suave. O eso le pareció a ella.

No podía mirarlos, a ninguno de los dos, o se pondría enferma. Bastante tenía con controlar su estómago, revuelto por los nervios ante las palabras que se esforzaba por pronunciar. Podía

hacerlo. Podía decirles quién era el padre de Benedict. Pero nada más.

—Su madre vivió una buena vida. —Y la había tenido, aunque se reservaba su opinión sobre su situación actual—. No hay nada que ninguno de los dos podáis hacer por ella.

Benedict se apartó otro poco más y dejó caer los brazos a los costados. Daphne se arriesgó a echar un vistazo a su cara y vio algo que nunca había vislumbrado antes. Se había cerrado a ella y eso le dolía. Le dolía más de lo que jamás podía haber imaginado. Si su hijo se sentía así en ese momento, la odiaría si se enteraba de la verdad.

«Vayamos paso a paso», se susurró mentalmente. Afrontarían el asunto de la identidad del padre porque no les quedaba otra opción. Pero con un poco de suerte, Benedict pronto dejaría de querer saber quién era su madre y todo volvería a ser como antes.

Cerró los ojos con fuerza, se humedeció los labios y volvió a respirar hondo.

—Su padre se llama Maxwell Oswald.



Capítulo 15



William se había distanciado tanto de su familia durante los últimos diez años que tardó un instante en escudriñar en sus recuerdos e identificar el nombre. Maxwell Oswald. El hijo del hermano pequeño de su padre.

De niños, habían pasado bastante tiempo juntos, pero cuando William fue a Harrow, se convirtieron en simples conocidos que solo se veían en contadas ocasiones. Supuso que debían de parecerse físicamente, aunque nunca se habría imaginado que su primo pudiera ser el padre de un chico tan igual a él mismo. Recordó que el padre de Maxwell se había parecido tanto al suyo que podían haber pasado por gemelos.

Todo venía a confirmar aquello de «la sangre siempre llama a tu puerta», si es que existía ese dicho.

Se aclaró la garganta y bajó la vista para dejar de mirar al ama de llaves. No le resultó muy difícil. Parecía completamente destrozada, abatida. De algún modo, era como si le estuviera acusando de haberle hecho mucho daño al tener que revelar un secreto que todo el mundo en aquella estancia —bueno, a excepción del maestro carpintero— ya debería conocer.

No, no sentía ninguna culpa al mirar a la señora Brightmoor. En el caso del muchacho, sin embargo, era algo completamente distinto.

El chico estaba apretando los dientes. La línea de la mandíbula se le marcaba con el gesto y eso hacía que se pareciera más al hombre en el que se estaba convirtiendo que al niño que era.

Cerró el puño para evitar el impulso de pasarse una mano por su propia cara, en busca de las similitudes y diferencias. Tenía que hacer algo, pero no sabía exactamente qué.

Si aquello hubiera salido a la luz hacía trece años, no hubiese tenido la menor duda del camino a seguir. Aunque también sabía a ciencia cierta que los responsables de su familia en aquel momento no lo habrían apoyado.

Pero ahora nada de eso importaba, porque el muchacho era prácticamente un adulto. No podían presentarlo en la familia como un pupilo o algún primo lejano, ni pretender que las circunstancias de su nacimiento fueran diferentes a las que en realidad eran. En ese momento, el mero hecho de reconocer su existencia les supondría un problema. No lo habían criado para que pudiera hacer frente al escrutinio ni poseía el refinamiento propio de su linaje.

El chico tampoco aspiraba a una existencia acomodada. Era evidente que le gustaba su trabajo, que tenía una buena ocupación y un futuro por delante. Si en ese momento abandonaba la habitación y se olvidaba el asunto, lo más probable era que el hijo de Maxwell tuviera una buena vida.

Así que tal vez fuera eso lo que tenía que hacer. Pero la idea de eludir sus responsabilidades le hacía estremecerse por dentro. Al fin y al cabo, eso era lo que siempre había hecho su padre, aunque en este caso sencillamente no se le ocurría qué otra cosa hacer.

Lo mismo parecía sucederle a los demás. Seguramente porque se trataba de una de esas

situaciones imposibles, donde no se podía hacer nada para volver atrás en la encrucijada.

¿Cómo conseguirían seguir adelante?

Miró el papel que todavía sostenía en las manos, el diseño del escritorio que había propiciado aquel encuentro.

Desde luego era una excusa como cualquier otra para escapar de la realidad. Necesitaba una forma de cambiar el rumbo de la conversación y seguro que al muchacho le sucedía lo mismo.

—¿Diseñaste tú el escritorio? —preguntó, levantando el boceto. Benedict asintió; seguía apretando con tanta fuerza la mandíbula que se le marcaban los tendones del cuello—. Es muy ingenioso.

Y lo era. William se había quedado impresionado cuando creyó que era obra del señor Leighton. Pero ahora que sabía que era de un aprendiz, y de uno tan joven, no podía evitar sentirse fascinado.

—Gracias —respondió el muchacho. Tenía la voz estrangulada por la emoción. Miró a la señora Brightmoor y luego volvió a dirigirse a él—: Me gusta crear piezas donde se pueda utilizar todo el espacio y que sean de fácil acceso.

William apretó un poco más el papel mientras luchaba por mantener el control. Solía evitar ese tipo de situaciones emocionales, porque terminaban volviéndose desagradables. Prefería mil veces enfrentarse a algún problema con el marquesado o con una de sus fincas. A fin de cuentas, llevaba toda la vida preparándose para eso. Pero lo otro...

—Cuando tengas tiempo, deberíamos mantener una reunión. Hay algunos puntos que me gustaría discutir contigo que quizá requieran un cambio en el diseño para que se ajuste mejor a mis necesidades.

Se sentía un poco ridículo hablando con ese tono a un niño de trece años, pero puede que la única forma de avanzar en ese asunto fuera precisamente tratar a Benedict como si fuera un hombre. Desde luego él no se había sentido un niño cuando a esa misma edad tuvo que enfrentarse a la indiferencia de su padre. Tal vez, si le concedía a aquel muchacho cierta credibilidad, podría devolverle la dignidad de la que acababa de despojarlo.

Porque en ese momento el chico se sentiría como si le hubieran quitado algo. Había visto una mirada similar en hombres que, de pronto, se percataban de que les habían robado la cartera en algún momento de la noche y tenían que pedir a otros que pagaran su cuenta. Aunque en este caso era mucho peor.

Era la mirada de un hombre al que le habían robado la cartera y sin nadie que fuera a pagar por él.

El aprendiz miró el boceto y asintió. A medida que se relajaba, comenzó a balancearse ligeramente adelante y atrás sobre los talones.

—Puedo hacerlo sin problema.

—Excelente.

Pero William todavía no había conseguido salir de aquella situación por completo, porque todos continuaban ahí, de pie, mirándose los unos a los otros.

Él observaba al chico y a la mujer. La señora Brightmoor tenía clavada la vista en Benedict y el muchacho se negaba a apartar los ojos de William. Estaban tan atrapados como diez minutos

antes.

Sabía que podía salir de allí sin más. Nadie lo detendría. Pero no estaría bien. Maxwell ya había dado la espalda al muchacho, lo supiera o no, y él no podía hacer lo mismo.

—Podemos hablarlo ahora —propuso Benedict, antes de humedecerse los labios y tragar saliva, aunque era más que evidente que había pronunciado aquellas palabras con la boca completamente seca.

Admiró la valentía del muchacho. Si se hubiera dado la vuelta y hubiese salido corriendo de allí nadie se habría extrañado. Él mismo estaba buscando una vía de escape que mantuviera su dignidad.

—De acuerdo entonces —aceptó él. Albergaba la esperanza de que ambos fueran capaces de enfrentarse a una tormenta emocional a solas. Miró a la señora Brightmoor, pero enseguida se volvió hacia Benedict. Le costaba mucho menos asumir los intentos del niño de permanecer estoico que la agonía que reflejaba el ama de llaves—. ¿Vamos a la biblioteca?

El muchacho asintió y salió delante.

El recorrido le pareció mucho más largo de lo previsible en una casa de ese tamaño.

La biblioteca estaba igual de silenciosa que el comedor, pero se respiraba una paz infinitamente mayor. Había temido que estar a solas con Benedict sería mucho peor. Sintió una especie de camaradería con él. Ninguno de los dos se había imaginado en una situación semejante. Ambos se habían visto arrastrados por la sorpresa y la confusión. Que los dos estuvieran sumidos en esa estupefacción hizo que, de alguna forma, resultara más fácil estar juntos en aquella sala, aunque todavía le desconcertara un poco mirarlo.

Volvió a estudiar el boceto que tenía en la mano. Era un buen asunto para comenzar. Cruzó la estancia y lo extendió sobre el escritorio.

—Me gustaría tener un sitio donde guardar los libros de contabilidad. Quizá por esta zona de aquí.

Benedict tardó en cruzar la habitación, por lo que William se quedó apoyado en el escritorio, mirando el diseño. Podía esperar. Incluso agradeció esos instantes de más para prepararse mejor mentalmente antes de volver a mirar su joven rostro.

Una mano suave con dedos largos y delgados apareció en su campo de visión. Los callos ásperos se hicieron visibles cuando extendió un dedo para señalar un punto del diseño.

—Aquí podríamos encontrar un espacio para los libros sin ningún problema. Puede guardarlos en estanterías o en ranuras. Si lo situamos en medio de la parte vertical no... mmm... no le quitará el espacio necesario para estos armarios laterales.

En un principio, William solo había pensado pedirle un par de cosas para el escritorio, pero sugirió más. No solo porque cuanto más hablaba el niño sobre el mueble parecía más relajado y confiado, sino porque sus ideas tan excepcionales y creativas abrieron un abanico de opciones fascinantes. Hasta el punto de estar dispuesto a pedirle que rediseñara un apartado para cada propiedad que formaba parte del marquesado.

Al final no quedó ningún detalle del escritorio que no comentaran. Cuando Benedict se irguió después de haber estado un buen rato inclinado sobre el diseño, se había esfumado un poco esa mirada perdida y destrozada con la que había entrado.

Así que William no se lo pensó dos veces y le pidió que le hiciera un nuevo aparador para el comedor.

El muchacho parpadeó un instante.

—¿Un aparador?

—Sí. —William tragó saliva. ¿Sospecharía el aprendiz que su petición había surgido de una especie de sentimiento de culpa o pena? Puede que así fuera, pero estaba claro que tenía que cambiar los muebles del comedor. ¿Por qué no encargar esa tarea al señor Leighton y a su aprendiz? Eran de la zona, estaban más que capacitados para hacerlo y un proyecto así tal vez ayudara a todos a encontrar una forma de avanzar en su relación tras el descubrimiento que acababan de hacer—. Sí —repitió con un poco más de decisión—. ¿Has visto los muebles del comedor? Son horribles.

—Y pesados —murmuró el chico. A continuación agarró un trozo de papel y sacó un lápiz del bolsillo. Luego movió la mano con destreza y dibujó el boceto de un elegante aparador mientras le hacía preguntas que ningún hombre en su sano juicio podría responder sobre dónde colocar los cubiertos, la vajilla y la comida.

William se limitó a estar de acuerdo con cada sugerencia que le hizo Benedict. Es más, aunque el mueble terminara siendo inservible, no le importaría pagar por él. La imagen que mostraba sobre el papel era impresionante. Tal vez un poco pequeño para el comedor de una casa de campo, pero igualmente magnífico.

Para cuando se dieron la mano y escogieron el tipo de madera para ambas piezas, el muchacho estaba sonriendo.

Seguro que después recordaría lo abatido que estaba, pero en ese momento era feliz. Y William se sintió como una especie de héroe por haberle ayudado a encontrar la paz, aunque solo fuera por un momento.



Daphne se paseó de un lado a otro, junto a la carreta del señor Leighton, esperando a que su hijo saliera de la casa. Llevaba casi una hora dentro de la biblioteca con lord Chemsford. ¿Qué estaban haciendo? ¿De qué estarían hablando? Lo único que quería en ese momento era ir tras el chico, abrazarlo y consolarlo, como cuando era pequeño y se raspaba las rodillas al subir a un árbol.

Pero ya no era un niño.

Y aquello distaba mucho de ser un simple rasguño en una pierna.

Al cabo de un rato, por fin una puerta se cerró de golpe. Sin embargo, no era la de la entrada del servicio por la cocina que normalmente usaban. Benedict había salido por la puerta trasera de la casa, la que daba al porche por el que se podía ver el lago y los jardines.

Estaba evitándola.

No solo a ella, sino también a los demás. Jess y Eugenia seguramente estaban en la cocina y, a esa hora, lo más probable era que Sarah y Reuben también.

Su hijo volvió la esquina de la casa y, cuando la vio allí parada, se detuvo en seco. La miró

unos segundos antes de bajar la vista al suelo.

Daphne contuvo el aliento, esperando su siguiente movimiento. ¿Se daría la vuelta? ¿Preferiría ir andando el largo trecho hasta el pueblo por no acercarse a ella?

Observó aliviada que el chico se encaminaba hacia la carreta. El señor Leighton ya había enganchado el burro y se había acomodado en la tabla que servía de asiento. El carpintero no había hablado mucho después de que Benedict y lord Chemsford salieran del comedor y se limitó a recoger sus herramientas.

Daphne no se había despegado de él desde entonces y le había ayudado a meter los utensilios en la carreta, pues sabía que Benedict terminaría buscando al irlandés. Le hubiera gustado que él acudiese a ella en busca de consuelo, pero no fue así. Evitaba mirarla.

El chico no le dijo nada mientras se subía a la carreta y se sentaba junto a su maestro.

—Te agradezco que hoy hayas decidido terminar de trabajar un poco más temprano.

—A veces un hombre solo necesita que sus manos descansen para que su mente pueda hacer el trabajo —repuso el señor Leighton con suavidad.

Benedict asintió.

—Ha encargado que le hagamos un aparador, además del escritorio. Tendré que trabajar un poco en el taller para terminarlos.

—Podemos contratar a otro para que te eche una mano con lo más básico.

Daphne no pudo soportarlo más e intervino. Colocó una mano en la carreta y se apoyó un poco sobre ella.

—Benedict, ¿estás bien?

Su hijo suspiró y clavó la vista en ella. Nunca le había visto una mirada tan apagada e inerte.

—No me queda otra que estarlo, ¿verdad? Aunque puede que tarde uno o dos días. Yo no... — Se pasó las manos por las perneras de los pantalones e indicó hacia el punto donde ella se agarraba a la carreta—. Será mejor que te apartes. No quiero que te hagas daño cuando se ponga en marcha.

Daphne retiró la mano y se la llevó al pecho. Podía darle un par de días. Era una petición de lo más razonable. Hoy se había enterado de algo que costaba asimilar y necesitaba pensar en ello. Y ella se merecía cualquier dolor que aquello le ocasionara.

Pero cuando la carreta se puso en marcha, sintió que se le rompía el corazón.



Capítulo 16



Tres días después, su hijo seguía sin hablar con ella.

Daphne se llevó al pecho la sábana que acababa de quitar de la cuerda donde tendían y hundió la cara en ella. Durante prácticamente la mitad de su existencia, Benedict había sido un rayo de sol en su día a día. Desde el momento en que lo sintió por primera vez en sus entrañas, había sido feliz simplemente por tenerlo en su vida.

Cada mañana, cuando se asomaba por encima de la cuna para verlo, él sonreía. Cada vez que ella le curaba algún rasguño o aceptaba las flores mustias que le ofrecía, él sonreía. Durante el desayuno, o después de cuidar a los animales, o cuando ella le daba un montón de sábanas recién lavadas, él siempre esbozaba una sonrisa. En los últimos trece años, no recordaba ni un solo día en que su corazón no se animara por la alegría de ese niño al que no podía reclamar por completo.

Cuando se había ido a trabajar con el señor Leighton, había pensado que lo peor que podía sucederle era perderse todas esas sonrisas diarias.

Qué equivocada estaba.

Lo peor era tenerlo allí, en la casa, y no ver esas sonrisas. Desde que contempló cómo se alejaba la carreta, tan solo lo había visto de espaldas a ella. Ya no irrumpía en la cocina para saludarla, ni salía a buscarla fuera cuando se tomaba un descanso. Intentaba dar las gracias porque todavía siguiera trabajando, incluso más que antes, y porque el señor Leighton no lo hubiera despedido o confinado al taller.

Pero su deseo egoísta de seguir recibiendo esas sonrisas era más fuerte que ese agradecimiento. Su preocupación por él nublaban todo lo demás. Había creído que, en cuanto pasaran uno o dos días, iría a hablar con ella, pero no lo había hecho. ¿Debería enviar a Jess? ¿O a alguno de los otros niños? Quizá debería pedir al señor Leighton que conversara con él.

—¿Mamá Daphne? —Sarah tiraba suavemente de la tela de la sábana a la que ella se abrazaba—. ¿No deberíamos doblarla? Como sigas arrugándola nos va a costar mucho más.

Daphne miró a la muchacha, que también habría podido ser su hija. No en apariencia, ya que Sarah parecía una pequeña ninfa del bosque mientras que ella había nacido con la constitución más baja y robusta de una chica de campo. Pero compartían otros muchos rasgos, como el amor por la música y el intentar ver siempre lo bueno de todo o, al menos en su caso, pasar por alto lo malo.

—Sí. —Daphne tragó saliva y se despegó poco a poco de la sábana—. Deberíamos doblarla.

Se obligó a concentrarse en la tarea y continuaron con la siguiente del tendedero.

Mientras unían dos extremos, se aclaró la garganta y permitió que su desesperación por saber cómo se encontraba su hijo se impusiera a la intención de no preocupar a los otros niños.

—Supongo que hoy no has hablado con Benedict, ¿verdad?

Sarah la miró un poco confusa, pero asintió.

—Sí. Claro que he hablado con él. Vino con el señor Leighton esta mañana.

De modo que solo la estaba evitando a ella. Y supuso que también a Jess. Porque su amiga le habría contado si Benedict había dicho algo, ¿no?

Cuando tuvieron la última sábana perfectamente doblada en la cesta, Sarah se dispuso a recoger las toallas y almohadones y continuó hablando sin mirarla.

—Últimamente ha estado un poco susceptible. Me dijo que por fin había conocido al nuevo propietario y me preguntó por qué no le habíamos advertido. —La muchacha dejó caer una prenda en la cesta, se abrazó a Daphne y alzó la vista hacia ella—. No sabía qué decirle, así que le dije la verdad: que no estaba segura de si quería saber de dónde venía.

Sintió una enorme pesadumbre. Una angustia que le hizo querer tirarse al suelo y acurrucarse bajo las prendas de ropa ondeante.

—¿Y qué te dijo él?

—Que yo tenía razón. Que no quería saberlo. Y que si he malgastado mi tiempo y energía preguntándome cuáles son mis orígenes, debería empezar a olvidarme. Que es mejor no saberlo.

Daphne cerró los ojos en un intento por evitar el dolor con la misma facilidad con la que se evitaba la luz del sol. ¿Qué pasaría por la cabeza de Benedict? Siempre había estado tan seguro de sí mismo, de sus habilidades y de lo que quería hacer con ellas... Se había sentido fascinado por su oficio desde la primera vez que se dio cuenta de que un cuchillo podía cortar un trozo de madera.

Lo había comprobado en la mesa de la cocina. De vez en cuando, Daphne aún pasaba el dedo por la marca y sonreía.

A partir de ese momento, el niño había sido feliz solo con tocar ese material e imaginarse todo lo que podía hacer con él.

¿Le habría arrebatado eso el encuentro con lord Chemsford? ¿O estaba disgustado porque Daphne sabía mucho más de lo que le había contado y se lo hubiese ocultado deliberadamente? Tal vez su disgusto se debía al hecho de tener que enfrentarse a algo de lo que solo había tenido un conocimiento vago y general.

Fuera lo que fuese, debía de estar torturándolo por dentro si le había dicho eso a Sarah.

—¿Mama Daphne? —Sarah rompió su ensimismamiento—. ¿Por qué ha dicho que es mejor no saberlo?

—Supongo que lo que de verdad quiso decir es que es mejor que no te preocupes por eso. El pasado no es lo que importa, sino el futuro —respondió. Tenía la garganta seca.

—Pero siempre nos has dicho que el pasado puede ser la piedra que te cae como una losa o el cimiento sobre el que construyes.

Era cierto, solía decirles aquello. Y lo decía convencida. Daphne había construido esa familia «de retales» con todos esos niños, bajo la firme convicción de que algo bueno podía salir de su error, de que la gracia de Dios todavía podía derramarse sobre su vida y permitirle hacer una buena obra para él, a pesar de todo lo demás.

Pero ahora todas esas buenas obras parecían estar desmoronándose a su alrededor.

¿De verdad había hecho uso de esa gracia que Dios le había otorgado? ¿O en algún momento había vuelto a desviarse del camino y había arrojado una nueva piedra sobre esa vida que estaba reconstruyendo? Llevaba más de doce años mintiendo a su hijo. Puede que Dios le estuviera

pasando ahora la factura por ese pecado.

—¿Estás segura de que lord Chemsford no es el padre de Benedict? —preguntó la niña con una ligereza prosaica que Daphne no logró entender.

—¿Qué?

—Sé que dijiste que no lo era, y Benedict dice lo mismo, pero... —Sarah se mordió el labio —, si no lo es, que sean tan parecidos debe de resultar muy incómodo. Para ambos.

—Estoy completamente segura. No es el padre de Benedict.

—Oh. — Sarah se quedó callada un instante y lo único que oyeron mientras doblaban la ropa fue la brisa y el canto de los pájaros.

Pero poco después, mientras apilaban la prendas en cestas, Sarah dijo en un murmullo:

—¿Sabes? Nos lo preguntábamos. Solíamos hablar de ello... antes... antes de que les encontrarais familias a los más pequeños. Hablábamos de cómo creíamos que eran nuestros padres.

¿Por qué no se había enterado? Llevaba años rodeada de niños. Había dormido al lado. ¿Cuándo habían mantenido aquellas conversaciones?

—No lo sabía.

Sarah asintió y agarró el borde de la toalla que todavía tenía en la mano.

—Es normal, ¿verdad? Porque, ahí fuera, todos teníamos, o tenemos, una madre y un padre, pero la vida no les fue como esperaban. O al menos no nos incluían en ella. Por eso permanecíamos ocultos. Porque se supone que la vida no resultó como debía y nosotros teníamos que crecer e intentar construir la nuestra.

Daphne no recordaba haber dicho a los chicos nada de eso, aunque en algún momento debió de hacerlo. Sin duda había pensado algo similar muchas veces. Cuando Kit y ella cuidaban de los niños y obligaban a sus padres a pagar por el mantenimiento de sus hijos a cambio de que permanecieran ocultos, había sido imprescindible esconder a los pequeños e inculcarles la necesidad de mantener el secreto.

En un primer momento, como niños que eran, no cuestionaron por qué tenían que vivir así, pero a medida que Benedict y Sarah se hacían mayores, empezaron a presionar a Daphne para que les contara más. Al final, se vio obligada a compartir parte de la verdad: que eran ilegítimos y que el mundo no veía con buenos ojos a los que habían nacido al margen de las expectativas de la sociedad.

Como era de esperar, en cuanto el secreto salió a la luz, el resto de los niños no tardó mucho en enterarse. Pero como nunca habían conocido una vida distinta, lo aceptaron como algo normal. Sin embargo, ahora no estaban tan protegidos ni tan aislados del exterior, y todo el mundo sabía que aquello era cualquier cosa menos normal.

—¿Y... mmm... ha dicho Benedict algo más?

¿Habría dicho algo más de ella?

Sarah hizo un gesto de negación con la cabeza antes de levantar una cesta y apoyársela en la cadera.

—En realidad no. Dijo que nos equivocamos cuando creíamos que querer saber era más angustioso que conocer la verdad. Y que lo peor es enterarse de que alguien sabía más que

nosotros.

Daphne emitió un extraño sonido, mezcla de un gruñido, un gemido y el lamento de un animal herido que se iba consumiendo en una muerte lenta y dolorosa en medio del bosque. Pero Sarah lo interpretó como asentimiento y continuó:

—Supongo que tiene razón. Si alguien sabe algo de ti, pero nunca te lo ha contado, debes de sentirte como si te hubieran mentido, ¿no?

—¿Y si lo hicieron para protegerte? —defendió Daphne.

—Supongo que habría esperado que creyeran que era lo suficientemente fuerte como para afrontarlo.

Daphne dejó su cesta en el suelo antes de que se le cayera y se le ensuciara toda la ropa limpia. Sarah siguió caminando un poco más, pero instantes después se dio la vuelta con un gesto inquisitivo en el rostro.

—¿Quieres saberlo? —preguntó a la muchacha, que se estaba convirtiendo en una mujer demasiado rápido.

—No. Pero gracias por dejarme decidir. —Sonrió.

La chica se dio la vuelta y siguió andando hasta llegar a la casa, dejando a Daphne allí sola, parada en medio del campo. ¿Era eso lo que Benedict quería? ¿Esperaba que ella le dejara decidir si quería saber de dónde venía... y quién era su madre?

Le había ofrecido aquella posibilidad a Sarah, pero hacerlo con Benedict le resultaba mucho más difícil. Porque, en ese caso, la respuesta solo empeoraría las cosas. Su hijo lo vería como una traición. Y en cierto modo, tendría razón.

No obstante, no podía vivir deseando haber tomado otras decisiones. Si lo hacía, se pasaría toda la vida imaginándose un pasado diferente que terminaría convirtiéndose en una losa que la arrastraría hasta el fondo. Se hundiría y sería incapaz de salir a la superficie a tomar aire.

Así que miraría al futuro. Además, el día no podía empeorar mucho más.



—Esta tarde espero invitados.

Daphne apretó la sábana recién planchada contra su pecho, volviendo a arrugarla.

Pues sí, el día acababa de empeorar.

De todas las razones que imaginó para que lord Chemsford le hubiera pedido que acudiera a la biblioteca, esa no estaba en la lista.

El marqués la miró con ojos entrecerrados.

—Sabe lo que significa esperar invitados, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —espetó ella—. Pero no entiendo por qué quiere traerlos a la casa, en medio de todo este caos.

Tampoco estaba hecha un desastre, pero además de Benedict y el señor Leighton, esa misma mañana había llegado otro grupo de trabajadores para empezar a arreglar el tejado y las habitaciones del ático. Hubiera asegurado que eso, junto con lo anticuada que se veía la vivienda, sería suficiente para desalentarlo de recibir visitas. Por mucho que las personas de su clase

estuvieran acostumbradas a ignorar al personal que trabajaba para ellos, seguían esperando un cierto sosiego.

Daphne no quería hablar con ningún invitado. Tenía que convencerlo de que lo último que en ese momento quería era divertirse con unos amigos.

—No es por diversión.

Parpadeó sorprendida. No había pensado aquello en voz alta, ¿verdad? No, cuando se hablaba de invitados lo primero que a uno le venía a la cabeza era la palabra «entretenimiento». Él simplemente estaba llegando a las conclusiones equivocadas. Ella no había dicho ninguna estupidez que pudiera ponerla en evidencia.

Otra vez.

El marqués continuó:

—Tenemos habitaciones disponibles arriba y la biblioteca está en condiciones de albergar cualquier reunión que quiera mantener sobre negocios. No creo que se queden más de dos días como mucho.

Daphne volvió a parpadear, aunque se sintió un poco más aliviada. Los hombres de negocios no solían prestar mucha atención al ama de llaves, siempre que tuvieran comida de sobra.

—¿Dos días? Parece una visita muy corta.

Lord Chemsford se encogió de hombros.

—Son libres de alojarse en Marlborough si quieren prolongar su estancia en el campo, pero los asuntos de negocios que tengo que hablar con ellos no debería llevarme más de un día. Y la casa no está en condiciones para una visita más larga.

Las respuestas se le agolpaban, pero pudo contenerse antes de verbalizarlas. Cuando había intentado mantener a Benedict y al marqués lo más alejados posible el uno del otro, había actuado sin pensar y no había salido bien. ¿Se atrevería a hacerle la sugerencia? Sí. Porque aunque el secreto hubiera salido a la luz y se hubiera revelado el origen de Benedict, o al menos su origen paterno, ninguno de los que estaban en aquella casa se encontraba más relajado.

Todo lo contrario, la tensión que se palpaba era mayor.

Lo que de verdad necesitaban era tiempo y poner espacio entre ellos. Por supuesto que ella siempre se sentía mejor cuando se mantenía alejada de personas que no conocía bien, pero parecía lógico que todos pudieran hacerlo sin un recordatorio diario de esa difícil situación.

Aunque también era cierto que ella no lo recordaría tan a menudo si no se pasara gran parte del día ocultándose en los rincones, contemplando tanto al marqués como a Benedict, para ver qué hacían después de su descubrimiento.

Respiró hondo y se lanzó.

—¿Por qué no va usted mejor a verlos a ellos, milord? ¿No sería más fácil?

Él soltó un suspiro y dejó caer los hombros en un gesto que, por extraño que resultara, le hizo parecer vulnerable para ser un hombre que no tenía que responder ante nadie.

—Ser marqués tiene sus beneficios, señora Brightmoor. Aparte de las muchas obligaciones farragosas que conlleva el título, no tengo que hacer nada que no quiera. Y eso incluye viajar. Pronto se dará cuenta de que me gusta estar en casa.

Daphne tragó saliva. Su padre había sido un caballero de una posición bastante más baja que el

hombre que estaba sentado frente a ella, y aun así, recordaba el constante ir y venir de otros caballeros por su estudio. Si lord Chemsford se quedaba allí... ¿Con cuántas personas podía relacionarse un marqués? ¿Cuánta gente estaba a punto de invadir su vida tranquila y aislada?

—Entonces, ¿vamos a recibir a menudo visitas de huéspedes ocasionales?

Él recogió un montón de documentos de una esquina del escritorio.

—Supongo que sí. Me resulta más fácil hacer negocios desde mi propia casa. —Lo vio mirar lo que parecía una carta y fruncir el ceño—. Tampoco debe preocuparle mucho. Los hombres que vienen a hacer negocios no requieren mucha atención. Una reunión y un debate animado durante el día, y un buen libro y una copa de brandi por las noches. Solo tendrá que procurar que tengan una habitación limpia y ventilada y que haya un poco más de comida en la mesa.

—Muy bien. —Daphne volvió a tragar saliva y se secó las manos en la falda. Sus dedos callosos rasparon la tela gastada de tantos lavados.

«Por favor, Dios, no permitas que ninguno de los hombres que vengan ahora o en un futuro sepan quién soy». Aunque los conociera, era poco probable que ellos la recordaran. La gente no solía fijarse en ella, ni siquiera cuando estaban en la misma habitación.

Además, él le había dicho que serían hombres de negocios. Mientras solo fuera eso, podría manejar la situación sin ningún problema.

—No espero que venga ningún familiar.

Daphne parpadeó de nuevo. No, en esa ocasión tampoco había hablado en voz alta. Él solo le estaba leyendo el pensamiento.

—Oh.

—En circunstancias normales no compartiría esto con usted, ya que no es algo que concierna a mi ama de llaves. —Lord Chemsford suspiró y señaló el papel ante el que había fruncido el ceño hacía unos instantes—. Pero el hecho de que mi primo esté intentado caerme en gracia a cambio de usar algunas de las propiedades que están a mi cargo, me recuerda que esta no es una circunstancia precisamente normal. —Pasó la mano por el borde del escritorio mientras miraba alternativamente la carta y a ella—. Si Maxwell persiste en sus intenciones de renovar la cercanía que mantuvimos durante nuestra infancia, me aseguraré primero de que Benedict esté en otro lugar.

Ella asintió. Sabía que debía de estar agradecida por aquella concesión, pero la posibilidad de que Maxwell Oswald pusiera en pie en aquella casa, por muy remota que fuera, iba a producirle pesadillas.

No es que le importara que la viera. Él no la conocía y tampoco tenía ningún motivo para recordarla. Aquella noche había llevado una máscara y un disfraz, fingiendo ser Kit. No corría ningún peligro en ese sentido.

Más bien temía toda la vergüenza que le traería a la memoria.

—Haga que el señor Pasley tenga preparado el establo. Los invitados vendrán en carruaje. —Lord Chemsford la despidió tácitamente, volviendo a prestar atención a su libro de contabilidad abierto, aunque sabía que no lo estaba leyendo porque estaba dando golpecitos con el pulgar en el borde del tomo y no recorrió con la mirada la página en ningún momento.

Desde luego, que ese hombre quisiera holgazanear no era algo que le incumbiera. Era un marqués y, si quería, podía dedicar todo el tiempo que le placiera a contemplar las partículas de

polvo que flotaban en un rayo de sol.

Ella, sin embargo, tenía que preparar una casa. El sudor ya se le acumulaba en la parte baja de la espalda, pegándole el vestido a la piel. Trabajar para otro era mucho más difícil de lo que había imaginado. Cuando bajo ese techo vivía una docena de niños, junto con Kit, Jess y ella, siempre tenía ropa para cambiar, lavar o doblar. Sus quehaceres actuales eran menos de la mitad, pero le parecían diez veces más aburridos.

Sin embargo, el señor de la casa había expresado sus deseos y, al menos por el momento, a Sarah y a ella no les quedaba más remedio que acatarlos. Ni siquiera podía llevarse consigo a Eugenia para que le echara una mano. Entre su señoría, los invitados y el personal al servicio de la casa, tanto Jess como la muchacha iban a tener que dedicar mucho tiempo a preparar la comida.

Se dio la vuelta y dio un paso hacia la puerta.

—Señora Brightmoor...

Su tono de voz bajo la detuvo con la misma efectividad que lo habría hecho un grito, pero él continuó hablando antes de que ella pudiera girarse.

—Tal vez, para mantener la concentración, sería conveniente que las reformas se parasen mientras estén aquí mis invitados.

Sentimientos contradictorios se apoderaron de ella. ¿Estaba avergonzado de Benedict, o simplemente estaba intentado protegerlo?

¿Acaso importaba?

—Por supuesto —murmuró. Después abandonó la estancia.

Sarah y ella se apresuraron a tener listos los dormitorios. Ni siquiera sabía cuántos invitados iban a venir, o si traían consigo sirvientes u otro tipo de personal. Por si acaso, decidió preparar todas las camas posibles.

Después revisó las demás estancias, asegurándose de que todas estuvieran listas para los invitados del marqués. Cuando llegó a la sala de estar de la planta de arriba, que una vez fue su habitación, se detuvo para apoyarse contra el marco de la ventana abierta y recuperar el aliento. Pero el pacífico canto de los pájaros, del que tanto había disfrutado, se vio interrumpido enseguida por el traqueteo de un carruaje que cruzaba entre los árboles del límite frontal de la propiedad.

Parecía que habían terminado los preparativos justo a tiempo.

—Hora de bajar —le dijo a Sarah. Se apartó de la ventana y escondió el trapo que había estado usando para limpiar el polvo en el bolsillo del delantal—. Como no tenemos lacayos, tendremos que escoltar nosotras mismas a los invitados.

Le habría gustado cambiarse de ropa, puesto que el delantal arrugado y el vestido desgastado no causarían la mejor de las impresiones, pero ya no podía hacer nada.

Sus sospechas se vieron confirmadas al ver como Morris la miraba de arriba abajo con aire despectivo cuando entró en el vestíbulo principal, instantes después que él. Pero ella se limitó a cuadrar los hombros y a levantar un poco más la cabeza a modo de respuesta.

No se iba a avergonzar por el duro trabajo que se había visto obligada a realizar, sobre todo cuando la habían avisado poco antes. ¿Qué habría tenido que hacer Morris para preparar la llegada de los invitados? ¿Planchar otro pañuelo de cuello?

Daphne esperó dentro del recibidor, junto a la puerta que daba acceso al vestíbulo central y a las escaleras principales. Sarah estaba detrás de ella, irguiendo sus pequeños hombros de niña de doce años, intentando imitarla.

La fe que vio en el rostro de la pequeña debería haberla alentado, pero solo podía pensar en que otro grupo de desconocidos estaba a punto de invadir su ya profanado santuario. Además, aquella era su primera prueba real como ama de llaves. Sarah estaba destinada a llevar una vida dedicada al servicio doméstico y, si quería que tuviera éxito, necesitaba hacer aquello bien.

Había procurado que todo estuviera dispuesto. Ahora, lo único que necesitaba era que los hombres que entraran por la puerta fueran personas a las que jamás hubiera visto.



Capítulo 17



William nunca había querido ser un excéntrico o dar la impresión de que era algo más que un hombre noble y honorable. Si tenía que sorprender en algo a la sociedad, prefería que fuese por llevar el marquesado en una nueva dirección que por tener una casa rara o comportarse de forma insensible. No quería que nadie hablara de él en absoluto, a menos que fuera para subrayar la notoria diferencia entre él y el mujeriego que le había tocado en suerte como padre.

Sin embargo, lograr tal distinción requería cumplir con las normas sociales. Durante los últimos diez años se había distanciado de todo el mundo, excepto de un selecto grupo de personas que valoraban el discurso intelectual y las cenas tranquilas por encima de los bailes y las óperas.

Le gustaba la vida sosegada que llevaba; una vida en la que podía respirar sin que ninguna matrona estuviera acechándole constantemente en busca de la primera señal que indicara que iba a actuar como su padre o a agitar las aguas como su madre. Pero no podía lograr sus objetivos aislado del todo.

Dos hombres de negocios sin un estatus social de especial relevancia estaban a punto de entrar por su puerta, y eso hacía que sintiera que estaba dando el primer paso hacia el mundo que felizmente había conseguido dejar atrás.

El ruido de cascos de caballos rompió el silencio y el noble salió de la biblioteca para recibir a los invitados en el vestíbulo. Cuando echó un vistazo alrededor, ahogó un suspiro. Por poco que le gustara la idea, por lo visto estaba destinado a parecer, cuando menos, un poco excéntrico.

Su ayuda de cámara, al que también había designado como mayordomo temporal, esperaba en la puerta. La señora Brightmoor aguardaba dócilmente a un lado. Deseó que estuviera preparada para enseñar a los caballeros sus habitaciones. La vio morderse los labios; parecía un caballo asustadizo dispuesto a salir corriendo hacia el establo.

Tenía que hacer algo con su ama de llaves.

Volvió a pasársele por la cabeza despedirla, pero desechó la idea con la misma rapidez. Con todo lo que había sucedido en los últimos días, no podía prescindir de ella solo porque se le antojara.

Que la existencia de Benedict hubiera salido a la luz había traído tantas preguntas como respuestas, quizá más. Le corroía la curiosidad. Y lo único que le ayudaría a aclarar su mente sería una conversación de treinta minutos a solas con la señora Brightmoor. Poder plantearle las preguntas y obtener respuestas sinceras, por supuesto.

Pero no creía que eso fuera a suceder fácilmente. Otra de las razones por las que no podía despedirla sin más. Si la obligaba a marcharse, se pasaría el resto de su vida sin saber toda la verdad.

Morris abrió la puerta en cuanto el sonido de las botas sobre la grava dio paso al de las suelas sobre el suelo de piedra de los escalones de la entrada.

La señora Brightmoor se apretó más contra las molduras de madera. Consiguió que la descolorida muselina naranja de su vestido se mimetizase con el vívido color rojo de las paredes, lo que era todo un logro.

Aquella sería una buena manera de ponerla a prueba, ya que sus invitados, si bien eran unos caballeros absolutamente respetables, carecían de importancia en la sociedad inglesa. No obstante, para él sí la tenían, pues habían sido capaces de unir sus limitados recursos y crear una fábrica moderna en Manchester. Precisamente los había invitado para que le enseñaran cómo lo habían logrado.

La tecnología era el futuro y William albergaba la esperanza de instaurar y modernizar la elaboración de productos en sus propias tierras. Se negaba a que el marquesado se fuera a pique mientras él estuviera al timón. Los dos hombres entraron en la casa con un halo de seguridad en sí mismos que alivió sus preocupaciones. Quería obtener de ellos conocimientos y buenos consejos, no que le complacieran y le dijeran lo que creían que él quería oír. Esos caballeros representaban una buena dosis de experiencia.

Y a William le gustaba la confianza en uno mismo.

—Buenas tardes, señor Gherkins. —Luego estrechó la mano del hombre más alto—. Señor Blakemoor...

Tras los saludos, buscó con la mirada a la señora Brightmoor, pero no estaba por ninguna parte. De pronto, la otra sirvienta de la casa, Sarah, apareció en el recibidor como si la hubieran empujado a través de la puerta. Tenía unos ojos enormes en medio de un rostro de elfo. La muchacha parpadeó rápidamente antes de hacer una torpe reverencia.

William se aclaró la garganta. En ese momento, lo que menos necesitaba era otro misterio.

—Caballeros, mi... esto... sirvienta les acompañará a sus habitaciones mientras me encargo de que les suban el equipaje.

Mantuvo la sonrisa hasta que los hombres desaparecieron por el vestíbulo principal para subir las escaleras, pero en cuanto dejó de verlos, se pasó una mano por la barbilla con gesto frustrado.

Iba a tener que hacer algo con su ama de llaves.



Daphne consiguió no tropezarse con nada, aunque casi se cayó de bruces sobre el suave suelo de mármol del vestíbulo.

Respiraba con tal rapidez que empezó a sentir un hormigueo en los labios. Si hubiera podido, habría hundido la mano en su pecho para aplastarse el corazón y así evitar que siguiera golpeando sus costillas. Hasta podía sentir circular la sangre por el cerebro y los latidos del corazón en los oídos, con tal intensidad que apenas podía pensar.

Y ahora lo que más necesitaba era pensar.

Su padre estaba allí.

Allí.

En esa casa.

En el lugar donde había vivido los últimos doce años sin que el propietario lo supiera. Donde

había criado a su hijo y a muchos otros niños cuya existencia rechazaba su progenitor.

Donde ahora trabajaba como una humilde ama de llaves.

Cómo se había equivocado al pensar que lo peor que podía pasarle ese día era que unos extraños invadieran lo que una vez había sido su hogar. No, tener a alguien conocido entrando por esas puertas era bastante peor, mucho peor.

Cruzó el salón de cristal y entró en la sala de música. Pasear tranquilamente alrededor del gran piano de cola la ayudó a respirar con normalidad.

Seguro que los sonidos que podía oír acompañados a su pulso correspondían a los pasos que resonaban en el vestíbulo mientras su padre y el otro hombre, a quien no había reconocido, aunque tampoco había tenido mucho tiempo de mirar, seguían presumiblemente a Sarah por las escaleras.

No había hecho bien al empujar a Sarah al recibidor para que asumiera las responsabilidades propias de una anfitriona. Un momento, ¿responsabilidades de una anfitriona? Eran las responsabilidades de un ama de llaves. Era muy peligroso que empezara a pensar en sí misma como la anfitriona de ningún sitio.

Ahora era una sirvienta y el marqués de Chemsford no iba hacer que su estatus social mejorara. Haría bien en recordarlo.

Ni siquiera cuando se había codeado con los estratos más bajos de la flor y nata de la sociedad inglesa se había visto obteniendo un título. Imaginarse ahora como marquesa era completamente ridículo.

Aunque no pudo evitar preguntarse cómo sería saludar a su padre desde una posición de poder, renacida de las cenizas de su pasado. ¿Brillarían sus ojos de admiración y reflejarían un poco de arrepentimiento? Tal vez la agarraría de la mano y le pediría perdón, le diría que fuera a visitarlo a su casa, le expresaría su deseo de conocer a Benedict y luego lo recibiría con el amor y mimo propio de la familia.

Ella, por supuesto, le concedería todos esos deseos. Había perdonado a su padre hacía mucho tiempo. Comprendía la situación que él había tenido que afrontar. ¿Qué bien les hacía a ambos estar sumidos en la desgracia y la desesperación? Además, en ese escenario ficticio ella habría llegado lejos. Estaría en la cima del mundo. Aunque lord Chemsford fuera bastante solitario, nadie en Londres se atrevería a rechazar a su esposa.

Daphne parpadeó y se pellizcó con fuerza el brazo. «No» era la esposa de ese hombre. Apenas lo conocía, ni siquiera tenía claro todavía si le gustaba.

Su imaginación era lo último que podía ayudarla en ese momento. La realidad era bien distinta. No tenía nada que mostrar a su padre, más allá de su capacidad para sobrevivir sin él. Y con eso apenas se ganaría su admiración.

Se obligó a respirar lenta y profundamente hasta que la presión de la sangre corriendo por sus venas disminuyó. Oyó unos pasos acercándose. Pero no se dirigían a las escaleras. Avanzaban desde el salón de cristal hacia la sala de música.

Hacia ella.

Y como el señor Morris aún no había dado muestras de tener interés alguno en tocar el piano, solo podía deducir que lord Chemsford pretendía averiguar por qué su ama de llaves había desaparecido de forma tan abrupta.

No podía enfrentarse a él. No en ese momento. Al menos no hasta que decidiera qué iba a hacer con respecto a su padre.

Se alejó del piano, deslizando la mano a través de la superficie con un poco de nostalgia mientras se iba. Ahora no era el momento de pararse a pensar en todo lo que echaba de menos; no con el pasado amenazando con devorarla.

Corrió hacia el pasillo que iba de la sala de música a la galería de retratos, pero enseguida se dio cuenta de que no había tomado la mejor decisión, porque ahora sí estaba realmente atrapada. La única manera de salir de la galería de retratos era precisamente por el pasillo que daba a la sala de música.

A menos que se dejara caer por una de las ventanas.

No estaba muy alto, al menos no lo suficiente como para causarse ningún daño, aparte de algún golpe o hematoma. Y ahora mismo era un precio que estaba dispuesta a pagar a cambio de unos momentos de soledad.

No tenía tiempo para ponerse a pensar en la conveniencia de esa idea. Se fue a la ventana más alejada y empujó hacia arriba el travesaño para abrirla. Bueno, lo intentó. Las ventanas de aquella estancia llevaban sin abrirse mucho tiempo, ya que los niños solo la habían usado cuando hacía mal tiempo.

Al final, con un esfuerzo considerable, logró abrirla lo suficiente como para poder colarse por ella. Se levantó un poco la falda y pasó una pierna por el alféizar antes de sentarse y doblarse para meter la cabeza.

—¿Vamos a fingir que está usando un nuevo método para limpiar las ventanas o podemos saltarnos esta parte y me cuenta directamente por qué está huyendo de mis invitados?

Daphne se quedó petrificada, allí, doblada por la mitad, sentada a horcajadas sobre el alféizar, con la falda levantada de tal forma que debía de estar enseñando una parte demasiado indecente de pierna.

Podía hacerlo. Solo tenía que volverse hacia la derecha y continuar con su plan de fuga. Pero ¿adónde iría? ¿A la casa del guarda? ¿A la cocina? Tal vez debería seguir caminando hasta llegar a Marlborough y, una vez allí, encontrar la manera de empezar de nuevo. Al fin y al cabo, ese sería el resultado inevitable cuando él descubriera su verdadera identidad. Y al menos, si se iba ahora, podría engañarse a sí misma y decirse que fue por su propia voluntad y no por otro fracaso personal.

Aunque en esta ocasión no habría ninguna Kit para echarle una mano.

Kit había querido permanecer allí después de casarse, apoyándola mientras la casa pasaba de ser un refugio a una propiedad normal, pero Daphne había insistido en que esa no era la mejor forma de empezar un matrimonio. Así que le había dicho que se fuera de luna de miel, asegurándole que no iba a pasar nada malo. ¿Cómo iba a apañárselas para causar algún problema en medio de la nada? Haven Manor era su hogar y podría encargarse de cualquier cosa que sucediera allí.

Se había equivocado.

De parte a parte.

Cruzó las manos en la madera que tenía frente a ella, apoyó la frente sobre ellas y se puso a

llorar. No armó ningún escándalo. No producía ningún sonido cuando lloraba o sollozaba. Ante cualquiera que estuviera mirando, o mejor dicho, para lord Chemsford, que era el único que estaba con ella en la galería, parecería a una marioneta en reposo o una muñeca olvidada. Ni siquiera le temblaban mucho los hombros. Era capaz de llorar un cubo entero de lágrimas con tres niños metidos en la cama con ella y no alertar a nadie.

Era un talento extraño, uno de los pocos que nunca le fallaría. También ayudaba el hecho de que no lloraba a menudo. Normalmente era una persona capaz de ver el lado bueno de todo, incluso de las peores situaciones. Cuando llegaba al punto del llanto, era porque apenas le quedaba esperanza.

Justo como en ese momento.

Lord Chemsford iba a despedirla.

La dejaría a su merced para encontrar trabajo. Puede que hasta tuviera que dejar Marlborough para buscarlo.

Y jamás volvería a ver a Benedict.

Kit no sabría dónde encontrarla cuando regresara de su luna de miel.

Jess se iría, y Sarah, Reuben y Eugenia terminarían en algún hospicio.

Las lágrimas acudieron más rápido, acumulándose entre sus dedos y cayendo hasta el suelo.

Sintió algo suave sobre la mejilla.

Levantó la cabeza lo suficiente para ver qué era y se encontró con un prístino pañuelo blanco que sostenían unos dedos unidos a un marqués silencioso y de aspecto serio.

Volvió la mano y aceptó el trozo de tela, dándole las gracias con un murmullo.

Él hizo un gesto de asentimiento, aunque se quedó callado mientras ella se secaba los ojos. Seguro que le quedarían algunas rojeces por los bordes, pero, si no se los frotaba demasiado, esa sería la única evidencia. El truco para llorar en silencio era dejar que las lágrimas fluyeran libremente. En cuanto se le escapaban una o dos, la necesidad de llorar perdía fuerza, y mientras no tratara de detenerlas, podía evitar los desagradables sollozos y el hipo.

Con la cara seca, arrugó el pañuelo en un puño y se preparó para enfrentarse a su destino.

Trató de sentarse y se golpeó la cabeza contra el marco de la ventana. El sobresalto que le produjo aquello hizo que perdiera el equilibrio en su precaria posición y cayera directamente al suelo. Sabía que debía agradecer haber aterrizado dentro y no en los setos de fuera, pero la vergüenza por estar enseñando al marqués una buena porción de pierna provocó el rubor que había intentado evitar. Sentía tanto calor en las mejillas que pensó que Jess podría haber cocinado sobre ellas.

Se puso de pie y alzó la cabeza en un intento de aparentar el ápice de dignidad que le quedara.

Sin embargo, lord Chemsford no la estaba mirando. Tenía la vista clavada en la ventana de la que acababa de bajarse, dándole tiempo a que recobrarla la compostura.

Un detalle por su parte, la verdad. Y teniendo en cuenta lo que había pasado, más de lo que se había esperado.

—Ya estoy presentable. —O por lo menos se había estirado el vestido. La cara todavía le ardía y su voz sonaba como si tuviera lana en la garganta, pero ninguna de las dos cosas desaparecería pronto.

El marqués se volvió hacia ella. Las líneas severas y cinceladas de su rostro no revelaban nada de lo que estaba pensando, sino todo el poder que estaba acostumbrado a ejercer.

—¿Le importaría explicarse ahora?

Oh, qué hombre... ¿Y se extrañaba de haber tenido ensoñaciones con él? ¿Cuántos aristócratas de su posición habrían esperado a escuchar lo que sus sirvientes tuvieran que decirles antes de despedirlos?

A Daphne nunca se le había dado bien mentir, por lo que en ese momento sus opciones se reducían a quedarse callada o a decir la verdad. Y con ninguna de las dos iba a quedar muy bien.

Pero por lo menos una la haría parecer más fuerte.

Se aclaró la garganta.

—Sé que... esto es... Conozco a uno de sus invitados, y me temo que no estaba preparada del todo para que él me viera.

Quizá no podía ser honesta como había pensado.

—¿Qué invitado?

—El señor Blakemoor —susurró.

Cómo le dolía llamarlo así. Para ella siempre había sido «papá». Solo habían sido ellos dos. «Un par de ases contra el mundo», como a él le gustaba decir. Hasta que ella dejó de ser un as.

—¿De qué le conoce?

Daphne tomó una profunda bocanada de aire y cerró los ojos. Se negaba a contemplar cómo se desvanecía el poco respeto que lord Chemsford todavía pudiera tener por ella.

—Es mi padre.



Capítulo 18



William se vio invadido por tal avalancha de pensamientos que tuvo que esforzarse mucho en realizar una única observación.

La señora Brightmoor había nacido siendo una Blakemoor y estaba dispuesta a saltar por una ventana para no tener que ver a su propio padre.

Incluso teniendo en cuenta solamente esa única verdad, nada tenía sentido. ¿Cómo terminaba la hija de un caballero siendo ama de llaves en medio de la nada?

Era muy joven para ser viuda; y si era cierto que llevaba trabajando allí el tiempo que le había dicho el señor Banfield, eso suponía que no se había casado.

Así que Brightmoor era un nombre falso. Y uno bastante malo.

Se pasó una mano por la barbilla mientras la contemplaba. Se fijó en las oscuras pestañas que iban cubriendo sus ojos hasta que clavó la mirada en el suelo.

Obtener unas pocas respuestas le había llevado de nuevo a hacerse otro buen número de preguntas. El hombre que ahora mismo debía de estar instalándose en una de sus habitaciones de invitados no pertenecía a la clase más alta, pero era más que respetable. Alguien que formaba parte de los círculos de la sociedad, dueño de una propiedad y una persona que caía en gracia. Aunque William no se había prodigado mucho por los clubes y salones de Londres, tampoco había sido un absoluto ermitaño. Y a veces, los hombres de negocios podían llegar a ser tan chismosos como los dandis. Pero jamás había oído que Blakemoor estuviera involucrado en ningún escándalo.

¿Cómo era posible que tuviera una hija escondida trabajando como sirvienta?

¿Por qué había escondido a su hija y la había puesto a trabajar como sirvienta?

¿De verdad lo había permitido?

—¿Está su padre al tanto de su empleo actual? —Al instante se sintió como un tonto. Por supuesto que no lo estaba. De lo contrario, aquella mujer no se habría puesto a trepar por una ventana.

Su ama de llaves se limitó a negar con la cabeza y frunció el ceño hasta que entre sus cejas apareció un profundo surco, haciendo que su nariz y boca parecieran una especie de flecha.

—Ni siquiera sabe que vivo en el condado de Wilt.

—¿Dónde cree que vive?

Un breve estremecimiento de hombros precedió a la absoluta falta de emoción de su rostro. William nunca la habría creído capaz de mostrar esa apatía. Siempre había sido tan... expresiva. Su cara reflejaba cada una de sus emociones, mostraba a la claras cuando algo la perturbaba o preocupaba. O, como sucedía con más frecuencia, cuando pergeñaba un plan para conseguir que él hiciera algo.

Pero ahora no denotaba nada. Permanecía absolutamente inexpresiva.

El hombre movió los hombros para colocarse la levita. Aquel vacío se alejaba tanto de lo que

había esperado que hasta se sentía un poco inquieto.

Y cuando por fin habló, su voz también resultó completamente monótona.

—No creo que le importe mucho.

Puede que su rostro no careciera de emoción. Tal vez esa inexpresividad era su forma de demostrar el dolor.

Necesitaba recabar información, hacer muchas preguntas. Pero solo pudo deducir que ella no era quien él creía. En su vida, todo el mundo que había conocido siempre había sido y había hecho lo que él esperaba de ellos.

Hasta que se mudó a ese lugar.

¿Qué iba a hacer ahora? Tenía unos invitados en la planta de arriba a los que no podía echar de su casa. Incluso aunque no necesitara sus conocimientos y la experiencia que tenían con la fábrica de la que eran propietarios, no podía obligarlos a que se marcharan sin una buena razón.

Aunque tampoco podía tener un ama de llaves que se dedicara a trepar por ventanas o tratara de mimetizarse con la pintura de la pared.

Pero ahora, incluso más que antes, no podía darle un ultimátum y echarla sin más. Hasta ese momento ella había despertado su curiosidad y, en cierto modo, le había puesto a prueba. Había dedicado mucho tiempo a estudiar sus movimientos, pero nunca se había parado a pensar en sus motivaciones. Nunca se había preguntado «por qué».

Nunca la había mirado como una persona. Simplemente había sido su ama de llaves.

Ahora la tenía de pie, frente a él, con la actitud de una dama, a pesar de estar sujetando el pañuelo con toda la fuerza que le quedaba. ¿Siempre había estado con esa postura perfecta y los hombros rectos? ¿O sencillamente él no se había percatado porque la creía ajena a las ventajas de una educación adecuada?

Si apenas había sido capaz de decidir qué hacer con ella antes, ¿qué iba a hacer ahora que había roto la etiqueta que le había atribuido? Era una etiqueta en la que nunca había encajado del todo, pero en ese momento no sabía qué pensar de ella. Era su ama de llaves, pero también una compañía aceptable desde el punto de vista social. ¿Necesitaría a partir de ahora una carabina cada vez que estuviera con ella?

El misterio sobre quién era su ama de llaves crecía. No sabía por dónde empezar a descifrarlo.

Ella se volvió a secar los ojos con el pañuelo arrugado y respiró hondo, emitiendo un silbido cuando el aire pasó entre sus dientes.

—Supongo que ahora querrá que me vaya.

Quería decir «sí», debería decir «sí», pero todo su ser se rebeló ante la idea. Si no había tenido ningún lugar adonde ir como una sirvienta de campo, las posibilidades que se le presentaron siendo la hija de un caballero tuvieron que ser prácticamente nulas para haber terminado en un sitio como aquel.

—No creo que eso sea necesario —respondió finalmente él.

—¿Usted no... no va a...?

—No. —En cuanto le confirmó que iba a permitir que se quedara se sintió envuelto en un remanso de paz—. Entre Morris y... eh... la cocinera y la otra sirvienta podemos atender a los invitados. Entiendo que puede seguir cumpliendo con sus otras obligaciones siempre que no se

encuentre con su padre, ¿verdad?

Aquello resultaba ridículo, a pesar de que la calma que sentía en su interior era una prueba de que estaba haciendo lo correcto. Si su padre pudiera regresar de su tumba le estaría gritando por la forma en la que estaba mancillando el título y a la familia, apartándose de su camino por una simple sirvienta. El difunto marqués habría despedido a todo el personal al completo antes de permitir que uno de ellos lo alejara de su objetivo. William, sin embargo, había tomado la mayor parte de sus decisiones como adulto preguntándose qué era lo que haría su padre y eligiendo lo contrario. Y hasta ese momento le había ido bien.

Lo que significaba que, seguramente, aquella era una excelente idea.

—¿Haría eso por mí? —preguntó ella con un hilo de voz. Pero su rostro ya no estaba inexpresivo. Ahora parecía brillar desde dentro.

El frunció el ceño.

—No. Lo estoy haciendo por mí. Si la despido tendría que endilgar a Morris un trapo para limpiar el polvo. —Aunque confiaba en estar tomando la decisión correcta, todavía no confiaba en ella y la esperanza que vio reflejada en su cara le hizo sentir incómodo—. Pero tengo una condición.

Ella asintió a toda prisa y los mechones que se le habían soltado por el intento de huida se movieron alrededor de su rostro.

—Por supuesto.

William apretó los labios. Se había acabado aquello de ir de sorpresa en sorpresa y de tener que imaginarse qué sería lo siguiente que sucedería en su propia casa.

—Cuando le haga una pregunta, la responderá. Nada de distracciones ni de medias verdades o mentiras.

Ella se mordió el labio, pero volvió a asentir. Como había demostrado ser una mentirosa pésima, no le quedaba otra opción que cumplir con su palabra.

William cruzó las manos a la espalda y se irguió, dispuesto a afrontar aquel asunto como cualquier reunión de negocios, aunque en este caso las preguntas iban a ser extremadamente personales.

—¿Por qué no sabe su padre dónde vive? —Tenía la esperanza de recibir una explicación razonable por respuesta. Al fin y al cabo, su propio padre tampoco supo dónde había estado viviendo él; una separación que había decidido él mismo, por su cordura. Aunque él sí había contado con los medios suficientes para proporcionarse una vida lejos de su progenitor.

Algo que, por lo que parecía, no le había sucedido a Daphne.

—Yo... —Hizo una pausa y recompuso su ya perfecta postura para igualar la de él—. Me fui de Londres hace muchos años.

—¿Cuántos?

«Por Dios Santo». Aquello iba a ser como sacarse una muela.

—Catorce.

—Pero por aquel entonces solo debía de ser una cría.

Ella hizo una mueca.

—Tenía dieciocho.

Hizo un rápido cálculo mental. No una, dos veces. Era imposible que tuviera treinta y dos años. A esa edad sí podía haberse casado y enviudado antes de ir a trabajar allí. Pero había dicho que había criado a Benedict. ¿Cómo podía él...? Oh.

—Brightmoor es un apellido falso —continuó ella—. No es muy bueno, lo reconozco, pero fue lo único que se me ocurrió cuando le vi en la puerta.

William asintió, aunque ahora que podía analizar las cosas desde un ángulo distinto, apenas la estaba escuchando.

Llevaba cuatro días pensando en Benedict, examinando las posibles formas de rectificar el abandono de su primo. Y en todo ese tiempo no le avergonzaba reconocer que no se había planteado ni una sola vez el hecho de que Maxwell también hubiera abandonado a la madre de niño. Y estaba claro que lo había hecho, pues se había casado con la señorita Charlotte Rhinehold hacía catorce años y la mujer no estaba embarazada en ese momento. De hecho, habían tardado tres años en tener una hija.

Así que tenía que estar en lo cierto... Era lo único que tenía sentido. El momento, la actitud protectora, el deseo de esconderse, la pérdida de los lazos familiares... y los modales refinados, que eran más de lo que se había esperado pero nunca los dejaba entrever lo suficiente como para que alguien se detuviera a pensar en su procedencia...

Sí, estaba en lo cierto. Tenía que estarlo. Pero necesitaba una confirmación.

—Benedict —dijo en voz baja—. Se marchó por Benedict.

La repentina lividez del rostro de la mujer fue la prueba que necesitaba para confirmar su sospecha.

—¿Cómo lo ha...? —Tragó saliva con fuerza. Tenía los ojos abiertos de par en par.

—La época concuerda, al igual que la situación. —Aunque seguro que detrás de esa historia había algo más. Benedict no era el único niño que estaba trabajando bajo su techo. ¿Y las sirvientas? ¿Sería la cocinera otra dama de buena crianza que también se encontraba en circunstancias precarias? De ser así, ¿en cuáles? ¿Era alguno de los otros niños también de Daphne?

A William le encantaban las preguntas. Podía perderse en los libros e investigar durante días y días hasta encontrar las respuestas que buscaba sin necesidad de relacionarse con ninguna otra persona más de lo estrictamente necesario.

Pero a menos que Daphne llevara un diario detallado y estuviera dispuesta a entregárselo, no iba a encontrar en ningún libro las respuestas que ahora necesitaba.

Había tenido razón al no despedirla hacía unos días, y daba gracias al Señor por haber escuchado lo que le decía su instinto. Daphne estaba en esa situación por culpa de la familia Oswald, de su propia familia. Jamás podría pedirle que se fuera.

—Necesito saberlo todo. Ahora —apremió. Su tono resultó un poco más áspero de lo que pretendía.

Ella alzó la cabeza.

—Yo no tengo por qué contarle a usted nada.

—Señora Brigh... ¿Cuál es su verdadero nombre? ¿Sigue siendo la señorita Blakemoor?

—Le acabo de decir que sí. Pero prefiero que me llame Daphne o que continúe dirigiéndose a

mí como señora Brightmoor.

A pesar de la irritación que sentía en ese momento, no pudo evitar que su boca esbozara una leve sonrisa.

—Tiene razón. No escogió el mejor apellido falso.

—Me temo que no se me da muy bien pensar con rapidez. Y tuve que tomar esa decisión demasiado deprisa.

—Aunque fue una sabia decisión. —A ella pareció sorprenderle el elogio, que al menos devolvió un poco de color a su rostro ceniciento—. Muy bien; entonces, Daphne. —Le resultó extraño pronunciar su nombre. Jamás había llamado a una mujer por su nombre de pila—. Hay muchas cosas sobre usted que no terminan de encajarme, pero hay algo que tengo muy claro: mi primo la agravió. Y como caballero y cabeza de la familia Oswald tengo la obligación de rectificar eso.

—Catorce años es mucho tiempo. —Su voz ahora era más firme, más fuerte que antes—. Es imposible saber el rumbo que hubiera tomado mi vida si nunca hubiéramos... Si no lo hubiera conocido. —Ella volvió a cruzar las manos—. Como suele decirse, es demasiado tarde. Ahora ya no hay nada que usted pueda hacer. Si ayuda a Benedict... tal vez patrocinándole un taller cuando termine su período de aprendizaje, sería suficiente. En realidad, sería más que suficiente.

—Habla como una madre —dijo él en voz baja, apretando las manos para resistirse al impulso de acercarse y ofrecerle algún tipo de consuelo— Supongo que él no lo sabe.

—No. Y le ruego que no se lo diga. Haré cualquier cosa que me pida, incluso irme, pero... no le haga saber que he estado mintiéndole todos estos años.

—¿Por qué? —William no tenía la costumbre de exigir a la gente estúpidas declaraciones emocionales, más que nada porque no estaba acostumbrado a ser el receptor, pero en este caso quería aprovechar cualquier ventaja. Ella nunca volvería a ser tan vulnerable como en ese momento—. ¿Por qué permitió que creyera que no lo querían?

La mujer se quedó en silencio unos segundos. El temió que respondiera en medio de sollozos y llantos, pero hizo precisamente lo contrario. Daphne habló con total seguridad:

—Porque si sabía la verdad, cuando llegara el momento y se le presentara la oportunidad de emprender su propia vida, se habría negado a dejarme atrás.

William prefería pensar que el muchacho la quería lo suficiente como para no dejarla atrás lo supiera o no, pero ahora no tenía tiempo de ahondar en ese asunto.

—Muy bien. Por ahora no diremos nada. Pero cuando mis invitados se vayan, quiero que me cuenta toda la historia. Desde el principio hasta el final. Sin dejarse nada. Entonces, decidiré qué hacer.



¿Cómo iba a poder comportarse como si no hubiera pasado nada los dos próximos días?

No pretendía entretener a los caballeros, pero tener a niños sirviendo la cena en una mesa rimbombante y la falta expresa de cualquier mención a un ama de llaves o a un mayordomo habría hecho que toda aquella situación resultara un tanto extraña. Ahora estaban sentados a la mesa,

fingiendo que no había nada raro en que una muchacha con un vestido limpio, aunque bastante desgastado, dejara una sopera sobre la mesa.

La superficie donde había depositado la vasija resplandecía y William tuvo que reconocer que Daphne estaba cumpliendo su parte del trato. Parecía imposible, pero la casa lucía aún más limpia que antes.

El señor Blakemoor y el señor Gherkins estaban sentados en sus respectivos lugares, en las sillas con forma de trono, esbozando una sonrisa educada. Seguramente pensaban, como él, que la mesa era horrorosa, pero no dijeron nada. A pesar de que había sido él quien los había invitado y que ambos contaban con unos conocimientos y experiencia que quería que le transmitieran, todas las personas que estaban en aquella estancia sabían quién ostentaba el poder allí.

Habría mentido si dijera que no le gustaba ser el que tenía la sartén por el mango, pero más que nada porque aquello le ayudaba a guardar las distancias. En ese momento, sin embargo, deseó que la barrera fuera un poco más franqueable. Quería saber más sobre el señor Blakemoor, y no solo en el aspecto profesional y por qué sus fábricas tenían tanto éxito.

Quizá podía ser él mismo el que redujera un poco la distancia.

—Tenga cuidado cuando se levante de la mesa —advirtió con una mueca—. A las gárgolas les gusta morder.

—¿Qué? —El señor Blakemoor miró a una de aquellas potencialmente ofensivas criaturas—. Ah, sí. Por supuesto. Y... eh... ¿le muerden a menudo?

William asintió mientras empezaba a comer.

—Esta monstruosidad vino con la casa. Todavía no he podido encargarme una mesa nueva.

—El último catálogo de Thomas Sheraton tiene algunas piezas muy elegantes, todas ellas libres de gárgolas. —El señor Blakemoor sonrió de oreja a oreja mientras comía.

—Lo tendré en cuenta, aunque he decidido encargarme una pieza a uno de los ebanistas de la zona. Tiene un aprendiz que apunta maneras. Estoy planteándome invertir en la carrera del muchacho.

—Bien por usted —celebró el señor Gherkins—, incluso aunque eso le suponga tener que esquivar gárgolas mientras tanto.

Por ahora, todo iba viento en popa. William dio otro bocado antes de continuar con la conversación. Necesitaba entender cómo un hombre podía ser capaz de permitir que su hija se escapara sumida en la vergüenza después de haber mantenido un encuentro con el sobrino de un marqués. Aunque no terminaba de encajarle del todo, pues el señor Blakemoor parecía ser el tipo de persona que hacía sugerencias sin tener que escuchar primero la opinión del hombre de mayor rango. Aquello demostraba una fuerza de carácter que no se había esperado.

A menos que la situación no hubiera sucedido de la forma que William suponía. Se propuso encontrar tiempo para mantener con Daphne una conversación sobre ese asunto.

—Espero que su viaje fuera bien —comentó, mientras cortaba la carne asada.

—Por supuesto —respondió el señor Blakemoor—. A fin de cuentas, es un viaje relativamente cómodo hasta Marlborough, aunque llegar a su casa fue toda una aventura.

El señor Gherkins asintió y se rio.

—Hubo un momento en que empecé a preguntarme si nos había engañado.

—He comenzado a restaurar toda la finca, pero me temo que tenemos un trabajo complicado

por delante, sobre todo en lo relativo al terreno.

Siguieron conversando sobre nimiedades durante varios minutos. Al final, los dos hombres comenzaron a explicarle los conceptos básicos de su estrategia empresarial, pero la charla seguía sin entrar en el terreno personal.

En circunstancias normales, le habría supuesto un motivo de regocijo que el encuentro transcurriera de ese modo. Pero en ese momento le resultó frustrante.

—¿Tiene familia, señor Gherkins? —Le extrañó oír aquello en su propia voz. Nunca había sido de los que dirigía las conversaciones al ámbito personal y, desde luego, jamás se le ocurría preguntar por la familia, ya que no quería que le hicieran preguntas similares. Aun así, continuó presionando—. ¿Tal vez un hijo que quiera que lleve su negocio?

Los invitados intercambiaron una mirada. William ladeó un poco la cabeza para poder observar mejor la expresión del señor Blakemoor mientras el señor Gherkins respondía:

—Sí, tengo un hijo. Dos, en realidad. Aunque son un poco jóvenes para involucrarse en esto. No obstante, algún día espero que sean ellos los que se ocupen de todo. —Sonrió orgulloso.

De pronto se vio invadido por unos celos inesperados. ¿Habría presumido alguna vez su padre cuando hablaba de su hijo mayor? En su presencia desde luego no. De Edmond, sí. Según el anterior marqués, su segundo hijo no hacía nada que no fuera excelente. En el fondo sabía que esa actitud no tenía nada que ver con sus hijos, que era simplemente una extensión del aprecio, o desprecio, que sentía por sus respectivas madres. Aun así, le molestaba saber que al anterior lord Chemsford nunca le había hecho muy feliz que William ocupara algún día su lugar.

De todos modos, aquello no tenía que ver con su padre. Sino con el de Daphne.

Volvió la mirada hacia el hombre en cuestión.

—¿Y usted, señor Blakemoor, tiene hijos que quieran asociarse algún día con los hijos del señor Gherkins?

El hombre tosió y pareció interesarse mucho por el plato que tenía enfrente.

—Mi esposa falleció hace muchos años. Nunca fuimos bendecidos con ningún... hijo. Vivo cerca del señor Gherkins. En realidad, justo al otro lado de su calle. Estaré encantado de dejar mi parte de la empresa a esos dos jóvenes.

William estaba deseando preguntarle sobre las hijas, pero se abstuvo de hacerlo. Los hombres no hablaban sobre sus hijas, a menos que la esposa también estuviera en la mesa. De no ser por Daphne, nunca se habría planteado siquiera el asunto. Lo más seguro es que no les hubiera preguntado ni por los varones de la familia. Que la conversación continuara por esos derroteros solo haría que los hombres se mostraran un tanto cautelosos.

Y Daphne había prometido contarle todo. De modo que no le quedaba otra que ser paciente.

Cuando les retiraron el segundo plato y les sirvieron un pudín increíblemente presentado, encauzó la conversación hacia el terreno en el que más cómodos se encontraban: los negocios. Un terreno en el que también él se hubiera encontrado a gusto si no hubiera estado preguntándose en todo momento qué estaría haciendo Daphne.



Capítulo 19



—Podría poner un poco de dedalera en el desayuno de tu padre —murmuró Jess, por la noche, mientras colocaba la ropa limpia en el armario.

Daphne, que se estaba cepillando el pelo, suspiró.

—No hay necesidad de llegar tan lejos.

—No la suficiente para matarle. Solo la necesaria para que se encuentre mal un tiempo.

En momentos como ese, Daphne tenía que recordarse a sí misma que Jess había llevado una vida muy diferente a la suya, pero que una sugerencia como aquella no suponía indicio alguno de que estuviera destinada a terminar en un psiquiátrico.

Hizo un gesto de negación con la cabeza, dejó el cepillo en el tocador y fue hacia la ventana.

—Si se pone malo tendrá que quedarse hasta que se recupere. Prefiero que termine lo que haya venido a hacer y se vaya.

—Tu padre es el más alto de los dos, ¿verdad? Nunca llegué a verlo cuando trabajaba en Londres.

—Sí. —Daphne se apartó de la ventana con una ligera sonrisa—. Pero no vas a echarle nada en el desayuno.

Su amiga se encogió de hombros, aunque no prometió nada.

Nunca se había entrometido demasiado en el pasado de Jess. Que uno tuviera sus propios secretos hacía que fuera más respetuoso con los de los demás. Evidentemente, Jess conocía el suyo, ya que era el motivo por el que habían decidido cuidar a una docena de niños ilegítimos. Puede que ahora que su pasado había quedado tan expuesto, su amiga estuviera dispuesta a hablar un poco sobre el propio.

—Trabajaste para un duque, ¿no? Dudo mucho que te encontraras a mi padre por allí.

Jess no la miró y siguió haciendo la cama.

—Teniendo en cuenta que ahora mismo es el invitado de un marqués, la respuesta cae por su propio peso, pero sí, fui la sirvienta de un duque.

—¿Estabas espionando al duque? —Daphne se dejó caer sobre el colchón obligando a Jess a detenerse. Entonces miró a la pequeña y delicada rubia y le sonrió de oreja a oreja. Algo que sí sabía de su amiga era que, en algún momento, había trabajado como espía de la Corona.

Jess esbozó una ligera sonrisa torcida.

—No. Pero sí estuve informando una temporada sobre su tía y su primo. —Daphne abrió la boca para seguir preguntando, pero Jess se le adelantó—. ¿Vas a hablar con él?

Entendía que no quisiera hablar de su pasado, porque ella también era reacia a hablar de su padre.

Aunque le había prometido al marqués que le hablaría sobre él y todavía no había encontrado la forma de eludir esa promesa.

No obstante, esa noche sí podía posponerlo. Bajó la mirada y se aclaró la garganta.

—¿Con el marqués? Por supuesto que hablaré con él. A fin de cuentas, soy su ama de llaves.

—Y él tiene preguntas que tendrás que responder.

Daphne hizo una mueca.

—Sí. Ojalá pueda evitar contarle más de lo absolutamente necesario. Aunque no se me da muy bien tergiversar las cosas. Me pregunto si también le gustaría conocer tu historia.

Jess soltó un resoplido y lanzó la manta contra la cara de su amiga.

—¿Vas a hablar con tu padre?

—No tengo ninguna razón para hacerlo.

Daphne se quitó un hilo suelto del camisón. No le gustaba volver atrás en el tiempo, ni pensar en lo que había hecho y en lo que había hecho su padre. No le gustaba recordar lo tonta que había sido. Imaginar una vida diferente era absurdo, porque jamás desearía que Benedict no hubiera existido. No podía imaginarse siendo más feliz que viviendo con los niños que había criado y ayudando a sus madres.

Lo bueno de fantasear sobre el futuro era pensar que podía cambiar las cosas, hacerlas bien, fingir que todavía le esperaba algo bueno.

—Tal vez tu padre se haya arrepentido de enviarte lejos —sugirió Jess, ajena a los desesperados derroteros que habían tomado los pensamientos de Daphne—. Nunca le diste la oportunidad de contactar contigo.

—En realidad, sí lo hice —replicó. Su tono resultaba más tranquilo de lo esperado. Era la primera vez que lo reconocía en voz alta. Ni siquiera se lo había dicho a Kit—. En el primer cumpleaños de Benedict. Acabábamos de recibir a la madre de Sarah. Estaba tan emocionada por el futuro, por lo que Kit y yo íbamos a hacer... Miré la cara de mi hijo y, por primera vez, tuve la sensación de estar justo donde debía, de que era capaz de hacer cualquier cosa que me propusiera.

Aquella era una tarea que ya no tendría. Su futuro no estaría lleno de niños a los que criar, ni madres a las que salvar. Pronto perdería lo único que le hacía sentirse útil a los ojos de Dios.

¿Acaso no había hecho suficiente? ¿Por eso aquello estaba llegando a su fin?

—Durante el año siguiente, sufrimos la primera filtración en el tejado, Benedict casi tiró un armario lleno de jarrones y esculturas de un enorme valor y el propósito de criar a más de un bebé se convirtió en una realidad abrumadora. —Tomó una profunda bocanada de aire—. Pero en ese momento, me sentí poderosa. Así que le envié una carta.

Jess se sentó en la cama a su lado. Durante unos instantes, ambas se quedaron mirando el descolorido papel de la pared y el trozo despegado en un rincón junto al techo.

—No contestó.

No fue una pregunta, sino una afirmación, pero Daphne lo confirmó de todos modos.

—No. Hasta donde sé, se negó a pagar el franqueo o la arrojó directamente al fuego sin leerla.

—¿Qué le decías?

Daphne envolvió las manos en el fino camisón para ocultar el temblor en los dedos.

—Que estaba a salvo. Que tenía un nieto precioso. Que había encontrado un objetivo en la vida; y que creía, esperaba e imploraba a Dios poder honrar ese propósito a pesar de mi insensatez. No me atreví a llamarlo error, no con Benedict sentado a mi lado. Desde entonces, he logrado separar ambas cosas en mi mente. Reconocer que cometí un error no implica detestar la

vida que vino después. Eso sería como si, por perderte en el bosque y romperte una pierna, no volvieras a caminar jamás por culpa de la cicatriz.

Jess trató de sofocar una risa, pero no lo consiguió.

—Es una analogía horrible.

Daphne esbozó una rápida sonrisa antes de bajar la mirada hacia sus rodillas. Sabía que su mente funcionaba de una forma un tanto extraña, que veía la vida de manera diferente a otras personas. Algo que no le suponía ningún problema siempre que para ella tuviera sentido e intentase explicárselo a los demás.

En ese momento rechazó la idea de mantener aquella conversación con lord Chemsford.

—Te diría que más ha perdido él, pero eso es algo que ya sabemos, ¿verdad? —Jess le golpeó el hombro con el suyo—. Si te sirve de algo, creo que eres increíble. Un poco rara, pero increíble. Nunca he conocido a nadie como tú, Daphne, tan decidida a ver lo bueno de la vida y las posibilidades que puede ofrecerte una situación.

—Pues ahora mismo soy incapaz de ver nada bueno —se quejó—. Benedict no me ha dirigido la palabra ni una sola vez desde que descubrió quién es su padre.

—Tal vez le gustaba fingir que no lo sabías. Al fin y al cabo, es tu hijo. Puede que físicamente se parezca a la familia de su padre, pero tú lo criaste. Debe tener un poco de esa imaginación «daphneriana». —Le dio otro empujón—. Y ahora sal de mi cama. Algunas de nosotras no podemos permitirnos el lujo de evitar la casa grande mañana y tenemos que preparar un desayuno.

Jess no era una de esas personas a las que les gustara dar abrazos, pero Daphne sí, así que rodeó con un brazo el hombro de su amiga y le dio un pequeño apretón antes de levantarse de la cama y cruzar la habitación para meterse en la suya.

Todavía no estaba cansada, raras veces lo estaba cuando se metía debajo de las mantas; pero si quería rendir al día siguiente, necesitaba dormir.

Al día siguiente debía estar al tanto de todo. Si quería cumplir con sus deberes mientras evitaba a los invitados, tendría que saber dónde se encontraban en cada momento.

En cuanto estuvo dentro de la cama, se movió hasta que descansó la cabeza sobre la almohada como le gustaba, se cubrió con las mantas por completo y pudo ver las sombras que la luna proyectaba a través de las ventanas sin cortinas.

Entonces se puso a soñar despierta.

¿Qué habría pasado si su padre supiera que ella vivía allí? Sin ningún tipo de poder, relevancia o propósito, trabajando como ama de llaves para sobrevivir. La mayoría de las mujeres de buena crianza que atravesaban tiempos difíciles eran capaces de encontrar un empleo como dama de compañía o institutriz. Muy pocas terminaban formando parte del servicio doméstico.

Se frotó las manos. Esas mujeres no tendrían callos en los dedos por las horas que se pasaban sosteniendo una escoba o una pala. Ni tampoco sabrían cómo plantar un huerto o limpiar una habitación a conciencia.

Quería pensar que a su padre eso le daría igual. ¿Se mostraría feliz simplemente por saber que seguía con vida? ¿La abrazaría? ¿Volvería a referirse a ella como su as en la manga? ¿Le pediría conocer a Benedict?

Sería increíble que su padre quisiera conocer a su hijo.

Significaría que él también había logrado separar el arrepentimiento del pasado de las bendiciones del presente. Comprobaría que Dios podía hacer maravillas a pesar de lo que le había ocurrido a ella.

Porque Benedict era extraordinario. Una bendición en sí mismo. No podía estar más orgullosa del hombre en el que se estaba convirtiendo e iba a lograr más de lo que ella podría haber soñado para sí misma.

Si su padre compartiera con ella ese orgullo, ¿no sería fantástico?

El sueño empezó a vencerla y ella se rindió agradecida, entre ensoñaciones de su padre mostrándole a Benedict una de sus nuevas fábricas.



La lista de cosas que debería estar haciendo en ese momento era muy larga.

Y permanecer detrás de un arbusto, desde luego, no era una de ellas.

Pero allí estaba, apoyada sobre los cimientos de piedra del ala de la biblioteca, con los ojos cerrados, disfrutando de la brisa que le rozaba la piel y que había iniciado una melodía en su mente, mientras inclinaba la cabeza hacia la ventana abierta para escuchar un sonido que llevaba años sin oír.

La voz de su padre.

No tenía la menor idea de lo que estaban hablando. Era algo relacionado con cómo estaba evolucionando la tecnología y el potencial que tenían las máquinas de vapor, pero a ella le daba igual. Volvía a oír su voz, era suficiente.

Con los años, el recuerdo de esa voz se había desvanecido un poco, pero la forma de hablar y los diferentes tonos que le resultaban tan familiares la envolvieron como si hubiera dejado olvidada su manta favorita y la hubiera vuelto a encontrar en el ático después de mucho tiempo.

Dejó caer unas pocas lágrimas, pero no le dio importancia. Era comprensible llorar en un momento como aquel. Había creído que jamás volvería a ver a su padre. Y aunque lo más seguro era que nunca se abrazaran o hablaran de nuevo, su voz le había causado el efecto de un bálsamo que no sabía que necesitara.

Le iba bien.

Se alegraba por él.

También estaba disfrutando de la voz enérgica del marqués mientras estaba allí escondida. Aunque eso tampoco le extrañaba. Solo significaba que le estaba gustando escuchar dos tercios de la conversación.

La mayoría de las veces que había oído la voz de lord Chemsford había tenido un deje justificado de incredulidad. Sin embargo, cuando no estaba alterado, era bastante agradable oírle. Su voz reflejaba poder y tenía un brío que casi cortaba el final de las palabras, como si tuviera prisa por llegar al punto siguiente para exponer su opinión. No estaba entendiendo los detalles de la conversación pero había una notable falta de sutilezas y evasivas. Sus preguntas eran directas y sus observaciones audaces.

Ahora entendía por qué había previsto que aquella reunión no durara más de un par de días.

Temía la conversación que tenían pendiente. El marqués no iba a olvidarse de ella y no se conformaría con unas cuantas respuestas imprecisas.

Se asombraría si cuando terminara con ella todavía le quedaba algún secreto.

—¿Les apetece estirar un poco las piernas caballeros? —oyó preguntar a lord Chemsford desde la ventana, con uno tono un poco menos perspicaz que el de hacía unos instantes—. El terreno está un poco descuidado, pero ofrece algunas vistas del lago que merecen la pena.

—Me parece una idea estupenda. Supongo que no tendrá un equipo de pesca disponible, ¿verdad? —preguntó su padre—. Hace años que no me siento a la orilla de un hermoso lago a disfrutar de la brisa.

Las voces se dirigieron hacia las puertas dobles de la biblioteca que daban al jardín lateral.

Daphne se agazapó un poco más detrás del arbusto. Si se dirigían hacia el lago, no pasarían por la parte delantera de la casa, pero no quiso tentar a la suerte. Permanecería allí, encogida y oculta, hasta que se hubieran ido.

Pero entonces se enfrentó a otro dilema.

La única puerta que había a ese lado de la casa era la principal.

Era una entrada que siempre había usado sin problema, pero que ahora tendría que evitar si quería ser una buena ama de llaves.

No obstante, los invitados estaban fuera y no la verían usarla, así que nadie se lo tendría en cuenta.

Se abrió paso entre los arbustos descuidados que crecían bajo las ventanas de la biblioteca y subió los escalones de piedra que llevaban al porche delantero. Después, sintiéndose un poco como una delincuente audaz, empujó la puerta principal y entró decidida en la casa.

Se encontró de frente con el señor Morris, que venía del vestíbulo.

Nada más verla, el hombre frunció el ceño y alzó la vista al cielo. A Daphne no le hacía falta que le recordaran que Dios todavía podía ver lo que estaba haciendo y que no había permitido que su desafío produjera consecuencias todavía más embarazosas.

El ayuda de cámara no dijo nada. Aunque rara vez lo hacía si podía evitarlo. En su lugar, solía transmitir sus impresiones a través de algún fruncimiento de boca, una mueca o, como hoy, una mirada de absoluto desdén.

Daphne le dedicó su sonrisa más deslumbrante.

—Buenos días, señor Morris.

—Buenos días —respondió él. A pesar de su menosprecio, tenía que reconocer que el hombre sabía cómo cumplir con la etiqueta.

—Hace un día estupendo —comentó ella, cerrando la puerta tras de sí.

—No sabría qué decirle... He estado ejerciendo de ayuda de cámara de tres caballeros, además de haciendo las veces de lacayo y mayordomo. Por lo visto, no tenemos ama de llaves.

Daphne sintió el calor ascendiendo por su cuello, pero intentó que no fuera a más. Forzó una sonrisa todavía más amplia.

—Que una mujer interrumpiera sus reuniones echaría a perder el ambiente de profesionalidad.

El señor Morris soltó un resoplido como si ella fuera una bobalicona y continuó su camino hacia la zona de servicio.

Daphne decidió tomar la dirección opuesta y fue a la sala de música.

Allí estaba Sarah, limpiando el polvo del piano, recorriendo con adoración cada recoveco, curva y rendija del instrumento.

La mujer se quedó callada. No dijo nada ni cuando vio que la muchacha se esmeraba en una parte que ya relucía. Tenía que hacer algo para conseguir que Sarah volviera a tocar el piano. Esa niña llevaba la música en la sangre. Si hubiera formado parte de la alta sociedad, habría recibido un montón de elogios por su forma de tocar, las jóvenes la envidiarían por su destreza y habría tanta gente que querría que tocara en sus reuniones y eventos que... que ella... Frunció el ceño. Que terminaría exactamente en el mismo sitio que siempre había ocupado ella. Detrás de un piano mientras otros se entregaban a la fiesta.

Aunque Daphne siempre había disfrutado de aquella capacidad que le permitía entretenerse mientras se escondía del resto del mundo, no era algo que deseara para otra persona.

Aun así, con los contactos adecuados, Sarah podría llegar a tener su propia trayectoria artística. Había mujeres que ganaban lo suficiente como para vivir de la música. No muchas, y desde luego lo habría tenido más fácil si fuera un hombre, pero no era algo imposible.

Eso sí, necesitaría a las personas correctas. Los contactos adecuados.

Y justo en esa casa tenían ahora a un marqués.

La siguiente conversación que mantuviera con él ya iba a ser embarazosa de por sí. ¿Por qué no añadir un poco más de incomodidad? Si eso implicaba conseguir un fututo para uno de sus amados niños, abordaría el asunto sin pensárselo dos veces.

O al menos eso fue lo que se dijo a sí misma mientras subía las escaleras para limpiar la planta de arriba.



Capítulo 20



A William le gustaba el señor Blakemoor. Si no hubiera sabido lo de su hija, el respeto que sentía por ese hombre se habría transformado en una admiración absoluta. Además de su perspicacia en los negocios e integridad, cada conversación con él indicaba que era un hombre decente. Algo no le encajaba.

También era cierto que una persona podría cambiar en catorce años. Cuando pensaba en cómo había sido él mismo tiempo atrás se echaba a temblar. Había estado cegado por el dolor de la muerte de su madre, roto por la ira que sentía hacia su padre y desesperado por encontrar una razón por la que mereciera la pena levantarse de la cama por la mañana.

Y también se había visto involucrado en algunos comportamientos bastante insensatos por el mero hecho de buscar consuelo; actitudes que, si ahora volviera a verse sumido en la desesperación, ni siquiera se plantearía.

Puede que el señor Blakemoor hubiera estado en una posición similar. Tal vez en su momento tomó decisiones que hoy no adoptaría.

O quizá fuera como el padre de William; un hombre amable con sus iguales, pero soberbio con sus hijos.

No se sentía bien ocultándole que su hija estaba viviendo allí, pero había demasiadas incógnitas por resolver como para romper su silencio. Además, no podía arrojar a Daphne a los brazos de un hombre que podría no tener compasión alguna.

El señor Blakemoor mordisqueó la última galleta que le quedaba mientras estudiaba los planos extendidos sobre el escritorio.

—El sistema que tenemos en Manchester no funcionaría para su instalación de Birmingham, porque usted fabricará más productos artesanales, pero puede realizar parte del proceso con máquinas de vapor. Si divide el edificio, puede mantener alejados los componentes de madera del vapor.

—Ya tengo a un amigo trabajando en esa idea. Dice que estaremos lo suficientemente cerca del agua para lograrlo. Después, enviaremos los artículos terminados por el canal. —William miró los planos. Habían dado uso a todo el espacio disponible. Le recordaba mucho a las creaciones de Benedict.

Sintió una punzada en el pecho al darse cuenta de que sabía más del nieto del señor Blakemoor que el propio señor Blakemoor. Pero ocultar a Daphne también significaba ocultar la existencia del chico, y como el muchacho había sido la razón por la que ella abandonó Londres...

Por eso prefería los negocios a la familia. Las familias eran muy complicadas.

Reuben entró en la estancia con una gorra en las manos y, en apariencia, un poco menos incómodo que los primeros días de William en la casa. Su piel tenía un poco más de color y ya no se miraba todo el rato los pies. Sospechaba que ese muchacho también estaba conectado con el pasado de Daphne.

Sí, las familias eran muy complicadas.

—Hemos encontrado el equipo de pesca que pidió —anunció en voz baja, antes de agregar un tardío «milord». Luego se aclaró la garganta—. Las cañas están fuera del establo.

William asintió y despidió al niño, no sin antes sofocar el impulso de preguntarle qué tal le estaba yendo en el establo. El señor Pasley le avisaría si había algún problema. Nunca se había preocupado mucho por los sirvientes de menor rango. No había razón alguna para empezar ahora. Le iría mucho mejor si dedicaba su interés a los planos de la nueva fábrica.

—Gracias por el detalle, milord —comentó el señor Blakemoor, mientras se levantaba y le hacía una pequeña inclinación de cabeza—. Reconozco que desde que vivo cerca de nuestras fábricas, echo de menos el trinar de los pájaros.

El señor Gherkins también se levantó con una sonrisa en los labios.

—Estoy de acuerdo. —Hizo un gesto hacia los planos esparcidos sobre el escritorio—. Por mucho que crea que las fábricas son el futuro de esta tierra y que tengamos un plan sólido, debe saber que allí donde decida instalar la suya alterará la tranquilidad del campo.

Lo que significaba que tendría que ponerla lejos de Dawnview Hall, aunque eso era algo que ya tenía pensando. Necesitaba que estuviera lo suficientemente cerca para que la gente del pueblo pudiera ir andando a trabajar, pero quizá no tanto como había planeado en un primer momento.

—Gracias por advertírmelo, caballeros.

Tras otra ronda de reverencias y después de estrecharse las manos, los hombres salieron para disfrutar del nuevo entretenimiento que había planeado para ellos y él se fue en busca del ama de llaves. Su intención inicial había sido posponer la conversación hasta que sus invitados se marcharan, pero no podía esperar más. Se dijo a sí mismo que lo hacía para saber cómo tratar al señor Blakemoor, pero hasta a él mismo le pareció una excusa.



La casa no era muy grande y contaba con un diseño bastante abierto. Encontrar a una mujer allí no debería suponer un problema.

Pero tardó casi veinte minutos en localizar a Daphne y, cuando lo hizo, casi deseó no haber tenido éxito, porque se la encontró subida a una escalera que parecía tener sus mismos años, limpiando el polvo en la galería de retratos.

—¿Qué está haciendo ahí? —espetó. Esa escalera podía ceder en cualquier momento, y entonces su ama de llaves se rompería el cuello por limpiar los marcos de unos retratos que no le importaban lo más mínimo. Desde luego ella le preocupaba bastante más que cualquiera de los retratados.

—Limpiando —respondió, sin detener sus enérgicos movimientos con el plumero—. Eso es lo que hace un ama de llaves, ¿no?

—En realidad, no —gruñó él—. Es lo que hacen las sirvientas.

Ahora sí paró de limpiar y se apoyó en la parte superior de la escalera para fulminarlo con la mirada.

—De ningún modo voy a hacer que Sarah o Eugenia se suban a esta escalera. No es segura.

—Y por eso precisamente tampoco quiero que esté usted ahí —replicó él—. Bájese. —Se detuvo un instante, recordando que, a pesar de todo, era la hija de un caballero. Todavía no sabía cómo sentirse y comportarse al respecto, pero antepuso los modales a los hábitos y finalmente añadió—: Por favor.

Ella suspiró, pasó una última vez el plumero por un marco y empezó a bajar con cuidado.

William contuvo el aliento hasta que sus pies tocaron el suelo.

En cuanto ella se vio segura del todo, agachó la cabeza e hizo una pequeña reverencia.

—¿Qué puedo hacer por usted, milord?

No estaría mal que volviera al estatus social al que, en un principio, había pensado que pertenecía; pero como aquello no iba suceder, sugirió:

—Puede decirme qué pasó con su padre.

Daphne abrió los ojos de par en par y su mirada voló hacia la puerta que él tenía detrás.

—¿Ya se han ido?

—No. —Apretó los labios—. Pero he decidido que es necesario que mantengamos esta conversación mientras sigan aquí y todavía tenga diferentes alternativas.

Ella frunció el ceño y lo miró desafiante.

—Con todos mis respetos, milord, no tiene ninguna alternativa. Llegamos a un acuerdo, y como es un caballero, espero que lo cumpla. No es una decisión que tenga que tomar usted, sino yo.

¿En serio? Ella podía excusarse en su honor, pero al final era él quien tenía que decidir si su honor como caballero exigía mantener una promesa hecha a un sirviente. A una sirvienta en ese caso.

Ese era el tipo de razonamiento que usaría su padre para manipular los hechos hasta que fueran de su agrado. Se despreció solo por haber utilizado mentalmente ese argumento. No obstante, sintió la necesidad de agregar:

—Catorce años son muchos años.

—No tiene ni idea —murmuró ella.

—Puede que haya cambiado.

—Estoy segura de que sí. —Daphne pasó la mano por el plumero, lanzando una nube de polvo al aire—. Pero también ha seguido adelante. Tiene su vida. ¿De qué le va a servir tener una hija solterona? ¿Para que le limpie la casa?

William hizo una mueca. Tenía razón. No era precisamente el mejor partido matrimonial, no si se enteraban de su edad. Pero con esa piel tan tersa y su rostro dulce podría pasar por alguien mucho más joven. Él mismo le había echado veinticuatro o veinticinco años la primera vez que la vio.

—Además... —continuó ella, bajando la mirada hacia el suelo y el volumen de su voz hasta el susurro—, no querría dejar a Benedict.

Por supuesto que no lo haría. Aunque nunca lo había reclamado oficialmente como suyo, seguía siendo su madre. Puede que algún día lo viera partir, pero nunca sería la primera en irse.

La idea de averiguar lo que había ocurrido le había parecido muy razonable cuando estaba sentado frente a un hombre que parecía tan decente. En ese momento, sin embargo, vio que no podía obtener una respuesta fácil. Siempre había tomado decisiones impulsado por un sentido

práctico, pero desde que esa mujer irrumpió en su vida se vio obligado a contemplar el aspecto humano. Debía tener en cuenta a las personas y sus sentimientos.

Algo ante lo que se sentía terriblemente incómodo.

Pero era lo correcto.

—¿Qué fue lo que pasó, Daphne?



Pensó que tendría tiempo para planear cómo le contaría a lord Chemsford el grueso de la historia, omitiendo los aspectos que pudieran comprometerla, y no solo a ella, sino también a Jess, a Kit y a los niños. Incluso se había planteado la idea de practicar esa misma noche con Jess. Así no sería ante él cuando pronunciara por primera vez aquellas palabras en voz alta.

Pero ya no tenía más tiempo para prepararse. Y si le contaba toda la verdad, lo que en realidad había hecho, cómo se había dejado llevar por la euforia y lo poco que había pensado en las consecuencias que tendrían sus actos, perdería cualquier simpatía que el marqués tuviera por ella. Con suerte, lord Chemsford seguiría sin contárselo a su padre, pero lo haría más por proteger a su progenitor que a ella.

Porque ningún hombre se merecía una hija capaz de traicionar a su mejor y única amiga dejándose arrastrar por las emociones que provocó en ella un canalla al que ni siquiera conocía.

Y ningún hombre querría tampoco a una ama de llaves tan estúpida.

Así que le contaría la historia a grandes rasgos. Con detalles breves para que supiera que solo había sido un error de juicio, una noche tonta, algo que pasó.

Todo el mundo cometía errores. Aunque no desembocaran en un resultado tan decisivo en la vida de una persona.

—Lo conocí en un baile de máscaras —empezó, con un nudo en la garganta.

Y eso era cierto. La noche del baile había sido la primera vez que había estado cara a cara con Maxwell Oswald. Por supuesto que sabía quién era; Kit siempre hablaba de él y lo buscaba cada vez que acudían a una fiesta. Pero hasta aquella noche jamás había hablado con él.

En realidad, nunca llegaron a hablar.

Daphne se había puesto el disfraz de Kit; su amiga estaba enferma y se había quedado en la cama porque se encontraba demasiado mal para ir a la fiesta. Todo el mundo estaba al tanto del atuendo que llevaría Kit, así que le resultó bastante fácil hacerse pasar por ella cuando su amiga se lo pidió. Kit estaba convencida de que, si no se presentaba en el baile, perdería la oportunidad de casarse con el señor Oswald.

Así que Daphne hizo todo lo que pudo para comportarse como habría hecho su mejor amiga.

Pero esa era una información que el marqués no necesitaba saber.

—¿Conoció a Maxwell en un baile de máscaras? —Hizo un gesto para que continuara—. ¿Y qué pasó?

—Que bailamos. —También era verdad—. Luego nos fuimos a un lugar apartado para hablar. —No del todo cierto, al menos no ahora que lo veía con perspectiva.

Echando la vista atrás, era plenamente consciente de que el señor Oswald había escogido aquel

cuarto en particular porque tenía una ventana que daba a un jardín por el que solía pasear mucha gente en las noches agradables como aquella, y que las intenciones de él no se limitaban a hablar.

—¿Y luego? —espetó lord Chemsford, empezando a impacientarse.

—Me besó. —Verdad. La había besado a plena vista de las damas que podían ofenderse con más facilidad. Y mientras que él tenía en mente la ruina social de Kit, Daphne había perdido la cabeza. Siempre le habían gustado los abrazos, el contacto físico con aquellos que le importaban. Pero nunca se había sentido tan conectada a una persona como ese día. Había sido glorioso. La forma en que sus brazos la envolvieron, apretándola contra él con tanta fuerza, la manera como compartieron el mismo espacio, el mismo aliento. Había querido que esa sensación de pertenecer a alguien durara para siempre.

—¿Y? ¿Qué pasó después? —apremió él.

Daphne lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué cree que pasó después? Supongo que usted sabe perfectamente cómo se queda embarazada una mujer, ¿verdad? Nos marchamos del baile. Y la gente nos vio salir. Los rumores volaron mientras yo continuaba embobada con la parte romántica de la situación. No me di cuenta de lo que estaba pasando hasta que era demasiado tarde y entonces... —Inspiró profundamente para no perder la compostura—. Entonces sí fue demasiado tarde.

El marqués arqueó ambas cejas.

—¿Solo una noche?

—Sí.

—¿La noche que se conocieron? —Parecía que le costara creerlo.

Ella se estremeció por dentro. Ese detalle dejaba en mal lugar a los involucrados. Pero mientras ella simplemente se comportó como una ingenua estúpida, el señor Maxwell había sido una mala persona. Aquella noche su intención no había sido otra que la de arruinar la reputación de Kit como una especie de regalo de compromiso para la señorita Rhinehold, que, por alguna extraña razón, siempre había detestado la popularidad de su amiga Kit.

El marqués se dio la vuelta y empezó a pasearse de un lado a otro. Como todos los muebles de esa estancia estaban colocados contra la pared, debajo de los retratos, disponía suficiente espacio para dar largas zancadas.

—¿Su padre lo sabe? ¿Sabe la identidad del hombre?

—No —respondió ella en voz baja. No se lo dijo a nadie, excepto a Kit. Porque si lo hubiera hecho, el escándalo ya en ciernes habría sido peor, mucho peor—. No era importante.

—No, supongo que no lo era —masculló él, haciendo que Daphne se encogiera interiormente, más de lo que ya estaba.

Era una joven a la que alta sociedad no prestaría atención y, por lo tanto, nadie pretendería que aquel hombre cumpliera lo que se exigía en esos casos. Aun así, le dolió que otra persona se lo confirmara. Si ella hubiera sido importante, a Maxwell le habrían obligado a casarse con ella. El escándalo habría sido mayúsculo; ella nunca volvería a entrar en ningún salón o estancia sin oír susurros a su paso y ser objeto de todas las miradas, pero se habría casado. Hubiese podido reconocer a su hijo y Benedict tendría por delante un futuro más brillante.

Sin embargo, era una persona insignificante. Tanto que ni siquiera estaba segura de si alguien

que no fuera su padre supo que se había marchado de la ciudad.

Antes de que lord Chemsford pudiera afeor la actitud de su padre por haberse vuelto en contra de ella, se apresuró a decir:

—No había nada que mi padre pudiera hacer. Yo estaba sufriendo las consecuencias mientras todo el mundo creía que... —Cerró la boca. Había estado a punto de desvelar que todos pensaban que el pecado lo había cometido Kit—. Él ya se había casado con otra. No teníamos ni el dinero ni el poder suficiente para que otro hombre se casara conmigo. Así que tomé el dinero que iba destinado a mi dote y me marché de Londres.

Su dote había sido una menudencia comparada con la de Kit, que también se habían llevado cuando huyeron de la capital.

—¿Y eso la trajo a Marlborough, donde encontró trabajo?

«Casi». Daphne asintió.

Lord Chemsford se detuvo y se frotó la barbilla.

—Muy bien. Por ahora lo dejaremos así. Solo se quedarán otro día.

—Gracias —murmuró Daphne.

La forma como la miró le robó el corazón. No tanto por la emoción —su rostro era tan indescifrable como siempre—, sino porque estaba viéndola de verdad. A ella. Como persona. No como a su ama de llaves, o como una molestia o una extraña criatura que deambulaba por su casa causando un ligero caos.

Dio un paso hacia ella, con esa mirada directa ante la que se sentía desarmada.

—Si no hubiera conocido a mi primo —planteó en voz baja—, ¿cómo cree que habría sido su vida?

—Es difícil decirlo. —Apartó la mirada, incómoda ante tanta atención hacia ella—. Nunca hice mucha vida social. De hecho, aquella noche fue la primera vez que pisé una pista de baile.

—Experimentó demasiadas cosas nuevas. No me extraña que perdiera el rumbo.

Fue todo un detalle por su parte describirlo de esa forma. Había quedado atrapada en su imaginación, olvidándose de Kit, olvidándose incluso de con quién bailaba. Podría haber sido cualquier hombre, porque cuando salieron de aquel recoveco, no se estaba imaginando a nadie real. Era un hombre que había salido de su fantasía. Un hombre que la veía como era, que le gustaba las ensoñaciones que tenía y que creía que era hermosa.

Esa imagen de una joven con el rumbo perdido le beneficiaba; porque si intentaba explicar la situación un poco más, parecería una persona frívola en el mejor de los casos, o una mujer que no estaba bien de la azotea en el peor.

—Supongo que me habría casado con algún caballero que viviera en el campo. Tal vez un clérigo. Me habría gustado ayudar a cuidar de la gente. —Su tono de voz se convirtió en un susurro—. Me gusta la gente. Bueno, me gusta ayudar a las personas. Me ponen nerviosa, a menos que tenga alguna tarea concreta que hacer.

Él se quedó callado un buen rato. Tanto que Daphne empezó a preguntarse si se había ido de la habitación mientras no lo miraba; pero todavía estaba allí, con esos fríos ojos azules observándola, escarbando entre sus palabras en busca de lo que no había dicho.

—Bien. Aunque le pido que no vuelva a usar esta escalera en ninguna tarea para cuidar a las

personas de esta casa. Tampoco es segura para usted.

Daphne alzó la cabeza y lo miró, confundida, antes de fijarse en la escalera. Cuando volvió a clavar la vista en él, no pudo evitar sonreír.

—Lo que usted desee, milord. No la usaré.

El marqués asintió y giró sobre sus talones para salir de la galería.

Daphne se quedó contemplando la puerta vacía un rato más, incapaz de quitarse de encima la sensación de que algo en la relación con aquel hombre acababa de cambiar.



Capítulo 21



Después de tres días con sus invitados en casa, ya no tenían ningún asunto más que tratar. A William no se le ocurría nada que los retuviera más tiempo. Al menos nada relacionado con las fábricas.

Y cuando se fueran, se llevarían el último motivo de distracción con ellos. Ya no tendría ningún argumento para alejar sus pensamientos de Daphne.

Esa mujer aparecía en su cabeza en los momentos más extraños, dejándolo confundido e inseguro de sí mismo. No sabía qué pensar de ella, ni qué hacer con ella. Daba igual el puesto que eligiera para ella, qué función intentara otorgarle, nada encajaba.

Evidentemente, la responsabilidad más lógica era la de ama de llaves; pero por mucho que cumpliera con los deberes propios de una sirvienta modesta, nunca sería la típica criada. Era la hija de un hombre que se estaba convirtiendo en un compañero de negocios, puede que hasta en un socio en su nueva aventura empresarial, y también la madre del hijo ilegítimo de su primo. No podía reconocer abiertamente ninguno de esos «títulos»; ¿cómo debería ser su trato hacia ella?

No le gustaba vivir en ese estado de desconcierto, no saber qué pensar sobre determinadas situaciones o personas.

Le preocupaba no poder dejar de pensar en ella como persona.

Sí, por supuesto que siempre había sido consciente de que sus sirvientes eran personas, pero también siempre había creído que era mejor para todos que en sus encuentros mantuvieran las distancias propias de jefe y empleados. Dos semanas con Daphne Blakemoor en su vida le habían demostrado que tenía razón. Si no hubiera estado pensando en sus sentimientos y futuro, ya la habría despedido y su vida sería mucho más sencilla.

Tenía que resolver aquello y no iba a poder hacerlo allí, con ella apareciendo en cualquier momento.

—Esta reunión ha sido incluso más productiva de lo que esperaba. —William recogió sus papeles y se volvió hacia sus invitados. Si bien uno de ellos le recordaba constantemente el secreto que se traía entre manos, ambos eran su mejor baza en ese momento—. Si no les importara pasar otros pocos días en mi compañía, podrían venir a Birmingham conmigo y echar un vistazo a la propiedad en la que estoy planteándome construir la fábrica. Podrían hablar con el hombre que está diseñando mis máquinas de vapor. Así todos podríamos beneficiarnos de esa visita.

—Estaremos encantados de acompañarle —aseguró el señor Blakemoor con una sonrisa.

—Nuestro encargado lo tiene todo bajo control. Puedo retrasar mi regreso un día o dos —reconoció el señor Gherkins.

—Excelente. —William mantuvo su sonrisa de negocios y se sintió aliviado por poder poner un poco de distancia con su dilema. Sí, alejarse era justo lo que necesitaba.

En cuanto se apartara del ambiente de la casa, vería las cosas con más claridad. Y cuando volviera, haría lo que fuera necesario para convertir ese lugar en una propiedad aristocrática

normal, como tenía que haber hecho desde el principio.

Una casa normal, con sirvientes normales. Así Daphne encontraría el lugar que le correspondía. Solo deseaba saber cuál era exactamente.



Daphne cruzó el vestíbulo principal haciendo piruetas, continuó por el pasillo y entró en el salón para dejarse caer sobre el sofá con una risita de felicidad.

Jess la siguió a un paso más tranquilo, sacudiendo la cabeza mientras Reuben, Sarah y Eugenia iban pisándole los talones, también con una amplia sonrisa.

—No estarás tan contenta por tener la casa vacía, ¿verdad? —preguntó Jess mientras se sentaba en una de las sillas.

Daphne echó la cabeza hacia atrás para recostarse en el sofá.

—Sí. Estoy muy muy feliz. Y me dijo que no regresarían al menos en una semana. ¡Toda una semana!

—Sabes que esto no cambia nada, ¿no? Volverá.

Daphne irguió la cabeza.

—Por supuesto que las cambia. Puede que no de forma permanente, pero durante los próximos días podremos seguir nuestro propio horario y no tendremos que soportar ninguna burla del gruñón del señor Morris. Iremos a un ritmo más tranquilo. Tendremos más tiempo para vernos, como hacíamos antes. —Incluso podría convencer a Benedict de que hablara con alguien. Si no con ella, tal vez con Jess o con alguno de los otros niños—. Y además —añadió, señalando con un dedo a Sarah e intentando que la preocupación por su hijo no le arruinara el momento—, podremos tocar el piano en la sala de música.

Sarah aplaudió entusiasmada. Por primera vez en mucho tiempo, volvió a verla como una niña y no como la jovencita en la que se estaba convirtiendo. No sabía muy bien cómo, pero debía encontrar la forma de procurar momentos de esparcimiento a los niños sin entorpecer las tareas en la casa. Pronto tendrían que dedicarse a una vida de arduo trabajo, pero cada cosa a su tiempo.

—Recuerda que tenemos gente nueva rondando por la propiedad —señaló Jess.

A Daphne le fastidió el baño de realidad, pero su amiga tenía razón. Había dos hombres en la finca acondicionando algunos de los jardines y diseñando un plan de paisajismo a la espera de que el marqués lo aprobara a su regreso.

Y aunque esos empleados tenían poca o ninguna razón para entrar en la casa, iban a seguir por la zona. No podían fingir que todo volvería a ser como antaño.

Pero ¿y si pudieran?

¿Y si hubieran podido vivir en esa casa con todos esos muebles espléndidos?

Ahora solo quedaban tres niños donde antes había doce, pero cuando Sarah, Eugenia y Reuben se pusieron a corretear para explorar las estancias que les habían sido vetadas los últimos días, no le costó imaginarse a todos allí.

¿Y si ese sofá hubiera estado ahí, en vez de oculto con el resto de los muebles? Podrían haber disfrutado de las vistas cómodamente mientras tomaban el té y comían galletitas. Habrían

compartido la vida y las risas junto con el esplendor de toda esa colección de arte y el grandioso aunque no siempre bello mobiliario.

Podrían haber colocado más artículos creados por los niños, como la caja decorada con filigranas de papel de la mesa auxiliar. Habrían llenado las habitaciones con hermosas y maravillosas manualidades. Habría llevado allí a más niños, permitiéndoles conocer un poco más de cerca la vida que deberían haber tenido.

Sería fantástico, ¿verdad?

—Ya estás con tus ensoñaciones.

La voz de Jess la apartó de la escena imaginada, en la que Eugenia era la hija del dueño de la hacienda en lugar de una mera sirvienta. Estaba guapísima vestida de seda.

—Sí—reconoció Daphne resignada, enderezándose en el sofá—. Pero no hago ningún daño a nadie.

Jess la miró como si fuera a llevarle la contraria, aunque no lo hizo. Pero sí diluyó la fantasía de su amiga con su pragmatismo.

—Necesitamos un plan.

Dafne frunció el ceño y le mantuvo la mirada hasta que se rindió y soltó un suspiro. La rubia volvía a tener razón, cómo no. No pensar en el futuro no iba a evitar que los arrollase como un carruaje desbocado.

—No entiendo por qué tenemos que preocuparnos tanto. Sabe lo de Benedict y me ha permitido evitar a mi padre. —Se alisó la falda y miró un trozo de tela particularmente desgastado—. No creo que nada vaya a salir mal en ese aspecto.

—¿No? —Jess arqueó una ceja mientras se recostaba hacia atrás y se cruzaba de brazos—. Prueba a imaginar algo.

Daphne volvió a fruncir el ceño. ¿De qué servía usar la imaginación para evadirse si uno siempre tenía que cargar con los problemas del mundo?

—Inténtalo —insistió Jess, que estiró el pie y le dio un golpe en la rodilla.

Soltó un resoplido y se cruzó de brazos. Luego cerró los ojos y se imaginó a sí misma, allí, en esa habitación y con el mismo vestido, no como antaño, con los niños y en un ambiente cómodo y acogedor, sino como ahora. Con los muebles elegantes y con el temor, prácticamente diario, de que iba a suceder algo horrible. Con la certeza de que solo había conseguido retrasar unos pocos años que su vida se desmoronara del todo.

Se retorció en el sofá. Aquello no era lo que quería hacer con su imaginación.

—Estoy pensando —murmuró, para que Jess no creyera que no le hacía ningún caso.

—Llaman a la puerta —dijo su amiga—. Morris está demasiado ocupado para abrir, así que te toca a ti hacer los honores. ¿Quién es?

Daphne se imaginó yendo hasta el recibidor y abriendo la puerta. Sonrió de oreja a oreja.

—Son Kit y Graham. Han regresado de su luna de miel. Ella está deslumbrante. Estoy deseando que me cuente todos los detalles de su viaje.

—Daphne... —se quejó su amiga—. Está bien, Kit y Graham han venido y se han ido, la visita ha sido adorable y todo eso. Vuelven a llamar a la puerta. ¿Quién no te alegraría tanto que viniera?

—Cualquiera de Londres —murmuró. Ladeó la cabeza mientras se imaginaba entrando en la

casa a las damas más estiradas que podía recordar—. Aunque —repuso con voz más firme—, en ese caso, la única que se sentiría incómoda sería yo. Nadie me reconocería. Para ellos solo sería una simple ama de llaves.

—Cierto —admitió Jess—. Y a mí no me costaría mucho evitar a cualquiera que pudiera reconocerme. Aun así, no creo que hayas considerado todos los posibles escollos en el camino. Inténtalo una vez más. Cierra la puerta.

—Vaya un juego raro que te has inventado —replicó Daphne con una sonrisa.

La respuesta fue otro puntapié en la rodilla.

—Calla. Y cierra la puerta imaginaria.

Se rindió y agitó la mano en el aire, intentando no mostrarse demasiado complacida por cerrar la puerta en las narices de aquellas mujeres tan horribles.

—Ya está. Cerrada.

—Vuelven a llamar. Esta vez sientes miedo en cuanto oyes los golpes. No puedes abrir esa puerta. Bajo ninguna circunstancia.

No, no quería abrir esa puerta. Algo en la voz de Jess, en la tensión que subyacía en sus palabras, le atenazó la garganta y todo aquello dejó de tener gracia. Empezó a sentirlo como si fuera real. Se llevó una mano al estómago, esperando no haberse puesto enferma de verdad.

—Te niegas a abrir —continuó Jess, bajando el tono de voz en un tenso susurro—. Pero se abre de todos modos. ¿Quién está ahí?

En su cabeza, Daphne vio cómo esa puerta se abría a pesar de que se acercó corriendo para cerrarla.

En el porche había un hombre.

Abrió los párpados de golpe y se incorporó tan rápido del sofá que empujó el mueble unos centímetros hacia atrás. Luego se puso a deambular por la habitación hasta pararse ante la salida al jardín trasero y al lago. Se abrazó la cintura con fuerza y se volvió hacia su amiga.

—No quiero volver a jugar nunca más a esto.

Jess abrió los ojos de par en par mientras se levantaba despacio e iba hacia ella.

—¿Daph?

—Se me pasó por la cabeza —se apresuró a decir ella—, pero nunca me paré a «pensarlo» de verdad. Incluso aunque lord Chemsford y yo hablamos de lo improbable que sería que ese hombre apareciera por aquí, nunca pensé cómo me sentiría si viniera, si lo viera. Pero sería horrible. Tremendamente horrible.

—¿Daph? —Se acercó a ella y le puso una mano sobre el hombro—. ¿A quién has visto?

Tragó saliva y se obligó a mirar a su amiga, aunque solo fuera para cerciorarse de que era real. En ese momento necesitaba más que nada en el mundo recordar qué era real y qué no. Respiró hondo y contestó:

—Al padre de Benedict.

Un silencio sepulcral se instaló entre ambas mientras se miraban la una a la otra. Se quedaron así, no supo durante cuánto tiempo, hasta que un repentino golpe en la puerta retumbó por toda la casa. Dejó escapar un grito ahogado y Jess se llevó un pequeño sobresalto.

—Oh, no —susurró Daphne—. No, no, no. No. Si con este jueguito tuyo hemos tentado a la

suerte y lo hemos traído aquí, voy a descoser todos los dobladillos de tus vestidos para que tengas que volver a coserlos.

Jess no pudo evitar un amago de risa. Daphne la fulminó con la mirada y abandonó la estancia para abrir la puerta.

No era el señor Oswald, sino la señora Lancaster. No recordaba cuándo fue la última vez que agradeció tanto ver ese dulce y sonriente rostro lleno de arrugas.

—Señora Lancaster, ¿qué está haciendo aquí? —Pasó un brazo por los hombros de la mujer y la metió en la casa—. Sabe que ya no puede llamar a la puerta principal. No es... Bueno, ahora ya no es nuestra casa.

—Por supuesto que lo es, querida. —La mujer le dio una palmadita en la mejilla—. Solo dejará de ser tuya cuando ya no te importe.

No creía que eso fuera a suceder nunca. Allí tenía un montón de recuerdos y había crecido demasiado como persona como para no sentirse vinculada a ese lugar.

—Además, vi a tu joven pasar por el pueblo —continuó la tendera, mientras la arrastraba hacia el salón—. Alquiló unos caballos en vez de llevarse los suyos para poder cambiarlos e ir más rápido.

—Oh. —Daphne se planteó llamarle la atención por referirse al marqués como «su joven», pero ¿para qué? En los catorce años que hacía que la conocía, esa mujer siempre había hecho lo que le daba la gana.

Jess negó con la cabeza mientras se iba hacia un rincón del salón, cerca de las ventanas. Nunca se había sentido cómoda en presencia de la señora Lancaster, algo que le encantaba a la anciana.

Los niños entraron corriendo a abrazar a la tendera.

La mujer dejó caer un paquete de tela en el sofá, empezó a sacar pequeñas bolsas de papel y se las fue dando a los niños.

—Os he traído a cada uno un poco de vuestros dulces favoritos. No os los comáis todos de una vez.

Se produjo otra ronda de abrazos y risas antes de que los pequeños se sentaran en el suelo para examinar sus respectivos regalos.

—¿Ha venido andando hasta aquí? —preguntó Daphne, ayudando a la señora Lancaster a sentarse.

—Por supuesto que no. Estos viejos huesos míos todavía tienen la fuerza suficiente para ir de un lado a otro del pueblo, pero el paseo hasta aquí es demasiado. —Agitó la mano hacia la ventana—. Nash está dejando el burro en el establo.

Reuben se levantó del suelo y cerró su bolsa antes de guardarla en el bolsillo.

—Voy a echarle una mano. Se me está empezando a dar bien eso del establo. El señor Pasley dice que tengo mano con los animales. —El pecho del niño se hinchó de un orgullo y seguridad en sí mismo que nunca había visto antes—. Aprovecharé y también ordeñaré a las cabras.

No esperó a la aprobación de nadie. Abrió la puerta y se marchó. ¿Cuándo se había vuelto tan independiente? Siempre había sido un poco inseguro. Esperaba hasta que le preguntaban e intentaba pasar inadvertido. ¿Y ahora se enorgullecía en voz alta de tener una destreza? ¿Sería el mismo niño de antes?

Jess se apartó de la pared.

—Niñas, hoy solo somos nosotros para cenar, ¿por qué no vais a ver qué podéis hacer por vuestra cuenta?

Sarah y Eugenia abandonaron encantadas la estancia. Bajaron gritando la escalera de piedra para oír el eco de sus voces.

—Bien hecho —celebró la señora Lancaster, con un gesto de aprobación.

—¿A qué ha venido? —intervino Daphne— No es que no me alegre de verla. Siempre es bienvenida aquí, pero...

—¿Crees que puedes pasearte por el pueblo con un hombre que parece el gemelo de Benedict y salir airosa sin dar explicaciones? —Señaló con un dedo arrugado hacia la cara de la joven—. Pues no.

Daphne suspiró y se derrumbó de nuevo en el sofá. Jess intentó sofocar otra risita.

—Lo sé. —Se fue hundiendo lentamente en su asiento. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en que reviviera sus errores?—. ¿Podemos por lo menos esperar a Nash? Preferiría no tener que pasar por lo mismo dos veces.



Capítulo 22



William debería haber sabido que estar con el padre de Daphne mientras intentaba aclarar sus ideas no solo no le facilitaría las cosas, sino que se las complicaría más. De alguien tenía que haber heredado la mujer su habilidad para escabullirse.

—No puede pedir un lugar con una situación más idónea que esta —aseguró el señor Gherkins. Los tres estaban en lo alto de una colina, mirando el punto donde habían acordado construir la fábrica.

William clavó la vista en el terreno que había formado parte de la finca donde pasó su infancia y asintió. Era absolutamente perfecto. Cerca del agua, a poca distancia a pie del pueblo, pero separado de él por una gran cantidad de árboles y una colina que, en teoría, deberían mitigar el ruido. Por otro lado, estaba lo suficientemente lejos de Dawnview Hall y de sus pastos como para no molestar a sus habitantes y a las ovejas.

El señor Blakemoor se echó a reír.

—Si le soy sincero, estoy un poco celoso de la que va a ser su primera fábrica. Es un lugar bastante más propicio para construir y empezar a trabajar que nuestra localización inicial.

—¿Está seguro de que todavía quiere mudarse aquí una temporada y ser el encargado de supervisar el inicio del proyecto? Podríamos contratar a alguien. —Como hombre de negocios estaba encantado de trabajar con esos dos caballeros, sobre todo teniendo en cuenta que su padre no les habría dado ni la hora, pero desde el punto de vista personal sentía que estaba cometiendo un error.

En los dos días que se habían pasado inspeccionando el terreno y discutiendo el potencial de varias localizaciones en Birmingham, habían decidido formar una sociedad. Algo que a él le interesaba especialmente porque, de todos modos, iba a tener que contratar a alguien que supervisara la actividad.

En realidad, no tenía mucho interés en aprender los entresijos del negocio. Solo quería asegurarse de modernizar el marquesado. Muchas personas dependían ya de él y, con esa fábrica, todavía serían más.

Esa sociedad le beneficiaría desde el punto de vista profesional, aunque complicaría su propósito de ocultar a ese hombre la existencia de su hija. Pero no quería que eso le influyera a la hora de tomar decisiones. Se había marchado de Marlborough precisamente para dejar de pensar en su ama de llaves.

El señor Blakemoor asintió con la boca fruncida, claramente sumido en sus pensamientos.

—Al final terminaremos contratando a alguien, pero será más fácil si empezamos encargándonos nosotros mismos y luego enseñamos al gerente cómo nos gusta que se hagan las cosas. Estaré encantado de venir en cuanto se termine de construir el edificio.

Comenzaron a hablar de los detalles relativos a la construcción, incluida la frecuencia con la que uno de ellos debía visitar la zona y quién lo haría. Todo iba más rápido de lo que había

imaginado.

Algo que debería haberle animado.

—Reservaré algunas habitaciones para que se aloje en ellas mientras esté aquí —propuso William—. Salvo que prefiera quedarse en Dawnview, donde, por supuesto, es más que bienvenido. —Hizo la oferta más por obligación que porque tuviera ningún deseo de que el señor Blakemoor se quedara en la casa familiar por un período prolongado de tiempo. No podía imaginarse a nadie queriendo quedarse más allá de los pocos días de visita que habían pasado allí los caballeros, aunque para la mayoría de la gente ajena a la familia, la casa solo era una propiedad enorme y la dueña una anfitriona competente.

—Creo que prefiero las habitaciones —repuso el señor Blakemoor—. Estoy acostumbrado a espacios pequeños. —Su habitual sonrisa desapareció y fue sustituida por una mirada de resignada tristeza—. No necesito mucho. Solo soy yo.

El señor Blakemoor echó un último vistazo al lugar y emprendió el camino de vuelta a Dawnview Hall. William lo alcanzó fácilmente. De pronto, notó la boca seca. Esa era la oportunidad que había estado esperando, pero ¿cuáles eran las palabras apropiadas para empezar? No tenía mucha experiencia sobre conversaciones personales, aunque últimamente parecía que estaba recuperando el tiempo perdido.

—¿Cuánto hace que perdió a su mujer?

El hombre mayor parpadeó y lo miró sorprendido.

—Oh, años. Elizabeth y yo tuvimos una buena vida juntos, aunque murió tan joven... Nunca volví a casarme porque no encontré a nadie que pudiera ser tan buena madre como ella.

A William se le aceleró el pulso. Se esforzó por mantener un tono natural.

—Dijo que no tenía hijos.

—No. —El hombre ralentizó un poco el paso y él hizo otro tanto para ir a la par. El señor Gherkins también se situó al lado del señor Blakemoor, pero no dijo nada.

—Tengo... tuve una hija —confesó el señor Blakemoor al cabo de un rato—, pero la perdí.

¿Cómo se suponía que tenía que responder? Si no hubiera estado al tanto de la verdad, había interpretado aquello de la forma más obvia: que la hija había muerto. Tal vez el señor Blakemoor prefería dar a entender eso. La opinión que tenía de ese hombre empezó a cambiar.

—Le acompaño en el sentimiento —murmuró.

Después de unos instantes en silencio, el hombre se detuvo y contempló a William con una mirada inquebrantable pero terriblemente cansada.

—Sé que me supera en rango, pero he vivido algunos años más que usted y su padre ha fallecido. Si me lo permite, me gustaría darle un consejo que me habría encantado recibir hace mucho tiempo. Recuerde que su orgullo no es tan valioso como cree. Y mantenerlo intacto podría costarle más de lo que se pueda imaginar.

A William le dio miedo responder, aunque quedándose callado corría el riesgo de aparentar que no valoraba la experiencia de un hombre mayor, aunque de menor rango. En realidad, no se le ocurría nada que decir sin revelar que sabía que el señor Blakemoor estaba hablando de Daphne.

Todavía había muchas cosas que no conocía de aquella historia. Desde que se marchó de Marlborough, le habían surgido al menos otra docena de preguntas para Daphne. Y le hubiera

gustado tener las respuestas de inmediato.

Pero mientras miraba al hombre que tenía delante llegó a una conclusión.

Toda aquella situación era un intrincado cúmulo de sinsentidos.

El señor Gherkins tosió y reanudó la marcha.

—Se supone que su amigo, el señor Ramsbury iba a venir esta tarde con los planos de la máquina de vapor, ¿no es así?

—Sí —contestó William, deseoso de que la conversación discurriera por derroteros más cómodos. Llamar a Harcourt Ramsbury amigo era alterar un poco el significado de la palabra, pero su relación siempre había sido bastante agradable y solían mantener un contacto regular. De modo que supuso que aquello lo hacía tan amigo como cualquier otro—. Lo más seguro es que ya esté allí.

—Le he pedido a nuestro cochero que tenga los caballos listos para partir en una hora más o menos. Creo que es mejor que el señor Blakemoor y yo nos marchemos en cuanto terminemos.

William asintió. Si se marchaban muy tarde, solo llegarían como lejos a una de las posadas de Birmingham; pero si habían percibido al menos la mitad de la tensión que se respiraba en Dawnview Hall, no le extrañaba que quisieran salir de allí cuanto antes.

La situación con Daphne no era el único embrollo de su vida.

Justo cuando divisaban la casa, vio una figura con un largo abrigo negro que caminaba hacia ellos por la impecable pradera.

—Me dijeron que habíais ido a ver la localización, así que decidí ir a vuestro encuentro —dijo Ramsbury mientras se acercaba.

—Podías habernos esperado en la casa —señaló William.

El recién llegado miró por encima de su hombro. Algunos mechones de su pelo castaño, que necesitaba un buen corte, se movieron alrededor de los definidos ángulos de su rostro.

—Hace un día espléndido. No veo motivo alguno para permanecer dentro.

William soltó un suspiro. Eso solo podía significar una cosa: Araminta, la viuda de su padre, estaba en casa. Y aunque hubiera obviado completamente al nuevo invitado, se le daba muy bien crear un ambiente incómodo.

—Entiendo.

Ramsbury asintió y se sacó del abrigo un rollo de papeles.

—Creo que nuestras sugerencias a su sistema de máquinas de vapor son algo en lo que merece la pena invertir. Nos hemos esforzado mucho en mejorar las válvulas de salida.

Gherkins aceptó los planos y desenrolló parte de ellos. Blakemoor se unió a su socio para revisar la parte desplegada. Ambos esbozaron sendas sonrisas.

—Es muy ingenioso —comentó el señor Blakemoor—. Pronto tendrá noticias nuestras, se lo aseguro.

Mientras se dirigían hacia los establos hablaron sobre la nueva máquina de vapor para la fábrica de William. Una vez allí, uno de los mozos de cuadra detuvo los caballos hasta que el cochero estuvo listo para tomar el control. Tras darse los apretones de manos de rigor, los hombres se marcharon.

—¿Te apetece tomar un té, Ramsbury? —preguntó, haciendo un gesto hacia la casa.

Tras una breve pausa, el otro hombre asintió.

—Ahora que has vuelto, no me importaría entrar un rato. Vamos, Kettle... oh, supongo que de ahora en adelante tendré que llamarte Chemsford. Mis más sinceras condolencias.

William asintió solemnemente, porque decir que no hacía falta que le diera las condolencias no era respetuoso con los muertos. O con los vivos, en este caso.

Cuando llegaron a la casa, mientras subían los escalones de la entrada, la puerta se abrió. Detrás de ella esperaba un lacayo vestido de forma impecable que recogió sus sombreros, guantes y abrigos, antes de desaparecer en silencio por una puerta cercana a la parte trasera del vestíbulo principal.

Subieron las escaleras, de camino hasta una de las salas de estar más pequeñas y privadas, hablando de la sociedad científica de la que Ramsbury era miembro. Se reunía con frecuencia para debatir sobre hallazgos y experimentos y, durante los últimos años, de ella habían surgido algunas invenciones y mejoras bastante apreciables. Aunque William no estaba lo suficientemente cultivado en ese aspecto como para participar en los debates, sí le gustaba estar al tanto de los avances.

Cuando llegaron a la sala de estar, un sirviente con una bandeja de té entró unos metros detrás de ellos.

Todo perfectamente sincronizado; a diferencia de la vida que llevaba en su finca de Marlborough. Se frotó la cara. ¿Tendría su nueva propiedad un nombre? Si era así, no lo conocía. Necesitaba llamarle de algún modo, además del lugar donde Daphne y un puñado de niños convertían su existencia en un caos.

—Oye, Ramsay —empezó, ignorando por el momento la bandeja de té y dirigiéndose hacia la ventana—, ¿qué haces cuando un experimento toma una dirección completamente inesperada?

Ramsbury se acercó y se quedó parado a unos cuantos pasos de distancia, observándolo a él en vez de a las colinas.

—Depende. Si la nueva dirección es un resultado inesperado de las condiciones controladas, continúo para ver dónde estaban equivocadas mis suposiciones. Sin embargo, si es evidente que algún elemento externo ha cambiado los resultados, lo tiro todo y vuelvo a empezar.

Bueno, aquello no le servía de nada. Sí, podía dejar la finca y mudarse a otra parte, tenía propiedades más que suficientes, pero tenía la sensación de que con Daphne no iba a funcionar el dicho de «ojos que no ven, corazón que no siente». Al final se preocuparía igual y se preguntaría cómo se las iban a apañar los nuevos ocupantes cuando ella no les dejara entrar en la casa.

—Y si el elemento es imprevisto pero sucede de forma natural.

Ramsbury lo miró confundido.

—Supongo que empezaría de nuevo, pero intentando agregar más controles. Algo que elimine el elemento o que impida que se forme.

William casi se atragantó por la respuesta y tuvo que recordarse que Ramsbury no tenía ni idea de que él estaba hablando de personas reales; no le estaba sugiriendo que matara a Benedict o a Daphne para resolver el problema.

Aunque sí encontró interesante eso de añadir más controles. Podía contratar a más sirvientes, algo que ya debería haber hecho. Puede que entonces la presencia de Daphne en su vida fuera

menos perturbadora. Aunque más personas añadirían complejidad a la situación. Sería mucho pedir que alguien nuevo creyera que Benedict no era su hijo. Y si en algún momento se llegaba a saber que Daphne era su madre...

—¿No complican el experimento más controles? —preguntó.

Ramsbury unió ambas cejas sobre su afilada nariz.

—Sí —respondió—. Eso es inherente a los experimentos complejos. Pero el objetivo siempre es tener una única variable de la que medir el efecto.

Una variable. Estaba claro que Daphne era una variable. William había pensado mucho en ella y todavía no era capaz de precisar quién era.

Un ama de llaves a la que no tendría que prestar atención. La hija de un caballero con la que podría relacionarse socialmente sin ningún problema. Una mujer de buena crianza digna de lástima por estar atravesando un momento duro. Una madre fuerte que merecía su respeto y compasión.

Soltó un suspiro. En Dawnview Hall no podía evitar recordar a su propia madre. Había soportado años de escarnio por parte de su marido, intentando mantener a William al margen para que pudiera tener una buena relación con su progenitor. Un esfuerzo que al final resultó inútil, aunque él se lo reconocía y la admiraba por lo que había tenido que pasar para tratar de protegerlo.

Al igual que admiraba a Daphne por todo lo que había soportado para procurar una buena vida a su hijo.

—¿Y esa variable...? —Se detuvo, intentando encontrar la mejor forma de pedir consejo sin que tener que revelar detalles de su vida privada. Hasta ese momento, la conversación más íntima que había tenido con Ramsbury era sobre dónde se hacía la ropa a medida cuando a este se le rompió una levita mientras visitaba a unos amigos de Irlanda—. ¿Alguna vez ha resultado no ser lo que esperabas?

—Solo si alguien etiquetó mal el recipiente donde estuviera.

Aquella era una descripción bastante apropiada para Daphne, si es que alguna vez hubo una.

—Y dinos, Kettlewell, ¿cuánto tiempo tienes pensado quedarte esta vez? —preguntó su madrastra al entrar a la sala de estar con su hijo, Edmond, a su lado.

¿Cuándo había regresado el muchacho a casa?

—Ahora es Chemsford —le recordó él. El error que había cometido Ramsbury había sido inconsciente y lo había corregido al instante, pero tenía la sensación de que Araminta había usado su antiguo título con toda la intención. Lo confirmó al ver que la mujer apretaba los labios cuando él le recordó que el poder que acompañaba al cargo ya no estaba a su disposición—. Y tengo pensado irme dentro de uno o dos días.

Ya que no había resuelto el problema lejos de Marlborough, pretendía volver y solucionarlo *in situ*.

Si salía esa misma tarde, podría estar en Marlborough al día siguiente. De todos modos, tendría que hacer noche en una posada. Cruzó la estancia y dio un rápido tirón a la campanilla.

—Permitidme que os presente al señor Harcourt Ramsbury. —Se negó a presentar a su madrastra a su amigo. Y como también se negaba a llamarla por el título que antaño había

pertenecido a su adorada madre, a Araminta no le quedaría otra que saltarse la etiqueta y presentarse ella misma. Después, se dirigió a su medio hermano—. ¿No deberías estar en la escuela?

La mujer ondeó la mano en un gesto despectivo.

—Lo mandaron a casa por un ridículo malentendido con otro muchacho. Volverá la próxima semana —respondió. Luego sirvió dos tazas de té y las preparó como le gustaban a ella y a su hijo.

Ahora fue William el que apretó los labios y evitó mirar a Ramsbury. Una cosa era que se mostrara despectiva con él en su propia casa, y otra bien distinta que se comportara de una forma tan grosera con su invitado. Seguro que un personal tan eficiente como el suyo vendría enseguida con más té y tazas, pero ese no era el problema.

Él mismo habría ofrecido esas dos tazas a su madrastra y a su medio hermano. Ella ni siquiera se había parado a pensar que el té podría ser para otras personas.

Decidió desviar su atención hacia Edmond.

—¿Qué pasó?

—Supongo que fui un poco tonto, pero me hice con el exam...

—Está teniendo algunos problemas con las Matemáticas —interrumpió ella—, y a otro alumno no le importó ofrecerle ayuda. Como he dicho, un ridículo malentendido.

Edmond se llevó una galletita a la boca y bajó la vista a los pies.

El muchacho que tenía delante de él, que no podía hablar por sí mismo y que había sustraído el examen de otro alumno —porque no le cabía la menor duda de que eso era lo que había pasado de verdad—, tenía la misma edad que Benedict.

Resultaba increíble.

Porque eso también significaba que Daphne tenía más o menos la misma edad que su madrastra. Pocos meses después de la muerte de su madre, su padre se había puesto a recorrer los salones de baile de Londres en busca de una esposa joven, dócil y sociable.

Puede que hasta su padre y Daphne hubieran acudido a las mismas fiestas. Aunque ella no era precisamente el tipo de mujer que le gustaba a su progenitor. Era todo lo contrario a Araminta.

Igual que Benedict era opuesto a Edmond. ¿Qué logros habría podido obtener su medio hermano si tuviera una pizca de la madurez de Benedict? Pero ¿quién le había enseñado? La culpa se apoderó de él. No era responsabilidad de Edmond que el canalla de su padre hubiera sido su único ejemplo a seguir.

—Las Matemáticas se les pueden atragantar a algunas personas —terció Ramsbury.

Araminta frunció el ceño, mirando primero a su amigo y luego a él.

—¿Quién es este hombre?

—Mi invitado —respondió William entre dientes. Eso era lo único que tenía que importarle a ella.

La mujer soltó un resoplido y prosiguió con su té.

—Voy a llevar yo misma a Edmond de vuelta al colegio —informó su madrastra, dejando la taza de té vacía sobre el plato—. Aquí me estoy marchitando. Ha sido una auténtica mala suerte que tu padre falleciera tan cerca de la temporada. Ahora no puedo ir a Londres, pero si no veo a

alguien me voy a volver loca.

Si necesitaba un recordatorio de por qué había evitado pasar tiempo con su medio hermano, Araminta se lo acababa de ofrecer en bandeja de plata.

Era la misma razón por la que Edmond estaría condenado si William no hacía algo pronto. Sí, tenía que tomarse aquello muy en serio.

—Será mejor que me vaya —dijo Ramsbury. Una decisión más que comprensible después de que una marquesa le hubiera tratado como si no fuera nadie.

—Te acompaño a la puerta.

William salió con su amigo de la estancia, intentando encontrar una disculpa apropiada.

Sin embargo, fue Ramsbury el primero que habló mientras se acercaban a la escalera.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

Se detuvo a pensarlo un instante.

—Cinco años, creo. Nos conocimos cuando acabas de salir de Cambridge.

Su invitado asintió.

—¿Y en todo este tiempo hemos hablado alguna vez de problemas familiares?

—No —respondió.

—Pues deberíamos seguir así.

Suavizó la frase con una media sonrisa y un amago de carcajada. William también se rio. Su intento de tener una conversación más personal con él había sido un fracaso absoluto.

—Te diré, no obstante, que si ese muchacho es tu variable, vas a necesitar un montón de controles si quieres cambiar el resultado del experimento.

—¿Y si no lo es?

—Entonces, serás afortunado si tu laboratorio no termina implosionando. —Sin más, Ramsbury se puso el sombrero y salió.

William se quedó mirando la puerta unos instantes después de cerrarse.

Su amigo tenía razón. Edmond necesitaba controles y William había estado demasiado concentrado en alejarse de esa casa y de los recuerdos para establecerlos. Se había convencido a sí mismo de que estaba dedicado en cuerpo y alma al deber, a comportarse con madurez y a cumplir con sus responsabilidades, pero había pasado por alto una oportunidad única para ejercerlas.

En algún lugar del camino, había permitido que los momentos más tristes vividos en aquella casa —intentar llamar la atención de su padre y ganarse su aprobación en las pocas visitas que les hacía y ver cómo su madre se iba apagando, primero como esposa ignorada y luego como una mujer enferma a la que los médicos no podían curar— desdibujaran sus recuerdos más felices. Había olvidado todo lo que su madre le había enseñado de niño, cómo lo había guiado.

Y ahora él tenía que convertirse en ese guía para Edmond.

Cuando regresó a la sala de estar, Araminta lo estaba esperando con otra taza de té. El aroma tan familiar removi6 algo en sus entrañas. ¿Sabía la viuda de su padre que tomaba la misma mezcla de infusión que su madre? Miró a Edmond con la intención de disipar aquel recuerdo.

—Cuando termine este trimestre, si te apetece, podrías venir a visitarme al condado de Wilt.

Araminta detuvo la taza a medio camino de su boca.

—¿Estás viviendo en el condado de Wilt?

—Sí, en una pequeña propiedad que mi padre ganó en una partida de cartas.

—¿Y qué voy a hacer allí? —quiso saber el muchacho.

William se encogió de hombros.

—Supongo que lo mismo que haces aquí. Montar a caballo, cazar, pescar. Visitar el mercado del pueblo y las distintas ferias de verano.

—¿Contigo? —La emoción en la voz del muchacho le demostró que estaba haciendo lo correcto.

Antes de que le diera tiempo a responder, intervino la madre:

—Por supuesto que con él —replicó, con el ceño fruncido—. Él es quien te ha invitado. Puede que Kette... esto... Chemsford, carezca de don de gentes, pero sus modales son impecables.

¿Se suponía que tenía que darle las gracias por aquella apreciación?

Lo mejor era no hacerle ningún caso.

—Sí, conmigo. Tengo la intención de pasar allí todo el verano, incluso más tiempo. No veo la necesidad de sacar a tu madre de esta casa antes de casarme.

—Qué detalle por tu parte... —murmuró ella.

Seguramente creía que se casaría pronto, aunque preferiría que muriese como un anciano excéntrico y le dejara todo en herencia a Edmond.

William no tenía intención de permitir que se cumpliera ese deseo de su madrastra, a pesar de que todavía no había ideado un plan para encontrar esposa sin tener que acudir a los bailes y eventos de la gente de su clase. Si casarse implicaba tener que relacionarse con personas como Araminta, quizá se plantearía eso de dejarle todo a Edmond.

Pensar en múltiples Aramintas le producía urticaria.

Aunque en Londres también había Daphnes. Aquello le daba un poco de esperanza.

No es que ella fuera el tipo de mujer que estaba buscando. Pero sí resultaba agradable. Bonita dentro de su sencillez. Y desde luego no podía poner ninguna pega a su ética laboral.

—.... paso el tiempo redecorando los salones públicos.

William parpadeó. No había oído nada de lo que su madrastra le había dicho. Algo impropio de él. Siempre prestaba atención a la gente, incluso cuando eso molestara a la otra persona.

Trabajar con aquella joven tan voluble le estaba trastornando.

Dejó de pensar en ella con el propósito de concentrarse en lo que estaba contando Araminta, por tedioso que fuera. ¿Cuánto tiempo quedaría para que Morris tuviera todo listo para su partida?



Capítulo 23



El idílico sueño de Daphne de que todo volviera a ser como antaño no duró mucho. A pesar de que lord Chemsford se había ido, continuaban los trabajos de rehabilitación de la finca; un recordatorio ruidoso y caótico de que, en realidad, había cambiado absolutamente todo.

Los nuevos jardineros se encargaron de cortar los setos bajo las ventanas, mientras que la cuadrilla de carpinteros, ahora con más trabajadores, arreglaba el tejado y hacía habitables las alcobas del ático.

Tenía claro que la falta de espacio para los sirvientes era la razón por la que el marqués no había contratado a todo el personal que necesitaban. Y también sabía que en cuanto terminaran de acondicionar esas alcobas, disponer de un espacio propio para ella sería imposible.

En cuanto aquello ocurriera, iba a estar tremendamente ocupada aprendiendo a administrar de forma adecuada un hogar. Ahora, sin embargo, no estaba tan atareada. Sin nadie en la casa, apenas tenían que limpiar y, por primera vez en más de una década, disponía de tiempo libre.

Tiempo para pensar.

Tiempo para preocuparse.

Tiempo para lamentar amargamente que su hijo la estuviera evitando desde que se enteró de la identidad de su padre.

Aunque también le había dado tiempo a enfrentarse a la situación. Todos los días había enviado a Sarah, a Eugenia, e incluso a Reuben, a hablar con él, para tener una idea de cómo estaba sobrellevando todo aquello. No se mostró grosero con los pequeños, pero sí los despachó como Daphne imaginaba que solían hacer los hermanos mayores.

Entendía su necesidad de tomarse su tiempo para asimilar las emociones, pero por lo que había visto, y por los comentarios de los otros niños, todo apuntaba a que Benedict no estaba pasando por su mejor momento y que ya no era el muchacho decidido y lleno de energía de antes.

Como madre, no podía permitir que aquello continuara así.

Sacó una bandeja, la dejó con un fuerte golpe en la mesa de la cocina y empezó a buscar los productos que iba a necesitar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jess, quitándose de en medio cuando cruzó la estancia.

—Voy a subir. —Hurgó en el aparador del hielo y se hizo con un poco de la carne y el queso que habían quedado de la cena de la noche anterior para depositarlos en la bandeja—. ¿Tenemos agua fresca?

—No —respondió su amiga, extendiendo una mano para evitar que una pequeña porción de carne cayera sobre la mesa—. Voy a bombear un poco.

Daphne sonrió.

—Me harías un favor, gracias. —Tomó una barra de pan y regresó a la mesa, donde encontró un cuenco con galletas debajo de un paño—. ¡Aquí estáis!

Colocó ambas cosas en la bandeja y reorganizó la comida para transportarla con más facilidad.

Jess seguía de pie, mirándola como si hubiera perdido la cabeza.

Puede que sí la hubiera perdido, pero no estaba dispuesta a perder también a su pequeño.

—¿Jess? ¿El agua?

—Cierto. —La mujer asió una jarra y, sin dejar de mirar a Daphne con intriga, se dirigió hacia la puerta—. El agua.

En cuanto dispuso una jarra y varias tazas, levantó la bandeja con un resoplido y volvió a sonreír a su amiga.

—¡Deséame suerte!

Jess arqueó una ceja, pero añadió sin rechistar:

—Suerte.

Daphne hizo un gesto de asentimiento y subió las escaleras muy lentamente. Cuando se le había ocurrido la idea, no había pensado que tendría que cargar hasta el ático con una pesada bandeja por tres tramos de escaleras. Al llegar a la zona más alta de la casa, le temblaban los brazos.

No habría pasado nada si su oferta de paz hubiera sido un poco más liviana.

El carpintero fue el primero en verla y se apresuró a ayudarla antes de que se le cayera todo.

—Gracias, señor Leighton —dijo entre fuertes jadeos. Se moría de ganas de observar a Benedict en busca de alguna señal que le indicara cómo se encontraba, pero se obligó a mirar y saludar a cada uno de los hombres que formaban parte de la cuadrilla. Cuando por fin llegó a su hijo, lo vio sumamente concentrado examinándose las uñas, como si las respuestas a todos sus problemas estuvieran junto a la suciedad acumulada con el trabajo.

A pesar de sentir una punzada de desesperación, forzó una sonrisa.

—He pensado que tal vez les apetecería tomar algo.

—Agradecemos su consideración —dijo el señor Leighton, mirando alternativamente a ella y a su aprendiz.

—Antes hemos encontrado un pasadizo que lleva al tejado. —El desgarrado irlandés partió un trozo de pan con las manos —se había olvidado de llevar un cuchillo, cómo no— y puso encima de él un poco de carne y queso antes de hacerse con una taza de agua—. Creo me voy a llevar esto fuera y a disfrutar un poco de la brisa.

Los otros hombres, ajenos a lo que había sucedido en el comedor días antes, se miraron confusos los unos a los otros hasta que captaron la sutil insinuación del maestro carpintero y lo siguieron con su propio refrigerio.

Y entonces solo quedaron ellos dos en la habitación. Hacía muchos años, en el pequeño dormitorio de la señora Lancaster, también habían sido solo ellos dos. En cierto modo, tenía la sensación de que ahí fue cuando su vida comenzó de verdad, cuando había mirado a su hijo y supo que tenía que encontrar una forma de sobrevivir.

En ese momento, al volver a mirarlo, sintió un poco de aquella misma determinación.

Llenó una taza de agua y se la tendió.

Aunque se tomó como una pequeña victoria que Benedict se acercara para alcanzarla, el corazón le dio un vuelco.

—Gracias —dijo el chico.

No se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos su voz hasta que le oyó

pronunciar la primera palabra que le había dirigido en días. Sintió tal alivio que quiso abrazarlo, pero se reprimió.

Se quedaron en silencio mientras él bebía. Al cabo de unos instantes, por fin dejó la taza sobre el alféizar de una ventana.

Daphne contuvo el aliento. Temía que se marchara con sus compañeros.

—Benedict, quiero que sepas que...

No le dio tiempo a terminar la frase, porque de pronto el muchacho se lanzó sobre ella y le rodeó los hombros con los brazos mientras apoyaba el rostro en su cuello. Ella le devolvió el abrazo con toda la fuerza que pudo reunir. De haber sabido lo que le esperaba allí arriba, podría haber llevado esa bandeja otros cien tramos de escaleras más.

—Siempre he sabido que tenía un padre en alguna parte —murmuró el chico contra su hombro—. Pero, de alguna forma, conocer su identidad hace que sea peor. Hace que me pregunte quién soy.

La euforia de Daphne se diluyó entre el temor y el arrepentimiento. ¿Contarle el resto le haría más mal que bien? Había tenido la esperanza de que ejercer como su madre, aunque sin atribuirse ese nombre, sería suficiente, de que ser como el resto de los niños de la casa le haría sentirse normal.

Pero nunca se había imaginado que dudaría de quién era por el mero hecho de conocer de dónde venía.

Le frotó la espalda, como había hecho cada vez que se enfadaba por algo o se hacía daño.

—Eres el mismo de siempre. Como bien has dicho, siempre has sabido que tenías un padre, solo que ahora tiene un nombre.

Benedict se echó hacia atrás y se limpió los ojos con la manga.

—Y una familia... y... y.... me parezco a él, mamá Daphne. Hay un hombre ahí fuera que tiene mi cara, o supongo que yo tengo la suya, ya que él la tuvo primero. Pero su vida no es como la mía. Él es importante mientras que yo... yo...

Daphne agarró las manos de su hijo y le obligó a mirarla.

—Tú también eres importante. Aunque no tengas un título o no sepas de dónde vienes, eres importante. Importas. Le importas a Dios y me importas a mí.

Se detuvo para asimilar la abrumadora verdad que subyacía en lo que acababa de decir. Benedict había cambiado su vida y ella adoraba el rumbo que había tomado. Daba igual el hecho de ahora estuviera cambiando de nuevo. De alguna forma, ese niño le había dado los trece mejores años de su vida. Y eso era más de lo que algunas personas podían tener.

Alzó la mirada hacia él, asombrándose de lo mucho que había crecido y continuó:

—Solo porque ya no vivas en esta casa, no significa que tengas que olvidarte de todo lo que te he enseñado.

Benedict esbozó una media sonrisa temblorosa.

—Sí, mamá Daphne. Que Dios me creó y que él me ama. —Tomó una profunda bocanada de aire y recobró un poco más la compostura—. Jesús no vino a este mundo solo por las personas que son perfectas y aceptadas; también murió por los que están solos y olvidados.

No era así exactamente como siempre se lo decía a los niños, pero el significado se parecía

bastante. De todos modos, era mejor que lo dijera con sus propias palabras.

—Eso es. —Le apretó las manos—. Y no puedes ir y decir a Dios que cometió un error al crearte. Tienes un propósito en esta vida y lo vas a cumplir.

—Sí, mamá Daphne —repuso él, ahora con una sonrisa completa. Segundos después miró la bandeja y preguntó—: ¿Has traído galletas?



—El marqués podría regresar mañana mismo —comentó Daphne, mientras se cepillaba el pelo. Todavía tenía puesto el vestido que había llevado ese día, pero las horquillas le habían molestado bastante y se soltó el pelo nada más entrar en la casa del guarda.

—Sí —repuso Jess, con un bostezo. Ya se había puesto el camisón y estaba arropada hasta la barbilla—. Lo que significa que tendré más trabajo en la cocina.

—Mmm... Creo que su presencia nos afecta en algo más que eso.

Su amiga soltó un gruñido.

—Él no es Graham y tú no eres Kit.

Daphne frunció el ceño. Era perfectamente consciente de que el deseo tan poco convencional de Graham de hacer más de lo que haría un aristócrata normal y corriente y las agallas y el corazón de Kit hacían de ellos una rara combinación. Pero su historia de amor era maravillosa. Era como un cuento de hadas hecho realidad. Lo que provocaba que su imaginación echase a volar de vez en cuando.

Sin embargo, nunca esperaría que le sucediera algo parecido. Ni siquiera cuando su reputación había sido inmaculada y se había movido por Londres aspiraba a alguien por encima de su rango. Y, evidentemente, ahora mucho menos. Ella no era Kit.

Y lord Chemsford tampoco era Graham. A Daphne no le había pasado desapercibido que, durante un instante, el marqués llegó a pensar que Benedict pudiera ser hijo suyo. Así que era más que posible que, en algún momento de su vida, dejará atrás a una mujer con el corazón roto.

No tenía ningún indicio de que su comportamiento fuera todavía reprochable, y ella era la menos indicada para recriminar a nadie sus indiscreciones pasadas, pero aquello era una prueba más de que ambos, con todos sus defectos, no eran el tipo de personajes que solían aparecer en las historias románticas. Al menos no en las de la vida real.

Y si en algún momento se había podido imaginar a sí misma como la señora de Haven Manor, solo era por el apego que le tenía a la casa, y a que él ahora era el dueño.

Se aclaró la garganta e intentó aparentar que la observación de Jess no le había afectado lo más mínimo.

—Ya lo sé.

—Bien —murmuró su amiga—. Entonces, en lo que a ti respecta, su presencia solo implicará otra cama más que hacer.

—Dos —aclaró ella—. El señor Morris también vendrá con el marqués.

Jess irguió el tronco y se apoyó sobre los codos.

—¿Le haces la cama al señor Morris? ¡Es un sirviente, Daphne! Él puede hacérsela solo.

—Oh. —Si hubiera sido una auténtica ama de llaves habría sabido ese detalle. Sin embargo, no tenía mucho sentido—. Siempre pensé que los sirvientes de rango inferior servían a los de rango superior. Entonces, ¿los ayudas de cámara se hacen sus propias camas?

Jess resopló.

—No tengo ni la más remota idea. El ayuda de cámara del duque de Marshington siempre se la hacía, aunque tampoco era un sirviente al uso. Aunque eso demuestra que es un hombre que puede apañárselas por sí solo. —Volvió a apoyarse en la almohada con otro resoplido—. Y tampoco le lleves el té. Puede bajar y tomárselo con el resto de la plebe. De hecho, estoy planteándome hacer que coma con Reuben en el establo. Eso sí que le enfurecería.

Daphne se rio y volvió a cepillarse el pelo. Nunca tendría las agallas de Jess, pero se divertía mucho oyéndola.

Esa noche, sin embargo, podía fingir que tenía la fuerza necesaria para mantenerse firme como su amiga. Aunque al día siguiente, sabía que todo volvería a ser como antes. Iría a la casa e intentaría ser una sirvienta correcta, esperando que hubiese sucedido un milagro, que lord Chemsford hubiera tenido alguna laguna en su memoria y se hubiera olvidado de quién era ella.

Como eso tampoco iba a pasar, al menos podía consolarse con el hecho de que la relación con su hijo iba mejor y que los hombres que estaban trabajando en la casa le estaban devolviendo su antiguo esplendor.

Pero aquello no tenía nada que ver con lo que una vez había tenido. Lamentaba vivir en la casa del guarda en vez de en la casa principal, sí, pero lo que de verdad le recordaba las consecuencias de su pasado era la libertad que ya no tenía.

En Londres no había disfrutado de una gran cantidad de amigos ni de popularidad. Lo único que sabían de ella era que podía tocar el piano en cualquier evento social. Pero allí, en el campo, sintió que la necesitaban. Encontró una familia en los niños, forjó amistades y se desarrolló como persona.

Allí se había encontrado a sí misma. Haven Manor daba mucho trabajo, pero en aquel lugar campó a sus anchas. Entraba y salía cuando quería, se comía el postre primero si se le antojaba — siempre que lo escondiera de los chicos— y tocaba el piano en el momento en que le apetecía.

Se volvió en el taburete y miró hacia la ventana. No podía ver la casa, pero sabía que estaba allí. Vacía. Durante una noche más.

Jess parecía dormida, porque respiraba de forma profunda y acompasada. De todos modos, aunque su amiga supiera que se había escabullido a Haven Manor, no tendría de qué preocuparse.

¿No estaría bien, aunque solo fuera una vez más, hacer lo que quisiera?



Capítulo 24



William se despertó sobresaltado y miró al techo confundido. Echó un vistazo a la ventana y se dio cuenta de que todavía era de noche. Si a eso le sumaba que aún seguía cansado, solo podía hacerse una pregunta: ¿Qué le había despertado?

Después de pasarse todo el día viajando, habían llegado a la casa muy tarde y dijo a los sirvientes que se fueran a la cama. Consideró ir a la casa del guarda e informar a Daphne de que estaba de vuelta, pero tanto él como Morris y Pasley estaban tan agotados que no le pareció que mereciera la pena el esfuerzo.

Cuando terminó de sacudirse los restos de sueño que le quedaban se dio cuenta de que estaba oyendo... ¿música?

Volvió a mirar al techo con ojos entrecerrados, esperando a que las sombras de los muebles tomaran forma para poder esquivarlos sin tropezar. Después, se levantó de la cama y alcanzó su bata. No oyó ningún sonido proveniente del vestidor ni de la alcoba de Morris, así que la música apagada no debía de haber perturbado su descanso..

Tal vez su ayuda de cámara estaba más agotado que él.

Mientras entraba en la galería se dio cuenta de que ya no tenía tanto sueño. La melodía se oía de forma más nítida a medida que bajaba en silencio por las escaleras, con una mano sujetándose a la barandilla para no perder el equilibrio en medio de la oscuridad. Al acercarse a la sala de música, aminoró el paso, no porque temiera golpearse con alguno de los pocos muebles del vestíbulo, sino porque jamás había oído una música tan intensa como aquella.

Se detuvo en la puerta abierta de la sala. En ese lado de la vivienda la luz de la luna apenas penetraba por las ventanas, por lo que la estancia estaba prácticamente sumida en una oscuridad total, excepto por el halo de luz de las llamas de un candelabro encima del piano.

En el centro de aquel halo estaba Daphne. Llevaba el pelo recogido a la altura de la nuca, con unos cuantos mechones que le caían por los hombros. Tenía los ojos cerrados y estaba completamente entregada, tocando la hermosa y triste melodía.

Hay momentos en la vida en que un hombre sabe que está al borde de un precipicio y que los próximos pasos que dé cambiarán el curso de su existencia para siempre.

Ese era uno de esos momentos.

Era evidente que Daphne no sabía que él estaba de vuelta. Nunca se habría atrevido a tocar el piano en mitad de la noche a menos que creyera que la casa estaba vacía.

Así que podía elegir qué hacer.

Podía volver a subir las escaleras, tumbarse en la cama y seguir escuchando los ecos de la música más bella y conmovedora que jamás había oído y, por la mañana, fingir que nada de aquello había sucedido. Él y Morris siempre podían organizar un retorno más ruidoso sin que Daphne se enterara de que habían llegado la noche anterior.

Sí, podía hacer eso.

O no.

Porque la alternativa, por supuesto, era quedarse donde estaba. Incluso entrar en la sala y sentarse en una de las sillas situadas detrás de ella. No se daría cuenta. Estaba tan absorta en aquellas notas arrebatadoras que a él se le contrajo el corazón. La vio con la cabeza baja y balanceando los hombros, mientras sus dedos se movían de un lado a otro sobre las teclas, extrayendo la afligida melodía de las cuerdas del interior.

Pero si se quedaba, todo cambiaría. O más bien significaría reconocer lo que ya había cambiado.

Si se quedaba, Daphne nunca volvería a ser una mera sirvienta. Nunca podría mirarla como si solo fuera alguien que trabajaba para él y de la que no tenía que preocuparse más allá de su salud y bienestar. Tendría que reconocer que no era una simple muchacha de campo que se las había arreglado para imitar a sus superiores y parecer lo suficientemente refinada como para ocupar un puesto de mayor rango en el servicio doméstico.

Sería exactamente lo que era: la hija de un caballero, una mujer a la que habían educado para que sobresaliera en el arte de la conversación y de la música.

Quedarse implicaría asumir los talentos que poseía y de dónde venía. No podría pasar por alto los pormenores de su historia; una historia que apenas conocía pero que necesitaría desvelar. La curiosidad le carcomía por dentro, pero tratarla con el respeto que merecía le obligaba a esperar a que ella le contara todo por su propia voluntad.

No sería capaz de exigirle que se lo contara. Esa había sido una promesa que ella le hizo a la persona que la había contratado. Y a pesar de que no iba a arrebatarse a Daphne la forma que tenía de ganarse la vida, ya no podría comportarse simplemente como el hombre que le proporcionaba un trabajo. La diferencia social que había entre ellos se había desdibujado.

Aunque tal vez ella nunca había sido consciente de esa diferencia. No había sido de esas personas que solo le decían lo que él quería oír. En realidad, casi nunca le decía lo que quería oír. No, Daphne lo había manejado desde el mismo instante en que puso un pie en aquella casa, arrollándolo con sus ideas e imponiendo un tira y afloja hasta que él terminaba cediendo. Se había comportado así para ocultarle la existencia de Benedict, eso la hacía merecedora del respeto que sentía por ella.

El mismo Benedict también había puesto otra nota de color en el embrollo que tenía ante sí.

Daba igual el prisma desde el que lo mirara, Daphne Blakemoor no encajaba en ninguno de los escenarios normales de su vida. Si hubieran coincidido en otro momento y lugar, sencillamente no la hubiese prestado atención. Probablemente ni siquiera la hubiera visto.

Pero ahora sí podía verla.

Y no solo eso, podía oír su corazón a través de la canción que estaba tocando. Nunca podría volver a estar en el mismo sitio que ella y no percatarse de su presencia.

Le había costado una semana y un viaje apresurado a Birmingham darse cuenta de eso. Y ahora no sabía qué hacer con esa certeza.

Las últimas notas de la desgarradora melodía se desvanecieron cuando Daphne levantó suavemente los dedos de las teclas.

William contuvo el aliento. ¿Había terminado? Dependiendo de la puerta por la que ella

decidiera salir, podría marcharse de la sala de música sin saber que él había estado allí. Obviamente, eso sería lo mejor. La noche, la oscuridad y el inusual remolino de emociones que le había provocado su deslumbrante forma de tocar estaban confundiendo sus pensamientos, haciendo que se planteara cosas que jamás pensaría a la luz del día.

Entonces la vio levantar la mano y limpiarse las mejillas. Como cuando lloró en la ventana de la galería de retratos, no oyó ningún sollozo, ninguna respiración temblorosa. Solo vio un suave movimiento de dedos bajo de cada ojo. Después, enderezó los hombros, colocó las manos sobre las teclas y volvió a tocar.

A diferencia de la melodía anterior, esta era más alegre. Incluso más esperanzadora. Todavía se percibía algún rastro de la anterior, pero había algo más, algo más radiante, que parecía iluminar la estancia mejor que las llamas del candelabro.

Entró silenciosamente en la habitación y se acomodó en una silla, arriesgándose a ser visto si ella volvía la cabeza. Y allí se quedó, sentado, disfrutando de la música.

De vez en cuando podía ver su perfil bañado en sombras, pero ella no lo miró. El halo de luz no llegaba a los dedos de ella, por lo que tal vez William no fuera más que otra sombra.

Las notas resultaban cada vez más ligeras y ella parecía casi feliz. Se fijó en la sonrisa que se dibujó en su rostro y en el balanceo más enérgico de su torso, como si estuviera bailando su propia música.

Una risa, ligera y delicada, se unió a la música. William se enderezó en su asiento mientras ella inclinaba la cabeza hacia las teclas, de modo que pudo ver la plenitud de su sonrisa bajo la luz de las velas. Tenía los ojos cerrados y un gesto de puro gozo daba color a su rostro a medida que la sonrisa se ensanchaba aún más. Había algo en sus rasgos que, sin ser bello o llamativo, le resultó atractivo y de lo más tentador.

—Gracias por acompañarme, milord —susurró ella.

William se sobresaltó, pero Daphne no se volvió para mirarlo. Se limitó a seguir tocando, llenando la sala con una melodía que habría sido la envidia de cualquier reunión de Londres.

Él se aclaró la garganta y volvió a recostarse en su asiento.

—Es un placer, se lo aseguro.

La mujer volvió a reírse, con los ojos aún cerrados.

Él se levantó con cuidado de la silla y se acercó un poco más al piano.

—Toca muy bien.

—Gracias —respondió ella con suavidad, haciendo que pareciera que estaban sumidos en un sueño.

William se detuvo junto al instrumento y se golpeó pierna contra el borde. Una pequeña punzada de dolor le confirmó que lo que estaba viviendo era muy real. Por el lugar en que se había situado, a Daphne le iba a resultar muy difícil no verlo cuando volviera a abrir los ojos.

—¿Baila?

A la mujer le temblaron los dedos mientras abría los ojos lentamente. Lo miró con aquella expresión vidriosa y soñadora que aún cubría su rostro. Luego ladeó la cabeza, sonrió y siguió tocando.

—Siempre me pedían que tocara, nunca bailar.

William llevaba tiempo sin asistir a una reunión social con baile, pero recordaba cómo los caballeros hacían caso omiso a las jóvenes que se sentaban detrás del piano para buscar parejas de baile entre las mujeres más bonitas y populares, y las más disponibles.

Si Daphne había sido una de esas jóvenes, ¿cómo había terminado con Maxwell?

¿Y cómo era posible que él mismo hubiera sido más tonto que su primo?

—¿Te relegaron a quedarte detrás de un piano?

—Siempre. —Se miró los dedos—. No me importa. Me gusta tocar. Y enseñar a tocar. Enseñé a Sarah. Pronto será mejor que yo. Pero es un detalle por su parte que me lo pida. Siempre quise que me lo pidieran.

Había algo en aquella conversación que no le encajaba, algo que podía ser una pista importante, pero estaba demasiado confuso, demasiado atrapado en la oscuridad como para dar con ello. ¿Sería la intimidad de la noche lo que les permitía hablar de esa forma? Daphne arrastraba las palabras. ¿Estaría bebida? Lo dudaba bastante. Cuando llegó por primera vez a la propiedad, el único alcohol que había encontrado en la casa era una licorera escondida en la parte posterior de un armario de la biblioteca.

Daphne rio ligeramente al tocar un trino de notas

—Bueno, siempre quise que me lo pidiera alguien que supiera que era yo.

Aquello sí que carecía de sentido. Tal vez había conseguido que le suministraran una dosis clandestina de alcohol en la primera entrega de alimentos y pedidos que hicieron.

—¿Está bebida?

Otra risa y otra transición a una melodía ligera y alegre.

—No. Nunca bebo. No me gusta cómo abrasa la garganta.

William tragó saliva. Todavía estaba a tiempo de marcharse. Nunca podría volver a verla de la misma forma, pero si se iba ahora, por lo menos al día siguiente podrían fingir que aquello no había sucedido.

Pero no quería irse. La fuerte contradicción entre lo que quería y lo que tenía sentido solo revelaba lo frío que se había vuelto. Cada decisión que tomaba estaba debidamente calculada, cada movimiento que daba era deliberado. Sabía lo que quería ser y con lo que no quería enfrentarse en la vida, y aunque todo eso estaba bien, le hacía parecer imposible. Todo un contraste ante la vitalidad que irradiaba Daphne.

—¿Es feliz?

—¿Aquí? —Ella le sonrió—. ¿Con usted? Sí. Es lo más feliz que he estado en un tiempo. Normalmente no me permito ser tan feliz. Es peligroso.

William estaba de acuerdo. Y por muchas razones que le resultaba difícil recordar en aquel pequeño círculo de luz de las velas. Pero ¿por qué pensaría Daphne eso?

—¿Por qué? ¿Qué podría pasar?

Ella echó la cabeza hacia atrás y clavó la vista en el techo con una media sonrisa. El juego de luces y sombras destacó el hoyuelo que había provocado su gesto.

—Porque se porta bien conmigo. Mejor que cualquier otro hombre que haya conocido... Bueno, además de Nash, aunque él no cuenta demasiado. Porque me hace pensar cosas que nunca creí que volvería a pensar. Porque el sol saldrá por la mañana y todo volverá a ser como antes. Y

esto jamás habrá pasado, aunque yo seguiré recordándolo.

Él también lo recordaría. Incluso si nunca volvían a hablar de ello, aunque ambos lo enterraran bajo una alfombra de rutina y formalidades. Sí, lo recordaría. Y si estaba condenado a esa tortura, bien podía hacer que ese recuerdo mereciera cualquier agonía.

—Debería bailar. —William extendió la mano.

—¿Y quién tocará? —susurró ella.

—¿Puede oír la música en su mente?

—Todo el tiempo.

—Entonces, no necesitamos ningún piano.

Volvió a ver esa sonrisa deslumbrante y, cuando bajó la mano hacia el teclado para colocarla sobre la suya, el rostro de Daphne se iluminó. Se levantó con elegancia de la silla y rodeó el piano, para colocarse dentro del halo de luz.

—¿Qué bailamos? —preguntó él.

—Un cotillón.

No debería haberse sorprendido. Daphne llevaba mucho tiempo escondiéndose en el condado de Wilt. Hacía más de una década que no estaba en ningún baile.

—Hace mucho que no bailo un cotillón. Tendrá que recordármelo.

Ella se rio.

—Pero si apenas me acuerdo yo...

William le tomó la mano y la acompañó en los primeros pasos. Recordar el baile ya era difícil de por sí. Fingir que había otras parejas alrededor con las que intercambiarse lo complicaba aún más. Como no tenía a nadie a quien entregarla, empezó a inventarse los pasos. A ella no pareció importarle y le siguió donde la llevaba.

Daphne volvió a cerrar los ojos y comenzó a tararear en voz baja, improvisando también sus propios pasos.

William sonrió mientras trataba de seguirle el ritmo. Dieron vueltas dentro y fuera del halo de luz, lo que no ayudó demasiado en la confusión de pasos.

Era inevitable que terminaran chocándose y, cuando lo hicieron, ambos rieron por lo bajo mientras William la sujetaba entre sus brazos para evitar que cayera.

Pero cuando la ayudó a erguirse, dejó de reír.

Estaba sosteniendo a Daphne Blakemoor. La mantenía entre sus brazos y se sentía increíblemente cómodo. No había de por medio ningún vestido tieso de satén, ni mangas de seda excesivamente adornadas apoyadas en sus brazos, o plumas con las que le entraran ganas de estornudar, ni ningún perfume empalagoso que le impulsara a abrir una ventana. Solo estaba Daphne, con uno de sus sencillos vestidos descoloridos, suaves y cómodos. No había nada que lo distrajera del corazón de esa mujer, de su calidez, de su sonrisa.

Ella todavía se estaba riendo cuando apoyó la cabeza contra su pecho, acomodándose aún más entre sus brazos. Luego hizo un gesto de negación y dijo:

—Soy una bailarina terrible. Ni siquiera puedo fingir que se me da bien.

William se rio entre dientes. Tenía razón, se le daba bastante mal, pero ¿a quién no le hubiera pasado lo mismo si llevara más de una década sin practicar?

—Creo que ha sido encantador.

Su risa se convirtió en una burla.

—Por supuesto. ¿Qué va a decir si no?

—No tengo por qué decir nada —señaló él en voz baja, dándose cuenta de que era verdad. No tenía por qué estar ahí, no tenía que ser amable, ni siquiera tenía que mantenerla en su servicio doméstico. Lo hacía porque ella le gustaba, y llevaba mucho tiempo sin que alguien le gustara. Daphne era una persona a la que podía admirar, que lo veía como a un ser humano, en vez de como un título, y en ese instante ella era la única a la que podía imaginarse a cargo de esa casa.

Daphne pertenecía a ese lugar.

Y él sentía que aquel también era su sitio.

Bajó la cabeza hacia la suya, apoyada en su bata.

—No tengo que hacer nada —continuó—. Ahora mismo, aquí es donde quiero estar.

Puede que al día siguiente fuera diferente —tenía que serlo—, pero en ese instante no concebía estar en ningún otro sitio.

Ella alzó la cabeza, de forma que su sien le rozó la mejilla. William deslizó los labios por su frente mientras ella levantaba el rostro hacia él. Podía sentir su aliento, ver el rubor de sus mejillas y las sombras que producían sus pestañas.

La mujer abrió los párpados lentamente, como si estuviera despertando del más adorable de los sueños.

Nunca había estado tan cerca de ella, jamás se había imaginado qué complejidades encerrarían aquellos ojos que al principio creyó marrones y en ese momento veía salpicados de oro y ámbar. No volvería a verlos como unos ojos castaños normales.

La vio abrirlos y cerrarlos y le parecieron increíbles. Se le aceleró el corazón. Levantó una mano hacia el cuello de ella y la deslizó hacia arriba, para sujetarle la mandíbula con el pulgar. Notó su pulso martilleando en la cabeza y entonces todo menos ella desapareció.

El aleteo de pestañas se detuvo cuando Daphne volvió a cerrar los ojos y acercó el rostro al suyo. Sintió su respiración mientras la veía humedecerse los labios. Iba a besarla, y tuvo la sensación de que iba a ser el momento más glorioso de su vida; pero, de alguna manera, al día siguiente tendría que seguir con su vida como si nada de aquello hubiera sucedido.

—Daphne —murmuró.

Entonces ella lo miró y aquel brillo soñador y confuso se desvaneció tan rápido como su sonrisa. Daphne observó su rostro de abajo arriba, hasta llegar a un punto cercano a su pelo.

—¡Oh, por los clavos de Cristo! —Tragó saliva y parpadeó—. Es real. Estás aquí de verdad.

Alzó las manos para empujarlo y alejarse de él, pero tropezó en cuanto le tocó el pecho. Ya habían estado en contacto durante el baile, y William no entendió por qué sintió ese ligero roce de sus manos más que ningún otro.

Frunció el ceño. Pues claro que era real. ¿Acaso había creído que aquel encuentro era fruto de su imaginación? Por muy halagador que le resultara que le hubiera escogido para ser el protagonista de sus sueños, él había estado luchando en su interior para tomar una decisión trascendental que podría cambiar todo entre ellos, mientras que ella simplemente se estaba dejando llevar por una fantasía, creyendo que estaba completamente segura porque todo era

producto de una ensoñación. Esa conclusión le hizo sentirse un poco solo. Puede que hasta un poco utilizado.

Sabía que era una sensación ilógica, pero no pudo evitarla.

Daphne dio otro paso hacia atrás y se llevó una mano al pecho.

—Real, real, todo era real —murmuró.

—No, no lo era. —Él mismo se sorprendió de su propia respuesta. Pero se dio cuenta de que era verdad. Esa no era su realidad—. Ha sido por culpa de la noche y la luz de las velas. Ninguno de los dos éramos nosotros mismos.

Daphne soltó una risa estridente, que le pareció aún más molesta después de haber oído poco antes su tono alegre.

—Qué curioso eso de ser alguien distinto. —Tragó saliva y tosió antes de parpadear. Dejó escapar dos lágrimas enormes, en las que se reflejó la luz de las velas—. Para luego levantarte por la mañana y darte cuenta de que eres tú la que sufre las consecuencias.

Y entonces salió corriendo. Al cabo de unos segundos la oyó trastabillar en el vestíbulo y tocar la puerta a tientas en busca del pestillo.

Cada sonido hizo que William se estremeciera por dentro, pero no corrió tras ella. Estaba demasiado ocupado preguntándose por el significado de sus últimas palabras.



Capítulo 25



Daphne se marchó corriendo colina abajo hasta la casa del guarda, con el corazón latiéndole desaforado y el pelo azotándole la cara y ocultándole la visión.

No podía entrar en la casa como si la hubiera perseguido una jauría. Reuben estaba durmiendo en un catre en el salón, y aunque normalmente dormía como una marmota, se despertaría si oía una respiración tan jadeante.

Y aunque consiguiera salir victoriosa de ese primer obstáculo, no tendría tanta suerte con Jess.

Jess le haría preguntas.

Y en ese momento no quería responder a ninguna.

Se apoyó contra la puerta y se dejó caer poco a poco hasta que se sentó en la escalera de piedra. Luego hundió la cabeza entre las rodillas y esperó a que su respiración se calmara. Intentó contar hacia atrás desde diez, pero no pudo pasar del número ocho.

No obstante, mientras consiguiera que sus pensamientos se quedaran dentro de su cabeza y no salieran de su boca, no tendría ningún problema.

Ya había vivido suficientes momentos delicados por esa noche, no necesitaba más.

Dudaba que lord Chemsford fuera a decir nada, de modo que lo único que tenía que hacer era tratar aquel incidente como cualquier otra fantasía olvidada y enterrada en los confines de su mente.

Si pudiera convencerse a sí misma de que no había sido real, nada cambiaría.

Intentó consolarse diciéndose que la vergüenza por lo que había pasado esa noche no duraría. Poco a poco, fue recuperando el control de sus facultades hasta que se atrevió entrar en la casa.

Fue recibida por los suaves ronquidos de Reuben. Se detuvo y sonrió en la oscuridad. Pronto, un día de esos, ya no estaría allí. Tal vez ya debería haberse mudado a las alcobas de los mozos del establo.

Al igual que sucedía con Jess, las niñas y ella misma, que ya deberían estar instaladas en las dependencias del servicio de la casa.

Pero vivir allí no sería como antes.

Jamás sería como antes.

Sobre todo ahora. No podía imaginar lo que lord Chemsford pensaría de ella sabiendo que había estado entregándose a fantasías sobre cómo ganarse su interés.

¿Pensaría que intentaba atraparlo? ¿Que planeaba casarse con él? Como si eso fuera algo que ella pudiera hacer así como así... Nunca había tenido nada que ofrecer a un hombre de su posición, y mucho menos en ese momento.

Su destreza al piano era su única habilidad valorable en los círculos sociales. No creía que a los amigos del marqués les fuera a causar buena impresión su habilidad para cambiar la ropa de cama, sino más bien lo contrario.

Lo mejor que podía hacer para que lord Chemsford tuviera la sensación de que el episodio de

esa noche no había existido era comportarse como si no hubiera pasado nada.

Las escaleras crujieron un poco mientras subía. Hizo una mueca de disgusto, pero la respiración acompasada de la habitación de abajo no se alteró.

Al cabo de unos minutos —aunque a ella le parecieron horas— estaba metida en la cama y tapada hasta la barbilla, mirando al techo y concentrándose en conciliar el sueño.

Fue un milagro que consiguiera dormir. Aunque fue un sueño ligero; así que, cuando Jess se levantó, sus suaves movimientos bastaron para despertarla.

Se incorporó y se retiró el pelo de la cara antes de sonreír a su amiga.

—Buenos días.

Jess la miró sorprendida y con gesto de sospecha, pero asintió a modo de respuesta. A esa mujer no le gustaban nada las mañanas, de modo que, si en algún momento iba a salirse con la suya, sería justo mientras los rayos de sol comenzaban a asomar por encima de los árboles.

Daphne estiró los brazos sobre la cabeza y fingió un bostezo. Con un poco de suerte no resultaría tan forzado como le pareció a ella.

Jess arqueó una ceja pero siguió recogiendo el pelo en un moño bajo.

Daphne se puso de pie, dio la espalda a su amiga y comenzó a hacer la cama.

—Lord Chemsford regresó anoche, así que hoy tendrás que hacer un poco más de desayuno.

Después de decir aquello todo a su alrededor pareció detenerse. No se oía absolutamente nada, ni siquiera el sonido de una respiración. ¿Se habría marchado ya Jess?

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó, al cabo de unos instantes, con tono neutro.

Daphne se estremeció por dentro, mientras se planteaba seriamente volver a meterse en la cama y esconderse bajo las mantas que acababa de colocar con tanto esmero. ¿Cuándo lograría pensar antes de hablar? ¿Cuándo?

Quizá todavía podía salir indemne. Jess no tenía por qué saber lo que había sucedido en la casa la noche anterior. Nadie tenía por qué enterarse.

Se encogió de hombros de un modo un tanto forzado.

—No podía dormir, así que fui a tocar el piano y encontré indicios de que habían regresado.

—¿Qué tipo de indicios?

Que el mismísimo Lord Chemsford apareciera en la sala de música era una evidencia irrefutable, pero prefería omitirla.

No se le ocurría qué decir. Descartó argüir que el marqués había dejado tirado su abrigo en el suelo del vestíbulo. Morris lo habría recogido.

—Pues...

—Daphne... ¿Qué pasó?

—¡Caballos! —gritó con tono triunfal, dándose la vuelta para enfrentarse a Jess con una sonrisa—. Los caballos estaban en el granero.

—Entiendo. —Su amiga entremetió un mechón que se le había escapado en el moño—. Menos mal que oíste a los caballos antes de entrar en la casa. Te hubiera resultado muy difícil justificar tu presencia allí si él te hubiera visto.

—Sí... claro. Me habría metido en un lío —murmuró.

Jess soltó un suspiro.

—Sé cuánto tiempo estuviste fuera, Daphne. Y no fue precisamente lo que tardas en ir andando hasta el establo para darte cuenta de que el propietario ha vuelto.

Otra vez sus malas decisiones tenían consecuencias. Ahora fue ella la que suspiró.

—Toqué el piano.

La habitación volvió a quedarse en silencio mientras su interlocutora la miraba con los ojos aún nublados por el sueño pero igual de penetrantes que siempre. Estaba claro que su amiga sí pensaba antes de hablar, a diferencia de ella.

Al cabo de un rato, Jess se sentó y terminó de abrocharse las botas.

—Entonces, será mejor que me ponga a cocinar. Si pudieras recoger los huevos por mí, terminaría antes el desayuno.

Daphne tragó saliva y asintió. Evitar la reprimenda que había temido bien merecía una oración. Su amiga parecía coincidir con ella en que lo mejor era fingir que no había pasado nada.

Oyó cómo llamaba a la puerta del otro lado del pasillo para que Sarah y Eugenia supieran que era hora de empezar un nuevo día. En cuanto el sonido de sus pasos se atenuó escalera abajo, respiró por fin aliviada.

Se recogió el pelo en un moño y escogió su vestido más sencillo; uno de color marrón que se había ido volviendo de un tono grisáceo con el paso de los años. Ninguno de sus atuendos era especialmente llamativo o estaba a la moda, pero que no tuviera ningún estampado hacía que resaltara menos que un mueble.

Era la elección perfecta. Lo último que necesitaba ese día era llamar la atención de nadie.

Y mucho menos la de lord Chemsford.



William nunca había sido más consciente de la presencia de alguien en toda su vida.

Por supuesto que había sabido que la vería cuando le trajera el desayuno, pero después no habría tenido por qué estar al corriente de dónde estaba en cada momento.

Antes de su viaje a Birmingham, a veces le había costado encontrarla cuando necesitaba algo. Pero ese día estaba haciendo un seguimiento exhaustivo de todos los ruidos de aquella casa prácticamente vacía, sabiendo que había muchas posibilidades de que fuera ella quien los hacía.

Tras el desayuno, Daphne había estado limpiando arriba con Sarah. Su conversación tranquila y sus risas habían resonado en el enorme vestíbulo principal de dos plantas, amplificándose, igual que había sucedido con la música la noche anterior.

Después, Sarah se había ido a ayudar a Eugenia con el baño mientras Daphne limpiaba la planta principal.

Podía sentarse en el salón y estar al tanto de dónde iba, por ese canturreo suave que emitía, seguramente sin darse cuenta.

Decidió encerrarse en la biblioteca para examinar los libros de contabilidad que se había traído de Dawnview Hall, pero todavía la seguía oyendo moverse.

O pensaba que la oía moverse.

¿Y si también estaba empezando a imaginársela?

Se frotó la cara con la mano y se alejó del escritorio para acercarse a las puertas dobles. Era lo más lejos que podía estar de ella, pero todavía dentro de la casa.

¿Estaría Daphne imaginándoselo en ese mismo instante? Todavía le sorprendía que la noche anterior imaginara que él estaba allí antes incluso de verlo.

Y que no había sido la primera vez que lo hacía.

Todo lo demás podría haber sido culpa del momento, la intimidad de la noche, la complejidad de la situación y las emociones que salieron a la luz por la música.

Había tocado para una versión imaginaria de William.

No podía quitárselo de la cabeza.

Casi se habían besado por culpa de aquel piano. ¿Habría fantaseado ella con esa escena antes? ¿Estaría imaginándoselo ahora? Él no podía dejar de pensar en qué habría sucedido si Daphne hubiera tardado un poco más en recuperar la sensatez.

El suave tarareo que había oído por la casa llegó hasta el salón que había al otro lado del pasillo que daba a la biblioteca.

Reconoció la melodía. Era una de las que había tocado la noche anterior. Aquella que le había parecido tan llena de esperanza.

Antes de darse cuenta, estaba acercándose a la puerta para poder oír mejor la canción. Pero consiguió detenerse a tiempo.

Aquello era una locura.

Gente. Necesitaba más gente en esa casa. Más ruidos. Aquello le proporcionaría los controles que Ramsbury había mencionado. Daba igual si la variable eran Daphne o sus propias emociones. Tenía que contener a ambas como fuera.

Necesitaba los sirvientes suficientes como para no distinguir quién estaba haciendo qué. Tantos sirvientes que ella no tuviera necesidad de limpiar nada y pudiera recluirse abajo, en las dependencias del ama de llaves, para disponer lo que tenía que hacer cada uno.

Incluso podría seguir viviendo en la casa del guarda. Eso añadiría decoro a la situación, en caso de que alguien llegara a descubrir la verdad. No mucho, pero sí el suficiente para no arruinarla más de lo que ya estaba.

Y las reformas también hacían ruido. Podía contratar a más trabajadores.

Sí, lo que necesitaba era ruido. Puede que el aislamiento y toda esa tranquilidad le estuvieran afectando demasiado. Cuanto antes terminaran las obras, antes podría invitar a algunos de sus amigos. Seguro que les resultaba extraño que en su correspondencia mensual les incluyera una invitación para visitarlo, pero tiempos desesperados...

Necesitaba gente.

Y cuanto antes mejor.

Abrió las puertas dobles de la biblioteca de un empujón y salió a la luz del sol para tomar el camino más directo al establo. Con un poco de suerte y la ayuda del señor Banfield podría tener la casa llena de gente al atardecer.

Cuando llegó al establo, le llamó la atención la talla de una cabra en una viga. Se le había pasado por alto la última vez que estuvo allí, ya que solo tenía ojos para el gallinero.

Recorrió con un dedo la figura, tan bien ejecutada que parecía real. Nunca había sido de los

que creían que los lugares pudieran estar encantados, excepto por los propios recuerdos de la gente, pero no podía evitar sentir que aquel sitio tenía vida propia; una vida que nunca se habría imaginado encontrar teniendo en cuenta que había estado sin habitar durante tantos años.

Detalles tan sencillos como esa talla, contrastaban con las soberbias obras de arte que había en el interior, pero todas eran igual de especiales y hermosas. Cuando finalmente decidiera derribar ese establo para construir uno más grande, esa viga continuaría formando parte de la colección de la casa.

—¿Quiere que le ensille el caballo, milord?

Bajó la vista y se encontró con Reuben observándolo a través de sus lentes redondas. Llevaba los pantalones un poco sucios y se estaba limpiando las manos con un trapo, pero tenía una postura erguida y lo miraba directamente a los ojos.

Todo un progreso para un muchacho de su edad y en tan pocas semanas.

William se aclaró la garganta.

—Sí, mi caballo. Voy al pueblo.

El muchacho lo miró de arriba abajo, se aclaró la garganta y cambió el peso de un pie a otro.

—Le ruego me disculpe, milord, ¿pero no se va a cambiar primero?

William se miró y estuvo a punto de soltar un gruñido. Había tenido tal lío en la cabeza que había ido al establo en pantalones de vestir y zapatillas de estar por casa.

—Por supuesto. Ten el caballo listo para cuando regrese.

—Sí, milord.

El chico hizo una reverencia, balanceando sus rizos pelirrojos, antes de dirigirse al establo.

William volvió para cambiarse, pensando de nuevo en el contraste de la talla de la cabra con las obras de arte de la casa.

Era una colección bastante grande. Seguro que algunos objetos tenían un valor considerable.

Aunque no sabía exactamente cuántos.

Algo que sí sabría un experto. Un profesional le ayudaría a saber lo que tenía. Una colección tan extensa tenía que ser catalogada; y si ya se había hecho, todavía no había encontrado ningún documento acreditativo.

Conocía al hombre idóneo para llevar a cabo tal labor: Derek Thornbury. Se lo había presentado un amigo a quien evaluó una colección que acababa de heredar. Desde el primer momento hizo muy buenas migas con el especialista en artes y antigüedades y habían coincidido en varias ocasiones. La última noticia que tenía de él era que su trabajo lo había llevado a Oxford, a poco más de sesenta kilómetros de allí.

Derek era un hombre brillante y agradable, y bastante distraído en todo lo que no fuera arte. Estaría en el punto intermedio entre amigo y trabajador, con el matiz añadido de carabina que necesitaba.

Sí, era la persona perfecta a la que invitar.

Mientras se vestía para ir a Marlborough, se convenció a sí mismo de que estaba tomando una decisión inteligente, y no desesperada. Necesitaba tiempo y una distracción para poder ponderar el dilema respecto a Daphne.

Cuando dejara de ser un misterio para él, dejaría de pensar en ella todo el tiempo y volvería a

ser solo una empleada.

Sí, era una decisión inteligente, volvió a recordarse de camino al establo. No estaba siendo un cobarde.

Si no fuera porque le temblaban las manos, hasta se habría convencido a sí mismo.



Capítulo 26



El fuego del hogar de la cocina le calentó los dedos de los pies mientras se cocía la sopa. Daphne se quedó contemplando las burbujas que se formaban en el caldo y cómo se hinchaban lentamente hasta reventar con una pequeña salpicadura.

Jess se acercó a ella, mirando también la olla.

—¿Se te ha caído algo ahí dentro?

—No tengo nada que hacer —murmuró ella.

Su amiga soltó una breve carcajada

—¿Y por eso estás mirando una olla? Por el amor de Dios, deja que te consiga un libro.

—¿Un libro?

—Sí, un libro. Ya sabes, cuero, páginas con tinta negra dentro. Parecido a un piano, pero con palabras. —Juntó las manos imitando la forma de un tomo y fingió ponerse a leer.

—Sé lo que es. —Soltó un suspiro—. Solo que llevo sin leer uno desde hace mucho. Nunca hay tiempo para eso.

—Pero por lo visto sí hay tiempo para mirar la sopa. ¿De verdad necesitas tanto tiempo para leer?

—Debería estar ocupada. Siempre estoy ocupada. —Y lo estaba. No era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había hecho algo para sí misma. Aunque había disfrutado mucho en las actividades que había compartido con los niños: ir de pícnic, leer en voz alta, cantar...

Incluso su lectura diaria de la Biblia había sido sobre todo para los chicos, pues así podía contarles las historias que contenía y compartir las Escrituras con ellos sin el riesgo que conllevaba acudir con el grupo completo a la iglesia.

—Como quieras —respondió Jess con un suspiro, apoyándose en la mesa de la cocina—. Te seguiré el juego.

Daphne apartó la vista de la sopa y la miró.

La rubia alzó la mano y extendió un dedo.

—¿Están cambiadas las sábanas?

—Sí. Horatia Mason, una de las nuevas sirvientas, se ha encargado de eso esta mañana.

—¿Limpiado el polvo de los muebles? ¿Barridos los suelos? ¿Sacudidas las alfombras?

Asintió tarea tras tarea.

—Sarah y Rachel, la hermana de Horatia, acaban de sacar la última alfombra fuera. Y Mary, a la que Nash envió esta misma mañana, está terminando de pulir la barandilla de las escaleras.

—¿Y las habitaciones de los sirvientes de abajo?

—Los nuevos lacayos, Cyril y James, terminaron hace una hora de meter los muebles. Estarán un poco apretados y, por lo menos, uno de ellos tendrá que dormir en el establo una temporada, pero todo el mundo está acomodado.

—Y ambas sabemos que si empiezas a intentar organizar la cocina o las comidas es muy posible que te tire algo —sentenció Jess—. Así que supongo que tienes razón. No tienes nada que hacer. —Se inclinó hacia delante y la atravesó con la mirada—. Vete a leer un libro. Sal a dar un paseo. Échate una siesta. Por todos los santos, haz algo. Pero algo de verdad, no mirar una olla de sopa hirviendo como si estuvieras pensando meter la cabeza en ella.

Daphne se cruzó de brazos. No le molestaba que lord Chemsford hubiera contratado a las sirvientas y a los lacayos, o que ahora tuvieran tres jardineros. Sin embargo, sí le incomodaba bastante esa sensación de... de... Bueno, ni siquiera estaba segura de cómo se sentía y eso no le gustaba. Siempre era consciente de sus emociones. La impresión de no conocerse a sí misma era tan horrible como no saber qué hacer.

—No tengo ningún libro. —Se dio cuenta de que había adoptado el tono de una niña enfurruñada, pero no pudo importarle menos.

Jess se acercó a la mesa del rincón y metió la mano detrás de dos panes tapados con un paño. Sacó un libro ancho de color marrón y se lo dio a Daphne.

—Toma.

—¿De qué trata? —preguntó ella mientras le daba la vuelta para poder ver la portada.

Se encogió de hombros y empezó a hurgar en el cuenco de las verduras.

—Ni idea. Kit lo dejó en esa cesta. Todavía no he tenido la oportunidad de llevarlo a la biblioteca.

Leyó el título y se dejó caer sobre un taburete. Tiró el libro en la mesa con un golpe e inclinó la cabeza sobre él con un sonoro gemido de desesperación.

Jess se aclaró la garganta.

—Está claro que «ese» libro no te gustará. Pero tienes muchísimos más donde elegir en la biblioteca.

—Se titula *Elementos de la matemática universal, o álgebra*. —Lo apoyó de modo que Jess pudiera ver el lomo—. Es horrible.

—En realidad no. Ya sabíamos que Kit era capaz de leer cualquier cosa que cayera en sus manos. Pero al menos has dejado de mirar la sopa. —Se encogió de hombros—. Aunque no creo que hundir la nariz en un tratado de álgebra sea mucho mejor.

—Desde que Kit se marchó no hemos dado ni una sola clase a los niños. —Abrió el libro. Se habían prometido que a ninguno de los pequeños les faltaría la educación necesaria, que la ignorancia no limitaría su futuro. Y ahora ese era exactamente el peligro que corrían los que se habían quedado.

Seguro que el álgebra no era tan complicada de entender... Aunque nunca había dado clases a los niños, porque se había encargado Kit, de pequeña nunca se le habían dado mal las matemáticas.

—Ese tipo de lecciones son las primeras que olvidas cuando tienes que aprender a sobrevivir —comentó Jess—. Pero si tienes tiempo para mirar una sopa, también lo tienes para preparar una lección. Puedes dar clases a los niños a última hora de la tarde.

—¿Seguro que no necesitas que te ayude en la cocina? —preguntó mientras observaba cómo su amiga se movía de un lado a otro, preparando más comida para alimentar las bocas añadidas. Se

había negado a que sugiriera a lord Chemsford que contrataran a otra ayudante de cocina. Y, si era sincera, se había sentido aliviada al no tener que hablar con el marqués. Contratar a una nueva sirvienta hubiera significado tener que ir a buscarlo, y estaba claro que él la quería lo más lejos posible.

—No. Eugenia y yo nos las estamos arreglando bastante bien. Además, ¿quién sabe lo que podría contar Eugenia si tuviera a alguien cerca con quien hablar?

Puede que la antesala de la cocina fuera el peor destino para alguien tan sociable como la chica, pero en ese momento no tenía la menor idea de cómo cambiar aquello. Sin embargo, sí podía encargarse de la educación de los niños. Además, seguro que el álgebra era mucho menos complicada que su vida.

Se puso a leer.

—Si los números que buscamos son «x», «y» y «z» y los cuadros mencionados en el problema son «rr», «ss», «tt», «vv»... —Parpadeó. Aquello no tenía nada que ver con las matemáticas que había aprendido de pequeña. ¿Dónde estaban los números?

Jess resopló y sacó un cuchillo del bloque de madera.

—Mejor tú que yo.

Daphne frunció el ceño y cerró el libro con un golpe, pero no lo guardó. Empezaría a leerlo desde el principio y lo entendería. Y también sacaría más libros de la biblioteca. Puede que sus lecciones fueran distintas a las de Kit, pero lo conseguiría.

—¿Dónde están las cestas?

Jess señaló un rincón con el cuchillo.

—Ahí. ¿Por qué?

—Porque voy a ir a por más libros.

—Espero que libros de matemáticas con números.

Agitó el ejemplar en dirección a su amiga.

—Voy a entender esto. Y luego se lo enseñaré a Sarah, a Eugenia y a Reuben. Puede que estén destinados a una vida dedicada al servicio doméstico, pero no los condenaré a una vida de ignorancia. —Metió el volumen en la cesta y caminó con paso decidido, pero se detuvo en la puerta de la cocina, se volvió hacia Jess y la apuntó con el dedo—. Y también te voy a enseñar a ti. Todos saldremos beneficiados de esto.

Su amiga abrió la boca y la miró con los ojos como platos.

Necesitaba aprovechar ese arranque de valentía para encontrar fuerza suficiente y adentrarse en la zona de la casa de lord Chemsford. Podía ir a la biblioteca, llenar el canasto y dejarlo en la puerta para luego recogerlo por la noche, antes de irse a la casa del guarda.

Sintió una alegría que últimamente solo encontraba cuando cerraba los ojos y soñaba. Le encantaba tener un propósito al que entregarse.



Ahora tenían más del doble de sirvientes en la casa y ninguno de ellos estaba haciendo su trabajo.

Bueno, supuso que sí estaban haciendo el «trabajo» para el que se les había contratado. Los

había visto por el rabillo del ojo una o dos veces, moviéndose con discreción y ocupándose de las tareas que les habían asignado. Si era sincero, había esperado que en esos primeros momentos todo fuera un poco caótico, ya que Daphne había sido la encargada de hacer casi todo, pero parecía haber delegado las tareas con una eficiencia excepcional.

De hecho, desde que llegaron las nuevas criadas y lacayos, no la había visto por ningún lado.

Entonces, ¿por qué estaba todo el rato invadiendo su cabeza? ¿No se suponía que dejaría de pensar en ella cuando no la viera?

Hizo a un lado la correspondencia que había estado tratando de clasificar y que incluía otra carta de Maxwell en la que le solicitaba usar una de las propiedades del marquesado para una reunión en el campo fuera de la temporada. Colocó la carta en el fondo de la pila. Hasta que no fuera capaz de pensar con claridad en las peticiones de su primo y no se dejara llevar solo por el deseo de quitarle todo lo posible, como represalia por sus actos pasados, era mejor hacer caso omiso a sus mensajes.

Esas cartas le hacían pensar en Daphne. Y en su propio pasado, en sus defectos y en todas las veces en las que había fallado a otras personas cuando había tomado decisiones.

Sacó un libro de contabilidad. Los números siempre tenían sentido, con sus respuestas definitivas y su lógica infalible. Podía perderse en ese mundo racional y olvidarse de Daphne durante un rato.

Pero tres entradas después, ella irrumpió en la biblioteca con actitud decidida. En cuanto lo vio sentado detrás del escritorio se detuvo en seco.

William la miró, incapaz de apartar los ojos de la joven. Su rostro reflejaba una determinación que jamás le había visto antes. Se notaba en el gesto de la boca y la inclinación de las cejas sobre aquella mirada entrecerrada. Era una mujer con un propósito y daba una imagen magnífica.

Hasta que lo vio a él, por supuesto, y aquel gesto se desvaneció en una mezcla turbia de emociones que podían ir desde el arrepentimiento hasta la preocupación o la vergüenza, o cualquier otra muestra de inseguridad. William tenía poca experiencia a la hora de comprender los sentimientos de otras personas y no pudo identificar aquel.

La vio mover los ojos nerviosa, primero mirándolo a él, luego hacia la cesta que traía con ella, los libros de la biblioteca, el techo y la puerta por la que acababa de entrar. Hasta se sintió un poco mareado.

—Daphne, si necesitas limpiar aquí dentro, puedes hacerlo sin ningún problema. Tú no... No me molesta —aseguró, intentando aparentar indiferencia, aunque falló estrepitosamente.

Albergaba la esperanza de que ella hubiera delegado todas las tareas de limpieza en las nuevas sirvientas que había contratado, pero tal vez le estaba costando el cambio y no quería abandonar sus antiguos deberes por completo. Y a él tampoco le importaba tenerla por allí limpiando una o dos semanas más.

Muy bien... Ahora además se mentía a sí mismo. Pues claro que la presencia de Daphne le iba a afectar.

La vio adentrarse aún más en la estancia, con el canasto colgando del codo.

Durante las últimas semanas la había estado observando limpiar. Conocía sus rutinas. Por eso le llamó la atención la cesta, no solía llevarla para transportar los artículos de limpieza.

—¿Qué es lo que llevas ahí?

El rubor tiñó sus mejillas mientras miraba hacia abajo como si no supiera a lo que se refería.

—¿Una cesta?

—Daphne, no quiero volver a las respuestas evasivas ni a los secretos. —Tampoco quería retomar la conversación que habían dejado a medias antes de irse a Birmingham, a pesar de que todavía tenía preguntas que hacerle. Pero no las expresaría en voz alta. Aunque quería conocer las respuestas, temía que un mayor acercamiento entre ellos le impidiera recuperar una vida estable y serena.

—En serio, es una cesta. —La sostuvo en alto—. ¿Lo ve? Bueno también lleva un libro dentro. Lo tomé prestado de la biblioteca. Venía a... mmm... devolverlo y...

—Daphne... —La interrumpió él.

No podían seguir fingiendo que no sabían quién y qué era ella. No podía simular que era una mera ama de llaves. Y a ella se le daba fatal aparentar que era una muchacha de campo silenciosa, al menos ante él. No podía negar que había recibido una educación de buena cuna. Se notaba en su forma de caminar y hablar, en su actitud nunca servil.

¿Echaba de menos esa vida? Tal vez no todo, pero como hija de un caballero, estaría acostumbrada a los libros, a tocar el piano y a las comodidades de las damas de su posición. Hasta que las perdió. Siempre se había considerado un hombre de gustos sencillos, pero ¿cómo se habría sentido si le hubieran privado de todas las ventajas que le proporcionaba su rango?

—Puedes tomar prestados los libros que quieras de la biblioteca para leer en tu tiempo libre. Dios sabe que aquí hay tomos suficientes como para que no eche ninguno de menos.

—Oh. —Clavó sus ojos en él, pero de nuevo William se vio incapaz de descifrar las emociones que expresaba su rostro. Era como si ella estuviera intentando que su cara no reflejara lo que sentía, pero solo pudiera ocultarlo con un velo—. Gracias. Yo... eh... mmm... escogeré otro la próxima vez que venga a limpiar.

—¿Acaso no he contratado a más criadas para que se encarguen de eso? —se quejó él. No tenía ni idea de qué número de trabajadores de un servicio doméstico adecuado, pero tres mujeres debían de poder encargarse de la mayor parte del trabajo que antes solo hacía una.

—Bueno, sí. —Se aclaró la garganta—. Y están haciendo un gran trabajo. Han hecho una excelente selección. Pero me temo que todavía no me he acostumbrado a tenerlas por aquí, así que decidí limpiar la biblioteca yo misma. Volveré más tarde para hacerlo.

Debería haberla dejado ir. Si no salía de allí, no iba a poder seguir evitándola.

Sospechaba que seguía ocultándole algo. Podía intentar convencerse a sí mismo de que la curiosidad que sentía por ella era menos importante que la intención de que cada uno volviera a asumir su papel; pero mientras la tuviera allí parada frente a él, la necesidad que tenía de conocer el resto de sus secretos se imponía a todo lo demás.

Se levantó del escritorio y se hizo con un libro.

—No hace falta que lo pospongas. Tenía pensando ponerme a leer un rato. Apenas notaré que estás. Así que, permíteme que insista y continúa haciendo tu trabajo.

—Está bien. —Daphne atravesó la habitación y dejó el canasto junto a las puertas dobles—. Yo... seguiré a lo mío.

William se esforzó por no sonreír mientras se acomodaba en uno de los sofás. Mentía muy mal. ¿Cómo se las había arreglado para sobrevivir en Londres?

Aquel pensamiento le quitó las ganas de reír de un plumazo. Pues claro que no había sobrevivido en Londres. Su primo, dispuesto a seguir con la tradición de libertinaje egoísta de su familia, la había arruinado. Y eso, cuanto más la conocía, menos sentido tenía. Apenas había coincidido con Maxwell en su edad adulta, pero ella no parecía ser el tipo de mujer que llamaba su atención.

Daba igual. Aunque la curiosidad que sentía fuera una bestia voraz, no podía ceder a su deseo de hacer preguntas en voz alta. Podía seguir observando y juntando las pistas que ella iba revelando inconscientemente hasta completar la historia. Si le hacía una pregunta, eso le llevaría a otra, y luego a otra y, al final, estaría demasiado involucrado en su vida como para poder volver a fingir que no había pasado nada.

No, iba a ponerse a leer y a olvidarse de que Daphne estaba delante de la estantería a poco más de un metro de él.

El frufú de su falda cuando se dirigió hacia las ventanas no lo perturbó más que el sonido de un insecto volando por la estancia. Nada que pudiera distraerle de la lectura.

La mujer fue hacia otra estantería del lado opuesto. Tan lejos que ni siquiera podía ver el desgastado tono gris de su vestido.

William se removió en el sofá para corregir su incómoda postura. Pudo ver cómo ella se agachaba para mirar el estante más bajo. Volvía a estar en su campo de visión. Pura casualidad.

Daphne volvió a la ventana y de nuevo quedó fuera de su vista. Perfecto. Así podría centrarse en el libro. Pero volvía a estar incómodo.

Durante los siguientes minutos, la observó moverse de un lado a otro sin aparente sentido, ordenando estantes, colocando pequeños objetos decorativos, incluso ajustando el gran globo terráqueo de tres patas para que Inglaterra estuviera de cara. En ningún momento la vio sacar un plumero ni ningún trapo. Cualquiera que hubiera sido el propósito que la había llevado allí, desde luego no era limpiar.

De pronto, sintió un sabor amargo en la boca y el libro empezó a pesarle demasiado en las manos. Daphne no había ido allí en su busca, ¿verdad? ¿Había acudido a la biblioteca con la esperanza de compartir otro momento como el que tuvieron al piano? El episodio que casi acabó en beso no debería haber sucedido nunca. No estaba dispuesto a entregarse a otro arrebato romántico, por muy placentero que lo hubiera encontrado y a pesar de las muchas veces que lo había revivido en su mente.

¿Por qué iba a querer Daphne repetir aquello? Había sido ella la que había salido corriendo.

La vio moverse por la estancia una vez más, con los hombros hacia atrás y los pies deslizándose por el suelo de forma que apenas se le balanceaba la falda. Cualquier institutriz de la aristocracia habría estado orgullosa de ver a una de sus alumnas andar con tanta elegancia.

Sin embargo, sería una habilidad que pasaría desapercibida en un ama de llaves de campo.

Tal vez eso fuera precisamente lo que él pudiera ofrecerle. Tratarla durante unos instantes como a una dama de clase alta, en lugar de como a una sirvienta, no le haría mal a nadie. Durante unos minutos al día, Daphne podría recuperar la posición en la que había nacido y él podría saciar

su curiosidad, sin malentendidos respecto a la posición de cada uno. Aparte de ese momento, que podría producirse al mediodía, cuando no estuvieran del todo solos, cada uno volvería a su lugar, como ama de llaves y señor.

Era la solución perfecta.

—Daphne —la llamó. Miró el libro y pasó la página que no había leído—, trae una bandeja de té. E incluye dos tazas. Me gustaría tomar el té contigo.

—¿Té? —chilló ella.

—Sí, té. —Alzó la vista hasta donde la había visto pararse antes, pero tuvo que buscarla. Estaba en las puertas dobles. ¿Otra vez? ¿Cómo se las había apañado para mantener limpia toda la casa?—. Es una bebida que se suele tomar mientras se conversa. Pensé que podríamos hablar sobre las comidas y temas relacionados con la casa.

—¡Por supuesto! —Su disposición tan entusiasta casi hizo que se le cayera el libro—. Té.

Entonces Daphne bajó la vista al suelo y se escabulló de la biblioteca.

No iba a dedicar ni un segundo de su tiempo a preguntarse qué era lo que tanto la atraía hacia las puertas dobles. Le daba igual lo que hiciera su ama de llaves siempre que la casa funcionara sin problemas y la plata se mantuviera en su lugar. Solo sentía curiosidad por su pasado. No por su presente, y mucho menos por su futuro.

Aunque un poco de aire fresco tampoco le vendría mal.

Antes de darse cuenta, había dejado el libro y estaba parado frente a las puertas. Fuera, todo parecía normal. Soplaban una brisa ligera, hacía sol y sobre las copas de los árboles se apreciaba un ligero manto gris que indicaba que más tarde podría llover.

Entonces, ¿a Daphne solo le atraía el sol? ¿No tendría ganas de dar un paseo?

Cambió de posición y golpeó sin querer la cesta que ella se había dejado allí. Le había dicho que tenía un libro, pero ahora veía cinco. Seguramente la había llenado en sus paseos por la biblioteca.

¿Para qué necesitaba cinco libros?

Echo un rápido vistazo a la puerta para asegurarse de que Daphne no lo sorprendiera a su regreso y se agachó para ver qué lecturas le fascinaban tanto.

Historia general de las Ciencias de la Música y su práctica, en cinco volúmenes. Volumen I. Frunció el ceño. Estaba claro que le gustaba la música, pero lo atribuía más a la emoción de tocarla que al contenido de cualquier libro. ¿Y cinco volúmenes? Miró las estanterías. ¿Estarían todos? Sintió curiosidad por saber cuánta ciencia había en la música como para llenar cinco libros.

Siguió mirando. *La Edad Moderna de la Historia Universal, Introducción al latín y Los Elementos de Euclides. Volumen II*, todos ellos sobre un tomo bastante grueso de álgebra.

Oyó un ruido en otra parte de la casa y volvió corriendo al sofá para abrir el ejemplar que había estado leyendo antes, *Memorias del capitán Conyers*. Lo había escogido en una sección de la biblioteca que contenía varias filas de obras de entretenimiento. Pero ¿por qué Daphne había elegido una selección tan académica y aburrida?

Instantes después, ella volvió a entrar en la biblioteca con una bandeja de té. Mientras la llevaba a la zona de estar, la vio mirar a todos los lados excepto a él. Entendía que estuviera un

poco nerviosa. Lo que él le había sugerido no era algo habitual. Quizá la señora de la casa sí solía tomar el té mientras transmitía sus directrices al ama de llaves, pero ¿un caballero soltero?

No importaba. Ella merecía que le devolvieran un poco de su dignidad, y como William no podía llevarla a un baile en Londres, tendrían que conformarse con tomar el té. Al fin y al cabo, era su deber restaurar en la medida de lo posible todo lo que su familia le había quitado.

Y si mientras lo hacía lograba calmar la bestia voraz de la curiosidad que vivía en su interior, tanto mejor.

A Daphne le temblaron un poco las manos cuando le preguntó cómo le gustaba tomar el té y se lo servía, pero sus modales dieron buena muestra de que le habían enseñado cómo realizar el ritual de forma apropiada. En cuanto tuvo su té y el plato con un poco de queso y unas galletitas, se sentó y esperó a que ella se sirviera el suyo y tomara asiento.

Después, bebió de su taza.

Ella dio un sorbo a la suya,

Y por primera vez en su vida William deseó que no le hubieran educado con ningún sentido de la responsabilidad, porque no estaba seguro de poder restaurar ni una pizca de su dignidad si lo único que podía ofrecerle en ese momento era un incómodo silencio.



Capítulo 27



Daphne se planteó beber el té de una sola vez para que aquel encuentro terminara lo antes posible. Pero años de entrenamiento que creía haber olvidado, junto con una garganta reseca, la mantenían pegada a su silla, dando sorbos demasiado pequeños como para ser considerados propios de una dama.

—No te he invitado a tomar el té como una forma de tortura, Daphne.

La áspera declaración de lord Chemsford la estremeció por dentro. ¿Por qué la había invitado a sentarse con él? ¿Qué conversación requería que estuvieran juntos tanto tiempo? La casa estaba limpia y nunca se había quejado de la elección de las comidas de Jess. Así que, a menos que fuera a celebrar una fiesta...

«¡Oh, Señor, por favor! Que no se trate de una fiesta».

Se aclaró la garganta y depositó con suavidad la taza y el plato sobre la mesa. La presencia de nuevos miembros del servicio con los que había tenido que conversar casi la había dejado temblando de la cabeza a los pies. Se hubiese escondido en un rincón lejano, pero debía asignarles sus deberes e instruirles como siempre había hecho con los niños. Los invitados a una fiesta, sin embargo, era algo completamente distinto. Y en ese momento quería saber de inmediato si iba a tener que enfrentarse a eso.

—¿Hay algo en particular que quiera discutir? ¿Está esperando a más invitados?

El marqués agitó una mano en el aire antes de hacerse con una porción de queso.

—No, aunque en unas semanas tendremos a un invitado para una estancia prolongada. El señor Thornbury se quedará con nosotros mientras cataloga y examina las obras de arte y objetos de interés que hay por aquí. Últimamente ha estado trabajando en Oxford.

Daphne se relajó lo suficiente como para beber un poco más de té, aunque enseguida volvió a dejar la taza sobre la mesa por si regresaba el temblor de manos. Podía encargarse de un erudito. La mayoría de las veces, solían ser tan tranquilos como ella.

Y tampoco tenían mucha vida social. Así que era poco probable que la conociera. Aunque le habría gustado pasar las tardes en reuniones más tranquilas, su temporada de Londres había consistido sobre todo en seguir a Kit donde se le antojaba, y el padre de su amiga solo quería que alcanzara el mayor rango posible en la escala social. En ese ambiente, no había muchos profesores.

Si el señor Thornbury iba a ir allí por trabajo, puede que ni siquiera pasara las tardes con el marqués. Miró hacia las puertas dobles, donde había dejado la cesta con los libros. Tal vez pudiera encontrar alguna excusa para pedir al hombre que enseñara a los niños. Si estaba trabajando en Oxford, seguro que sabía algo que merecía la pena enseñar.

—Me encargaré de que tengamos una habitación preparada —dijo, frotándose las manos en las rodillas. No sabía si le estaban sudando las palmas, pero el corazón le latía a toda prisa y ambas cosas casi siempre iban juntas.

Lord Chemsford levantó el trozo de queso y lo examinó detenidamente.

—¿De dónde es este queso? Está delicioso.

—Lo ha hecho Jess. Usando la leche de nuestras cabras.

—¿Jess?

—Su cocinera. —Se había olvidado de que él siempre se había referido a ella como «la cocinera» y nadie le había dicho su nombre.

El marqués alzó ambas cejas, pero a tenor de la pregunta que hizo a continuación, lo que le llamó de verdad la atención no fue el nombre de su empleada.

—¿Por qué tenemos cabras? ¿Y gallinas?

No podía responderle que porque las cabras eran mucho más baratas y fáciles de manejar que las vacas y que cuidar a una docena de niños requería tener una fuente de leche disponible.

—Porque el queso es muy importante en Marlborough.

Lord Chemsford se comió el pedazo que le quedaba y le lanzó una mirada cargada de escepticismo.

A Daphne le habría encantado que le tragara la tierra en ese mismo instante. «¿El queso es muy importante en Marlborough?». ¿Podía existir una respuesta más estúpida que esa? El marqués iba a pensar que era una simplona.

—Bueno —señaló él, arrastrando la voz como si tampoco tuviera claro qué responder al aquel comentario tan ridículo—. No me gustaría ofender la sensibilidad de ninguno de mis nuevos vecinos.

—Por supuesto que no —murmuró ella. Volvió a tomar la taza de té, solo por tener algo que hacer.

—¿Por dónde debería decir al señor Thornbury que empezara?

Daphne se quedó muy confundida por el cambio de rumbo de la conversación. Se había imaginado tres o cuatro derroteros diferentes que podría tomar aquella charla, pero esa pregunta no estaba en ninguno de ellos.

—¿Empezar, lord Chemsford?

—Durante estos té puedes llamarme Chemsford. —Frunció los labios en una breve mueca de disgusto—. Mejor pensado, no lo hagas. Sigue recordándome demasiado a mi padre. A la hora del té puedes llamarme William.

—¿Vamos a... mmm... hacer esto muy a menudo, milord?

—William —insistió él—. Y sí, creo que sí. Eres la hija de un caballero. Y aunque la vida no se ha portado muy bien contigo, yo sí lo haré. Cada día podrás dejar todo esto atrás, aunque solo sea durante un rato.

¿De verdad pensaba que un poco de té haría que su vida fuera mejor? Sintió un remolino de ira que le atenazó las entrañas —una emoción que no había sentido en tanto tiempo que hasta le costó identificar— y le proporcionó el valor que necesitaba para decir:

—Eso suena bastante pomposo. —Tomó una profunda bocanada de aire y agregó—: William.

—Tienes razón. No quise expresarlo de esa forma. —Frunció el ceño—. Supongo que quiero devolverte lo que mi familia te quitó. Y como no puedo restituir por completo tu anterior posición, me pareció que un poco de té y algo de conversación era lo menos que podía hacer. Ah, y dejarte

usar la biblioteca y la sala de música.

Eso fue todo lo que necesitó para que la ira que sentía se desvaneciera. Puede que no hubiera sabido cómo explicarlo, pero estaba claro que tenía buenas intenciones.

Además, acababa de ofrecerle volver a usar aquel maravilloso piano que tanto había echado de menos. Podría seguir enseñando a Sarah y expresar las emociones que nunca sabía verbalizar o que le asustaba reconocer. Aunque hubiera querido, no habría sido capaz de detener la sonrisa.

—¿Me estás dejando usar la sala de música?

William se aclaró la garganta y eludió su mirada.

—Sí, en los momentos apropiados, por supuesto.

Lo que significaba que no habría más visitas a medianoche con música, velas, palabras susurradas... ni recuerdos que eran mejor que cualquier fantasía y que provocaban en ella nuevas ensoñaciones.

—En los momentos apropiados —repitió ella—. Y cuando hayamos terminado con las tareas de la casa, evidentemente.

Él no hizo ningún comentario, pero extendió la mano para alcanzar una galleta.

—¿Cuáles son tus obras de arte favoritas? —preguntó él al cabo de un rato—. ¿Por dónde debería empezar el señor Thornbury?

Nunca le había interesado mucho el arte. La primera vez que entraron en la casa, solo tuvo ojos para el magnífico piano.

—Lo más probable es que le dijera que empezara por aquí.

—¿Por la biblioteca? —preguntó él sorprendido—. ¿No por la galería de retratos ni ese salón tan cargado que hasta me da miedo entrar en él, porque cuando estoy dentro y respiro demasiado fuerte creo que se va a romper algo?

Daphne tosió para disimular la risa, pero al final soltó una pequeña carcajada.

—Un día deberías probar a limpiar el polvo. Pero sí, yo empezaría por la biblioteca.

Sobre todo porque era la estancia en la que dejaron más cosas de valor mientras los niños vivieron en la casa. Si algo había sufrido algún desperfecto, probablemente sería allí.

—La biblioteca entonces. Sí, creo que es una buena idea. Así no se interpondrá en la tarea de los trabajadores en las plantas superiores. Para cuando llegue el señor Thornbury, las habitaciones del ático deberían estar terminadas, así que se pondrán a trabajar en los otros dormitorios.

Y Daphne se quedaría sin excusas para seguir viviendo en la casa del guarda. Ya no tendría una habitación en una parte apropiada de otra casa. Viviría en las alcobas de los sirvientes. Su caída de la alta sociedad terminaría por completarse.

Intentó convencerse de que aquello era un consuelo, pues afrontar algo por fin era mucho mejor que tenerle miedo.

Volvieron a quedarse callados, pero esa vez ya no le importó. Incluso se relajó lo suficiente como para tomar una galleta.

Todavía le costaba creer que ahora tuvieran todos los días galletas, tartas y cualquier otra cosa que se le antojara a Jess. En los últimos años, las galletas y los pudines no se habían prodigado mucho, pero con la despensa llena de todos los suministros que su amiga pidiera, el menú había cambiado mucho.

El silencio se prolongó y comenzó a resultarle incómodo. ¿Debería llevar el peso de la conversación un rato? Lo cierto era que no sabía muy bien qué decir, no solo porque habían pasado muchos años desde la única temporada en la que participó, sino porque en esa época se limitaba a sentarse tranquilamente y oír hablar a otras damas. ¿Debería preguntarle cuáles eran sus obras de arte preferidas? No, eso era lo que él le había preguntado. Si iba a fingir que eran iguales en la escala social durante una hora —algo que nunca habían sido, ni siquiera en el apogeo de su triste temporada—, tendría que ofrecerle algo mejor que imitar lo que él decía. Aunque prefería el silencio a demostrar que nunca había poseído el don de la elocuencia.

—¿Has viajado? —Se le ocurrió al cabo de unos segundos.

Él ladeó la cabeza.

—Un poco. Aunque mi padre pensaba que mucho. —Esbozó una pequeña sonrisa—. En realidad, estaba en Irlanda.

—¿Irlanda? ¿Y qué estabas haciendo allí?

—Era más lo que no hacía. No estaba convirtiéndome en mi padre.

—¿Y cómo se sintió él con eso? —preguntó en voz baja. William había eliminado a su padre de su vida por decisión propia, mientras que ella... Bueno, supuso que lo de ella también había sido por una decisión que había tomado en su vida y que trajo como consecuencia su separación, pero ella nunca había querido que sucediera.

—Si te soy sincero, creo que se sintió aliviado —respondió él con el mismo tono de voz bajo—. Así le resultó más fácil fingir que su nueva familia era la única que tenía.

Daphne movió la taza, observando los pequeños fragmentos de hojas de té flotando en el líquido. Su padre era muy joven cuando ella nació. La idea de que hubiera vuelto a casarse cuando ella huyó de Londres no era en absoluto descabellada. Estaba claro que había continuado con su vida y estaba teniendo mucho éxito. ¿Por qué no formar una nueva familia?

—Daphne...

Alzó la cabeza y se encontró con la mirada de él. La forma como había dicho su nombre... igual que cuando habían estado en la sala de música junto al piano, cuando ella se dio cuenta de que todo era real. Había una ternura, una fuerza que era incapaz de replicar en su mente. No podía imaginarse a nadie más diciendo su nombre con esa delicadeza.

—¿Tiene mi padre una nueva familia?

—No. —Mantuvo sus ojos fijos en los de ella—. Creo que se arrepiente de lo que pasó. Estoy convencido de que quiere volver a verte. Es un buen hombre.

—Lo sé. Siempre lo ha sido. —Daphne dejó la taza y el plato en la bandeja y empezó a limpiar—. Gracias por el té —consiguió decir, a pesar del nudo que se la había formado en la garganta—. Pero creo que es mejor que a partir de ahora recuerde cuál es mi lugar en esta casa. Soy el ama de llaves.

—Daphne...

No, no volvería a dejarse embelesar. No se deleitaría con la forma en que pronunciaba su nombre, ni memorizaría cada matiz para intentar recordarlo cuando estuviera sola. Era un ama de llaves. Una sirvienta. Alguien con quien su padre nunca se asociaría. Por mucho que hubiera criticado las rígidas normas de la sociedad, que obligarían a su hijo a pagar por un pecado que él

no había cometido, ahora lo entendía. Entender cómo funcionaba el sistema de clases significaba que todos sabían cuál era su lugar. Y así no surgiría ninguna esperanza que luego se truncaría.

No dijo nada más. Se limitó a recoger la bandeja y abandonó la estancia. Pero mientras se marchaba, se le escapó una lágrima y, por primera vez en mucho tiempo, intentó retenerla.



La reacción de Daphne al marcharse de la biblioteca persiguió a William el resto del día. Lo había estropeado todo y ahora no sabía cómo enmendarlo.

Cuando Cyril, el nuevo lacayo, apareció en el comedor para servirle la cena, se sintió tan mal que tuvo que reprimir el impulso de despedirlo de inmediato para que Daphne tuviera que traerle el resto de la comida.

Sin embargo, se mordió la lengua, porque no debería haberle importado. Sí, su intento de ofrenda de paz había fallado, pero ¿no era la intención lo de que de verdad importaba? Tampoco se le ocurría ninguna otra forma de apaciguar la situación.

Una mirada a su plato le mostró que, por lo menos, una persona de abajo se lo había tomado como una ofensa personal. Los bordes de una carne que no logró identificar estaban chamuscados. Y un solo bocado reveló que tenía sal suficiente como para que le ardiera la boca.

Desde luego que la cocinera era otro misterio más en aquella casa tan extraña, pero ya había probado su comida lo bastante como para saber que le había saboteado la cena adrede. Estaba dispuesta a arriesgar su posición para afearle su comportamiento.

Aquello demostraba un admirable, aunque confuso, sentido de la lealtad. Se suponía que solo llevaba allí unos meses. O al menos él pensaba que la habían contratado poco después de que avisara que tenía la intención de irse a vivir allí.

Estaba empezando a darse cuenta de que, en esa casa, nada de lo que creía saber significaba nada.

Cortó la carne, esperando que la cena fuera suficiente penitencia y pudiera olvidar aquel día. Después de masticar un buen rato, por fin pudo tragar, pero no pudo continuar e hizo a un lado el plato para que el lacayo se lo retirara.

—¿Le traigo el postre, milord?

William se pasó una mano por la mandíbula.

—¿Tiene aspecto de poder comerse?

—En realidad sí —respondió el hombre, mirando extrañado el plato—. Si me permite el atrevimiento, señor, tiene bastante mejor aspecto que esto.

Temió que la cocinera le hubiera echado alguna sustancia que lo haría sentirse miserable los próximos dos días.

—No, esta noche no me apetece tomar nada más.

El lacayo asintió y despejó la mesa, dejándole una copa de oporto. Se movía de forma eficiente y silenciosa, tal y como un sirviente debía hacer.

Algo que le molestó.

Cyril salió del comedor para ir a la planta inferior, probablemente para cenar. Seguro que las

raciones del servicio habían sido debidamente cocinadas y sazonadas.

De pronto, alguien puso frente a él un plato de natillas exquisitamente horneadas con una cuchara al lado.

—La comida es una necesidad, pero el postre es un lujo.

William alzó la vista para encontrarse con el rostro serio de la mujer rubia a la que apenas había visto desde el primer día. No recordaba que tuviera ese aspecto tan fiero. Las pocas veces que había coincidido con ella le había llegado a parecer más bien sumisa.

—Si me tomo el tiempo de hacer un postre —continuó ella—, voy a hacerlo como Dios manda.

William se aclaró la garganta y levantó la cuchara, dispuesto a hundirla en las natillas.

—¿Va a hacer que pase mala noche? ¿O tener náuseas y convulsiones los próximos tres días?

Ella esbozó una media sonrisa siniestra y letal.

—Si hubiera querido eso, habría puesto algo en la salsa del pollo. En las natillas es demasiado fácil camuflar cualquier sustancia.

William tosió y bajó la mirada. ¿Aquel trozo de carne era pollo? No sabía si creerla.

—La carne no tenía salsa.

—Precisamente por eso.

La mujer se quedó allí de pie, mirándolo fijamente. ¿No se iba a marchar de allí hasta que lo probara?

Sumergió la cuchara en las natillas y se la llevó a la boca. La textura perfecta y cremosa le proporcionó un instante de dicha con el que no contaba esa noche.

La cocinera dio la vuelta sobre sus talones y fue hacia la puerta.

—Su familia ya le ha quitado demasiado. Creo que no es mucho pedir que deje de molestarla con todo ese asunto sobre su identidad y su propósito en la vida. —Se detuvo en el umbral y lo miró por encima del hombro—. Pero gracias por ofrecerle el piano. El clavicordio de la casa del guarda suena fatal.

Y dicho eso, se marchó.

¿Qué había querido decirle? Se comió las natillas despacio, meditando sus palabras. Él no había interferido en el propósito de Daphne en la vida. En todo caso, había apuntalado aún más su puesto de ama de llaves, proporcionándole un personal que haría el trabajo de menor categoría, dejando que ella se encargara del resto. Eso era algo bueno, ¿verdad?

Aunque quizá para ella no. Había estado cuidando de esa casa durante años. ¿Habría criado a Benedict en la casa del guarda? Tal vez había contratado a los niños para mitigar el vacío que le había provocado que su hijo se fuera a trabajar con el señor Leighton.

Pero no iba a deshacerse de las nuevas sirvientas. Por un lado, porque el señor Banfield le había dado a entender que las muchachas venían de familias que necesitaban urgentemente el dinero. Por otro, porque mantener una casa limpia en la que vivía gente era mucho más difícil que si estuviera vacía, y al final Daphne y Sarah podrían verse superadas por el trabajo.

Pero la idea de que a Daphne le inquietara el asunto de su identidad y su propósito en la vida hizo que el gesto de derrota que le había visto antes tuviera un poco más de sentido. Nunca la había visto tan afectada. Ni siquiera cuando su padre apareció de forma inesperada y quiso salir de allí a toda costa, saltando por una ventana, la había visto decidida. Y la noche en que la vio

tocando aquella melodía desgarradora en el piano, al final había sucumbido a un raro optimismo que debía de ser innato en ella.

Daphne había construido una nueva vida después de haber perdido la antigua. Y él no quería destruirla. Solo quería mejorarla. Pero estaba claro que no lo estaba haciendo bien.

Mientras rebañaba lo que quedaba de las natillas y tomaba un sorbo de oporto hizo lo que nunca había hecho en su vida. Intentó imaginarse siendo otra persona.



Capítulo 28



En la mesa del servicio no había sitio para más criados. Con cinco sirvientas, dos lacayos, dos mozos de cuadra, tres jardineros, una cocinera, un ama de llaves y un ayudante de cámara, estaban todos bastante apretados, pero Jess se negó a que cenaran en otro lugar. De modo que allí estaban sentados, hombro con hombro, comiéndose un pollo cocinado a la perfección.

Bueno, todos los demás comían pollo. Daphne supuso que estaba delicioso por la forma en la que todos rebañaban los platos con entusiasmo. Los niños, sentados a su izquierda, murmuraban entre ellos lo rico que estaba, mientras que un lacayo miraba a la cocinera con una mezcla de asombro y temor.

Jess, que había desaparecido unos instantes después de asegurarse de que todo el mundo tenía su plato, comía sin mirar a nadie en concreto, aunque una leve sonrisa curvaba sus labios mientras masticaba.

Cuando todos terminaron, la cocinera se levantó y anunció:

—Esta noche he hecho natillas al horno para todos, así que si queréis un poco, seguid sentados. Eugenia y yo las traemos.

—¿Has hecho postre para todos? —preguntó Daphne. Su amiga le colocó un tazón junto al plato todavía lleno.

Asintió y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí.

—Sé que ahora tenemos más comida, pero...

—No te preocupes—replicó, poniendo los ojos en blanco—. El marqués no va a decir nada. Además, las natillas consisten básicamente en leche y huevos, y de eso tenemos de sobra.

—Oh. —El ama de llaves se puso a jugar con el postre y atendió a la conversación entablada alrededor de la mesa. Los nuevos miembros del personal eran de Marlborough o de otros pueblos cercanos y habían sido seleccionados por Nash para que encajaran en Haven Manor. Había visto a uno o dos de ellos en alguna ocasión, pero no conocía a ninguno, ni tampoco había hablado con ellos antes del día anterior.

Era como volver a estar en Londres, pero con unas sillas menos cómodas y las paredes pintadas de un color sencillo. Se quedó sentada en su rincón, en silencio, para no llamar la atención de nadie.

Su mundo había sido esa casa y el reducido grupo de personas que vivían en ella. Un mundo pequeño y apacible donde se había sentido segura y en el que sabía el sitio que ocupaba.

Ahora, sin embargo, ya no tenía claro si pertenecía a algún lugar.



El pequeño cuarto situado cerca de la cocina, que antaño habían usado para guardar la ropa

pendiente de arreglar, siempre había estado lleno. Con doce niños creciendo, en todo momento era necesario coser.

Ahora estaba vacío y Daphne le había devuelto el que seguramente había sido su destino original como sala del ama de llaves. Los nuevos lacayos, Cyril y James, le habían traído una mesa pequeña de la despensa y ella había tomado prestada una de las sillas del comedor del servicio. Tenía lápices, papeles e incluso un libro para llevar las cuentas de la casa.

Un libro que estaba en blanco porque, hasta ese día, los gastos domésticos se habían limitado a suministros para la cocina. Ahora tenía un personal al que pagar, y probablemente también debía empezar a llevar un registro de los artículos de limpieza que gastaban. En ese momento, sin embargo, no tenía mucho que anotar.

Así que se sentó en su nueva sala, preguntándose qué demonios se suponía que debía hacer consigo misma. No tardó mucho en repartir las tareas. Tal vez debería haber comprobado el trabajo de las sirvientas, pero eso supondría volver a aventurarse en la zona principal de la casa y todavía no estaba lista para hacerlo.

Si lord Chemsford la veía, si volvía a intentar hacer que se sintiera mejor con respecto a su humilde posición, puede que al final se olvidara de su carácter sosegado. Cuando Jess había insistido en enseñar a todos a defenderse, a Kit le habían entusiasmado las lecciones, pese a su torpeza en esas lides, pero había intentado evitarlas. No le gustaba la idea de golpear a nadie ni imaginar situaciones en las que tuviera que hacerlo. No obstante, no siempre se había salido con la suya y sí había recibido alguna que otra clase de defensa personal, así que podía asestarle al marqués un buen golpe si se lo proponía.

Por supuesto que eso la llevaría a la nada deseable situación de encontrarse sin hogar. Otra vez. Ya había pasado por ello una vez en su vida y era suficiente, de modo que se quedaría en su sala hasta que se le pasara aquel impulso.

Solo necesitaba algo que hacer.

No sabía si Jess planeaba las comidas de antemano, aunque no creía que su amiga le fuera a permitir encargarse de eso. Y con dos lacayos en la casa, tampoco hacía falta que fuera hasta Marlborough a hacer las compras.

Miró la pequeña ventana en lo alto de una de las paredes de su despacho y frunció el ceño. Si se ponía de pie, podía ver por encima del alféizar una de las zonas del jardín que estaban acondicionando. Aquello tampoco estaba dentro de sus funciones. Sabía cómo ordeñar una cabra y recoger huevos, pero cuidar del jardín nunca había sido una tarea en la que se sintiera muy diestra. No, no tenía ni idea de qué decirles a los trabajadores que hicieran con la hierba o con los árboles.

Se dejó caer en su silla con un gruñido de frustración. ¿Cómo había sido capaz de aguantar todos aquellos días de inactividad en Londres? ¿De verdad se había dedicado solo a tomar el té, leer y tocar el piano? Por supuesto, había recibido clases. Como se había quedado sin madre muy joven, su padre había contratado tutores para que le enseñaran de todo, desde bailar hasta cómo servir el té.

Ahora volvía a tener tiempo para retomar las lecciones, solo que esta vez lo haría para prepararse y enseñar en vez de para aprender.

Sacó el primer libro de la cesta que había conseguido recuperar esa mañana. Los volúmenes que había elegido no respondían a una lógica determinada. Se había limitado a buscar títulos de las materias que solían impartirse en las escuelas. Esa era el único criterio que se le ocurría, ya que no tenía ni idea de lo que Kit les había enseñado.

Tras dos horas inclinada sobre la mesa, le dolían la cabeza y el cuello por la postura, pero sabía más matemáticas que nunca. Incluso entendía algo de aquellas misteriosas incógnitas expresadas en letras en lugar de números.

Resultaba emocionante saber que podía calcular la cantidad de un ingrediente que Jess necesitaba para hacer una receta para más comensales. Aunque tampoco fuera a resultarle muy útil ese conocimiento en concreto.

En todo caso, a Jess se le daban bastante mal los números, así que tal vez pudiera ayudarla a la hora de hacer la lista de suministros o algo parecido.

Pero usar ese nuevo conocimiento era muy diferente a enseñarlo. ¿Cómo se suponía que iban a aprenderlo los niños sin tener el libro delante de ellos para poder comprenderlo tal y como ella lo había hecho? No creía que les fuera a apetecer mucho después de un largo día de trabajo.

Tal vez las nuevas sirvientas pudieran descargar un poco de trabajo a Sarah. Y si se organizaban bien podrían liberar unas horas a Eugenia. Ella misma le echaría una mano en la antesala de la cocina y fregaría unas cuantas ollas para que la niña recibiera sus clases. Con Reuben, sin embargo, sería un poco más complicado. Ella no tenía ni idea de cuidar los caballos y no sabía si el señor Pasley se iba a tomar bien que le pidiera permiso para que el muchacho dedicara un tiempo a aprender otras cosas.

Cerró el libro de Matemáticas y sacó el de Ciencias. Pero antes de que pudiera abrirlos, alguien llamó a la puerta. Era Horatia.

—Lord Chemsford ha pedido que le lleven el té a la sala de estar sencilla. Con dos tazas.

Dos tazas. El marqués esperaba volver a tomar el té con ella.

—Gracias, Horatia. Ya me ocupo yo. —Se felicitó a sí misma por haber sido capaz de pronunciar la frase sin que la voz le temblara un ápice.

Antes de lo que le hubiera gustado, se encontró llevando una bandeja al que una vez había sido el dormitorio de las niñas. En el pasado, en el vestidor adjunto también habían instalado camas y el cuarto más pequeño situado al lado había hecho las veces de vestidor.

Ahora a ese dormitorio le llamaban la sala de estar sencilla porque... bueno... porque era muy simple. Y muy pronto también tendría el honor de ser el escenario de su última humillación.

Lord Chemsford ya estaba dentro, de pie en un lateral.

El ruido de las tazas reveló que le temblaban las manos mientras cruzaba la estancia. Sin mediar palabra, se puso a servir el té. Si ese hombre iba a obligarla a volver a hablar con él, intentaría que el encuentro fuese lo más breve y lo menos humillante posible.

—Gracias —dijo él, al aceptar la taza—. ¿Qué crees que debería hacer con esta habitación?

Daphne se detuvo en seco, con la taza a escasos centímetros de la boca.

—¿Hacer?

—Sí. Las habitaciones del ático están prácticamente terminadas. Le dije al señor Leighton y a Benedict que continuaran por este cuarto. Esta casa lleva más tiempo siendo tuya que mía. Seguro

que te has imaginado todos los usos que se le podrían dar.

Pues claro que se los había imaginado. Aunque nunca creyó que sus planes tomaran forma. ¿Acababa de decirle que esa casa había sido «suya»? ¿Era consciente de lo mucho que eso significaba para ella?

Dejó la taza a un lado con mucho cuidado y empezó a hablar.



William había hablado mucho con Daphne desde que la conociera pocas semanas atrás. Había detectado en las palabras de la mujer emociones como preocupación o nerviosismo, y él había sentido lástima e incluso se había enfadado, ya fuera con ella o consigo mismo. Pero aquella invitación a que compartiera con él sus ideas sobre la vivienda había provocado en la joven algo que nunca hubiera imaginado.

Daphne esta viva. Era una persona brillante. Y apasionada.

El aspecto de la casa no le importaba en absoluto, siempre que estuviera presentable y no se viera tan desfasada como para dar la sensación de que el marquesado no atravesaba un buen momento. Pero como tenían que acondicionar las habitaciones, pensó que pedirle su opinión sería una buena forma de romper la incomodidad creada cuando tomaron el té del día anterior.

Por lo visto había sido una de las mejores ideas que había tenido nunca.

Daphne lo sabía todo sobre aquella estancia. Dónde daba el sol por las mañanas y por dónde entraban más corrientes de aire en invierno. Le habló de los muebles y de cómo podían reubicarlos si quería reservarla para sus mejores huéspedes. Incluso hizo sugerencias sobre colores y telas, y sobre algunas obras de arte de otras zonas de la casa que podrían lucir mejor allí. Cada idea que propuso iluminaba su rostro, un entusiasmo que le recordó el de la noche en que la contempló tocando el piano.

Por la cabeza de Daphne Blakemoor pasaban muchas más cosas de lo que dejaba entrever.

Era fascinante. Como ver abrirse una flor exótica y única, desplegando insospechados pétalos de diferentes colores.

—Y eso es lo que haría —concluyó, después de detallar sus propuestas. Luego, bajó la vista a su regazo y se aclaró la garganta antes de añadir—: Si la casa fuera mía, claro está. —Entonces hundió los hombros y su entusiasmo se desvaneció.

William se desesperó al ver cómo Daphne perdía toda aquella confianza en sí misma y volvía a mostrar inseguridad. Su actitud le había fascinado solo unos segundos antes. Sabía que alentar ese comportamiento seguramente sería peligroso, pero no podía pedir a alguien que era capaz de mostrar tal energía que viviera en silencio.

—Me gusta —aseguró. Apenas había tenido tiempo de asimilar su idea, pero estaba convencido de que no se arrepentiría de seguir sus consejos—. Quiero que te encargues de que la renovación se haga como dices.

—¿Yo? —preguntó Daphne con un chillido—. Pero... yo... no... no puedo.

William alzó ambas cejas.

—¿Por qué no? Prácticamente has estado limpiando esta casa de arriba abajo tú sola. Ahora

que hay tres criadas nuevas, seguro que estás menos ocupada.

—Bueno, sí, claro, pero... —La vio removerse en su asiento—. ¿Puedo serte sincera?

—Por favor.

—Soy el ama de llaves. Y eso no es lo que hacen las amas de llaves.

Cierto, pero ¿por qué de pronto quería ser una buena ama de llaves? Él ladeó la cabeza.

—¿Ah, no?

Tal y como había esperado, Daphne vaciló.

—Mmm... No—replicó sin la más mínima firmeza—. Creo que es una tarea más propia de la señora de la casa.

—Pues yo creo... —No pudo evitar imaginársela como la señora de todo aquello—. Creo que adoras este sitio.

—Así es —susurró ella—. No tienes ni idea de lo que este lugar significa para mí.

—Entonces, lo harás perfectamente. —Sabía que tenía razón. Daphne se preocuparía más por cada rincón que cualquier otra persona que pudiera contratar—. Tengo que estudiar algunos aspectos, pero sí, te estoy pidiendo que te encargues de la estética del proyecto.

—¿Que me encargue?

—Sí. Aunque evidentemente me gustaría que me informaras con regularidad de tus ideas para que podamos comentarlas. —No era absolutamente necesario que le contara sus planes al detalle, pero no podía negarse a sí mismo el placer de contemplarla tal y como la había visto hacía unos momentos.

Su sonrisa mientras hablaba, sus gestos al describir la belleza de la estancia con el sol de la mañana, cómo le había mantenido la mirada con los ojos muy abiertos y expresión franca...

Quería más de todo aquello. Estaba intrigado, cautivado. Deseaba volver a sentir alguna de aquellas emociones a las que todavía no había puesto nombre y que lo habían impactado. Era como una llama fascinante, aunque pudiese quemar.

Porque si la tocaba se quemaría. Y ella también. Podía imaginarla como la señora de la casa, pero no como marquesa. No se la imaginaba en Londres, ni siquiera en Dawnview, relacionándose con multitud de personas, la política y los chismes. Daphne era demasiado pura, a pesar de su pasado... o quizá precisamente por su pasado. Puede que sufrir una experiencia como la suya le mostrara a uno el valor de una vida sencilla y retirada.

—También te proporcionará un motivo para pasar más tiempo con tu hijo —añadió—, en caso de que necesitaras algún incentivo más.

—Benedict... —repuso ella con voz ahogada—. Llámale Benedict. No mi... mi hijo.

William hizo un gesto de asentimiento y continuó antes de que volviera a encerrarse en sí misma.

—Y dime, ¿qué harías en la galería de retratos?

Aquella era la estancia más absurda de la casa. No conocía a ninguna de esas personas, no le importaban lo más mínimo y no estaba dispuesto a trasladar allí ninguno de los retratos de Dawnview Hall.

—Bueno —empezó ella con cautela, como si tuviera miedo de dejarse llevar por el entusiasmo de nuevo—. Depende de si tienes la intención de entretenerme o no. La sala de música situada

cerca del vestíbulo principal y la galería de retratos serían dos espacios excelentes para celebrar algún evento social en el campo.

—No tengo ninguna intención de entretenerme, y, de hacerlo, no sería en fiestas multitudinarias. —Los bailes y reuniones sociales nunca formarían parte de su vida, ni siquiera cuando se casara. Se negaba a contraer matrimonio con alguien con tanta vida social o tan ambiciosa como su madrastra.

—En ese caso... —Daphne entrelazó los dedos, como si temiera que él desestimara todas sus sugerencias—, ¿tienes algún pasatiempo? Es una sala excelente para practicar cualquier actividad. Si te... —La vio mirar a su alrededor, como si estuviera intentando dar con una idea—. Sería un lugar extraordinario para hacer esgrima, si te gusta ese deporte, porque... bueno... está claro que no vas a coser o hacer manualidades... pero si hay algo con lo que disfrutes especialmente al aire libre, la galería de retratos en un sitio que ofrece muchas posibilidades para los días de lluvia. La destinaría para algo así. Eso es lo que haría.

William se recostó, pensando en las cosas que podrían caber allí. Material de esgrima, aparatos de entrenamiento. Puede que alguno de los equipos de gimnasia que había visto en un libro de Friedrich Ludwig Jahn. Su alemán no era muy fluido, pero aquel volumen que había tenido en sus manos constaba fundamentalmente de dibujos y mostraba ejercicios que parecían interesantes.

Resultaría una habitación bastante extraña para una casa de campo, pero al estar tan apartada del resto de las estancias no supondría ningún problema.

—Creo que es una idea excelente —reconoció él.

—¿En serio? —Daphne lo miró parpadeando, como si nunca hubiera oído esas palabras.

Si su proceder habitual tenía algo que ver con las estratagemas con las que había intentado mantenerlo alejado de Benedict, no le extrañaba que no las hubiera oído jamás. Pero en esa ocasión, había propuesto una idea brillante.

—Sí. —Tomó la taza de té y se acomodó en la silla—. Cuéntame otras ideas que se te hayan ocurrido para la casa.



Capítulo 29



Parecía que Dios estuviera empeñado en que un comportamiento atípico en esa casa condujera necesariamente a otro.

Primero, William se había visto cautivado por una apasionada, entusiasta y confiada Daphne, que estaba haciéndole propuestas factibles y perspicaces. Y en ese momento estaba de camino al ático, tras la idea más excéntrica que se le hubiera podido ocurrir nunca a su ama de llaves.

Se detuvo en el umbral de uno de los dormitorios del ático y se aclaró la garganta.

El muchacho que estaba midiendo la pared, levantó la cabeza, lo miró y se incorporó con una cuerda larga y gruesa entre los dedos.

—Milord...

Lo vio parpadear y tragar saliva antes de mirar a su alrededor. Era el mismo gesto que solía hacer su madre cuando estaba nerviosa, y verlo en él le produjo una inexplicable calma tras la inquietud que había sentido segundos antes. Por eso estaba allí. Cuando la noche anterior se había puesto en el lugar de Daphne, se había dado cuenta de que lo que más le importaba a ella era lo que iba a suceder con Benedict. Al fin y al cabo, ese muchacho era la persona cien por cien inocente en la situación que William estaba tratando de rectificar.

Se adentró un poco más en la estancia.

—Buenas tardes, Benedict.

—Todavía no he tenido tiempo de ponerme a trabajar en su escritorio, señor. Estamos viniendo todos los días. Aún tardaré un poco.

William agitó la mano hacia un lado.

—No me preocupa el escritorio. Eres un joven con mucho talento, pero ni siquiera tú puedes hacer dos cosas a la vez.

Benedict lo miró con los ojos muy abiertos.

—Gracias, señor.

William echó un vistazo a la pequeña ventana que había al otro lado de la puerta, esperando que le llegara un poco de inspiración para decidir una estrategia que le permitiera conseguir el vago objetivo que lo había llevado hasta allí.

—¿Qué tienes pensado hacer cuando termines tu período de aprendizaje con el señor Leighton?

Como no había ninguna silla en la que sentarse, apoyó un hombro contra el marco de la ventana en un intento por parecer lo más relajado posible. Como si no hubiera subido adrede varios tramos de escalera para mantener aquella conversación.

—Me gustaría tener mi propio taller. No sé cuántas de las personas que viven por aquí comprarían el tipo de muebles que quiero hacer, pero Marlborough es un lugar por el que pasa mucha gente y a algunos de ellos les gustan las piezas singulares. —Benedict se enrolló y desenrolló la cuerda de medir alrededor de la mano varias veces.

—Creo que si consigues colocar unas pocas piezas en los lugares adecuados podrías tener más trabajo del que puedas realizar.

El joven aprendiz esbozó una sonrisa al tiempo que relajaba los hombros.

—¿De verdad piensa eso?

—Hiciste la mesa de juego de abajo, ¿verdad? Y también la caja de té del comedor.

El chico asintió.

William respondió con otro gesto de asentimiento.

—Entonces, sí; creo que a la gente le encantará tus creaciones.

Y de pronto supo exactamente lo que tenía que hacer. Había querido confirmar y alentar las pasiones del muchacho, pero Benedict ya estaba desarrollando su vocación, trabajando en algo que realmente le gustaba. —¿Sabes cómo llevar un negocio? —preguntó.

—No, señor. —El joven volvió a tensar los hombros—. Nunca he tenido que preocuparme mucho por el dinero y todas esas cosas.

En cambio, el primer libro que William tuvo entre sus manos fue uno de contabilidad.

—Me gustaría enseñarte.

Ambos se miraron y William tuvo que hacer un esfuerzo enorme por no estremecerse al contemplar unos ojos tan parecidos a los suyos. Temió tener que oír en boca del muchacho que no quería tener nada que ver con alguien relacionado de algún modo con un padre que no lo había reconocido o con un jefe que le complicaba la vida a su madre. Porque, aunque no sabía que Daphne era su madre, estaba convencido de que Benedict la veía de ese modo.

Pero lo sorprendió al preguntar:

—¿Por qué?

Una pregunta pertinente que William no estaba seguro de poder responder. Era por una mezcla de culpa, responsabilidad y el deseo de reparar una injusticia.

—¿Porque creo que es lo que hay que hacer? ¿Te sirve esa respuesta?

Benedict ladeó la cabeza, pensativo. Un gesto que él mismo solía hacer, que también había visto hacer a su padre y que seguramente haría su primo Maxwell. Sacudió la cabeza para concentrarse en el asunto que se traía entre manos.

—Sí —dijo por fin el muchacho—. Creo que es suficiente. —Miró la cuerda que tenía en la mano y la pared que había estado midiendo—. Pero tengo mucho trabajo. Tendrá que ser durante el descanso. Suelo hacer una parada al mediodía.

Con ese sentido de la responsabilidad, llegaría muy lejos.

William volvió a asentir.

—Pues lo haremos a mediodía.

Dejó que el chico siguiera trabajando y se fue directo a la biblioteca para buscar libros de contabilidad con los que enseñarle cómo llevar un negocio.

En ese momento sentía la misma emoción interior que había visto antes en Daphne, como si Dios lo hubiera puesto justo ahí, en ese mismo momento, para llevar a cabo esa tarea. Era algo que podía hacer, y además hacerlo bien. Pocas cosas había más fascinantes.



Cuatro días más tarde, después de haber tomado el té en varias habitaciones de la casa para compartir con él sus ideas, Daphne creyó que por fin iba a dejar que se encargara de la decoración de la casa.

Tres días después, estaba dedicando su tiempo libre a hacer bocetos e imaginarse diseños elegantes, a la par que útiles, para cada espacio. No sabía mucho sobre la moda o los estilos del momento, pero conocía aquella vivienda. Y tenía la intención de transformarla en una dama elegante pero discreta, no en uno de esos dandis londinenses que se preocupaban por si las hebillas de sus zapatos eran o no del tamaño adecuado para esa temporada.

Llevó su cuaderno de dibujo al ático, como empezaba a ser costumbre a media tarde, para intercambiar ideas con Benedict mientras trabajaba. A veces, su hijo dejaba un instante lo que estaba haciendo y dibujaba un boceto para un mueble o le comentaba lo que había visto en algún catálogo. Otras veces se limitaban a hablar mientras ella plasmaba sus ideas en el papel.

Cuando le contó que el marqués le había estado enseñando cómo gestionar un negocio durante su descanso de mediodía, se sintió enormemente agradecida y desechó cualquier reticencia que aún pudiera albergar.

Se detuvo en la biblioteca, con el cuaderno apretado contra su pecho, y llamó a la puerta. William estaba escribiendo una carta muy concentrado. Últimamente le era mucho más fácil pensar en él como William.

Ya no veía a su hijo cuando lo miraba. Ahora le resultaban mucho más obvias las diferencias entre ambos. Los ojos de William eran del mismo color y tenían la misma forma que los de Benedict, pero estaban un poco más juntos y su nariz era algo más estrecha. Tampoco le salían hoyuelos cuando sonreía y, aunque tenían el mismo color de pelo, el del marqués era completamente liso, mientras que en el del chico, cuando le crecía demasiado, aparecía una ligera onda.

No, ya no pensaba en su hijo cuando miraba a aquel hombre.

Sus pensamientos tomaban un rumbo más peligroso.

Cuando él alzó la vista y la miró, se abrazó aún más a su cuaderno.

—Gracias por lo que estás haciendo por Benedict.

Él asintió.

—Sus piezas son increíbles, pero eso no le llevará a ningún sitio si no sabe cómo gestionar un negocio.

Daphne cambió su peso de un pie a otro. Sabía que debía irse, pero no quería hacerlo. Apenas unas horas antes habían tomado el té en la sala de arriba, que antaño había sido su dormitorio. Habían estado hablando un rato sobre la decoración de la habitación, pero luego la conversación derivó hacia los libros y las flores nuevas que estaban plantando en el jardín.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó William.

—Oh, bocetos. Para el comedor.

—¿Puedo verlos?

Ella miró el cuaderno que llevaba en las manos. Dibujar y tocar el piano eran sus únicas destrezas, pero hacía mucho tiempo desde que alguien ajeno a su familia había visto alguno de sus dibujos. Le temblaron un poco los brazos cuando dejó el cuaderno encima del escritorio.

Él miró los apuntes unos segundos.

—Háblame de ellos.

Y eso fue lo que hizo. Aunque ya había compartido con él sus ideas de viva voz, ahora podía detallarlas más con sus bocetos y las aportaciones de Benedict sobre los muebles.

Después de un rato empezó a sentir la garganta un poco seca, señal de que había hablado mucho. Echó un vistazo al reloj y se dio cuenta de que esa tarde había dedicado mucho más tiempo al proyecto de lo que normalmente se permitía.

—Oh. Debería irme ya o te servirán la cena muy tarde.

—Cena conmigo.

—¿Qué? —Se quedo petrificada, con el brazo extendido para recoger el cuaderno. No había dicho lo que ella creía haber oído, ¿verdad?

—Que cenas conmigo. Puedes... —Hizo una pausa y agitó una mano en el aire con los labios apretados, como si fuera incapaz de encontrar las palabras que estaba buscando—. Puedes seguir contándome tus ideas en el comedor. Contrastar el diseño en el espacio físico para el que se ha ideado será mucho más esclarecedor.

—Yo...

Debería haberse negado. Bajar a la zona de servicio, ocuparse de sus responsabilidades como ama de llaves y recordar cuál era su nuevo cometido en la vida. Pero la petición era razonable, ¿no? Comprobarían si sus ideas se adaptaban al espacio real.

—Sí —respondió en voz baja, y con una sonrisa en los labios.

William también esbozó una sonrisa a modo de respuesta y ambos se quedaron así unos instantes, sonriéndose como dos tontos, hasta que el reloj dio la hora y rompió el trance. Entonces Daphne sintió el calor ascendiendo por sus mejillas, volvió a llevarse el cuaderno al pecho y murmuró algo sobre verle en la mesa después.



Y así fue como empezó. De compartir el té pasaron a compartir la cena. Después de una semana, Daphne se tomaba su tiempo para ir a la casa del guarda todas las noches a ponerse su mejor vestido, mientras que William —ya era prácticamente incapaz de pensar en él como lord Chemsford— cambiaba su ropa de día por levitas y elegantes pañuelos de cuello.

Estaba increíble con traje de noche. La primera vez que lo vio, casi se atragantó de la impresión.

Debían de parecer una pareja de lo más absurda. Su mejor vestido ni siquiera habría pasado por una prenda matutina mínimamente aceptable en Londres, y mucho menos por un atuendo de cena adecuado. Pero como a él no parecía importarle, intentaba no pensar en ello. Al menos no demasiado. Y si se había pasado una tarde añadiendo algún que otro adorno a una manga o una nueva tira a un corpiño era porque la ropa remendada duraba más.

Tres semanas de cenas después, casi había superado aquel arrebató de atracción que sentía cuando entraba en el comedor. Y aunque temía que al final se quedarían sin temas de conversación, todavía no había sucedido. Cada noche empezaba con un silencio incómodo, pero

entonces él le preguntaba sobre algo tan sencillo como las alfombras de los pasillos de la planta de arriba y eso derivaba en una charla sobre sus colores, flores y animales favoritos. Tres horas después solo habían llegado a un acuerdo sobre una alfombra. Otras veces él le hablaba sobre la fábrica que estaba construyendo o sobre alguna tarea de ese día.

A veces —casi siempre—, Daphne libraba una batalla en su interior para no dejarse llevar por una de sus fantasías mientras estaba sentada en aquella mesa. Esa noche, sin embargo, estaba más concentrada, porque estaban hablando de la sala de música. Estaba segura de que ya habían discutido ese asunto, pero como había sido William el que lo había traído a colación, puede que él no se acordara.

—Esa sala no va a sufrir muchos cambios. —Cuando Kit, Jess y ella volvieron a colocar los muebles originales de la casa, se encargó de que la sala de música quedara como a ella le gustaba más que como se la habían encontrado al llegar—. El piano está en buenas condiciones, así que cualquier decoración que se haga girará en torno a él. Es el centro de atención de la sala y no veo motivo alguno para cambiarlo.

—Me parece bien. —William se recostó en su silla mientras Cyril retiraba los platos y traía el segundo. Desde que Daphne había empezado a cenar con William, las comidas de Jess se habían vuelto más elaboradas. Era rara la cena que no consistía en, por lo menos, tres platos.

Su amiga le fruncía el ceño cada vez que entraba en la cocina vestida para la ocasión. Después de las tres primeras veces, había dejado de recordarle que tuviera cuidado, lo que le facilitaba fingir que no estaba preocupada por lo que pudiera pasar cuando acabaran aquellos encuentros.

Sabía que para William ella solo era una vía de escape para pasar el tiempo. Ella, sin embargo, estaba deseando verlo todos los días.

—¿Te apetecería tocar para mí después de la cena?

Le alegró no haber probado todavía los espárragos.

—¿Quieres que toque?

—Sí. Si no te importa, por supuesto.

No, no le importaba. Agradecía cualquier excusa para poner las manos en ese piano. Pero la última vez que había tocado para él... El recuerdo le provocó un intenso rubor. Bajó la vista hacia el plato con la esperanza de que los rizos que había intentado que le enmarcaran el rostro fueran lo suficientemente espesos como para ocultar el sonrojo de sus mejillas.

—¿Daphne? —insistió él.

—Me encantaría tocar para ti.

Esa noche, cuando regresara a la casa del guarda y apoyara la cabeza sobre la almohada, seguro que soñaría con un sinfín de días tocando para él. Tal vez hasta se imaginara tocando mientras sus hijos bailaban y se reían, mientras él, sentado al lado de la ventana, sonreía con indulgencia a su progenie.

Sin duda un sueño muy peligroso.

—Excelente —celebró él—. Ese es uno de los problemas con los que no contaba cuando tomé la decisión de venir a vivir aquí solo.

—¿Cuál?

—El silencio. El silencio transmite paz, pero también puede ser opresivo. Y puede hacer que

un hombre se sienta bastante solo. Seguro que sabes a lo que me refiero, ya que has estado cuidando de la casa todos estos años.

No, no lo sabía. Tal vez ese fuera un buen momento para revelar el secreto que había albergado Haven Manor. Que ella y su mejor amiga habían llenado de niños aquella casa, que había sido de todo menos silenciosa.

—Creo... —Decidió que era mejor dejar el pasado donde estaba, pero respondería a la observación que él había hecho sobre la soledad. Ella se había sentido mucho más sola en Londres de lo que nunca había estado allí—. Creo que el silencio a veces puede ayudar a encontrarse a uno mismo.

—¿Qué quieres decir?

—En ocasiones estamos demasiado ocupados y rodeados de ruido. Hasta el punto de que no puedes escucharte a ti mismo, te olvidas de quién eres realmente y solo ves cómo encajas en el todo.

William se recostó en la mesa y la observó con aquellos ojos azules que desprendían un brillo de curiosidad junto con algo más que no supo definir.

—¿Eso fue lo que hiciste aquí? ¿Encontrarte a ti misma?

—Creo que sí. —Había descubierto que podía hacer mucho más de lo que imaginaba, y eso que había imaginado muchas cosas. La necesidad la había llevado a ese lugar, algo que no hubiese ocurrido si hubiera seguido pasando de puntillas por la vida como hacía en Londres—. ¿Y qué hay de ti? —preguntó, reuniendo el coraje para convertir aquel momento en una auténtica conversación. No una charla entre un jefe y su empleada, ni siquiera entre el dueño de una casa y la persona a la que había encargado la decoración. Una conversación entre dos personas que hablaban sin escollos ni dudas.

—Puede que esté en ello. —Empujó la silla hacia atrás, colocando por instinto las piernas en el ángulo correcto para evitar las grotescas gárgolas—. ¿Vamos a la sala de música? Me gustaría tomar el oporto mientras escucho una bella melodía.

Daphne agachó la cabeza y volvió a sonrojarse. La gente siempre había apreciado sus dotes musicales, pero con cierta ligereza, como podría apreciar mirar por una ventana limpia. Que alguien lo expresara de forma tan abierta le produjo una agradable calidez; decidió interpretar una de las piezas más complicadas de su repertorio.

William se sirvió una copa de oporto del aparador del comedor y la siguió hasta la sala música, antes de dirigirse directamente a la silla donde se lo había imaginado antes. Los últimos rayos de sol vespertinos entraban por la ventana, creando un halo que se fundía con el tapizado dorado de la silla.

Tardó un rato en decidir si aquello era real o fruto de su fantasía. Miró a su alrededor, contemplando la estancia tal y como era, con sus paredes descoloridas y pasadas de moda y la abundancia de adornos... y con un William de carne y hueso sentado en un rincón, sonriéndola.

Daphne también esbozó una sonrisa, miró las teclas y se puso a tocar.



Capítulo 30



Había pensado que era una gran idea, aunque lo empezaba a dudar.

Antes de darse cuenta, William se sintió cautivado por la música, tal y como había pretendido, pero también se dejó llevar por todos los pensamientos que Daphne le inspiraba y por la necesidad de hacer aquello más a menudo.

En ese momento solo podía imaginarse a ambos así, sin ninguna complicación a su alrededor y con un propósito. El problema era que no podía quedarse allí para siempre, y que ella era parte de aquella casa, tanto como el porche delantero con columnas.

Se había convertido en un adicto a Daphne.

Ver cómo se iba deshaciendo de toda su inseguridad y se dejaba llevar por aquella pasión por la vida le resultó fascinante. Sus encuentros para hablar de la vivienda habían propiciado que se abriera a él; si lograba encarrilar la conversación con cuidado, ella seguía comportándose del mismo modo, permitiéndole disfrutar de su entusiasmo. Daphne encontraba tanto placer en las cosas sencillas que le parecía un milagro que hubiera sobrevivido, incluso el poco tiempo que estuvo en Londres, a la doble cara de la capital.

Ser testigo de su alegría solo durante la hora del té no le había parecido suficiente. Era demasiado breve, demasiado efímero. La propuesta de cenar juntos le había surgido como por instinto. Se había arrepentido al instante de habérselo pedido, pero solo hasta que se sentó con ella en la mesa. Era la excusa perfecta para tenerla con él el tiempo suficiente para que se relajara y poder disfrutar de su compañía.

Cada mañana se decía a sí mismo que aquello no podía continuar. Pero la idea de volver a cenar solo, en silencio, le hacía cambiar de opinión y, durante el té, plantear la posibilidad de retomar el asunto de la decoración durante la cena. La remodelación de las estancias no podía importarle menos, pero disfrutaba enormemente al verla hablar de ello.

Daphne siempre llevaba el mismo vestido, pero el esfuerzo que ponía en arreglarse hizo que él también se presentara con las mejores galas; algo que alegraba sobremanera a Morris, pero que destacaba aún más la diferencia social entre ambos. Sí, habían forjado una especie de amistad, pero nunca podría convertirse algo más.

Regresar a la sala de música complicaba la situación. Los recuerdos seguían ahí y sugerían algo más que una amistad.

Mientras la melodía se apoderaba de él, no dejó de mirarla ni un solo instante, contemplando la emoción que reflejaba su rostro y fluía por sus dedos.

Aquello era una locura y tenía que terminar con ella cuanto antes.

Había recibido una carta de Derek Thornbury en la que le informaba de que terminaba su trabajo en Oxford y que ya estaba disponible. Había pospuesto su respuesta, pues sabía que las cenas cesarían tan pronto como llegara el erudito. Le escribiría sin falta por la mañana para decirle que podía trasladarse y empezar a valorar las obras de arte cuando quisiera. Tal vez hasta

lo redactara dando a entender que cuanto antes lo hiciera, mejor.

Vio a Daphne morderse el labio mientras tocaba una serie de notas complejas.

Podía enviar directamente a Pasley para que recogiera a Derek sin aviso previo. Y esa misma noche, a ser posible.



En las últimas seis semanas había llamado más gente a la puerta de Haven Manor que en los doce años anteriores, pero eso no evitaba que Daphne se sobresaltara cada vez que la aldaba de bronce enviaba un eco a través del vestíbulo principal. Las visitas le habían cambiado la vida, y no pudo evitar un ligero temor cuando Cyril abrió la puerta.

Sin embargo, el hombre que cruzó el umbral no iba a suponer ninguna amenaza para nadie.

Era un poco más alto que la media, con una barbilla y nariz puntiagudas y un flequillo castaño que le caía por la frente. Llevaba unas lentes negras redondas y un abrigo marrón y pantalones tostados completamente anodinos.

Y no estaba prestando ninguna atención ni a Cyril, que estaba en la puerta, ni a Daphne, al otro lado del pasillo.

Estaba examinando el marco de la entrada.

—Columnas corintias en el porche y una clara influencia *palladiana* en la fachada. —Dejó de mirar la puerta y se puso a contemplar las paredes—. Tiene un grabado de Alberto Durero. Y vaya, creo que es un cuadro de Joshua Reynolds. —Se detuvo cuando sus ojos se posaron en ella. Entonces sonrió y saludó—: Oh, hola.

—Buenas tardes. ¿Es usted el señor Thornbury? —Esperaba que lo fuera, de lo contrario no tenía muy claro qué pensar de ese hombre.

Y si lo era, en cierto modo sí suponía una amenaza. Estaba convencida de que la feliz burbuja de cenas y conversaciones en la que había vivido terminaría estallando, pero confiaba en saberlo con antelación.

—Sí. —El hombre inclinó la cabeza y esbozó otra sonrisa—. Derek Thornbury a su servicio. ¿Y usted es...?

Excelente pregunta. Ya ni siquiera estaba segura de saberlo.

—Soy el ama de llaves, la señora Blakemoor.

Últimamente, cada vez que se presentaba, sentía un pequeño escalofrío de pánico. William se había negado a llamarla Brightmoor, así que tuvo que dejar a un lado ese apellido cuando contrataron a los nuevos sirvientes.

Ahora solo tenía que temer el día en que su padre les hiciera otra visita de negocios. Aunque en ese momento, tenía otras preocupaciones.

Un experto en arte dispuesto a hacer pedazos su mundo.

—Encantado. —El hombre volvió a mirar las paredes—. Esta casa promete hallazgos fascinantes. Qué colección más ecléctica. Sacó una libreta y un lápiz y dejó caer su equipaje al suelo. Luego se puso a pasear de un lado a otro, tomando notas.

—¿Señor Thornbury? —Daphne le siguió.

—¿Mmm? Barroco medio. Puede que de un pupilo de Rembrandt, no del mismo maestro —murmuró.

La mujer alzó la voz y agitó una mano en el aire, como si así pudiera desviar su atención de las paredes.

—Su señoría quiere que le muestre su habitación y que se encuentre con él en la biblioteca después de que haya podido descansar del viaje. Cyril le llevará todo el equipaje que haya traído.

—Oh, sí, perfecto. Pero no tardaré mucho, aunque sí me gustaría asearme un poco. Si es tan amable de mostrarme el camino...

Daphne condujo al hombre por las escaleras hasta uno de los dormitorios pequeños; el que a ella le gustaba llamar la «habitación azul», porque tenía en un rincón una estatua enorme con vetas de ese color.

Jess, que de una forma u otra siempre parecía enterarse de lo que pasaba en la casa, a pesar de estar la mayor parte del tiempo en la cocina, entró detrás de ellos con una bandeja de té.

—Oh, qué amable, galletas... —El señor Thornbury tomó una y le dio un mordisco—. Excelentes. Azúcar, huevos, harina, por supuesto, y agua de rosas. ¿Ha probado a echarles almíbar de licor?

Jess arqueó ligeramente una ceja; por lo demás, permaneció tan impasible como siempre que quería no llamar la atención.

—Lo tendré en cuenta.

—No se lo tome como una crítica —repuso el recién llegado mientras se servía una taza de té—. Estas son unas galletas clásicas fabulosas, sobre todo con el té. El almíbar las haría únicas. Una variación, si lo prefiere.

Al ver que su amiga tensaba un poco los hombros, intentó no reírse. No tenía claro qué podía haber molestado más a su amiga: que le dijeran cómo cocinar o que le dijeran que había hecho algo clásico.

Sería mejor que la sacara de allí antes de que llegara a una conclusión.

—Señor, cuando esté listo, le estaré esperando en el vestíbulo principal para mostrarle la biblioteca —anunció Daphne.

—Sí, gracias. —El hombre se acercó a examinar los muebles—. Y gracias también por el té.

—De nada —respondió la cocinera con voz cortante.

Daphne sacó a Jess fuera del dormitorio antes de sufrir un ataque de risa.

—¿No sé qué te parece tan divertido? —se quejó.

—No todos los días alguien se atreve a corregirte —respondió, orgullosa por haber conseguido pronunciar la frase entera sin reírse.

Jess no respondió mientras bajaban por las escaleras. Cuando llegaron a la puerta del tramo que bajaba a la cocina, Daphne la obligó a detenerse, preocupada por su silencio.

—¿En qué estás pensando, Jess?

Jess se quedó mirando a un lado durante unos segundos antes de soltar un suspiro y responder:

—Me estaba preguntando si teníamos algo de almíbar.



Cuando William alzó la vista y se encontró a Derek detrás de Daphne, sintió una mezcla de culpa y alivio. Tenía que reconocer que había sido un poco cobarde, y seguramente grosero e irresponsable, al no decirle a la joven que había dispuesto todo para que Thornbury llegara ese mismo día. Pero por mucho que le doliera ver la máscara de calma y docilidad que la mujer parecía haber adoptado, habría sido diez veces peor que ella hubiera dado rienda suelta a sus emociones.

Si simplemente fuera su ama de llaves, hubiese pasado por alto su actitud y habría prestado toda su atención al invitado.

Así que eso fue lo que hizo.

—¡Bienvenido, Derek! —William rodeó el escritorio y tendió la mano.

—¡Un placer, como siempre, Chemsford! —Derek no se percató de la mano tendida, porque estaba mirando a su alrededor, frotándose las suyas con el regocijo de un niño al que, en una tienda de dulces, acabaran de decirle que podía sacar de allí todo lo que fuera capaz de llevarse.

—¿Has podido echar un primer vistazo a la casa?

—¡Menudo lugar! —Pasó una mano por las patas talladas del enorme globo terráqueo—. ¿Por qué nunca me lo mencionaste?

—Porque no tenía ni idea de que existiera. —William se planteó reprimir la sonrisa que asomó a sus labios, pero el experto en arte no iba a prestarle la menor atención hasta que hubiera hecho un examen completo de la estancia, así que se dejó llevar.

—¿Así que se trata de un tesoro escondido? Pues entonces, resulta más fascinante todavía. —Se puso a inspeccionar el escritorio—. Solo he podido ver algunas habitaciones. ¿Es toda la casa igual?

—Algunas estancias están aún más llenas. —Estuvo a punto de soltar una carcajada al ver el gesto de asombro del invitado—. Espero que hayas planeado quedarte una temporada.

Derek se acercó a una estantería y recorrió con el dedo los títulos de los libros.

—Veo que estás deseando comenzar —constató William, permitiéndose una breve carcajada. En cuanto el erudito hiciera un primer reconocimiento de la vivienda, estaría mucho menos distraído, aunque no tan atento como para notar las tensiones subyacentes.

El experto en arte era la elección perfecta para traer el equilibrio que tanto requería esa casa y los controles que William necesitaba con tanta urgencia.

Thornbury reparó en la parte baja de la estantería.

—¿Esta colección ha estado aquí todo el tiempo? ¿Sin ser valorada? ¿Sin recibir ninguna atención?

William iba a decir que sí, pero algo lo detuvo en el último momento. Un recuerdo. Algo que se había repetido en las últimas semanas. La extraña selección de libros de Daphne. Desde su primera incursión con la cesta en la biblioteca, había visto la misma canasta en el rincón al lado de la puerta en un par de ocasiones.

Puede que la biblioteca no hubiera estado tan inactiva como llegó a pensar.

—Lo haya sido o no, ahora estamos aquí para disfrutar de ella como se merece —respondió finalmente.

Derek asintió y comenzó a recitar los títulos de los libros, abriendo alguno para comprobar la

fecha de publicación.

—Después de la cena haremos un recorrido rápido por toda la casa. Mañana podrás empezar en esta misma habitación. Tienes a tu disposición plumas, tinta y el tipo exacto de libro de contabilidad que pediste.

Derek se sobresaltó ligeramente antes de alzar la vista y mirarlo.

—Lo siento, ¿qué? Ah, sí. Cena. Y un recorrido. Sí, será mejor empezar por la mañana, cuando esté descansado, y elegir un método a seguir.

William se volvió hacia Daphne, que seguía de pie en el umbral de la puerta, observando divertida a Derek. No podía culparla. Dentro de uno o dos días le parecería mucho más normal, aunque seguiría comentando detalles sobre cosas que uno ni siquiera sabía que se podían aprender.

—Por favor, Da... esto... señora Brightmoor, compruebe que la mesa esté lista para la cena.

—Prepararé la mesa para dos, milord —repuso ella con suavidad. Tenía la mirada fija en algún punto indeterminado.

Él notó un dolor en el pecho, aunque pensó que aquello era lo correcto. Daphne y él no tenían un futuro juntos. Y era mejor cortar por lo sano antes de que alguno de los dos empezara a pensar lo que no debía. Y sobre todo antes de que alguno hiciera algo que no debiera.

Se había permitido fantasear con lo imposible, pero era hora de volver a la realidad.



William había traído un acompañante.

Aunque Daphne no albergaba ninguna duda de que había invitado al señor Thornbury para realizar un trabajo, también sabía que estaba allí para ponerla en su lugar. Se había atrevido a soñar con una posición que antaño había dado por hecho y ahora William, no, «lord Chemsford», le estaba recordando que a ella ya no se le permitiría ascender en la escala social.

—Supongo que me puedo consolar pensando que no ha sido capaz de hacerlo por sí mismo, sino que ha tenido que invitar a alguien para alejarme —refunfuñó por lo bajo mientras entraba en la cocina.

—¿Decías algo? —preguntó Jess, que estaba ayudando a Eugenia a terminar con los preparativos para la cena.

—Nada importante —respondió con un suspiro, antes de empezar a seleccionar la vajilla necesaria para poner la mesa.

—Eugenia puede encargarse de eso —dijo Jess—. ¿No va siendo hora de que vayas a cambiarte para la cena?

—No. —Tragó saliva y apretó los platos contra su pecho—. Te alegrará saber que esta noche volveré a ocupar el sitio que me corresponde aquí abajo.

Jess podía haberle espetado un «te lo dije», ya que había tratado de advertirle que de esas cenas no iba a salir nada bueno, pero no lo hizo. Se quedó allí parada mirándola, mirando en su interior, con un cucharón en la mano que goteaba sobre la mesa.

Instantes después, y todavía sin decir una sola palabra, se fue hacia la olla que acababa de

vaciar y volvió a echar las verduras ya cocidas dentro.

Daphne apenas pudo evitar reírse mientras dejaba los platos en la mesa y corría hacia su amiga para evitar que pusiera la comida otra vez sobre el fuego.

—No hace falta que le quemes la cena solo porque me haya recordado quién es él y quién soy yo.

—¿Y quién eres, Daphne? —inquirió con voz dura. Por lo menos había evitado que pusiera la olla a calentar—. Porque estoy segura de que eres la misma persona de anoche. Y si ayer estaba dispuesto a tenerte en su mesa, ahora también debería estarlo.

—No funciona de esa manera. —Le quitó la olla y volvió a colocar las verduras sobre la bandeja—. Soy el ama de llaves.

—Eres una «persona». Créeme, he conocido a personas de todas las clases posibles y lo único que las diferencia es la ropa que llevan y las casas en las que viven. Y eso no tenía nada que ver en si eran buenas o malas, generosas o avariciosas, amables o crueles. —Colocó la carne en otra bandeja sin molestarse en que tuviera buen aspecto—. Estaba empezando a tener la esperanza de que él pudiera ver eso y ser... —Se detuvo y clavó un cuchillo en el trozo de carne.

—¿Ser qué?

Jess apoyó las manos sobre la mesa y se volvió para mirarla con sus peculiares ojos azules. Tenía los labios apretados y las comisuras hacia abajo en un gesto similar a la tristeza que queda cuando la ira se desvanece.

—Creí que sería el que te demostraría lo que importas.

Daphne volvió a hacerse con los platos.

—Sé que importo.

—¿Ah, sí? —Se tomó un instante para colocar un poco la carne en la bandeja.

—Por supuesto que sí —respondió. No había dejado de decir a los niños lo mucho que importaban. Habría sido una catástrofe que creyeran que su origen les hacía menos a los ojos de Dios. Aunque terminaran dedicándose al servicio doméstico o ejerciendo cualquier otro oficio de menor rango, el Señor siempre los consideraría dignos de su amor.

Estaba completamente segura de eso.

¿Por qué Jess lo cuestionaba, entonces, si ella lo sabía?

Cuando terminó de preparar la mesa para la cena, todo estaba exactamente igual que las últimas semanas. Solo que ella no ocuparía el lugar del otro comensal.

Así era la vida. No todo el mundo podía ser el señor o la señora de una casa o un granjero. Las personas distintas hacían que el mundo girara, y eso estaba bien. Detestaría que todos estuvieran obligados a ser iguales, vivir igual y comportarse igual.

Se negaba a aceptar que Benedict no pudiera trabajar con la madera porque todos tuviesen que ser granjeros. O que Sarah no pudiera seguir tocando música porque no todo el mundo lo hacía como ella. Era bueno que las personas fueran diferentes. Dios sabía valorar las diferencias.

Pero Jess se daba cuenta de más cosas de las que reconocía y nunca hablaba a menos que estuviera segura. ¿Por qué habría dicho algo así?

Mientras estaba en el comedor, reflexionando sobre las palabras de su amiga, se vio a sí misma en el espejo que había sobre el aparador. Daphne no solía mirarse mucho en los espejos. Siempre

que fuera bien peinada y con la cara limpia no había razón alguna para hacerlo.

La vida la había cambiado. Ya no era la mujer que había cruzado la puerta de aquella casa hacía muchos años, y mucho menos la muchacha que había contemplado los salones de Londres apoyada en una pared.

Aquella chica había sido feliz viendo la vida pasar. Había tenido sus amigos —bueno, su amiga— y nunca le había molestado mantenerse al margen. Hablaba con aquellos que estaban a su lado, sonreía a todo el mundo que pasaba y luego se iba a casa y soñaba con lo que podía depararle el futuro.

Daphne había seguido fantaseando en Haven Manor, aunque no sobre el futuro. Se había imaginado distintas situaciones, todos los «y si...», pero nunca se paró a pensar en que al día siguiente pudiera esperarle algo mejor. Depositó cualquier esperanza de un porvenir en los niños. Lo único que realmente quería era que consiguieran tener éxito y vivir una vida plena.

Pero ¿y cuándo los niños se fueran? Entonces, ¿qué?

Se pasó una mano por la falda. «Entonces, ¿qué?». Excelente pregunta. De alguna forma, cuando había enterrado propio su pasado, también había enterrado su futuro.

Si se enfrentaba al dolor, podía recordar de dónde venía; si veía de verdad la dirección que había tomado su vida, quizá pudiera saber adónde podía llegar por ese camino, en vez de llenar su cabeza con sueños inalcanzables.

No le costó mucho recordar los últimos años, con los pequeños y el trabajo en Haven Manor, intentando salvar a las mujeres y a los niños de un destino peor que el suyo.

También rememoró los primeros tiempos. Cuando solo estaban Kit y ella, viviendo en una pequeña casita a las afueras de Marlborough y subsistiendo gracias a la caridad y a lo poco que sacaban de la costura. Pero tenían a un bebé precioso y el dinero de sus dotes para forjar un futuro, en cuanto decidieran cuál sería.

Aunque una parte de aquella época también había sido sombría. Temía que su padre le arrebatara aquella vida, pero debía ser fuerte por el bien de su hijo y sonreír más de lo que le apetecía, porque Benedict y Kit necesitaban que ella fuera la optimista.

Sintió que le fallaban las fuerzas y tuvo que sentarse en una de las sillas dispuestas alrededor la mesa. Al hacerlo se dio un golpe en la rodilla con la cabeza de una de las gárgolas, que le provocó un intenso dolor. Algo que tampoco le vino mal, pues podía echarle la culpa por las lágrimas que se le habían agolpado en los ojos.

Mejor responsabilizar a una gárgola que a una década de recuerdos.

Y entonces, mientras se llevaba las manos los ojos, admitió algo que nunca había reconocido.

Daphne había muerto el día que nació Benedict.

Aquella primera noche se había metido en la cama y había contemplado aquel pequeño bulto envuelto con mimo y acostado en una vieja cuna de madera. Se había quedado embelesada con aquellas mejillas perfectas, el adorable puchero de su boca y los suaves gemidos que emitía mientras dormía. A pesar de sus errores, Dios le había dado un regalo precioso. A partir de ese momento, dedicó su vida a que ese niño supiera que el Señor lo amaba aunque hubiera sido producto de una mala decisión.

Daphne dejó de existir. Ya no importó lo que ella había sido.

Sin Benedict, sin los niños, ¿qué iba a hacer? ¿Qué sería de ella? ¿Cómo aprendería a volver a vivir después de haberse negado durante tanto tiempo? ¿Merecía siquiera volver a tener una vida?

Un sonido procedente de la habitación contigua la obligó a abandonar el comedor. Lo último que le preocupaba en ese momento era lo que lord Chemsford pensara de ella. Sobre todo cuando ni siquiera ella misma sabía lo que pensaba de sí misma.



Capítulo 31



Nunca antes hubiera sido capaz de identificar a una persona en la zona de trabajo de la servidumbre desde una ventana de la tercera planta.

Tampoco habría perdido el tiempo en la capilla, la única estancia de la casa desde donde se podía ver el lugar donde las criadas tendían la ropa.

Pero ahí estaba.

Y allí estaba ella. Una pequeña figura colgando sábanas al sol. En las semanas que llevaba allí, había visto al detalle sus vestidos, los seis que tenía, y aprendido todos sus movimientos.

Sabía que era ella.

En los tres días transcurridos desde la llegada de Derek, eso era lo más que había visto de ella. Habían pasado de ser prácticamente amigos, a mantener una relación profesional distante. Muy distante. Comunicándose solo mediante otras personas.

Eso era lo que había querido, poner distancia entre ellos, para que cada uno volviera a asumir su posición.

Pero ahora que lo había conseguido, no le gustaba.

—¿Chemsford?

—¿Sí? —William no se volvió al oír a Derek. Estaba demasiado ocupado observando el ligero balanceo de Daphne. ¿Qué melodía estaría tarareando? ¿Alguna que hubiera tocado para él?

—En la biblioteca tienes un ajedrez exquisito.

—Sí, lo sé. Falta un peón. —Una lástima, porque era uno de los juegos de ajedrez más peculiares que había visto en su vida.

—Sí. —Oyó el sonido de unos pasos arrastrándose, como si el especialista en arte estuviera deambulando en la parte de atrás de la capilla—. Qué raro, ¿no? En una casa que ha estado vacía... las cosas no suelen desaparecer.

Se dio la vuelta y vio que no estaba caminando, sino simplemente arrastrando los pies de adelante hacia atrás mientras entrelazaba las manos concentrado. Casi parecía emocionado. ¿Por un ajedrez? Quizá fuera algo más que exquisito.

—¿Qué pasa con el juego de ajedrez?

El otro hombre se sobresaltó ligeramente.

—Que es solo un juego de ajedrez. Muy bien tallado y con un diseño único, pero no hay ningún detalle o marca que indique que tiene algo fuera de lo común. Pensé que tal vez el peón se había caído con tanto ajeteo de reformas y esta mañana me puse a buscarlo por la biblioteca.

Al ritmo que llevaba. Sería un logro si terminaba de catalogar los libros a finales de año.

—¿Y lo encontraste?

—¿Qué? Oh, sí. Debió de salir rodando por debajo del escritorio y se metió en esa apertura que hay debajo de los cajones.

¿Había ido a verle solo para comentarle aquello? Los dos últimos días había hecho

descubrimientos mucho más interesantes y había esperado a contárselo durante la cena.

—Muy bien.

—Pero había algo más allí abajo, Chemsford, y creo que querrás verlo.

¿Por qué no había empezado por ahí? Fuera lo que fuese lo que había encontrado, si hacía que Derek se emocionara de esa forma, tal vez consiguiera distraerle de Daphne. Esa mujer era como uno de esos problemas de solución imposible. Su táctica no parecía ir del todo bien. O tal vez él no quería que funcionara, porque eso le proporcionaba una excusa para pensar en ella.

—Vamos entonces. —Señaló hacia la biblioteca y caminó tras él.

En el escritorio vio un libro de contabilidad abierto con las esquinas verdes dobladas y llenas de polvo. Se fijó en las líneas y columnas ordenadas, pero desde la distancia no pudo leer nada.

—¿Qué es esto? —preguntó, rodeando el escritorio.

—Un libro de contabilidad. —William se detuvo en seco y le lanzó una mirada que, con suerte, le dejaría bien claro que no era tan corto de entendederas. Derek se aclaró la garganta—. Sí, bueno, es bastante diferente a los libros de cuentas que estaban en ese armario y con una encuadernación similar. Mientras que esos contienen registros bastante útiles sobre compras de obras de arte, este recoge, sobre todo, gastos propios de una casa.

Menuda fuente de distracción. No creía que las cuentas de la vivienda de un ermitaño excéntrico fueran a acaparar su atención mucho tiempo.

—Seguramente llevaba libros separados para la casa y para sus adquisiciones de arte. —Miró una entrada de compra de carbón—. Es evidente que se preocupaba muchísimo por su colección.

—Sí, pero mira la fecha.

La emoción volvió a brotar en la voz de Thornbury e hizo que William observara otra vez la página con renovada esperanza.

—Noviembre de 1809.

Una época en la que, supuestamente, la vivienda había estado vacía, excepto para los cuidados básicos que realizaba Daphne. Pasó una página.

—¿Le has echado un ojo a todo?

—Por supuesto, pero me temo que no tiene ningún sentido. Hubiera creído que pertenecía a otra finca si no hubiera encontrado otro libro de bocetos de esta casa titulado «Haven Manor». El mismo nombre que aparece en la portada de este. —El invitado se acercó y pasó otra página—. Aquí vas a encontrar entradas que uno esperaría ver en... bueno... en una propiedad que se dedicara a algún tipo de explotación.

Vio varios apuntes en los que aparecían las palabras «queso de cabra», «leche de cabra» y «huevos». Productos que se podían vender si se tenía un número considerable de animales productores.

—Sí. Creo que este libro es de aquí.

Se quedaron un momento en silencio. Después, Derek continuó pasando las hojas.

—Aquí aparecen los gastos ordinarios —murmuró el erudito, antes de alejarse con gesto frustrado—. Pero no hay ni una sola entrada que haga referencia a ningún salario.

—¿Ni siquiera al de un ama de llaves? —William frunció el ceño. Seguro que Daphne no había estado cuidando aquel edificio solo a cambio de un techo bajo el que cobijarse.

—No, pero aquí —pasó otra página—, hay anotadas cantidades nada despreciables de dinero al lado de nombres de personas. La misma cantidad y al mismo tiempo. Dos para cada persona.

—Alice, John, Blake, Reuben. —La voz de William se fue volviendo más tensa a medida que continuaba con la lista— Eugenia, Sarah.

Conocía esos nombres. Bueno, alguno de ellos. Y las cantidades que había junto a ellos no eran pequeñas.

Había querido una distracción, algo de la suficiente entidad como para obligarle a prestar atención. Lo había conseguido. Pero no creía que aquello fuera a mantenerlo alejado de Daphne.

Más bien todo lo contrario.



Daphne sabía que aquello no duraría para siempre y que, al final, William le ordenaría que dejara de evitarlo. La nota que encontró en su escritorio cuando regresó de colgar las sábanas fue una muestra clara de que había terminado con su paciencia. Miró el papel de nuevo.

Necesito tener una reunión con mi AMA DE LLAVES.

El mensaje estaba claro. No quería que le enviara ni a Horatia ni a Cyril, como había hecho últimamente. Tenía que reconocer que William le había permitido hacerlo más tiempo de lo que había imaginado.

Se detuvo en la antesala de la biblioteca, quedándose entre las sombras, para hacerse una idea clara de la situación. Lo vio sentado en el escritorio, inclinado sobre un libro, y escribiendo de vez en cuando en una hoja que tenía al lado.

No era la primera vez que se lo encontraba así. Era un hombre que se pasaba mucho tiempo enfrascado con documentos, libros de contabilidad o cartas, en tareas que debían de ser inherentes a la posesión de un título y de las que ella no tenía ni idea. Aunque no podía negar que encontraba cierto atractivo en la forma en la que él prestaba atención a los detalles y a sus responsabilidades.

Pero no adivinaba qué podía tener que ver todo aquello con ella.

Detrás de William, el señor Thornbury se paseaba de un lado a otro, aunque de vez en cuando se acercaba y señalaba algo en el libro. Entonces el marqués asentía y hacía otra anotación.

Daphne se puso de puntillas y estiró el cuello para ver si podía ver mejor qué les mantenía tan atentos. Por el tamaño parecía un libro de contabilidad. Podría entenderlo. Para algo había estado estudiando matemáticas.

—¿Quería verme, milord? —preguntó, cuando por fin se decidió a entrar en la biblioteca.

—¿Cuánto tiempo lleva cuidando de esta casa, señora Blakemoor? —la interpeló él sin alzar la mirada.

Daphne frunció el ceño. Ya habían hablado de eso. Varias veces.

—Doce años, milord.

William se cruzó de brazos y la miró.

—¿Y cuánto hace que la «contrataron» para cuidar de esta casa?

Volvió a fijarse en el libro que había sobre el escritorio. Ahora que estaba más cerca, pudo

verlo con más detalle. Reconocía aquella cubierta verde, a pesar de lo sucia que estaba. Se le cayó el alma a los pies. Sabía perfectamente qué era. Y aunque podía decir con total sinceridad que no había escrito ninguna de sus entradas, era muy consciente de lo que contenía.

¿Cómo había terminado la contabilidad de Haven Manor en sus manos?

El señor Thornbury se acercó y señaló una página.

—Aquí hay otra lista de cantidades extrañas.

—Sí, lo sé. —El marqués miró las páginas y luego a ella—. Háblame de las cabras, Daphne.

—¿Ahora volvemos a usar nuestros nombres de pila? —espetó ella. Adoptó una posición defensiva ante el miedo y la ansiedad. Necesitaba encontrar una forma de alejar el peligro, de retrasar lo inevitable. Jess habría estado muy orgullosa de su intento.

—No sabía que habíamos dejado de usarlos.

Por lo visto su distracción había funcionado. Pero ahora no sabía qué hacer.

—Creo que usarlos solo nos genera confusión, milord.

Él se levantó y rodeó el escritorio para apoyarse sobre él a medio metro de donde Daphne se encontraba.

—No tanta como lo de las cabras.

Frunció el ceño. ¿Iban a hablar de las cabras? ¿No de los niños? ¿No de los pagos que sus padres habían hecho para que Kit y ella pudieran criar y ocultar a sus hijos ilegítimos.

—¿Cabras?

—Sí. Cabras. Cuando heredé las propiedades, mi abogado me dijo claramente que la finca no había generado ni un solo chelín durante el tiempo en que había pertenecido a mi padre. De hecho, aparte de la asignación de fondos que se envió cada trimestre para el cuidado básico de la casa, no hay ningún otro registro.

¿Qué podía decir? Sí, las cabras llevaban años en Haven Manor. Las habían ordeñado no solo para su propio consumo, sino para hacer queso, que luego vendían en el mercado para conseguir el dinero que permitía mantener a los niños.

—Supongo que hay más libros de contabilidad en alguna parte —continuó él.

Desde luego que había más. Una pila completa en el rincón de su dormitorio de la casa del guarda.

Daphne apretó los labios y entrelazó las manos. Nunca antes había sido tan imprescindible pensar lo que iba a decir antes de hablar.

—Supongo que no vas a decirme dónde lo has encontrado.

—Debajo del escritorio —intervino el señor Thornbury—. En una apertura que hay bajo de los cajones. Había mucho polvo allí.

Por supuesto que estaba lleno de polvo. ¿Qué necesidad había de tumbarse y ponerse a limpiar el pequeño espacio que había entre los cajones y el suelo?

Por lo visto sí era necesario. Tan necesario como evitar que apareciera aquel libro.

—Derek, creo que Daphne y yo podemos continuar solos con esta conversación. Podrías ir a la galería de retratos y empezar a ver si hay alguna pieza que resulte interesante. —Lord Chemsford, que por lo que parecía todavía seguía siendo William, a pesar de que ya no podía cenar con él, no dejó de mirarla mientras hablaba con el señor Thornbury.

Ella tampoco apartó la mirada.

El hombre recogió su inseparable cuaderno y abandonó la estancia.

Daphne sintió una punzada de envidia al ver que desaparecía con esa facilidad. A ella no le iba a resultar tan sencillo salir de allí.

—¿Vamos a tener que ir pregunta a pregunta? —inquirió el marqués. Su tono de voz era tan sosegado que resultaba inquietante—. ¿O te apetece contarme lo que ha estado pasando en Haven Manor?

Daphne no pudo evitar una mueca de dolor.

—¿Sabes su nombre?

—Derek encontró un cuaderno de bocetos con ese nombre. —Estiró la mano hacia atrás y tocó el libro de contabilidad—. También está escrito en la tapa de este. Junto con el año, 1809.

1809. Daphne intentó recordar quiénes estaban allí en esa época. En ese momento ya tenían a los niños viviendo con sus nodrizas durante su primer año de vida, así que Alice todavía no había llegado a la casa, pero sí aparecería en el libro.

Quería hablar, pero no conseguía articular palabra. No sabía qué decir. Cada vez que había pensado lo que ocurriría cuando él descubriera su secreto, siempre lo había imaginado enfadado. Hablándole enfurecido, como su padre cuando descubrió que estaba embarazada y le reprochó que hubiese arruinado su vida y todo por lo que ambos habían luchado.

Nunca creyó que adoptaría una actitud serena. Aunque debería haberlo sospechado. William jamás había mostrado ninguna inclinación hacia la rabia.

—Daphne... —continuó él con un suspiro. Entendía por qué estaba tan frustrado, pero ella no tenía ni idea de por dónde empezar.

—No sé qué decir —susurró con voz ahogada—. Doce años dan para mucho.

Se miraron a los ojos unos instantes en que ninguno de los dos dijo nada. Cuando William volvió a hablar, su voz no denotaba el mínimo rastro de frustración y sí una ávida curiosidad.

—Entonces, iremos pregunta por pregunta. Empezaremos por las cabras. —Giró el libro para poder leerlo desde ese lado del escritorio. Mientras pasaba las páginas, Daphne vio un montón de motas de polvo cayendo al suelo—. ¿Queso y leche?

—Sí —respondió ella. Respiró hondo y se lanzó—: Sobre todo queso. No teníamos un medio adecuado para transportar la leche, así que hacíamos queso con la que no nos bebíamos.

—¿Y el dinero que obteníais con los quesos se destinaba a...?

Daphne frunció el ceño. Le avergonzaba tener que reconocer que nunca había prestado demasiada atención a la economía de Haven Manor.

—No sabría qué decirte. No era la encargada de llevar los libros. Supongo que así era como pagábamos el carbón y los alimentos que no podíamos cultivar o producir por nosotros mismos.

—Daphne, será mejor que te sientes antes de que te desmayes. Estás lívida.

¿Lo estaba? Eso explicaba por qué tenía tanto frío. William se puso el libro debajo de un brazo y la llevó hasta el sofá agarrándola con el otro. En cuanto ella tomó asiento, él hizo otro tanto frente a ella y dejó el tomo en la mesa de té situada entre ellos.

—¿Quién se encargaba? ¿Jess?

Imaginarse a Jess llevando la contabilidad bastó para que saliera del trance. Puede que los

números fuera lo único a lo que su amiga tenía miedo en ese mundo. Y los libros en general también la ponían un poco nerviosa.

La gracia que le causó aquella imagen se mezcló con el temor. Estalló en una risa incontrolable, que la obligó a doblarse sobre sí misma para intentar recuperar el aliento mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Cuando por fin pudo volver a respirar con normalidad, se enjugó los párpados y dijo:

—No, te aseguro que Jess no se encargaba de de las cuentas. —A continuación, tomó una profunda bocanada de aire, se limpió el sudor de las manos en la falda e intentó recordar que había hecho lo correcto con Haven Manor. O eso era lo que pensaba. Había «intentado» hacer lo correcto, aunque el lío en el que se encontraba en ese momento indicara que más de una de las decisiones que había tomado en los últimos doce años no habían sido las más adecuadas—. Tal vez deberíamos pedir que nos traigan el té, Wi... William. —Se trabó con su nombre pero continuó, tratando de aferrarse a la amistad que habían estado forjando. Un amistad que iba a necesitar para confesar todo sin desmayarse—. Puede que me lleve un buen rato responder a todas tus preguntas.



Capítulo 32



Daphne estaba preciosa cuando se reía. Sacaba esa pasión oculta que lo había atraído tanto como para pedirle que cenara con él. Cuando se mostraba alegre le parecía prácticamente irresistible.

Sin embargo, tenía que mantenerse firme, porque estaba claro que la conversación iba a ser seria. Estaba seguro de que podría predecir la mayor parte de ella. O al menos un poco. Lo que intuía no le enfadaba. Más bien le aliviaba saber que por fin podría resolver varios de los misterios que le mantenían en vilo.

Pero estaba realmente preciosa cuando se reía.

La risa hizo que le brillaran las mejillas, y los hoyuelos que se formaron a cada lado de su boca le llamaron poderosamente la atención y le hicieron recordar aquella noche en la sala de música. Las risas de esa velada parecieron liberarla de algún modo, pero en ese instante William permanecía detrás del muro que ella había erigido para aislarse del resto del mundo.

Esa noche pensó que Daphne había bajado la guardia, pero ahora podía ver cuánto se había estado conteniendo.

La vio soltar un alegre suspiro, antes de que su júbilo se desvaneciera en una sonrisa que fue decayendo cuando clavó la vista en el libro que había entre ellos. Después, se inclinó hacia delante y lo abrió por la primera página en la que se podía leer Haven Manor escrito en una caligrafía primorosa, con remolinos, adornos y enredaderas varias.

—Todos los años hacía lo mismo —contó ella, recorriendo con un dedo la decoración—. Kit siempre se reía de mí y me decía que era una tontería, pero yo lo hacía de todos modos. Supongo que era mi particular forma de esperar que tuviéramos un buen año.

Había visto a Daphne sumida en ese feliz trance antes: la noche en la que la encontró tocando el piano. Pero aunque estuviera completamente adorable, no podía dejar que se deleitara. Había llegado el momento de que respondiera a todas sus preguntas.

Y más ahora que había aparecido un nuevo nombre.

—¿Quién es Kit?

—Una amiga —contestó ella sin que su rostro perdiera por completo esa expresión confusa—. Se marchó de Londres conmigo cuando mi padre me echó y terminamos aquí.

—¿En Marlborough?

Daphne asintió.

—La señora Lancaster nos dio cobijo.

—Y después el señor Banfield os buscó este sitio. —William no se hacía ilusiones de que el abogado no hubiera estado al tanto de todo.

La documentación que había enviado sobre la supuestamente desocupada propiedad había sido demasiada prolija y concienzuda.

No le quedaba más remedio que reconocer lo admirablemente bien que lo había hecho. Si no

hubiera decidido irse a vivir a la finca a la que su padre había dedicado tan poca atención, las cosas allí podrían haber seguido igual durante, por lo menos, otros doce años.

—¿Dónde está Kit ahora? —Porque estaba claro que allí no. Se negó a admitir el alivio que había sentido al constatar que Kit era una mujer.

—En su luna de miel. Se casó hace unos meses.

Más sorpresas.

—¿Con quién?

Daphne dejó de mostrar aquel gesto de confusión, pero todavía soltó un último suspiro evocador antes de contestar:

—Con Graham. Lord Wharton. —Se quedó pensativa unos instantes, con el ceño fruncido—. Es barón, creo, aunque solo es un título de cortesía. Es el heredero del condado de Grableton.

Y ahí terminó para William la impresión de que empezaba a desentrañar aquel galimatías.

—Quizá deberíamos volver a 1809 y continuar a partir de ahí.

—Deberíamos empezar un poco antes de eso —replicó ella mientras se frotaba las manos contra la falda—. A fin de cuentas, Kit, Benedict y yo nos mudamos a Haven Manor en 1804.

Y entonces inició su relato.

Y la historia que le contó le dejó sin palabras, completamente conmocionado.

Habían sido dos mujeres dispuestas a ayudar a aquellas que no podían labrarse un futuro si su reputación se veía arruinada, desesperadas por salvar a los niños del abandono o de un destino peor. Habían construido un hogar para esas criaturas, les habían dado una familia. Después se les unió otra mujer más y la familia creció.

Fue encajando todas las piezas que le intrigaban desde hacía tiempo.

Filas de camas que habían dejado marcas en la pared cuando los niños se movían en sueños. Cabras y gallinas para alimentar quince bocas hambrientas y generar ingresos.

—¿Estos son los nombres de los niños? —Pasó un dedo por la columna—. ¿Qué son las grandes cantidades de dinero que hay junto a ellos?

Por primera vez desde que empezó a contarle toda la historia, Daphne bajó la mirada al suelo.

—Pagos. De los padres. Reservamos todo lo que pudimos con la esperanza de poder costearles el aprendizaje de un oficio o para que dispusieran de algo con lo que empezar una nueva vida. Aunque la mayor parte del dinero se utilizó para el día a día. Sale muy caro mantener una casa como esta.

—Y no queríais pedir dinero extra cuando había que hacer reparaciones, como por ejemplo la del tejado.

Daphne asintió.

—Pero entonces Graham... lord Wharton... apareció en nuestras vidas y se le ocurrió una nueva idea. Ahora les buscan familias. A los niños. Por eso la mayoría de ellos ya no siguen aquí. Los han acogido, sobre todo familias que se dedican a la agricultura. Pero no a los mayores. Ellos no... Nadie los quería.

Daphne se puso en pie de pronto, claramente superada por el torrente de palabras y emociones.

—Lo siento —continuó ella—. Lo siento mucho. No deberíamos haber ocupado la casa sin permiso, pero si tuviera que volver a hacerlo, lo haría sin dudarlo, porque todos y cada uno de

esos pequeños merecían saber lo valiosos que eran sin importar su nacimiento. Ellos no tuvieron la culpa de nada.

William sabía que tenía que ponerse de pie, que debería haberse levantado tan pronto como Daphne lo había hecho, pero sus músculos no parecían obedecerle. Estaba demasiado impresionado con esa mujer. Con todo lo que había hecho, lo que había creado.

A Daphne le entró un ataque de hipo.

—Él no tuvo la culpa. Fue mía. Solo mía. Y tenía tanto miedo de que la vida le pidiera cuentas a él...

Siguió hablando en un balbuceo descontrolado que no pudo entender del todo, aunque tuvo la sensación de que aludía a Benedict y no a los niños en general. Y William ya no pudo fingir que no se sentía atraído por aquella mujer bonita y tremendamente fuerte.

—Y entonces llegaste tú. No quería que te encontrarás con él —prosiguió ella—, creía que lo echarías, que intentarías que se fuera, pero no fue así. Todo lo que estás haciendo por él, encargarle los muebles, las lecciones para llevar un negocio... Estás siendo muy amable con él. Y esa es una de las cosas que me gustan de ti.

Otra vez el balbuceo incoherente, aunque algunas de las palabras aisladas que logró captar le dieron a entender que ella también lo encontraba atractivo y que había estado sufriendo tanto como él desde la llegada de Derek.

Y entonces dejaron de importar todas las razones que se había dado a sí mismo de por qué Daphne y él harían una pareja horrible.

Se puso de pie, con la intención de acercarse a ella, pero su gesto rompió el discurso en el que se había sumido y, por la cara de sorpresa que puso, debió de darse cuenta de que había revelado mucha más información de la que quería.

En ese momento supo que ella estaba a punto de salir corriendo.

Si se iba ahora, enterraría todos esos sentimientos y volvería a construir el muro en su interior, aunque mucho más alto y sólido. Y él nunca encontraría la forma de romperlo.

Lo que acababa de descubrir había acrecentado sus sentimientos hacia ella hasta el punto de no poder ocultarlos. Albergaba la esperanza de convencerla para que mantuviera los suyos también a la vista.

Se movió hacia un lado para bloquearle el camino mientras ella rodeaba el sofá. Se chocaron con tanta fuerza que a él le costó mantener el equilibrio y ella estuvo a punto de caerse. La sujetó con ambos brazos y la atrajo hacia sí hasta que recuperó el equilibrio. Entonces William bajó los brazos, pero no se apartó. La mujer disponía de espacio suficiente para retroceder e ir hacia la puerta por otro lado. Imploró que ella no quisiera escapar de aquello.

Fuera lo que fuese.

Daphne enderezó los hombros y retrocedió medio paso. Todavía estaba lo suficientemente cerca para poder tocarla. Lo suficientemente cerca para sostenerla.

Si se lo permitiera...

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella en un murmullo.

¿Qué quería? Durante muchas semanas lo único que había querido era la verdad, pero ahora que lo había conseguido, anhelaba más. Quería conocerla, no solo conocer su pasado. Quería que

fuera una mujer a la que pudiera cortejar, alguien que se alegrara de construir una vida tranquila junto a él.

Pero sobre todo deseaba tener la certeza de que no estaba solo en aquel enamoramiento. No quería ser el único que se quedara mirando al techo por la noche, preguntándose si podía haber actuado de otra forma ese día.

—Quiero que dejes de correr.

—Hay una casa de la que tengo que ocuparme.

—Puedo contratar otra sirvienta.

Daphne frunció el ceño.

—Ya has contratado a medio pueblo.

William se rio al pensar en la cara que pondría Daphne si se enteraba de todo el personal que tenía en el condado de Wilt.

—No tanto. Y estoy seguro de que hay más jóvenes que necesitan trabajo.

—Pero ¿por qué?

—Porque no puedo dejar de pensar en ti. —Levantó la mano despacio, contemplando su rostro mientras ella le miraba la mano. Al ver que no se alejaba, le apartó con suavidad un rizo de la mejilla—. Incluso desde antes, cuando todavía no sabía que no eres la persona que yo creía.

La vio esbozar una media sonrisa antes de bajar la mirada.

—¿No esperabas que tu ama de llaves fuera la hija indigna de un caballero, que se escondió en el campo y cuidó a su hijo secreto y a otra docena de niños ilegítimos en tu casa y sin permiso alguno?

Usó la misma mano con la que le había retirado el mechón para obligarle a alzar la barbilla y que pudiera ver la sinceridad con la que iba a hablarle.

—No eres indigna ni estás arruinada. Ni tienes nada que ver con ninguno de esos horrendos adjetivos que sueles llevar encima como si de un delantal se tratara. Nunca he visto a una mujer con más honor que tú. Has dedicado tu vida a cuidar de los demás, renunciando a todos los lujos que conocías para que esos niños pudieran salir adelante.

Alzó la otra mano para acariciarle la mejilla. La mujer tenía los ojos húmedos, estaba a punto de romper a llorar.

Pero no lloró, ni siquiera sollozó. Y tampoco se apartó.

William soltó un suspiro.

—Daphne, quiero que sepas que estoy aquí, justo aquí, ahora mismo, en esta habitación, contigo, porque es aquí donde quiero estar.

Ella arqueó ambas cejas.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque esta vez, cuando vaya a besarte, quiero que no te quepa la más mínima duda de que es real.

William se detuvo para tomar aliento, contemplando su cara, sus ojos, en busca de cualquier señal de pánico. Era consciente, demasiado consciente, del inmenso abismo social que se interponía entre ellos. Para el resto del mundo él era el dueño y señor, el que ostentaba todo el poder en esa estancia. Pero lo que nadie sabía era que en ese instante era él el que estaba a

merced de Daphne. Podía pedirle que se marchara y él lo haría de inmediato. Haría las maletas y se mudaría a cualquier otro lugar, porque no podía imaginarse aquella casa sin ella.

Daphne parpadeó. La vio morderse el labio inferior durante un momento y tomar una profunda bocanada de aire que hizo que sus hombros subieran y bajaran lentamente.

Pero no se fue.

Y le mantuvo la mirada. Incluso cuando él empezó a bajar la cabeza.

William cerró los ojos mientras acercaba su boca a la de ella y el tiempo pareció detenerse. Lo primero que notó fue su aliento, e inmediatamente después la suavidad de sus labios.

El tiempo dejó de importar. Se vio abrumado por la necesidad de atraerla hacia él, de hacerla parte de él. Deslizó las manos por su delicado cuello y los hombros, y cuando sintió la suave presión de las manos de ella contra ambos costados y el cambio en la presión del beso al ponerse ella de puntillas, la acercó más y la abrazó.

Ese beso superaba sus expectativas, era más de lo que alguna vez se había atrevido a soñar. Nunca creyó que un simple beso pudiera significar tanto.

Ya no era un simple beso. Había dejado de serlo cuando sus cuerpos se habían juntado.

Se separó y luego apoyó el rostro en su cuello y en el borde de su desgastado vestido de muselina. Notó su aliento, mientras él se esforzaba por respirar y apreciar su olor. Sintió las manos de la mujer ascendiendo por sus hombros para, segundos después, aferrarse a ellos, tratando de acercarse más.

Podían ir más allá. No iba a dejarla marchar. No ahora, no cuando por fin había conseguido que bajara la guardia y le demostrase que compartía sus sentimientos.

No sería la primera vez para ninguno de los dos. Podían ir un poco más allá, compartir un poco más, no cruzarían ninguna línea en la que no hubieran tropezado antes.

Pero no se trataba de eso.

Estrechó a Daphne mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Intentaba deshacerse de la idea de que podía tener todo lo que quisiera en ese mismo instante.

Y probablemente fuera cierto.

Ella estaba temblando igual que él.

Pero Daphne se merecía más. Los dos se merecían más.

El amor, si es que eso lo era, se merecía más.

Algo más que pasión, algo más que un momento.

Se merecía toda una vida.

Y el miedo a no poder encontrar una forma de conseguir que aquello sucediera no era excusa para tomar todo lo que pudiera ahora, aunque ella se lo ofreciera libremente.

Siguió abrazándola, mientras sus respiraciones se apaciguaban. En cuanto Daphne se diera cuenta de lo que había pasado, de lo que podía haber pasado, iba a atormentarse por la culpa y él no sabía cómo evitarlo.

Así que la abrazó, esperando que ese momento de conexión le hiciera ver que significaba mucho más para él que cualquier placer físico fugaz.

Y entonces notó cómo se tensaba entre sus brazos.

William volvió la cara hacia ella y, entre sus rizos, le susurró al oído:

—No. Por favor, no. —Aspiró tembloroso—. Por favor, no te arrepientas de lo que hay entre nosotros. Yo... no volveré a besarte hasta que veamos adónde nos conduce esto, pero por favor, por favor, no te arrepientas de lo que nos hacemos sentir.

Sin dejar de abrazarla, esperó hasta que ella se relajó un poco y asintió. Y cuando la soltó y dio un paso atrás, Daphne le rozó los hombros con una breve caricia.

Su rostro reflejaba tantas emociones que fue incapaz de descifrarlas. Puede que ni siquiera supiera lo que estaba sintiendo en ese momento. Él mismo era incapaz de entender todas las emociones que bullían en su interior. Entre la revelación de lo que había pasado en Haven Manor y el beso, estaba aturullado. Lo único que sabía era que quería a esa mujer en su vida. Y hacía mucho tiempo que no quería que alguien formara parte de su vida.

Por desgracia, aquello no hacía que desaparecieran el resto de los problemas.

—Creo que... —Daphne se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. Creo que me voy a ir a... ver la casa.

Él hizo un gesto de asentimiento y ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero cuando llegó se detuvo y dijo:

—Esto no puede volver a pasar.

«Por ahora», pensó él mientras la veía desaparecer. Aunque estaba de acuerdo en que tenían que ser cuidadosos e ir despacio, no podía imaginarse un futuro en el que ambos no intercambiaran votos y se aseguraran de que aquello siguiera pasando el resto de sus vidas.



Capítulo 33



Por primera vez desde que las nuevas sirvientas y lacayos invadieran su hogar, Daphne dio las gracias de que estuvieran allí. Eso significaba que podía dejar la casa a su cuidado el resto de la jornada. Gracias a su empeño por pasar desapercibida los últimos días, seguro que nadie se percataba de su desaparición.

Volvió a la casa del guarda y se preparó para acostarse a pesar de que el sol todavía se veía sobre las copas de los árboles.

Él la había besado.

Ella le había devuelto el beso.

Y le había encantado.

Se metió en la cama y se cubrió con las mantas hasta la cabeza, hasta verse envuelta en un mundo de sombras en el que lo único que podía oír era el sonido agitado de su propia respiración. Inhaló el fresco aroma de las sábanas recién lavadas e intentó no pensar.

Habían pasado catorce años desde que la habían besado, aunque no tenía muy claro que ambas experiencias pudieran compararse. Besar a William no había tenido nada que ver con besar a Maxwell Oswald. El recuerdo de la experiencia anterior era bastante confuso, pero con William había sido mucho más intenso y más emocional.

Tampoco se le escapó el detalle de que había sido él quien había puesto fin al beso. No ella. William era el que se había alejado, el que los había llevado de vuelta a la realidad, el que había logrado controlar sus emociones. No ella.

Se había recordado a sí misma que, en su momento, y durante un instante, él llegó a sospechar que Benedict pudiera ser su hijo, lo que le servía para intentar convencerse de que el William real no estaría a la altura del William que había creado en sus fantasías. Pero con independencia de cualquier desliz que hubiera podido tener en el pasado, estaba claro que había cambiado. El William real había madurado y había puesto fin a su reciente arrebató. ¿Habría tenido ella también la fuerza de voluntad necesaria para detenerlo?

¿Qué decía eso de ella?

Parecía decidido a perseguirla. ¿Debía dejarle? ¿Podía confiar en sí misma para mantener la cabeza fría mientras se planteaba en serio un futuro con ese hombre?

Si no podía, estaría mejor sola.

«Si...».

Cuántas cosas significaba esa palabra. Ese «si...» siempre encerraba una posible decisión. «Si» iba a la fiesta con el vestido de Kit. «Si» iba a hacer todo lo que fuera necesario para mantener a su bebé con ella. «Si» iba a dedicar su vida a criar a esos niños.

No le había costado tomar todas esas decisiones. Le resultaba mucho más fácil cuando afectaban a otras personas. Incluso aunque en su momento no hubiera estado segura sobre si seguir o no adelante. Pero a pesar de sus buenas intenciones, siempre parecía quedarse por debajo de las

expectativas.

Quizá por eso sentía que estaba mal dar un paso que podría beneficiarla solo a ella. ¿De verdad quería Dios aquello para ella? Le parecía un regalo demasiado grande para alguien que ya había necesitado una buena dosis de perdón.

De pronto, sintió un repentino peso sobre el pecho que la sacó del duermevela. Sacó la cabeza de entre las sábanas mientras ahogaba un grito. Su respiración producía un ruido como el de un fuelle.

Le costó un rato salir del estupor del pánico y acomodar la vista a la luz de la lámpara que iluminaba el dormitorio. Entonces pudo ver a Jess, sentada encima de ella con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué pasó?

Daphne soltó un gemido y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Hubiese querido ocultarse de nuevo bajo las mantas, pero se conformó con cerrar los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Estas aquí, hibernando como un oso, mientras él está en la casa paseándose como un león herido.

Miró a su amiga con el ceño fruncido.

—No vivimos en la selva.

Jess alzó ambas cejas.

—No creo que los osos vivan en la selva.

—Seguro que hay algún tipo de oso que viva en la selva. —La conversación no iba bien. Temió que Daphne desplegara docenas de comentarios sobre los osos para desviar su atención.

Aunque a esas alturas tendría que haberse dado cuenta de que eso era prácticamente imposible.

—Como ninguno de los dos sois un animal, no creo que importe. —Se encogió de hombros—. Ha traído su propio plato a la cocina.

¿Qué? Se incorporó tan deprisa que consiguió quitarse de encima a Jess. La rubia tuvo que ponerse de pie para no terminar en el suelo.

—Después del postre —contó Jess, alisándose el vestido en cuanto recuperó el equilibrio—, llevó su plato abajo para hablar con Eugenia un momento. Sarah me dijo que le preguntó qué tal le había ido el día mientras limpiaba. ¿Cuánto te apuestas a que también salió a hablar con su joven mozo de cuadra?

—Encontró uno de los libros de contabilidad —murmuró ella, presionando las manos sobre los ojos—. Sabe lo de los niños.

La actitud desconcertada de su amiga desapareció mientras miraba los libros apilados en un rincón de la habitación.

—¿Lo sabe? ¿Se enfadó?

—No. —Daphne se pasó una mano por la cabeza. Había estado tan concentrada en el beso y en lo que había significado que se había olvidado de que William había descubierto lo de los niños. Pero lo cierto era que no parecía haberle importado mucho. De hecho parecía... ¿aliviado?—. No creo que se haya sentido molesto en absoluto.

—Bueno. Supongo que podemos dar las gracias a Dios por ello. —Se apoyó en el tocador y se

cruzó de brazos—. Entonces, ¿qué es lo que te ha alterado tanto?

Podía decírselo. Le ahorraría a su amiga el tiempo y la energía necesarios para sonsacárselo. Porque lo haría. De alguna forma u otra siempre sabía cómo acorralarla para que dijera exactamente lo que no quería decir.

—Me besó.

Su amiga se quedó callada, con la cabeza ladeada mientras meditaba sobre lo que acababa de decirle. Se inquietó ante su actitud impasible, aunque Jess tampoco era dada a reacciones improvisadas.. Al final, preguntó:

—¿Y estuvo bien?

—¿Qué?

—¿Te gustó?

Daphne se quedó con la boca abierta.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Si no te gustó y no quieres tener nada que ver con él, eso significa que tendré que pensar un plan diferente a si te gustó y ahora no sabes qué hacer.

Dobló las piernas y las apoyó contra su pecho, abrazándose las rodillas. ¿Su respuesta sería demasiado obvia si volvía a esconderse debajo de las sábanas? Probablemente sí.

—¿Por qué necesitas un plan?

Jess la miró asombrada.

—Porque siempre tengo uno.

—Entonces, ¿qué plan se supone que has estado siguiendo desde que Will... el marqués se vino a vivir aquí?

Su amiga esbozó lentamente una media sonrisa.

—¿Así que William?

—Como si no llevaras semanas sabiendo que es William —se quejó—. Limitate a responder la pregunta.

Jess fue hacia el biombo que había en un rincón para ponerse el camión.

—Al principio estaba pensando en cómo sacar a los niños de aquí, si era necesario. —Asomó la cabeza desde detrás del biombo—. Pero en cuanto vi que estaban más o menos seguros en sus nuevos puestos, mis planes se encaminaron a sacarte a ti.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—Porque... —Se detuvo.

Daphne bajó un pie al suelo, lista para abalanzarse directamente sobre ella si no terminaba la frase. Pero continuó, aunque en voz más baja—: Porque estoy preocupada por ti. Todavía te queda mucho por vivir, y no sé qué será de ti sin los niños.

Le emocionó saber que mientras ella se preocupaba ante la posibilidad de que Jess se fuese, su amiga había estado pensando en su futuro.

—Puedo ser un ama de llaves. —Podía. Cada día se le daba mejor. E incluso llegaría el momento en que sería feliz con esa vida. Al fin y al cabo era una forma de cuidar de las personas.

Jess salió de detrás del biombo y se sentó en su cama, mirándola con gesto serio.

—¿Puedes ser ama de llaves pero no marquesa?

A Daphne se le escapó una risa áspera.

—Ni siquiera cuando estaba en Londres me imaginé siendo marquesa. ¿Por qué iba a imaginármelo ahora?

—Porque ahora lo llamas William —respondió con firmeza, pero con tono tranquilo—. Porque todas las noches te pones tu mejor vestido para cenar con él. Porque no se ha enfadado cuando ha descubierto lo de los niños. Porque te ha besado. Porque cuando la realidad os obligue a ambos a decidir a qué diantres estáis jugando, puedes terminar herida y no sé qué será de ti sin los niños para apoyarte en ellos.

Las palabras de Jess escondían una gran verdad.

—Tienes razón —susurró ella. Si no hubiera sido por Benedict, jamás habría encontrado el coraje para recomponer las piezas en las que se había deshecho su vida. Si volvía a desmoronarse, puede que esta vez no lo superara—. Pero estaré a salvo. No seré otra cosa que su ama de llaves. Y estaré satisfecha —añadió con énfasis—, porque es mucho más de lo que la mayoría de las mujeres en mi situación encontrarían.

Jess soltó un resoplido mientras ahuecaba la almohada.

—Cierto. Pero tengo una pregunta. ¿Estarás igual de satisfecha cuando seas el ama de llaves de su esposa?

Sin poder evitarlo, curvó los labios en señal de disgusto. ¿Podría trabajar para la esposa de un hombre al que había besado, de un hombre con el que había fantaseado?

¿Sería capaz de sobrevivir bajo el mismo techo que la mujer que asumiera todas las responsabilidades aristocráticas con las que ella ni siquiera se atrevía a soñar?

No sin un sufrimiento considerable.

—Eso es lo que me imaginaba —continuó Jess—. Y supongo que eso también responde a mi pregunta sobre si te gustó el beso

Ahora fue ella la que resopló antes de tirar la almohada a su amiga.

Jess se la arrojó de vuelta riéndose.

—Lo hecho, hecho está, y la situación es la que es. Tienes que decidir qué quieres y yo te ayudaré. Podemos hacer que se tope contigo constantemente. A ese hombre ya le gustas lo suficiente como para haberte besado. La proximidad por sí sola podría inclinar la balanza de sus sentimientos.

—No quiero manipularlo para que se enamore de mí —refunfuñó.

—No es manipulación. Es crear una oportunidad.

Daphne soltó un gruñido y colocó la almohada de un golpe.

—Y tú, querida amiga, das miedo.

—Lo intento —repuso Jess. Apagó la lámpara y prosiguió—: Tienes que decidir lo que quieres, Daphne. Porque eso es lo que él está haciendo. Y te aseguro que, en cuanto lo tenga claro, se encargará de crear sus propias oportunidades para convencerte.

—Lo dices como si ya supieras lo que va a elegir.

—El hombre ha traído a esta casa a la persona más irritante de toda Inglaterra para que actúe como una especie de barrera entre vosotros dos. Y en cuanto se le ha presentado la primera ocasión, la ha saltado sin ningún miramiento y te besado. Puede que aún no se haya dado cuenta,

pero creo que sus intenciones son bastante obvias.

Quiso defender al señor Thornbury, pero había asuntos más urgentes que requerían su atención. En su cabeza bullían demasiadas cosas.

Por una vez, por una noche, quizá la primera en años, no se tumbó en la cama imaginándose otra vida.

Todo lo contrario, se obligó a pensar en todo lo que había hecho, en el pasado más lejano, en las decisiones que había tomado. No se dejó llevar por el juego de los «y si...» ni fantaseó con una realidad distinta. Tuvo claro que en algún momento había dejado existir la joven que era. Se había convertido en una madre, en una protectora, en una amiga, en una maestra. Eso era lo que representaba para otras personas.

¿Quién era cuando se quedaba sola en su habitación? Miró al bulto de Jess en la otra cama. Bueno, cuando se quedaba sola en la habitación en sentido figurado.

Esa era su vida.

¿Cómo sería vivirla de verdad?



Capítulo 34



A la mañana siguiente, Daphne se puso su vestido más feo. Sabía que no había conseguido la atención que William gracias a un guardarropa espectacular, pero esperaba que la muselina con flores naranjas que habían ido perdiendo dolor hasta convertirse en un amarillo pálido, con cinco centímetros de una tela en el dobladillo que no conjuntaba en absoluto, lo mantuviera alejado un rato.

No era la indumentaria más apropiada para un ama de llaves, pero besar al señor de la casa tampoco era un comportamiento adecuado, así que dudaba que importase.

En cuanto llegó a la casa, se dio cuenta de que las habitaciones de los sirvientes de la planta de abajo estaban vacías. Le habían contado que los cuartos del ático estaban prácticamente terminados, pero no se había enterado de que el personal se hubiera mudado ya a ellos.

Ahora ya no había razón alguna para permanecer en la casa del guarda. La advertencia de Jess sobre la necesidad de decidir qué quería cayó sobre ella como una losa. Si iba a ser un ama de llaves, ese era el momento de tomar una decisión. Renunciaría a tener su propia casa, su propio espacio con los niños que quedaban. Su habitación se convertiría en parte de su paga. Nada sería suyo.

Aunque ahora tampoco lo era, pero todavía lo sentía como propio.

Si se casaba con William, no aportaría nada a ese matrimonio. Ni siquiera tenía una dote o un guardarropa adecuado. No tenía nada que ofrecer, salvo a sí misma.

Y aquello no le parecía suficiente.

Se las arregló para evitar a William toda la mañana. Al mediodía comenzó a llover y recurrió a la estrategia de esconderse en la sala del ama de llaves. ¿Cuándo esperaba una respuesta? ¿De verdad le había hecho una propuesta? Era fundamental que tomara sus propias decisiones sin aquellos ojos azules de por medio.

Y sin sentirse prisionera entre las paredes lisas de aquella sala.

Subió en silencio las escaleras, evitando a las sirvientas que estaban reemplazando las velas medio consumidas de los candelabros por otras nuevas. Cuando vivían allí con los niños solo las sustituían cuando no quedaba más que una mancha de cera y una mecha quemada.

Pero también eso había cambiado.

Sin dejar de estar alerta por si aparecía William, se dirigió a la capilla.

Cuando vivía en la casa, iba allí casi todas las mañanas. Se despertaba, pasaba por las habitaciones de los niños sin hacer ruido y entraba en la tranquila soledad de la capilla. Nadie más solía hacerlo, excepto para la reunión semanal, pero a Daphne le gustaba demasiado aquella estancia.

Para ella, era un refugio.

En ese momento apenas había luz dentro. Las nubes cargadas de lluvia tapaban el sol, cuyos rayos, en otras circunstancias, iluminarían la Biblia en el centro del altar.

El solo hecho de cerrar la puerta tras ella la ayudó a respirar mejor. Cuando se sentó en el banco trasero, se le aclaró un poco más la mente.

Fue ahí donde encontró el perdón tras el nacimiento de Benedict. Él mismo día que su hijo cumplió dos años, se sentó en ese mismo banco y se puso a llorar. Lo soltó todo. Lágrimas, inseguridades, culpa...

Y Dios la perdonó.

Pero de alguna forma, cuando se liberó de todo aquello, se había olvidado de recoger una parte.

Y lo que hizo a partir de ese momento, todo en lo que se había convertido, no tenía nada que ver con quien había sido. Era como si Daphne no existiera ya. Y cada vez que se quedaba sola, se dejaba llevar por su imaginación. ¿Cuándo había empezado a hacerlo? Había convertido una táctica ocasional para enfrentarse a situaciones especialmente agobiantes en una vía de escape de la realidad que al final casi se había transformado en una prisión.

¿Cuántas cosas se había perdido por no querer estar a solas consigo misma?

¿Era posible que, aunque Dios la hubiera perdonado, ella jamás se hubiese perdonado a sí misma? Siempre había dicho a los niños que el Señor los había hecho especiales, a su imagen, para ser exactamente las personas que eran. Que Dios no cometía errores.

¿Era posible que todos esos años hubiera estado creyendo que aquello era cierto para todo el mundo menos para ella?

Jess tenía razón.

—Dios —suplicó con un gemido—, estoy tan cansada de pronunciar esta frase. ¿Sería posible que me hicieras llegar tu próxima revelación a través de otra persona, por favor? Cualquier otra.

Entonces la puerta detrás de ella se abrió y supo quién era sin necesidad de mirar. No sabía cómo la había encontrado. No le había dicho a nadie dónde iba, pero allí estaba él.

William no dijo nada mientras se sentaba a su lado en el banco. Aunque se situó a unos quince centímetros, una distancia adecuada se mirara por donde se mirara, pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Se le pusieron los vellos de punta.

—¿Buscando a Dios? —preguntó él, tras unos momentos de silencio.

Daphne ladeó la cabeza y miró en dirección al altar, considerando su respuesta.

—Buscándome a mí misma, más bien.

—No creo que lo uno excluya lo otro.

Él se quedó callado, esperando algún comentario por su parte. Daphne no sabía muy bien qué decir.

—Creo que ya no sé muy bien quién soy —logró susurrar, mientras se pasaba las manos sobre el regazo, dejando que la suavidad de la tela la devolviera al presente.

—¿Y quién sospechas que eres?

—Alguien que cuida de otros, una especie de madre. Tal vez una amiga. Últimamente un ama de llaves. Pero no sé quién soy cuando no hay nadie más conmigo.

William volvió a callarse unos segundos. Su respiración suave y constante acompasó el latido de su corazón, que le demostraba que estaba viva. Puede que si volvía al lugar donde se había perdido, a la última vez que tuvo claro quién era, pudiera descubrir en quién se había convertido.

—Nunca tuve muchas amigas —empezó. Las sombras cada vez más espesas hicieron que le resultara más fácil sincerarse—. En realidad, solo tuve una.

William, que había estado mirando al altar, se volvió hacia ella cuando comenzó a hablar.

—¿Cuándo?

—En Londres. Cuando crecí. —Soltó una breve risa—. Siempre. Me da miedo la... la gente. Al menos la que no conozco.

Se quedó callada y él hizo otro tanto. ¿Tendría el valor necesario para sincerarse? ¿Y si después de contárselo todo él decidía alejarse? ¿Y si ella dejaba de importarle?

Tomó una profunda bocanada de aire que le llenó el pecho de tal forma que casi le dolió. Si él se alejaba después de oír su confesión, demostraría que no le había importado tanto. Y si encontrarse a sí misma implicaba perder lo que fuera a pasar entre ellos, era un riesgo que estaba dispuesta a asumir.

—Aquella noche no era yo en sentido estricto. —Le costaba articular las palabras—. Sí, es cierto que con aquella máscara, la peluca y un vestido de otra época, me sentía como si fuera otra persona, pero fue más que eso. En realidad, estaba fingiendo ser Kit. Estaba viviendo su vida. Al principio la idea me aterró, pero ella estaba convencida de que era importante que la gente creyera que había estado en esa fiesta, así que me hice pasar por ella.

Bajó la mirada a sus pies y continuó:

—Aunque iba a todos lados con Kit, jamás había experimentado lo que significaba ser ella. Nunca había recibido una atención así. Y como nada parecía real, en algún momento, de alguna forma, dejé de estar asustada.

William dejó escapar un fuerte suspiro, pero no dijo nada.

—Una parte de mí le culpa, pero no creo que él quisiera que... que... sucediera de ese modo. —Se detuvo un instante mientras se le caía una lágrima. Después de todos esos años, después de suplicar y recibir el perdón, todavía se avergonzaba de su comportamiento aquella noche. Y aunque en ningún momento había sido consciente del alcance de lo que estaba haciendo, había alentado a Maxwell Oswald en cada paso.

Salir de aquel salón de baile fue una aventura emocionante. Besarle, toda una experiencia nueva.

Y también una enorme traición a la amiga a la que, en teoría, había estado ayudando.

—Creo que le puse en bandeja una oportunidad que no se esperaba y la aproveché.

—Eso no es excusa para que no obrara de forma correcta —gruñó William.

—Pero tampoco le condena del todo —respondió ella—. O por lo menos no fue el único que actuó mal.

—¿Por qué no se lo dijiste? ¿Por qué no se lo contaste a nadie?

Esa era la parte más difícil, donde la culpa y el remordimiento caía únicamente en sus hombros.

—Porque cuando me enteré de que habría... cuando supe que habría consecuencias, él ya estaba casado. No quise decirle a mi padre quién era, porque en ese momento ya no podía hacer nada, y él me echó de casa. Y como en la fiesta había fingido que era Kit, la reputación de mi amiga también quedó arruinada, así que se marchó conmigo. Terminamos aquí. Y luego los niños

nos dieron un propósito en esta vida. —Se le agolpaban las lágrimas en los ojos. Las dejó caer libremente, como siempre hacía. Vio cómo salpicaban su regazo, haciendo que el patrón descolorido tuviera peor aspecto incluso—. No sé quién soy sin ellos.

William movió la mano por el banco para cubrir la de Daphne.

—¿Me dejas que te diga lo que yo veo?

Daphne alzó la mirada, humedecida por las lágrimas. El gesto de él no se parecía en nada a lo que esperaba. La observaba con ternura, esbozando una sonrisa cariñosa.

—Veo a una mujer fuerte que no dejó que un error arruinara su fe o su futuro. Reconozco que me tienes un poco asombrado, porque nunca me he planteado ayudar a los demás si eso requería un sacrificio por mi parte. Sigues amando la vida. Lo veo cuando tocas el piano, cuando enseñas a Eugenia y a Sarah, incluso cuando organizas a las nuevas sirvientas y cuando cantas al hacer la colada.

Parpadeó sorprendida. ¿La había oído cantar?

—Solo canto cuando tiendo la ropa.

—Puede que me haya pasado por allí algunas tardes.

Sonrió antes de secarse las mejillas.

Pero él no había terminado todavía.

—Veo a una mujer increíble, pero no importa lo que yo vea. Lo que importa es lo que tú veas. Y creo que has olvidado algo.

—¿El qué?

—Que hay vida después del perdón.

Era una afirmación razonable, una verdad que parecía muy obvia, pero allí sentada supo que había echado en falta esa certeza.

Ella amaba la vida. Pero también amaba ese día, ese momento. Deseaba aceptar lo que viniera y decir que eso era lo que quería.

Pero ¿era verdad? Si pudiera «elegir» en vez de solo dejar que sucediera, ¿cómo sería su vida?

—Cuando mi madre murió —continuó William—, hice cosas de las que no me enorgullezco. En ese aspecto, no sé si soy mejor que mi primo. Cuando recuperé la sensatez, detesté a la persona en la que me había convertido. Dejé que mi padre creyera que estaba viajando por el mundo, pero lo más lejos que llegué fue hasta Irlanda. Con el tiempo, me di cuenta de que no solo tenía que cambiar mis maneras, sino que debía pedir a Dios que me perdonara por mis viejos hábitos. —Respiró hondo y le apretó la mano—. El perdón es algo muy interesante.

—¿En qué sentido?

—A diferencia de lo que sucede con otras muchas cosas, es fácil pedirlo y difícil aceptarlo. —Su mano todavía cubría la suya—. Me gustas, Daphne. No veo nada malo cuando te miro. No veo tu pasado, como tampoco veo el mío cuando me miro al espejo.

—Pero cometí un error terrible.

—¿Y quién no? Solo que a algunos nos resulta más fácil ocultar nuestros errores que a otros.

Ella no dijo nada. Se limitó a bajar la mirada hacia sus manos unidas. Pensó en la realidad implícita en sus dedos entrelazados. Los suyos tenían callos y una uña rota. Eran tan diferentes...

—Ese beso... —empezó ella.

—No fue ningún error.

Alzó la mirada, dispuesta a refutar su afirmación, pero el gesto tierno y acogedor de antes había sido sustituido por un brillo de dureza en los ojos.

—Estoy de acuerdo en que no es algo que vayamos a repetir en un futuro inmediato, pero no es ningún error. —Lo vio tragar saliva—. No lo meterás en el mismo saco que el momento en que se aprovecharon de ti, o te coaccionaron, o te arruinaron. No es lo mismo.

No, desde luego que no se había sentido igual. Había sabido en todo momento dónde estaba y quién era. Y quién era el hombre que la besaba. Había sido maravilloso porque era William, no por lo que se imaginara que podría venir después.

—Por favor, tenlo en cuenta —añadió él.

Ella le respondió con un rápido asentimiento y una sonrisa mientras le apretaba la mano.

—¿Qué hacemos ahora?

William extendió la otra mano y dio una palmada sobre sus dedos entrelazados.

—Tómame el tiempo que necesites. Yo ya sé quién eres, con tus defectos y virtudes. Necesitas encontrarte a ti misma. Porque si continuamos adelante, ambos debemos estar presentes. Será real, Daphne, no un baile secreto en la oscuridad.

—La vida real tiene consecuencias —susurró ella.

—Igual que bailar a oscuras —repuso él—. Todo lo que escojas te llevará a tomar otras decisiones. A eso se le llama vivir.

—¿Cuándo te volviste tan sabio? —preguntó ella con otra sonrisa.

—Cuando escogí tomar mis propias decisiones y seguir siempre el camino contrario que habría tomado mi padre. Fue la única forma que encontré de no convertirme en el mismo tipo de persona que él. Hasta ese momento, nunca me había dado cuenta de la cantidad de decisiones que tomaba todos los días.

Daphne se rio, aunque la alegría no le duró mucho. Lo que él le estaba proponiendo no era una decisión tan sencilla. Sabía lo suficiente de la vida, de la aristocracia y de Londres, para ser consciente de que no la aceptarían así como así. Kit se había casado con el heredero de un condado y en la última carta que le escribió, antes de emprender su luna de miel, se había lamentado de las miradas, los susurros y el disgusto general que había causado la impertinente advenediza que se había llevado a uno de los mejores partidos de la nobleza.

Pero a Kit se le daba muy bien conversar y desplegar sus encantos en medio de una multitud.

Daphne se sentiría como un cordero al que ofrecieran en sacrificio.

Levantó la mirada para ver a William apretando los labios y supo que estaba pensando lo mismo. Que ella no sería una buena aristócrata.

Jamás se imaginó que la cruda realidad pudiera ser tan atractiva. Él la veía tal y como era y no estaba dispuesto a esconderse. Quería aferrarse desesperadamente a esa fuerza que transmitía.

Pero ella necesitaba encontrar también su propia fuerza.



Capítulo 35



Las personas eran criaturas curiosas. Lo que a alguien le parecía fácil, para otro podía suponer un obstáculo insuperable.

A William le resultaba muy sencillo ver quién era Daphne y quién podía ser. Cualquier mujer capaz de empezar una nueva vida desde cero, aprender a hacer la colada, cuidar de niños y quién sabe qué más, permanecería al lado de un hombre pasara lo que pasase.

Después de haber visto cómo su padre abandonaba a su familia ante la primera dificultad, le reconfortaba tener a su lado a alguien a quien no le diera miedo el trabajo duro.

Esa mañana, en la capilla, debería haberle contado cosas sobre su padre. Y también debería haberle hablado de la posibilidad de reconciliación entre ella y el suyo, ya que para él y para su progenitor era demasiado tarde. William nunca tendría esa oportunidad.

El señor Blakemoor, sin embargo, todavía seguía vivo. Si la buscaba para hablar de él en ese momento, ¿se lo tomaría como si la estuviera presionando? Quería pensar que vería su verdadera intención: que se enfrentara a un asunto ineludible en su particular búsqueda de sí misma.

Si seguía sopesando siempre cómo reaccionaría, terminaría volviéndose loco. Tenía buenas intenciones, y ella lo entendería.

Solo había una forma de averiguarlo.

Tardó veinte minutos en encontrarla; por lo visto llevaba un rato sin detenerse en un lugar en concreto, revoloteando por la casa como una especie de ninfa de la limpieza distraída. Horatia le dijo que había estado colocando la ropa de cama antes de ponerse a barrer las escaleras. Derek, que la había visto entrar a la galería de retratos, donde limpió tres marcos antes de enrollar una alfombra y llevarla al porche trasero. Y Cyril, que se había encargado él mismo de recoger la alfombra, porque en ese momento estaba lloviendo, pero que no tenía ni idea de dónde se había metido. Al final, dio con ella mientras abrillantaba las mesas del vestíbulo.

—Daphne —dijo, agarrándola de los brazos para que no se escapara—. ¿Qué estás haciendo?

—Pensando. Parece que no puedo concentrarme en una sola cosa mientras pienso, así que he estado yendo de un lado a otro. —Frunció de forma adorable el ceño—. ¿Crees que Jess ya habrá hecho el pan? Tal vez pueda fregar algún molde.

William se echó a reír. Intentó controlarse, pero fue imposible. Le encantaba que ambos fueran tan diferentes.

—No sé nada de moldes. Pero he estado pensando en algo que quería decirte.

Del rostro de Daphne desapareció al instante cualquier rastro de confusión. Lo miró intensamente; él suspiró. Se acordó de todas las veces en que hablaron y se había mostrado distraída. Ahora se daba cuenta de que esa actitud había sido fruto de una mezcla de la culpa y los secretos que quería ocultarle, pero una vez salvado ese obstáculo, tenía una mirada completamente despierta.

Y estaba absolutamente pendiente de él. Puede que de cuando en cuando pareciera un poco

abstraída, pero estaba claro que ante personas por las que se preocupaba estaba tan atenta como un francotirador. Se había fijado en ese detalle cada vez que la había visto con Benedict.

Se sintió honrado porque ahora también tuviera con él la misma consideración. Y eso le dio la fuerza que necesitaba para abordar el asunto por el que estaba allí.

—Es sobre tu padre.

Daphne volvió a fruncir el ceño, pero no dejó de mirarlo.

—¿Va a hacernos otra visita?

—Con el tiempo sí, pero no es de eso de lo que quiero hablar contigo. —Respiró hondo. Aquello solo iba a funcionar si él también se exponía un poco a sí mismo, si le contaba por qué creía que era importante—. Nunca tuve una relación muy cercana con mi padre.

Daphne alzó la mano para acariciarle la mejilla y él sintió aquel roce en el alma. Aparte de su madre, nadie le había mostrado jamás ningún tipo de afecto. O por lo menos nadie que le importara. Quizá por eso le estaba costando tanto dejar de agarrarla.

—¿Discutíais mucho?

—No. Peor que eso, nos hacíamos el vacío mutuamente. —Tomó una profunda bocanada de aire y continuó—: Mi madre fue un buen partido. Aportó al matrimonio dinero y contactos. Solo se vieron una vez antes de casarse y en presencia de toda la familia.

Le frotó los brazos, sintiendo el calor que irradiaba debajo de la tela desgastada de su vestido. Un vestido horroroso. Probablemente, el más feo que había visto.

Aunque prefería pensar en el vestido que en sus padres, supo que eso no le ayudaría en nada.

—Mi madre pensaba que mi padre era un holgazán. Y él, que ella era doña perfecta. Ninguno se equivocaba del todo, pero tampoco tenían razón. Mi madre era muy exigente, pero también tenía un enorme sentido de la lealtad y del honor, por eso se casó con mi padre. Él quería vivir en Londres, cerca de su club y de los eventos sociales. Ella quería pasar más tiempo en el campo, dedicarse a sus obras de caridad y formar una familia. Se soportaron el tiempo suficiente para tenerme y, después, mi padre se fue.

—¿Y qué hizo tu madre?

—Me crio. La mayoría de las veces actuábamos como si no existiera. Él se pasaba de vez en cuando por casa, me reprendía todo lo que podía durante dos semanas, contaba sus hazañas en Londres sin nosotros agobiándolo y se volvía a ir.

—Eso es horrible.

No podía estar más de acuerdo con ella. Aunque de niño le pareció terrible, como adulto le molestó todavía más. Que su progenitor no hubiera sido capaz de dejar a un lado su constante búsqueda de placer para ejercer como padre de su heredero era intolerable. Pero que su madre hubiera sido demasiado terca como para llegar a un acuerdo mutuo no era mucho mejor.

—El caso es que mi padre nunca sintió el más mínimo remordimiento por nuestro distanciamiento. —Se tomó un momento para respirar hondo, pues ahí era donde temía herir su sensibilidad—. Tu padre, sin embargo, sí.

Ella lo miró parpadeando y adoptó un gesto inexpresivo. Ya la conocía lo suficientemente bien como para saber que cuando Daphne no dejaba entrever ninguna emoción significaba todo lo contrario, que estaba sintiendo demasiado.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

—Porque habla de arrepentimiento, da consejos, comenta que es mejor pararse a pensar para que uno pueda vivir con las decisiones que tome. —Se humedeció los labios—. Quiero que lo tengas en cuenta. No le diré que estás aquí sin tu permiso, pero voy a trabajar con él en la nueva fábrica, Daphne. Si tú... Si yo... Si nosotros...

—Entiendo.

Se fijó en el ligero temblor de sus manos. ¿Se alejaría de él por el mero hecho de que un futuro juntos pudiera incluir a su padre? ¿No volvería a abrazarla o a escucharla tocar?

William sacudió la cabeza. Estaba divagando sobre un potencial futuro. Tal vez estaba adoptando los hábitos de Daphne. Prever cualquier coyuntura no era malo, pero no quería elucubrar sobre disyuntivas y terminar perdiendo una oportunidad.

—Me lo pensaré —dijo ella al cabo de un rato—. ¿Has...? —Su frase fue interrumpida por un fuerte golpe en la puerta. Daphne volvió la cabeza a un lado—. ¿Esperas alguna visita?

—No —contestó él, levantándose para dirigirse a la puerta.

Daphne lo detuvo sujetándole el hombro.

—¿Qué haces?

Él parpadeó confundido. Jamás había abierto una puerta en su vida. Vivir en aquella casa tan extraña le estaba haciendo perder la cabeza.

Hizo una reverencia y un gesto con la mano para que ella le adelantara.

—Después de ti, por supuesto.

Daphne puso los ojos en blanco y sonrió; algo que sintió como un triunfo después de las lágrimas de esa mañana. Esbozó otra sonrisa a modo de respuesta.

Aunque a ninguno de los dos les duró mucho la alegría.

Porque, cuando Daphne abrió, William vio a su madrastra y a su medio hermano en el porche delantero, delante de la cortina de lluvia que caía por el pórtico.



Daphne conocía a la mujer que había en la entrada. Bueno, sabía quién había sido en el pasado. Y era prácticamente imposible que una dama como la señorita Araminta Joysey hubiera permanecido soltera durante catorce años.

No había visto mucho a la señorita Joysey durante el tiempo que pasó en Londres; solo cuando Kit lograba que la invitaran a un baile o a un evento cuyos asistentes estaban por encima de su estatus social. Esas pocas ocasiones fueron suficientes para darse cuenta de que aquella joven solo se mostraba agradable con las personas de las que podía obtener algo.

Y Daphne nunca había estado entre ellas.

Mientras la mujer parada en la puerta la miraba de arriba abajo, como a un saco de basura que alguien hubiera dejado en el vestíbulo y tuviese que limpiar con sus manos desnudas, supo que las probabilidades de que la recordara de los dos o tres encuentros en los que habían coincidido eran nulas.

La señorita Joysey apenas se fijó en ella un instante y alzó la cabeza para mirar por encima del

hombro de Daphne.

Se suponía que tenía que decir algo. Al fin y al cabo, ese era su trabajo. Al final logró soltar una especie de graznido de lo más lamentable.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí. —La voz de Araminta era suave en comparación con su tartamudeo—. Puedes dejarme entrar en la casa. Y luego trae el té.

—¿Qué estás haciendo aquí? —William se puso a su lado, pero no la rozó. Recordó cómo le había frotado los brazos y tomado de la mano hacía tan solo un instante y se sintió un poco vacía. Aunque entendía que no podía mostrar ningún tipo de afecto por ella delante de aquella mujer hasta que no decidieran en qué punto se encontraban —lo más seguro era que tampoco lo hiciera si su relación fuera pública—, la situación le provocó una sensación de inquietud. A pesar de las bonitas palabras de William, todavía era muy consciente del abismo social que había entre ellos.

—Invitaste a Edmond cuanto terminara el trimestre. —Señaló al muchacho que había a su lado—. Pues aquí está.

—Y aquí estás tú también —replicó William con voz neutra.

—Nadie vería con buenos ojos si empiezo a hacer visitas cuando todavía no ha pasado el tiempo de rigor desde la muerte de mi esposo. ¿Vas a hacerte a un lado y a dejarme entrar, Chemsford?

Fue el título lo que por fin la sacó de su estupor. Soltó la puerta y se apartó, evitando tocar a William o mirar a la mujer.

Apostaría que Araminta era la madrastra que había hecho que William se descontrolara después de la muerte de su madre. Y Edmond, el medio hermano que compartía la edad de Benedict y parte de su linaje, pero cuya vida había sido completamente diferente a la de su hijo.

De repente, se sintió tremendamente celosa. Nunca había envidiado a alguien como Araminta, excepto por su habilidad para saludar a los anfitriones de una fiesta sin tener que practicar al menos una docena de veces antes. Pero por su hijo era más que capaz de sentir celos.

¿Qué se suponía que tenía que hacer con aquella gente en la casa? ¿Qué esperaba William de ella? Ninguno de los dos tenía claro qué hacer en adelante. ¿Querría que volviera actuar como la perfecta y fría ama de llaves? Tenía que reconocer que no se le había dado muy bien, ni siquiera antes de que se besaran.

Jess sabía qué hacer. Había sobrevivido a un mundo lleno de peligros fingiendo ser personas que no era. Seguro que podría ayudarla a representar otra versión de sí misma.

Sintiéndose un poco mal por dejar a William a merced de una mujer a la que no soportaba, salió hacia las escaleras que llevaban a la cocina con tanta prisa que casi se tropezó en el último tramo.

Su amiga no estaba en la cocina, pero de una de las salas donde almacenaban utensilios y vajilla le llegó el sonido de voces alteradas.

—Me da igual lo que creas haber visto, no puedes bajar aquí y ponerte a enredar y mover cosas en mi cocina. —El tono resultaba amenazador.

Daphne fue corriendo hacia el almacén. Si su amiga estaba tan enfadada, la persona con la que estuviera hablando corría un serio peligro.

—Pero la fuente que vi anoche podría ser perfectamente una pieza de cerámica Iznik. Si hay más de esas aquí abajo, sería un hallazgo increíble. —La otra vez era el señor Thornbury. La última vez que lo había visto había sido en la galería de retratos, garabateando apuntes en su cuaderno. ¿Cuándo había bajado?

—Entonces, puedes venir a buscarlos cuando no esté preparando ninguna comida, porque ahora no me conviene tener todos esos platos en el lugar donde tengo que trabajar.

Daphne se acercó a la puerta y vio a Jess de brazos cruzados —gracias a Dios, sin ningún cuchillo a la vista— y con los ojos entrecerrados en un gesto de rabia. Derek Thornbury estaba al otro lado de la sala, con un plato en cada mano y tres más apilados a sus pies.

El erudito ladeó la cabeza y lanzó a Jess una mirada inexpresiva.

—Pero tú siempre estás preparando algo. Jamás abandonas esta cocina.

—Parece que tienes un problema —dijo Jess.

El hombre miró uno de los platos y luego lo colocó en un estante junto con los demás.

—Diré a lord Chemsford que pida una comida menos elaborada. Así tendrás que dedicar menos tiempo a la cocina y yo miraré la vajilla.

La cara sonriente del señor Thornbury parecía la de un niño pequeño esperando que todo el mundo estuviera orgulloso de su capacidad para resolver los problemas.

Jess masculló algo en otro idioma. Tal vez en italiano, pero no estaba segura.

Para su sorpresa, el señor Thornbury respondió en el mismo idioma, aunque sus palabras parecieron un poco forzadas en comparación con la fluidez de Jess. Se fijó en el rubor que tiñó el rostro de su amiga.

¿Cuándo había sido la última vez que Jess se ruborizó?

Todo aquel encuentro le estaba resultando de lo más extraño, y como en ese momento no se veía con fuerzas para afrontar más tensión, los miró a los dos y espetó:

—Acabo de abrir la puerta a una versión mucho más bonita de mí misma.

Ambos volvieron la vista hacia ella e interrumpieron la conversación al instante.

—Regresaré cuando la comida esté lista —señaló el señor Thornbury, mientras salía del almacén sin mirar a ninguna de las dos.

Jess no dijo nada hasta que los pasos del hombre dejaron de oírse en la escalera.

—¿Puedes repetir eso que has dicho, por favor?

Daphne ni siquiera se había dado cuenta de lo mucho que le había molestado la presencia de Araminta, aparte de por el hecho de suponer otra intrusión en su mundo, por supuesto.

—Tiene el cabello y los ojos oscuros, es igual de alta que yo y tiene mi misma edad. Lleva un vestido que parece haberse confeccionado en esta década y está claro que su piel jamás se ha visto expuesta al sol mientras trabajaba en un jardín o tendía la ropa.

—¿Y está en el porche? —quiso saber Jess.

—No sé dónde está ahora mismo, aunque dudo que siga en el porche. William se deshizo de ella o la invitó entrar.

Jess tuvo el detalle de no hacer ninguna broma sobre el hecho de que acabara de usar el nombre de pila del marqués. Fue directamente al grano:

—¿Y quién es esa mujer?

—La señorita Araminta Joysey. Bueno, solía ser la señorita Araminta Joysey.

—Entonces, es la actual *lady* Chemsford.

Daphne se puso pálida. Se le dobló una rodilla y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta. Una cosa era sospecharlo y otra, bien distinta, saberlo.

—Su madrastra tiene la misma edad que yo. No quiero ser tan mayor como para haberme casado con el padre de William.

—Eres lo suficientemente mayor para haberte casado con su abuelo, si el hombre hubiera estado vivo y libre para contraer matrimonio. Los viejos aristócratas suelen casarse con jovencitas. —La llevó hasta la cocina con delicadeza—. Tendrás que servirles un poco de té.

—No voy a hacerlo. —Si William volvía a verla al lado de *lady* Chemsford se daría cuenta de lo equivocados que habían estado al pensar en la posibilidad de un futuro juntos. ¿Eso era lo que esperaba a Daphne si se casaba y aceptaba el título?

La situación era aún peor de lo que se había imaginado. ¿Permitirían que la marquesa se quedara en un rincón, llevando vestidos lo suficientemente a la moda como para que nadie se fijara en ellos?

Dio un codazo a Jess.

—Lo llevarás tú.

Su amiga le devolvió el codazo en la espalda.

—No voy a arriesgarme a que me reconozca si me ha visto en algún lado o a cualquier otra cosa solo porque tiene el pelo mejor que tú.

—Y la ropa... —murmuró ella—. Le diré a Sarah que lo lleve ella.

—Está en tu sala.

Daphne parpadeó.

—¿En mi sala? ¿Por qué?

—Porque le dijiste que se tomara una hora libre y estudiara alguno de esos libros que trajiste. De todas formas, creo que te agradecerá que la interrumpas.

Jess regresó al almacén y volvió con una bandeja y unos platos.

—¿No se te ha ocurrido pensar —dijo, dejando caer la bandeja sobre la mesa— que todo el mundo lleva mejor ropa que ese vestido que escogiste hoy? Si a estas alturas al marqués no le ha molestado que lleves esa cosa espantosa, no creo que verlo junto a un vestido de viaje lo haga.

Tenía razón. Otra vez. Pero no quería volver arriba. Habría dado casi cualquier cosa por no tener que encontrarse en esa situación.

¿Estaba dispuesta a renunciar a William?

Más allá de Haven Manor, el mundo de él estaba repleto de personas como *lady* Chemsford, que tomaban el té constantemente e interrumpían la vida de los demás simplemente porque podían.

Si Daphne no era capaz de enfrentarse a una mujer así, ¿cómo iba a aspirar a una vida al lado de William?



Capítulo 36



La lluvia continuó al día siguiente. Daphne sabía por experiencia que el temporal iba a durar días y días.

Así que hicieron lo que había querido evitar a toda costa. Todos se mudaron a la casa grande.

Jess fue corriendo a la casa del guarda para trasladar las cosas que necesitarían y, antes de que le diera tiempo a reaccionar, su ropa, su cepillo y la mayoría de sus objetos personales estaban instalados en la sala del ama de llaves.

Se había mudado.

Tal y como había augurado, el día siguiente trajo más lluvia, y el siguiente aún más.

En cuanto alguien ponía un pie en el porche se calaba hasta los huesos. De modo que todo el mundo se quedó dentro de la casa.

Todo el mundo.

Daphne se pasó las jornadas intentando que no se le cayera nada mientras realizaba sus tareas. Se sentía sin fuerza en los brazos, que parecían hechos de tela mojada, y no conseguía que los pulmones se le llenaran de aire.

Por las noches se tumbaba sobre su cama del cuarto del ama de llaves, tapándose la cara con la almohada para que no se oyeran sus sollozos. Al final caía exhausta en un sueño intranquilo y no conseguía descansar del todo.

La casa, que hasta ese momento nunca le había parecido pequeña, le resultaba opresiva. La doncella de *lady* Chemsford, una mujer insolente hasta decir basta, llamada señorita Partridge, hizo que los primeros días en Haven Manor del señor Morris parecieran un remanso de paz. Con sus constantes peticiones la sacaba de quicio, sobre todo porque no tenía la menor idea de cómo complacerla.

Haven Manor no era un lugar acondicionado para entretener a las damas. Hasta donde ella sabía, no lo había estado nunca. No había material de pintura o agujas para bordar. En el pasado habían tenido una extensa colección de plumas para hacer trabajos con filigranas de papel, pero se las habían llevado a la casa del guarda. Y aunque hubiera dado con la forma de poder transportar papel bajo la lluvia sin que se mojara, no lo habría hecho. Esas plumas las habían usado sus adorados niños.

Tampoco había naipes. William y Edmond se entretuvieron jugando al ajedrez, pero *lady* Chemsford no estaba muy por la labor y deambulaba aburrida por toda la casa. Daphne temía darse la vuelta y encontrarse en cualquier momento a esa mujer, como si fuera un espectro al que hubieran enviado para advertirle sobre su posible futuro.

Si solo hubiera tenido que preocuparse por sí misma, lo hubiese sobrellevado, pero la lluvia también había atrapado a Benedict en la vivienda. El señor Leighton lo había dejado allí mientras llevaba la carreta hasta el taller y la cargaba con más molduras.

Daphne, Jess y Benedict habían visto aguaceros similares las suficientes veces como para saber que el río se desbordaría, provocando que nadie pudiera cruzar el puente hacia Marlborough durante días.

El muchacho había empezado a tallar figuras de madera en la antesala de la cocina, el único lugar al que probablemente no se le ocurriría ir a la señorita Partridge. Después de tres días, había creado un pequeño grupo parecido al formado por Daphne, Kit y a los otros niños. Un motivo más para desatar la nostalgia de Daphne.

—La bandeja está lista. —Jess se secó el sudor de la frente con la manga y suspiró antes de volver a la masa de pan que había dejado a un lado para tomarse un respiro.

Daphne miró a su alrededor, pero enseguida se dio cuenta de que no había ninguna sirvienta ni lacayo a la vista. Salvo que quisiera enviar a Sarah o a Eugenia con la bandeja, tendría que ser ella misma la que se encargara. No quería subir a las plantas principales, pero tampoco estaba dispuesta a someter a los niños a la tóxica presencia de *lady* Chemsford.

—La llevaré yo.

Recogió la bandeja de la mesa y comenzó a subir las escaleras. Era un paseo corto hasta la biblioteca. Volvería enseguida.

Cuando llegó, se encontró a Edmond y William inclinados sobre el tablero de ajedrez, hablando en voz baja. Cruzó la estancia y dejó la bandeja en una mesa junto a ellos.

—Por favor, dime que hoy hay otra cosa distinta a los bollitos de mora —se quejó *lady* Chemsford desde el sofá del otro lado de la habitación.

A punto estuvo de caérsele el plato. ¿Cómo no se había percatado de la presencia de la otra mujer nada más entrar?

Lady Chemsford cruzó la biblioteca y frunció el ceño al ver la comida.

—¿Cómo puedes vivir aquí, Chemsford? Este lugar es horrible. Edmond, en cuanto termine esta espantosa lluvia, nos marchamos.

—Imposible —espetó ella.

Tres pares de ojos la observaron. Los de Edmond, reflejaban curiosidad; los de *Lady* Chemsford, sorpresa. William parecía tan confundido como ella misma. A pesar de lo que decían los libros de los que Kit solía hablarle, no parecía que el amor lograra que dos personas se entendieran sin palabras.

—¿Por qué no? —replicó *lady* Chemsford.

—La lluvia, *milady*. —Tragó saliva y se pasó la lengua por los labios secos—. Cuando llueve tanto, el puente hacia Marlborough suele inundarse.

Se preparó para el reproche de la mujer, pero *lady* Chemsford se dirigió a William en vez de a ella. Daphne sintió el desprecio como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Tu padre jamás se habría ido a vivir a ningún lugar donde pudiera quedarse aislado del mundo. Eres un marqués. La gente tiene que verte, lo sabes. ¿Cómo vas a consolidar el título si no puedes acceder a nada que no sea una vaca o un árbol?

Una parte de ella quiso salir en defensa de William, pero la otra, la que insistía en ser realista respecto a su futuro, estuvo de acuerdo con la madrastra. ¿Cómo no estarlo?



—Cabras —la corrigió William, mientras bajaba la mirada y movía el alfil—. Tengo cabras. No vacas. Y el título ya está consolidado. Recibí mi convocatoria personal al Parlamento hace meses. Mi escaño allí es firme.

Aquella mujer había llegado en peor momento. Y él no podía aclarar ante su madrastra sus intenciones con Daphne, porque ella tampoco había tenido la oportunidad de decidir al respecto. Cada día que transcurría sin poder hablar con ella o pasar un rato a solas era como si le clavaran un cuchillo en el corazón; sentía que la estaba perdiendo. Podía ver su incomodidad por tener a Araminta y a Edmond en la casa, quitándole la seguridad que aquellas paredes le habían proporcionado durante tantos años.

—El título es algo más que el Parlamento. Tienes la responsabilidad de mostrar a los demás el camino correcto. —Araminta se hizo con un bollito y frunció el ceño. William sabía que Jess no cocinaría nada que no estuviera perfecto, así que dio por sentado que lo que había molestado a la viuda de su padre era no haber podido encontrar ningún otro defecto que no fuera la fruta escogida.

—Creo que tal vez sean otros los que deberían esconderse en el campo una temporada para tomar un poco de perspectiva. Incluso podría venirte bien, Araminta.

William miró fijamente el tablero, esperando que Edmond hiciera algún movimiento, pero cuando alzó la vista se dio cuenta de que el muchacho estaba mirándolos alternativamente con los ojos muy abiertos. ¿Acaso nunca había visto a alguien que no cayera rendido de inmediato ante su madre?

—¿Cómo iba a venirme bien un sitio como este? —replicó ella—. Aquí no se puede hacer nada.

—Lee un libro. —Como Edmond seguía sin hacer ningún movimiento, no podía continuar mirando el tablero, así que fijó la mirada en la bandeja de té.

—Estaba leyendo un libro. Era horrible. Todo este sitio es horrible.

William alzó la vista. Le sorprendió comprobar que Daphne seguía en la biblioteca, a escasos pasos de él. Hubiera jurado que escapar de allí habría sido su máxima prioridad. Estaba pálida y tenía mala cara. La misma mirada vidriosa que le había visto el primer día que llegó a aquella casa. La preocupación se apoderó de él, ahuyentado cualquier otro pensamiento.

—Estás en una biblioteca increíblemente surtida, Araminta. Escoge otro.

Entonces se puso de pie, con la intención de acercarse a Daphne sin importar lo que pensarán los demás, sin importar siquiera lo que pensara ella. Estaba claro que no se encontraba bien y él se negaba a quedarse sentado y no ocuparse de ella.

Pero su movimiento la sacó del ensimismamiento y abandonó corriendo la estancia. Solo pudo mirar cómo huía.

—Al menos deberías vivir en algún lugar donde pudieran proporcionarte un personal decente. El que tienes ahora es deplorable —criticó Araminta, mientras regresaba al sofá y al libro que, por lo visto, no era tan horrible como para sustituirlo por otro.



Daphne había pensado que lo peor de mudarse a la habitación del ama de llaves sería la sensación de no tener un espacio propio. Pero no sintió eso. Tenía toda una alcoba para ella sola. Jess estaba en otro cuarto, junto a la cocina, en vez de en la cama de al lado. Y a las niñas las habían acomodado tres plantas más arriba.

No tenía a nadie con quien hablar, a nadie con quien bromear. A nadie ante quien mostrarse fuerte.

Como se sentía inquieta, salió de su habitación y caminó por la casa, a esas horas en silencio, hasta el porche trasero. Intentaba resistirse todo lo posible a salir a ese lugar, pero todas las noches terminaba allí, incluso cuando llovía.

Cuando vivían allí con los niños, habían instaurado una especie de tradición nocturna en la que Kit y ella, y luego también Jess, se reunían en el porche y contemplaban el reflejo de la luna en el lago situado al pie de la colina. Allí habían hablado de los niños, de la vida, de todo un poco. Habían intercambiado confesiones y habían terminado convirtiéndose en una familia.

Echaba de menos esos encuentros. Y echaba de menos a Kit. Estaba muy feliz por su amiga, pero añoraba su compañía. Había sido una constante en su vida, la persona que siempre estaba dispuesta a interponerse entre Daphne y el resto del mundo.

En algún momento después de la cena, la lluvia por fin se había detenido y podía contemplar el paisaje bajo la luz de la luna. Un paisaje lleno de promesas en el que no se veía a nadie.

Cuando oyó abrirse la puerta a sus espaldas se movió a un lado de inmediato, con la esperanza de ocultarse entre las sombras antes de que alguien la encontrara, pero se detuvo al ver que era William.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —quiso saber ella.

—Jess me puso una nota debajo del plato. —Se acercó a su lado, junto a la barandilla.

Se quedaron un momento hombro con hombro, mirando la luna en silencio. Seguramente porque los dos sabían lo que había que decir, pero ninguno quería decirlo.

—No son todos como Araminta —señaló William al cabo de un rato.

—No tienen que serlo. —Daphne tragó saliva, intentando deshacerse del nudo que tenía en la garganta. Ahora no era el momento de llorar. Era el momento de ser fuerte—. Aunque siempre te estaré agradecida. Me enseñaste que no estaba viviendo la vida. Que solo estaba existiendo.

—¿Qué me estás queriendo decir con eso? —Él se volvió y apoyó la cadera en la barandilla.

—No lo sé. —No podía hacerlo. Todavía no podía despedirse de él. Aunque aquello tampoco iba a funcionar. Cuando fueran a Londres, en vez de ser una gema resplandeciente prendida de su brazo, sería una carga que terminaría derribándolo.

Esa misma tarde, en la biblioteca, cuando se había quedado paralizada, creyó que ya estaba lista para decirle adiós. Pero en ese momento, allí, en medio de la noche, no estaba segura de que estuviera tomando la decisión correcta.

—No te des por vencida todavía —dijo él, extendiendo una mano para acariciarle la mejilla con el dorso del dedo—. Hay tiempo. Araminta no se va a quedar aquí para siempre. Lo más probable es que se vaya en cuanto el puente vuelva a ser transitable. Entonces podremos meditar

las cosas tranquilamente.

Eso no cambiaría la respuesta, pero Daphne era lo suficientemente egoísta para desear tener ese tiempo.

—Nunca he sentido nada parecido, Daphne. Es como si fuera capaz de detener el mundo entero por otra persona. —Pronunció aquellas palabras en un susurro, pero tuvieron un impacto enorme en ella. Nadie, excepto Kit, la había puesto por encima de todo. Y al final su amiga también había encontrado su propio camino; uno que Daphne no podía seguir.

William agachó la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—Quiero que sepas que la única razón por la que no has cenado en la mesa conmigo esta semana ha sido porque pensaba que todavía no estabas preparada. Pero te quiero allí, Daphne, y si Araminta no puede soportarlo, estaré encantado de mandar que le lleven una bandeja a su habitación. Sin embargo, no quiero dar ese paso sin tu consentimiento. Te veo capaz. No creas que estoy esperando que te conviertas en otra persona, porque no es verdad. Pero nunca te obligaré a hacer nada que no quieras afrontar.

Ella no era lo que él necesitaba.

—Eres un marqués —murmuró—. La gente tiene que verte, lo sabes.

—No hables como ella. Nunca he querido terminar con alguien como Araminta. Jamás. Lo único que quiero es una mujer a mi lado que se preocupe por mí y por las mismas cosas que yo.

—Pero tiene razón. La gente tiene que verte. Tu gente. Y si me quedo a tu lado, también me verán. No creo que pueda hacerlo, William.

No podía negar que la idea había sido muy atractiva. Una vida después del perdón. Pero para ella era demasiado tarde. Ya no sabría cómo vivir en ese mundo.

—Estos tres últimos días han sido de los más difíciles que pueda recordar. No puedo comer, solo consigo dormir cuando estoy exhausta... —Un sollozo rompió la máscara de contención que intentaba mostrar. Continuó hablando de forma entrecortada por el hipo y los suspiros intercalados. Sentía una opresión en el pecho y dejó que las lágrimas brotaran descontroladas—. Y eso que estamos aquí, en mi propia casa. No sé qué hacer ante ella, ni siquiera sé qué decir. Nunca se me ha dado bien la gente y, las pocas habilidades que podía tener se han perdido después de todos estos años.

—Puedes volver a aprenderlas. —William la atrajo hacia él y ella hundió la cara en su pecho, absorbiendo su calor.

Intentó hablar, trató de buscar las palabras para decirle adiós, pero lo único que podía hacer era llorar. Él la sostuvo en sus brazos mientras notaba cómo le temblaba todo el cuerpo. Lloró hasta que ya no sabía por qué estaba llorando.

Y después vino la nada.

Se despertó en su propia cama unas horas antes de que todos se pusieran en marcha. Jess estaba dormida en una silla en el rincón, con la cabeza apoyada contra la pared y la respiración acompañada.

Y entonces lo supo. Cuando el puente se despejara y Araminta se fuera, se iría justo después.



Capítulo 37



Durante los días siguientes, William no prestó ninguna atención a Araminta. Cuánto más se quejaba ella, más alejado se mantenía de su madrastra. Buscó a Edmond y a Derek y empezaron a guardar los adornos del salón de cristal. Mientras el erudito escribía en su cuaderno, el muchacho y él envolvían los artículos con trapos viejos y los guardaban en cajas que habían encontrado en el almacén. Daphne no volvió a llevar más bandejas de té.

Él no volvió a salir al porche. Le daba demasiado miedo que la próxima vez que hablara con ella pronunciara las palabras que pusieran fin a su esperanza.

—¿Qué tienes pensando hacer con este salón? Oh, ¡eso es un jarrón Ming! Deberías colocarlo en algún lugar donde pudiera verse. —Derek escribió unas líneas más en la libreta y Edmond puso el objeto azul y blanco en la caja etiquetada con la leyenda «demasiado valioso para guardarlo».

No estaba muy seguro de que le gustaran más que otras de las piezas que ya habían envuelto e iban a almacenar, pero había una mesa en el salón que podía contener sin ningún problema todo lo que su amigo quisiera dejar fuera. Daphne podría guardarlos después, si consideraba que no encajaban en sus planes para las habitaciones.

—Una sala de billar —respondió mientras tomaba en sus manos con cuidado la siguiente pieza—. Si algo he sacado en claro de esta lluvia es que necesito algunas cosas más con las que entretenerme dentro de la vivienda.

—Es verdad que sería conveniente, siempre que tengas la intención de pasar más tiempo aquí. Aunque no es el lugar más apropiado para un marqués.

Estaba deseando que la gente dejara de decirle aquello. Era como si el mismísimo Dios estuviera intentando recordarle sus obligaciones.

Y tal vez así fuera.

Aunque eso no significaba que tuviera que gustarle.



William no volvió a reunirse con ella en el porche, aunque Daphne seguía saliendo cada noche. Ahora la luna empezaba a hacerse más pequeña. En unos días solo habría un enorme cielo lleno de estrellas. Entonces la luna volvería a crecer y ciclo se repetiría de nuevo. El inexorable paso del tiempo.

Aunque ya había parado de llover, no había regresado a la casa del guarda. Había terminado con eso de engañarse a sí misma. Mientras estuviera allí, sería el ama de llaves. No podía jugar a ser la señora de la casa.

Cuando oyó la puerta abrirse detrás de ella, apretó los dedos en la barandilla de piedra antes de volver la cabeza. Pero quien acababa de salir al porche no era William.

Era Benedict.

—Ben... —saludó, estirando la mano para revolverle ligeramente el cabello, como cuando era

pequeño—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscarte. En principio, el puente debería estar transitable a partir de mañana, así que regreso a Marlborough. Seguro que el señor Leighton se las ha apañado muy bien sin mí, pero debo volver al trabajo en cuanto pueda. No quiero que piense que causo problemas y que no merece la pena tenerme como aprendiz.

Daphne estaba convencida de que el señor Leighton pronto estaría dispuesto a pagar por el privilegio de formar parte del brillante futuro de Benedict, pero se lo calló. Si los diseños de su hijo terminaban volviéndose tan populares como creía, un poco de humildad no le vendría mal al muchacho.

—Seguro que lo entiende. Ya ha visto como se inunda el puente muchas veces.

El chico hizo un gesto de asentimiento y después se sentó en la escalera.

—Me he pasado las últimas noches tumbado, despierto, dándole vueltas a lo mismo. Hice lo que siempre me dijiste y lo hablé con Dios, incluso me senté frente a una silla vacía, como haces a veces, y fingí que él estaba sentado conmigo.

Daphne tragó saliva. Le escocían los ojos por las lágrimas contenidas. Aquel no era un mal legado para dejar a su hijo. Todo lo contrario.

—¿Y...?

—Pues que la duda no desapareció. —Lo vio tragar saliva con fuerza—. Y creo que tú conoces la respuesta.

El temor le atenazó las entrañas mientras se sentaba junto a él.

Benedict se frotó el cuello y continuó:

—Entiendo que mi... bueno, mi padre.... entiendo que mi padre no venga. Llevo en Marlborough unos meses y ya he visto a varios de esos dandis que llegan de Londres. Algunos se preocupan más de que sus botas estén relucientes que de asegurarse de que los arneses de sus caballos estén bien atados. Supongo que mi padre debía de ser así.

Maxwell Oswald nunca había sido un auténtico dandi, pero desde luego se había preocupado más por el poder y el prestigio social que por el bienestar de cualquier otra persona, así que tampoco iba muy mal encaminado.

—Pero necesito saberlo... —añadió Ben con voz ronca—. ¿Quién era mi madre? ¿Por qué se fue?

Daphne sintió que se le desgarraba el corazón. Quería decirle la verdad, contarle que su madre lo amaba tanto como para renunciar a todo por él. Pero no podía.

—Benedict, una mujer sola es muy vulnerable. Si no tiene los medios suficientes para vivir por su cuenta o sin la protección de alguien que la ayude, lo más seguro es que termine en algún hospicio.

—La semana pasada enterraron a un bebé. —Benedict arrastró el pie por el suelo y le dio una patada a un canto—. Ahora que vivo en el pueblo, veo cosas como esas.

—Creamos Haven Manor para que ni tú, ni Sarah, ni Reuben, ni el resto de los niños terminaseis como ese bebé. No podíamos salvarlos a todos, Ben, pero hicimos lo que estuvo en nuestras manos.

—¿Por qué? ¿Por qué seguisteis acogiendo niños?

Daphne sonrió y le acarició la mejilla.

—Cuando ya tienes la casa llena, ¿qué más da uno más? Siempre había gente para echar una mano y comida en la mesa, aunque todos terminamos un poco hartos de los nabos.

—¿Por qué yo? Yo fui el primero. ¿Por qué me acogisteis? —La luna, aunque menguante, todavía resplandecía, proyectando sombras en el rostro de su hijo, marcando sus rasgos y haciéndole parecer mayor de sus trece años—. ¿Quién fue mi madre? Porque me acogisteis para salvarla, ¿verdad? No se trataba de mí, sino de ella. Ella me rechazó, me envió lejos. Y ahora me vuelven a rechazar. Lord Chemsford ha sido más amable conmigo de lo que me habría imaginado, pero sé que ahora no me quiere en las plantas de arriba. Y tampoco me quiere explicar por qué. Sé por qué él me rechazó. Pero necesito saber por qué lo hizo ella.

¿Qué podía decirle? ¿La verdad le ayudaría o le haría daño? ¿Y qué pasaría con Sarah, Eugenia y Reuben, unos niños que todavía no habían alcanzado la edad suficiente para valerse por sí mismos? ¿Qué efecto tendría la verdad en ellos?

—Vine aquí por ti —respondió en voz baja, decidida a contarle la verdad que realmente importaba—. Solo quiero que sepas eso. Tú eras lo único en lo que pensaba cuando me comprometí a cuidar de ti y del resto de los niños. Te quiero más que a nada en este mundo.

Benedict se inclinó hacia un lado y apoyó la cabeza en su hombro. Daphne intentó abrazarlo, pero había crecido tanto que tuvo que conformarse con rodearle los hombros con un brazo.

—¿Quién era mi madre? —insistió él—. Tengo que saberlo. No quiero más sorpresas, no quiero seguir preguntádomelo. Solo necesito saberlo para olvidarme de ello y seguir adelante. No quiero seguir pensando en ello, mamá Daphne.

Y como ella haría cualquier cosa por su hijo se lo dijo:

—Soy yo.

Ben levantó la cabeza al instante y la miró. A Daphne le entraron unas ganas locas de apartar la vista de esos ojos azules, pero le sostuvo la mirada.

—Yo soy tu madre.

Su hijo se puso de pie con tanto ímpetu que se tropezó. Ella extendió una mano para ayudarlo, pero antes de que le diera tiempo a parpadear él recuperó el equilibrio.

Y salió corriendo.



Al caos en que se había convertido su vida se sumó la agitación que parecía haberse instalado en la casa a la mañana siguiente. *Lady* Chemsford insistía en salir de allí lo antes posible. Edmond quería quedarse, pero su madre dijo que no podía dejar a su hijo en un lodazal como aquel.

El señor Thornbury iba de habitación en habitación, trasladando objetos de cristal y de cerámica de un lugar a otro. En cuanto a William, nadie tenía claro qué estaba intentando hacer, pero se estaba interponiendo en el camino de todo el mundo.

Como Daphne seguía siendo el ama de llaves, en teoría era la encargada de resolver todo aquel desorden.

Aquella situación debería haber sido su peor pesadilla, pero no lo fue. Lo único que tenía que

hacer era situar al personal en los lugares adecuados para asegurarse de que todos recibieran la ayuda que necesitaran. Se encargó de organizar los baúles de *lady* Chemsford y la preparación de su carruaje, y situó a las sirvientas en sitios estratégicos por toda la casa para que nadie tuviera que buscar demasiado si se necesitaba algo.

Poco a poco, fue poniendo orden en el descontrol que parecía dominar Haven Manor aquella mañana. Pero no fue capaz de mediar en la discusión que mantenían *lady* Chemsford y William sobre si Edmond debía quedarse o no.

Cuando estaban llevando el primer baúl al vestíbulo, la puerta de entrada se abrió y Daphne perdió toda compostura.

Allí estaba Kit. Con un precioso vestido de viaje azul oscuro y un gorro adornado con flores que enmarcaba una enorme sonrisa. Su amiga entró con decisión en la casa, pero se detuvo en seco en cuanto vio a Cyril transportando el baúl.

—Oh, vaya.

Su flamante esposo, Graham, la siguió.

—¿Qué pasa?

Su llegada iba a traer más trabajo del que ya tenían, pero no le importó lo más mínimo. Estaba tan contenta de ver a su amiga que soltó un chillido y se fue corriendo hacia ella, pasando por delante de un Cyril boquiabierto, para abrazarla.

En cuanto terminaron con los abrazos, dio un paso atrás y miró a la pareja. Nunca había visto a Kit tan resplandeciente, ni siquiera cuando disfrutó de su temporada en Londres, yendo de fiesta en fiesta, antes de que sus vidas cambiaran de forma drástica.

—Creo —señaló Graham, echando un vistazo al vestíbulo— que la señora Lancaster no nos ha informado bien. Dijo que el nuevo propietario estaba fuera.

—Y luego Nash nos dijo que era complicado de saber, pero no la corrigió ni dijo que estuviera en casa. —Kit se mordió el labio—. ¿Está aquí?

—Oh, sí —susurró Daphne con una mueca—. Y el caso es que el nuevo propietario...

—Supongo que usted debe de ser Kit.

Daphne miró por encima de su hombro. William estaba detrás de ella.

El sonoro jadeo de Kit fue seguido de la risa baja de su marido.

—Creo, querida, que Nash pretendía que nos sorprendiéramos tanto como él. —Graham dio un paso al frente—. Lord Wharton. No sé si me recuerda de Harrow. Iba uno o dos cursos por detrás de usted.

—Claro que le recuerdo. Y para ahorrarnos todos cualquier situación violenta, les diré que ya conozco a Benedict. —Miró hacia la casa—. Creo que está en algún lugar de por aquí, pero ahora mismo tenemos unos invitados a los que ha estado evitando. ¿No quieren pasar?

Daphne podía haberles dicho que, en realidad, Benedict ya no estaba en la propiedad, que la noche anterior había salido corriendo en dirección al bosque. La luna iluminaba lo suficiente y su hijo conocía bien el camino, por lo que supuso que estaba a salvo. Aunque seguía preocupada por él.

—¿Qué está pasando aquí? —le susurró Kit a su amiga al oído.

—Más de lo que ahora mismo puedo contarte —respondió—. Pero él lo sabe todo. Los

invitados, sin embargo, no.

—Oh. —Kit entrelazó los dedos con los suyos mientras todos se dirigían al vestíbulo para que Cyril pudiera cerrar la puerta.

Entonces *lady* Chemsford entró furibunda, quejándose por lo mucho que estaban tardando en tener listo el equipaje.

Daphne se soltó de la mano de Kit y se alejó, volviendo a asumir la posición que le correspondía como ama de llaves. Su amiga frunció el ceño, pero hasta ese momento había conseguido pasar desapercibida y quería continuar así. Y mostrar demasiada confianza con la nueva vizcondesa de Wharton no la iba a ayudar.

Cuando se dio cuenta de la presencia de otras personas, *lady* Chemsford pasó de tener cara de pocos amigos a lucir una expresión cordial al instante.

—Lord Wharton. No tenía ni idea de que conocía a Chemsford.

—Somos antiguos compañeros de Harrow —respondió Graham con una breve inclinación de cabeza—. Reciba mis condolencias por la muerte de su marido.

No le había dado el pésame a William, pero Graham siempre parecía saber lo que la gente necesitaba oír. Esa era una de las razones por las que se le estaba dando tan bien encontrar familias que nunca echarían en cara a un niño las circunstancias de su nacimiento.

Mientras hablaban sobre el puente ahora transitable, Daphne decidió echar un vistazo al resto de los baúles de *lady* Chemsford. Ahora que Kit había ido de visita, quería que la otra mujer se fuera de allí cuanto antes. Pero antes de que pudiera salir del vestíbulo, volvieron a llamar a la puerta.

—Parece que no hemos sido los únicos que estábamos esperando a que el camino hasta aquí se despejara —comentó Graham, mientras Cyril iba a abrir la puerta.

Daphne se dijo a sí misma que debía continuar con lo que estaba haciendo y que no importaba quién estuviera en la puerta, porque seguro que se trataba de alguien que había ido a ver a William. Pero el mundo se estaba convirtiendo en un pañuelo, así que decidió mirar hacia atrás para saber si quien llegaba podía conocerla. Con Kit en el mismo lugar, era mucho más probable que ataran cabos.

Tal vez fuera la única persona, además de Kit, que podía reconocerla en cualquier sitio.

Su padre estaba en el umbral de la puerta.

Era imposible que no notara la presencia de su amiga

—¡Hola! —saludó su padre con alegría—. Se han producido algunos avances en la fábrica y pensé que podía contárselos yo mismo. Tomé una diligencia, pero tuve que esperar porque la lluvia inundó el puente. Por suerte, me encontré con su primo en la posada. Él también venía de camino aquí y me ha traído.

A Daphne casi se le doblaron las piernas. Kit soltó un jadeo y cruzó la estancia a toda prisa. Graham se puso al lado de William para crear una barrera de cuerpos. *Lady* Chemsford las miró frunciendo el ceño, mientras Kit la obligaba a darse la vuelta con la intención de bajar con ella hacia la cocina. Pero en ese momento alguien subió por esas mismas escaleras y corrió hasta ella para abrazarla. Benedict.

—No me importa —le susurró su hijo al oído mientras la apretaba con todas sus fuerzas—.

Anoche atravesé todo el bosque para ir a casa del señor Leighton, pero me di cuenta de que la única persona con la que quería hablar eras tú, porque siempre has sido mi madre.

—¡Por Dios! —gritó Araminta—. ¿Quién es este?

Benedict se separó de Daphne, aunque mantuvo una mano sobre su hombro, y ella se volvió para mirar hacia el vestíbulo.

El corazón le latía desaforado, empezó a respirar muy deprisa, mientras la oscuridad le nublaba la vista. Aun así, pudo ver a su padre perfectamente, ya que todos habían oído a *lady* Chemsford.

Como también pudo ver al otro hombre, acompañado de una hermosa mujer agarrada del brazo, que se situó detrás de su padre.

Ver a Maxwell Oswald fue la estocada definitiva. La respiración se le aceleró todavía más, hasta que llegó un momento en que no estuvo segura de si estaba respirando siquiera.

—No creo que tengamos suficientes habitaciones de invitados para todos —anunció con voz sofocada.

Inmediatamente después, se desmayó.



Capítulo 38



William no sabía de quién encargarse primero. Si de Araminta, del señor Blakemoor o del gandul de su primo. Pero cuando las piernas de Daphne cedieron y Benedict se apresuró a agarrarla para que no se cayera, no tuvo ninguna duda.

Atravesó la estancia, la tomó en sus brazos y la apretó con fuerza contra su pecho. Se aseguró de que respiraba y comprobó que su rostro recuperaba un poco de color. Después, miró a su alrededor y vio las expresiones de los presentes: iban desde la indignación y la sorpresa hasta un ligero pánico. Tal vez fuera mejor que Daphne tardara un poco más en recuperar el conocimiento.

La llevó del vestíbulo al salón, con todos pisándole los talones, y la tumbó con suavidad en el sofá. Kit estuvo allí en un abrir y cerrar de ojos, se arrodilló junto a la cabeza de su amiga y le retiró el pelo de la cara.

Benedict se situó, también de rodillas, al lado de Kit y Graham se puso detrás de ellos, con las manos sobre los hombros de ambos.

El señor Blakemoor se acercó despacio al sofá, sin dejar de mirar a la hija que creía perdida desde hacía tiempo. Se apoyó en el respaldo del sofá y bajó la otra mano para sostener los dedos fríos de su hija.

—¿Daphne? ¿Mi Daphne? Oh, mi dulce pequeña.

William sabía que aquel encuentro terminaría produciéndose tarde o temprano. Pero no tendría que haber ocurrido de esa manera, porque todos los demás también habían entrado al salón y no parecían precisamente felices.

Araminta señaló a Benedict con uno de sus largos dedos.

—¿Quién es este muchacho?

Maxwell resopló con un aire de absoluta superioridad.

—¿Acaso no es obvio? El perfecto y santurrón de lord Chemsford tiene un hijo.

—En realidad, es tu hijo —espetó él.

Kit soltó un gruñido y hundió la cabeza en el sofá, al lado del hombro de Daphne.

—Podía haberlo dicho con un poco más de tacto —murmuró Graham.

—Podía haberse callado y no haber dicho nada —agregó Kit.

Ambos tenían razón, pero ya no podía hacer nada al respecto. Además, se había acabado eso de actuar con tacto. Esa era su casa, el lugar en el que era dueño y señor de todo. Estaba perdiendo a la persona que más le importaba en ese mundo por intentar ser perfecto ante todos, y ya estaba harto. No obstante, cuando miró el rostro pálido de Benedict deseó haber mantenido un poco más su aristocrática diplomacia.

Por otro lado, si hubiera sido más directo y hubiera respondido a las cartas de su primo, en ese momento no lo tendría allí.

—No es mío —gritó Maxwell, avanzando hacia él—. No tengo ningún hijo, nunca he... Oh. —Dejó de hablar abruptamente cuando se acercó y vio a Kit en el borde del sofá—. Entonces,

supongo que es tuyo.

Kit miró a William y después a Graham y apretó los labios.

—En realidad, es de ella. —Señaló con la cabeza a Daphne.

Ahora fue Graham el que se quejó.

—¿En serio, querida...?

—Al final iba a salir todo a la luz... Mejor acabar con esto mientras ella se pierde la peor parte.

La mujer que acompañaba a Maxwell soltó un jadeo.

—¿Qué? ¿Cuándo estuviste con ella? ¿Y quién diantres es?

—Es mi hija —masculló el señor Blakemoor. A continuación miró a Benedict y se le humedecieron los ojos—. Y este es mi nieto. ¿Quién es usted?

En ese momento Jess entró en el salón con una botella en la mano e intentó moverse entre el grupo. No le resultó nada fácil. El salón no había sido diseñado para albergar a tantas personas de pie alrededor de un sofá.

—Soy el señor Maxwell Oswald —respondió el aludido, sacando pecho—. Y no he visto a esa mujer en mi vida.

—¿Estás llamando mentiroso al marqués de Chemsford? —intervino Araminta.

Kit se puso de pie y rodeó el sofá, apretando las manos.

—Ella llevaba puesto mi disfraz cuando decidiste arruinar mi reputación, monstruo. —Empezó a levantar el puño, pero Graham la agarró del brazo y la hizo retroceder.

—No, creo que ella ha tenido una idea brillante. —William se fue hacia el extremo del sofá con el puño listo. Jamás había pegado a ningún hombre, pero aquella le pareció la ocasión perfecta para estrenarse.

Araminta gritó, pero Graham volvió a estar al quite y, sosteniendo a su esposa por la cintura, le agarró del brazo con la otra mano.

—No creo que esta sea la solución.

Se oyó el golpe de un puñetazo seguido del aullido de dolor. Todos se volvieron y se encontraron al señor Blakemoor sacudiéndose la mano y a Maxwell tapándose un ojo.

—Está bien, me rindo —resolvió Graham, soltando a sus rehenes.

—No sabía que era ella —gimoteó Maxwell. Luego señaló a Kit—. Se suponía que era ella.

Graham soltó un suspiro.

—No me hagas desear pegarte también. Ahora mismo no te costaría mucho convencerme.

—¿Por qué yo? —preguntó Kit, apoyándose en el costado de su marido—. ¿Por qué querías arruinarme?

—Se suponía que solo tenía que ser tu reputación. —Maxwell se encogió de hombros, como si lo que hubiera sucedido fuera tan nimio como pisar sin querer el dobladillo de un vestido durante un baile.

William emitió un sonido gutural y dio un paso al frente. Graham lo agarró del hombro. Podía haberse zafado sin ningún problema, pero cayó en la cuenta de que pegar a un hombre no cambiaría nada.

—Eso no nos dice por qué —decidió, mientras se recomponía el abrigo con un movimiento

brusco.

Maxwell miró a su mujer.

—Ella detestaba a Katherine. Me dijo que solo aceptaría casarse conmigo si la ponía en su lugar.

Charlotte, que hasta ese momento había estado intentando mantenerse al margen, se quedó sin aliento.

—No puedes echarme la culpa de eso.

Kit se cruzó de brazos.

—¿Qué fue lo que me dijiste? ¿Que hiciste una apuesta con Maxwell para ver si yo era del tipo de mujeres con las que los hombres se casaban o solo coqueteaban?

Charlotte se puso un poco pálida.

—Era joven y quizá fui un poco tonta. ¿Pero quién no lo ha sido a esa edad? Desde luego no era mi intención que nada de esto sucediera. Lo único que quería era que te mantuvieras en el lugar al que pertenecías.

De pronto, un cojín cruzó volando el salón y fue directo hacia la cabeza de Charlotte. La mujer gritó y se tiró al suelo. Nadie le prestó atención.

Jess se alejaba tranquilamente de una silla, ahora sin cojín, con la botella de sales aromáticas todavía en la mano. Mientras se dirigía al sofá y quitaba el corcho, los miró a todos arqueando las cejas.

—¿Qué? Era eso o el jarrón.

La risa de Kit rompió el silencio, pero nadie se atrevió a decir nada. Jess se arrodilló y agitó las sales aromáticas bajo la nariz de Daphne.

Cuando William vio abrirse aquellos preciosos ojos marrones, corrió al lado de la mujer que le había robado el corazón, le sostuvo la cabeza mientras ella se erguía un poco y miraba a su alrededor.

—Creo que me estoy poniendo enferma —musitó.



Daphne sintió el agua fresca en el cuello cuando Jess le cambió un paño por otro.

Kit y Jess la sacaron del salón, una de cada brazo. William había querido ir detrás de ellas, pero la nueva vizcondesa de Wharton le dijo que en ese momento había personas que necesitaban ser atendidas. Benedict las siguió hasta la cocina y se mantuvo un poco apartado.

—Creo que ya me encuentro mejor. —Daphne se quitó el trapo del cuello y lo usó para limpiarse la cara—. Por lo menos físicamente.

—Dime qué quieres que haga —inquirió Kit, tomándole la mano.

—Yo no... No puedo... —Había tanta gente. En la casa, en la cocina, en la propiedad. Había gente por todos los lados. ¿Cómo podía pararse a pensar con tantas personas alrededor? ¿Acaso podía hacerlo alguien?

Jess colocó una taza de té frente a ella. Kit fue hacia una cesta que había al lado del fuego y se hizo con un par de galletitas.

—No, esas no —dijo Jess—. Esas se las voy a dar a las cabras.

Kit la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa a las galletas? —Dio un pequeño mordisco a una de ellas—. ¿Pero qué te pasa? No les puedes dar de comer esto a las cabras. —Agarró la cesta entera y se la llevó a Daphne—. Prueba una.

Agradecida por la distracción, tomó dos antes de que Jess le quitara la cesta y tirara el resto al fuego.

Kit gruñó en señal de protesta.

Daphne dio un mordisco al dulce. No tenían la textura crujiente habitual, eran más blandas, con un sabor más parecido al de un bizcocho. Masticó con un gemido y tragó.

—Están riquísimas. ¿Qué les pusiste?

—Almíbar —masculló Jess—. Y las dos os equivocáis. Están asquerosas.

Daphne no pudo contener la risa. Kit se comió el resto de la galleta.

—Está claro que detrás de esto hay una historia —comentó, dejando escapar algunas migas por la boca—, y seguro que quiero oírla, pero ha conseguido que vuelvas a sonreír y eso me basta por ahora.

—¿Mamá Daphne?

Volvió la mirada y se encontró con Eugenia, Sarah y Reuben en la puerta de la cocina.

—¿Oísteis lo que pasó?

Sarah asintió con los ojos abiertos de par en par.

—Creo que todo el mundo se enteró.

Eso no era lo que necesitaba oír en ese momento. Soltó un gemido y dejó caer la cabeza sobre la mesa.

—No, no, no. —Kit tiró de su hombro y la obligó a erguirse.

Su amiga tenía razón, debía afrontar la situación. Hizo un gesto de bienvenida a los niños y después los abrazó a todos.

—No me arrepiento de uno solo de los momentos que he pasado con vosotros. Os quiero a todos.

Sintió muchos brazos rodeándola.

Pero incluso aquello le pareció abrumador, lo que realmente necesitaba era estar sola.

—Kit, ¿habéis traído vuestro carruaje?

—Hemos venido en la carreta de Nash. A nuestro carruaje se le rompió el eje de camino a Marlborough.

Mejor. Eso significaba que no tardaría mucho en estar listo para partir y que no tendría que llevarse a un cochero con ella.

—Puedo enganchar a *Balaam* —sugirió Reuben, mientras ella se apartaba de la masa de cuerpos que la asediaban.

—Yo te llevaré —propuso Benedict, antes de mirar hacia la puerta de la cocina y a las escaleras que subían a la planta superior—. No me voy a quedar aquí.

No lo culpaba.

—Te preparé una bolsa con tus cosas —añadió Kit, levantándose del taburete.

En un abrir y cerrar de ojos, Eugenia la estaba preparando un refrigerio de pan y queso como si fuera a emprender un viaje largo. Sarah le arregló el moño y Jess le cambió el paño húmedo por otro más fresco. Era maravilloso tener amigos que se preocupaban por ella.

Kit volvió con la bolsa y la puso encima de su mesa.

—Sé que ahora quieres estar sola, pero quizá prefieras quedarte en la tienda de la señora Lancaster antes que en su casa. Graham y yo... bueno... hemos traído a una mujer con nosotros. No quiero que te preocupes por eso ahora; solo quería que supieras dónde se está alojando.

Daphne asintió y agarró la bolsa. Después volvió a abrazar a Sarah y a Eugenia. Lo último que quería era que las niñas se sintieran mal. Kit y Jess velarían por ellas. Salió por la puerta de la cocina y vio a Benedict deteniendo la carreta. *Balaam*, el burro, rebuznó mientras se subía. Y antes de darse cuenta oyó el sonido de los cascos mientras se alejaban de la casa a un ritmo tranquilo.

No pudo evitar preguntarse si alguna vez regresaría a Haven Manor.



Una vieja carreta no era el lugar más común donde empezar una relación entre madre e hijo, pero con más de tres kilómetros por delante y un sinfín de confesiones pendientes, Daphne supo que debía comenzar a aclarar las cosas.

—¿Puedo preguntarte...? Yo... Solo quiero saber por qué —inquirió Benedict, sin dejar de mirar al frente y agarrando con fuerza las riendas.

No cabía duda de que tenía derecho a hacerle a esa pregunta, aunque no tuviera una respuesta adecuada.

Le contó lo que pudo. Después de hablarle de la decisión que tomaron Kit y ella de formar una familia, expuso sus razones. Buenas o malas, fueron las que pudo tomar en su momento.

Benedict continuó guiando al burro por el estrecho camino sin decir nada.

Al cabo de un rato, la mujer se quedó sin palabras. Confesar algo tan trascendente debería haberle llevado más tiempo. No obstante, su decisión había sido muy sencilla, aun cuando las consecuencias fueran de gran calado.

Mientras cruzaban el puente y empezaban a ver las afueras de Marlborough, Benedict sacudió levemente la cabeza y decidió hablar:

—Los adultos pueden llegar a ser muy tontos. —Esbozó una media sonrisa—. Me alegro de que me quisieras lo suficiente para quedarte.

—Lo que dijiste allí, en la casa... —dijo ella, mirando el perfil de Benedict—, ¿iba en serio? El muchacho asintió.

—Siempre has sido mi madre. No se me ocurre nada que hubiera querido que hicieras de forma diferente.

Le aterraba la idea que su hijo pensara que le había arruinado la vida o que algún día pudiera reprocharle el simple hecho de haberlo traído al mundo. Pero en ese momento estaban avanzando, cimentando su relación. Si eso era lo único bueno de ese día de locos, sería más que suficiente.



Capítulo 39



Daphne sintió que le costaba menos respirar en dos pequeñas habitaciones encima de una tienda de comestibles que en una casa enorme de cuatro plantas. Estaba de pie en el dormitorio, mirando la calle, mientras la señora Lancaster y Benedict mantenían una conversación en voz baja en el otro cuarto. Había intentado que su hijo se fuera a casa del señor Leighton, pero él se había negado, alegando que era el hombre de la familia y que no se iría de allí hasta que se asegurara de que ella estaba bien.

Le había parecido un detalle adorable y entrañable, así que dejó que se quedara.

Ella se había encerrado en aquella habitación hacía una hora y no se había movido de la ventana desde entonces. Ahora podía respirar con más facilidad y casi había recuperado el ritmo normal del corazón. No sentía ningún hormigueo en ninguna parte del cuerpo y su visión era absolutamente clara.

Además, ya tenía una respuesta a la pregunta de William. No podía casarse con él. Aunque no le hubiera hecho ninguna proposición formal, suponía que esa era su intención, porque era una buena persona y un hombre de honor que no estaba dispuesto a repetir sus errores del pasado. Si hubiera tenido que tomar esa decisión pensando solo en William, habría dicho que sí sin dudarlo, pero era un marqués y ella no se veía capaz de ejercer como una dama con título. Ni siquiera como una de las buenas y amables.

Aspiró profundamente. A pesar de lo mucho que le dolía haber tomado aquella decisión, tuvo la sensación de que se había quitado un enorme peso de encima. Cuando entró en el otro cuarto fue recibida por una risa de bienvenida. La chimenea estaba encendida y Benedict y la señora Lancaster estaban sentados en una mesa pequeña, jugando una partida de cartas.

—¿Lo ves, muchacho? Te dije que solo le hacía falta un poco de tiempo. Tu madre es fuerte. Y de vez en cuando necesita un poco de espacio.

Daphne se sentó con ellos y se puso a jugar con uno de los naipes. Seguro que la tendera ya había conseguido sonsacar al chico todo lo que había sucedido en Haven Manor mientras jugaban, tomaban el té con dulces y esbozaba esa sonrisa suya tan amable.

—¿Vas a volver? —preguntó la mujer, poniendo otra carta sobre la mesa.

—No —respondió ella. Sabía que si seguía cerca de William, al final terminaría claudicando. Desde la seguridad que le proporcionaba Haven Manor, había creído que podría permanecer impasible, pero esa última semana había comprobado que no era así.

—Llevo una temporada queriendo buscar a alguien que me ayude en la tienda —comentó la señora Lancaster—. Puede que no te hayas dado cuenta, pero me estoy haciendo vieja. Algún día necesitare a alguien que me cuide.

—Lo pensaré —repuso ella. ¿Podría llevar una tienda? Gente entrando y saliendo y un escaparate a la vista de todos en medio de la calle más concurrida de Marlborough... ¿Podría hacerlo? Tendría que hacerlo. Con suerte, todavía le quedaban muchos años de vida, pero no iba a

sobrevivir de la caridad. Y ya sabía que se le daba fatal ser ama de llaves.

Alzó la vista. Benedict la miraba con ojos curiosos y un gesto de madurez extraño en un muchacho de su edad.

De pronto, alguien llamó a la puerta y Daphne no pudo evitar una queja.

—No más golpes. No más llamadas, no más puertas. Prohíbo a todo el mundo que vuelva a visitarme.

La señora Lancaster cruzó la habitación para abrir, riéndose por lo bajo.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—He venido a ver a mi hija. —Hubo una breve pausa. Daphne levantó la cabeza y miró hacia la entrada con incredulidad—. Y a mi nieto, si está aquí.

Al oír a su hijo gimotear, agarró su mano. Pudo sentir los callos que se le habían ido formando con el paso de los años y el duro trabajo.

La puerta se abrió un poco más. Allí estaba. Su padre. Quiso correr hacia sus brazos, quiso huir de allí, quiso... No sabía qué hacer.

—Lo siento, Daphne —se disculpó, apretando el sombrero entre las manos—. Lo siento tanto... Nunca debí dejar que te fueras. Nunca debí repudiarte. Estuve enfadado tanto tiempo... Y luego llegó tu carta y me enteré de que te habías quedado con el bebé. Volví a ponerme furioso y la tiré al fuego antes de terminar de leerla. Ni siquiera sé por qué me encolericé tanto. No soy un hombre perfecto, hija, pero, por alguna razón, creí que lo era. Me he dado cuenta de lo equivocado que estaba y espero que puedas perdonarme.

Su padre se acercó y se sentó con ellos en la mesa. Los labios de Daphne se movieron, pero no fue capaz de articular palabra. Nunca se había imaginado un escenario como aquel. Sí, había fantaseado con volver a verlo, con volver a ser digna de su cariño, pero jamás con una disculpa.

—Si me lo permites, me encantaría conocer a este jovencito. He oído que has hecho un trabajo extraordinario con él. Y también tengo entendido que hay un hombre en esa casa que está absolutamente impresionado contigo.

—Papá —susurró ella. Y antes de darse cuenta estaba en sus brazos. Todavía olía a tabaco y a limón. Era un aroma maravilloso—. Te he echado mucho de menos, papá. Y te perdoné hace mucho tiempo.

Después de un buen rato, por fin lograron separarse. Daphne se enderezó en su asiento, miró a su hijo y le sonrió.

—Este es Benedict. Va a ser el mejor maestro carpintero del país.



—Un día lleno de emociones —resumió Graham, mientras salía al porche donde William estaba sentado en los escalones, mirando hacia la casa del guarda—. Toma.

William alcanzó el vaso que Graham le ofrecía y le dio un sorbo antes de dejarlo a su lado, sobre la superficie de piedra.

—Tengo entendido que estuviste aquí. —Hizo un gesto que abarcó todo el terreno—. Cuando estaba lleno. Con todos los niños.

Graham asintió.

—Durante unos días. Fue algo digno de ver. La galería de retratos era la sala donde jugaban cuando llovía. Allí fue la primera vez que vi a Benedict. Pensé que era tuyo.

—No me extraña. —Dio otro sorbo a su vaso—. Durante un instante, yo también lo pensé.

Se quedaron callados un rato.

—Hacen un buen trabajo. Un poco ingrato y no muy popular, pero un buen trabajo —señaló el vizconde Wharton.

William lo miró sorprendido.

—Creía que ya no seguían haciéndolo. Como los niños ahora están con distintas familias o formándose para trabajar... Además, no creo que Kit pueda seguir criando a otros niños si está casada con un futuro conde.

Graham lo miró unos segundos y sacudió la cabeza.

—A veces me olvido de que no todo el mundo creció al lado de un hombre como mi padre. Cómo me gustaría que él pudiera criar a todos los futuros pares del reino. A Inglaterra le iría mucho mejor

William soltó una carcajada.

—Tendría la casa llena de gente.

El vizconde sonrió de oreja a oreja.

—Entonces, mejor que todos los pares del reino fueran como mi padre. —El hombre suspiró—. Un título no implica tener un propósito definido en esta vida. Puedes ser noble y, aun así, seguir dando lo mejor de ti mismo. Sí, tienes responsabilidades. En tu caso ya estás desempeñándolas, mientras que las mías espero que me lleguen dentro de muchos años. Pero si solo eres eso, no has entendido nada.

Graham se puso de pie. Bajó unos pocos escalones para apoyarse en la barandilla y situarse frente a frente con William.

—Mi padre me enseñó a ser un buen hombre primero, y después un buen conde. Kit me está ayudando a conseguirlo. El hecho de que hayan dejado de recoger niños no significa que no haya mujeres a las que seguir ayudando.

—¿Y si una de esas mujeres quiere quedarse con el niño, como hizo Daphne? —No podía imaginársela separada de Benedict. La habría destrozado.

Graham suspiró y se terminó la bebida.

—Ahora mismo hay una mujer en la casa de la señora Lancaster. Kit y yo la trajimos con nosotros. Borda de maravilla, pero casi quema la casa intentando hacer una sopa. Piensa en las mujeres que conoces, Chemsford. Daphne incluida. ¿Qué habilidades tienen para poder salir adelante o mantener a sus hijos solas? ¿Quién las va a contratar?

Él podía hacerlo. Vacío su vaso sopesando la idea. Él podía contratarlas. Puede que esa mujer no supiera hacer sopa, pero había estado dispuesta a intentarlo. Cuando Daphne volviera, le hablaría de su idea. Ella conocía mejor que nadie la situación en la que se encontraban esas mujeres y le diría si lo que había pensado era viable o no.

Lo único que necesitaba era tenerla de vuelta en casa.



Morris estaba atándole el pañuelo de cuello cuando, desde la ventana abierta, le llegó el sonido de una carreta acercándose. Se alejó sin mediar palabra del ayuda de cámara y corrió escaleras abajo, sin importarle el pañuelo a medio poner. Hizo un nudo a toda prisa y entremetió las puntas.

Luego siguió corriendo por la biblioteca para llegar al lado de la casa de la entrada de la servidumbre. Allí encontró a Benedict y al señor Leighton descargando molduras. Pero ninguna señal de Daphne.

El señor Leighton dio una palmada en el hombro a su aprendiz y se fue con la madera, dejándolo solo con el muchacho al lado de la carreta.

El joven levantó los hombros y la cabeza. Después, se quitó la gorra y se la metió en el bolsillo. Se fijó en el mechón de pelo rubio que le salió disparado en la coronilla. ¿Había tenido el mismo aspecto él mientras se hacía un hombre? ¿Se había quedado parado del mismo modo durante las espantosas visitas de su padre cuando este examinaba sus notas y logros deportivos antes de preguntarle por sus amistades? Tener tan de cerca su imagen del pasado le resultó un poco desconcertante.

—Ayer me llevé a mi madre al pueblo.

William asintió.

—Eso me han dicho. Me alegro de que pudieras cuidar de ella.

—Si me lo permite, milord, me gustaría hacerle una pregunta.

Por muy duro que le hubiera supuesto hacerse adulto, siempre había sabido cuál era su lugar en este mundo. Siempre había tenido claro que, por muy incómodo que le resultara o con independencia de las veces que metiera la pata, algún día se convertiría en marqués. Aquel muchacho no contaba con esa seguridad, pero ahí estaba, lleno de confianza en sí mismo y yendo al grano.

—Adelante.

—¿Le ha hecho algo?

William retrocedió por la sorpresa.

—¿Qué? No. Nunca le haría daño.

Al menos no de forma intencionada. Aunque el camino hasta llegar al punto en el que estaban no había sido fácil.

—Mi madre adora esta casa. Sé que ayer tenía mucho en lo que pensar, pero jamás la he visto salir corriendo. Solo me estoy preguntando por qué está huyendo ahora. Estoy preocupado. Si no vuelve, ¿qué les sucederá a Eugenia, a Sarah y a Reuben?

Se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué quieres decir con eso de si no vuelve?

El muchacho movió los pies y agachó la mirada antes de recobrar la compostura.

—La señora Lancaster le ha ofrecido la tienda y se lo está pensando.

Al principio, Daphne había sido un desastre como ama de llaves, pero había terminado lográndolo.

—Pero va a odiar ser tendera —murmuró él.

—Lo sé —aceptó el joven—. Y creo que usted es el único que puede detenerla.



Condujo su caballo hasta Marlborough y, desde el establo, se dirigió directamente a la tienda de la señora Lancaster.

En el interior, había tres clientas alrededor del mostrador. La señora Lancaster se movía de un lado a otro, atendiendo, sonriendo y hablando. Pero ni rastro de Daphne.

—Buenos días —saludó la mujer con una sonrisa—. Ahora estoy bastante ocupada. Enseguida estoy con usted. Puede esperar allí, al final del mostrador.

Mientras iba hasta el lugar señalado, arqueó ambas cejas. No parecía haber indicado a nadie más dónde esperar.

—Buenos días, señora Roth. —La tendera se dirigió a otra cliente—. Vaya días de lluvia que hemos tenido. El agua ha arrastrado un montón de cosas. Me he pasado tanto tiempo barriendo que anoche no volví a casa. Me quedé en las habitaciones de arriba.

William no veía a las dos mujeres, pero estuvo pendiente de la conversación. ¿Estaría la señora Lancaster tratando de decirle algo de forma indirecta como había hecho con Daphne la primera vez que ella lo llevó allí? Y de ser así, ¿qué? ¿Que la lluvia había arrastrado algo y que ella lo había barrido? ¿Que había enviado lejos a Daphne?

No, no conocía mucho a esa mujer, pero Daphne sí le había hablado de ella y no parecía del tipo de persona que se deshiciera de alguien porque sí. Había algo más. Se había quedado la noche anterior. ¿Se habría quedado allí también Daphne?

—Hombre, señora Jenkins. Encantada de verla de nuevo. Estas especias llegaron justo ayer. Tiene que probarlas.

—Siempre tiene exactamente lo que necesito, señora Lancaster. Volveré la semana que viene —dijo otra mujer, mientras se despedía y salía de la tienda.

Ahora William estaba casi seguro de que Daphne estaba en algún lugar de esa tienda. Solo tenía que saber dónde y descubrir cómo llegar hasta allí. Se apartó del mostrador y echó un vistazo a la gran cantidad de productos.

—Milord, mientras espera, tal vez le gustaría ver los barómetros que tenemos en la parte trasera de la tienda. Le ayudarán a predecir cuándo volverá a llover.

—Sí, eso es precisamente lo que voy a hacer. Gracias. —Hizo un gesto de asentimiento a la señora Lancaster y al resto de mujeres que estaban esperando a que las atendieran y fue hacia el lugar indicado. En una de las estanterías había dos barómetros. A la izquierda, una puerta.

Se escabulló por ella tan silenciosamente como pudo y se encontró al pie de unas escaleras. Las subió con el corazón latiéndole desahogado. Lo que sucediera cuando llegara arriba podría ser el mejor o el peor momento de su vida. Todo dependería de si Daphne regresaba o no.

Llamó a una puerta. Pasaron unos minutos antes de que se abriera. Daphne estaba allí. El primer impulso fue abrazarla para no dejarla escapar jamás, reclamar su fuerza, sus esperanzas y su imaginación como propias por el resto de su vida.

—Daphne... —susurró, cerrando los puños a los costados para resistir a la tentación de tocarla

— ¿Puedo entrar?



Capítulo 40



Se dio cuenta enseguida de que Daphne quería decirle que no. Pero una cosa era pensarlo y otra bien distinta expresarlo en voz alta. Al final decidió abrirle la puerta y le hizo un gesto para que entrara.

—Mi padre volverá dentro de poco. Se aloja en la posada, pero vamos a cenar juntos.

—Yo... Eso está muy bien. Tienes que volver a conocer a tu padre. —Se frotó las manos en los pantalones.

La siguió y se sentó en una silla, como ella. El cuarto era pequeño y sencillo. No recordaba haber estado en un sitio como aquel.

—Kit y Graham me han contado algo más de lo que hiciste... haces... por las mujeres.

Daphne se encogió de hombros y se pellizó la falda.

—Siempre lo he hecho por los niños.

El hervidero de ideas que tenía en la cabeza desde que había hablado con Graham el día anterior se esfumó.

—¿Qué quieres decir?

—Lo hice por Benedict. Cuando empezamos, Kit estaba pensando en las mujeres, pero yo solo pensaba en los niños.

William intentó poner en orden todo lo que sabía sobre Daphne, Haven Manor, los niños y las mujeres, pero no tenía sentido.

—¿Por qué?

Daphne alzó la vista y lo miró confundida.

—¿Qué quieres decir con «por qué»?

—Kit no fue la que pasó por todo aquello. No podía ayudar a esas mujeres. Al menos no de la misma manera que tú.

Su confusión desapareció.

—No podía hacerlo.

—Antes quizá no, ya que no le habías dicho la verdad a Benedict, pero ¿qué te detiene ahora? Daphne, has llegado tan lejos. Conoces lo que es el perdón. Sabes lo que es estar asustada.

—Y sola —susurró ella—. Es una situación en la que te encuentras sola, muy muy sola. Aunque Kit estaba conmigo y yo no estaba acostumbrada a relacionarme mucho con la gente, nunca me había sentido tan sola.

William se mordió la lengua tan fuerte que se hizo un poco de sangre. Quería presionarla, preguntarle cómo se habría sentido si alguien se hubiera acercado a ella y le hubiera dicho que había pasado por la misma experiencia. Pero en ese momento ella no necesitaba eso. Tenía que llegar a esa conclusión por sí misma. Ahora lo entendía.

La había presionado desde el primer momento en que se dio cuenta de que quería cortejarla. Barajó los problemas que podría encontrarse, los sopesó, decidió que era lo suficientemente

fuerte como para afrontarlos y fue tras lo que quería. Pero nunca ofreció a Daphne la oportunidad de hacer lo mismo.

¿Y le extrañaba que hubiera salido corriendo?

No supo cuánto tiempo se quedaron allí sentados. Echó un vistazo a su alrededor en busca de un libro, pero solo encontró una baraja de naipes, así que se fue en silencio hacia la mesa y se puso a jugar un solitario.

Al final, ella volvió a alzar la mirada.

—¿Sabes lo increíble que habría sido si alguien en quien de verdad hubiera podido confiar me hubiese abrazado y dicho «te entiendo»?

William dejó los naipes a un lado y se cruzó de brazos.

—No, no lo sé. Pero me gustaría saberlo, si me lo quieres contar, por supuesto.



No se podía creer que estuviera de vuelta. Atravesaban el bosque hacia Haven Manor. William iba a un lado, guiando a su caballo detrás de él, y su padre al otro. Mientras caminaban, les mostraba sus árboles favoritos, que había visto crecer durante los años en que había recorrido ese mismo sendero. Les contó historias de sus mejores momentos en la propiedad.

El sol empezaba a ponerse cuando llegaron a la casa. Benedict estaba engancho el burro a la carreta del señor Leighton y esbozó una enorme sonrisa en cuanto la vio. Luego hizo un gesto de asentimiento hacia William y siguió con su tarea.

En lugar de dirigirse a la puerta de la cocina, William entregó las riendas de su caballo a Reuben y la llevó hasta la entrada principal. Daphne se paró al pie de las escaleras.

—No puedo entrar por ahí.

—¿Por qué no? Te garantizo que Maxwell y Charlotte se irán mañana. No debería resultarnos muy difícil evitarlos esta noche.

Ella negó con la cabeza. ¿De verdad se había olvidado él de cómo funcionaban estas cosas?

—Soy el ama de llaves, William. No puedo entrar por la puerta principal.

Él frunció el ceño.

—Entonces, no entres como ama de llaves.

Ella suspiró.

—¿Me estás despidiendo?

Williamladeó la cabeza y la miró con un gesto de disgusto.

—Eres la hija de un caballero. —Señaló a su padre, que los estaba mirando en silencio—. Si él entra por esta puerta, también lo harás tú.

Su padre se rio por lo bajo. Le resultó un sonido maravilloso; uno que creía que no volvería a oír jamás. No pasaba nada porque fingiera ser la persona que fue en el pasado unos instantes. Se agarró al brazo de su padre, después al de William, y accedieron a la casa por la puerta principal los tres juntos.

Kit estaba en el vestíbulo. En cuanto la vio suspiró aliviada.

—Menos mal que estás aquí.

Daphne la miró con los ojos entrecerrados.

—Pero si fuiste tú la que me ayudó a marcharme.

—Lo sé. Y cada vez que te digo que hagas algo sale mal, así que deja de hacerme caso.

Todos se rieron. Y ese fue el ambiente que reinó durante el resto de la velada. Daphne no podía recordar una noche mejor. Decidieron llevar una bandeja a la habitación de los invitados no deseados y convencieron a Jess para que cenara con ellos en el comedor.

Kit les ayudó a recoger y limpiar y enseguida todos se fueron a dormir, Daphne se cepilló el pelo y se puso su ropa de dormir, pero sentía que la noche no estaba completa.

Cuando llegó al porche, Kit ya estaba allí. Se sentaron en los escalones, contemplando el lago. Pronto Jess se unió a ellas.

—Serías una tendera horrible y lo sabes —dijo la mujer menuda, sentándose al otro lado de Daphne.

—¡Jess! —le regañó Kit—. No puedes decirle eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. Tendría que tratar con demasiada gente.

Mientras sus amigas discutían, Daphne se limitó a mirar hacia la oscuridad y sonreír sin decir nada.

Al cabo de un rato se callaron y Kit apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Quieres saber de qué me di cuenta cuando volví a Londres con Graham?

—¿Mmm? —murmuró ella.

—De que no era la misma persona que cuando me marché. Supongo que hubo momento en todos estos años que cambié. Y creo que tú también has cambiado.

Por supuesto que lo había hecho. No le había quedado más remedio. Tuvo que ser fuerte por su hijo y los otros niños, tuvo que mostrarse alegre para que la situación en la que se encontraban todos ellos no conllevara una tristeza perpetua. Tuvo que aprender a hacer cosas que jamás pensó que haría. Tuvo que cambiar para sobrevivir.

—Sé que si volvieras a estar en ese salón de baile, sería diferente. A pesar de tu imaginación, creo que te habrías dado cuenta de quién era él realmente.

—Si no se desmayaba antes —apuntó Jess por lo bajo.

Las tres se echaron a reír, pero Daphne se detuvo a pensarlo y se percató de que había parte de verdad en aquello. Había fantaseado con William, sí, pero no cuando él estaba allí. O al menos no cuando sabía que estaba allí. A diferencia de Maxwell, ella había visto a William como realmente era: seguro de sí mismo y, sí, un poco arrogante, pero eso era culpa de la educación que recibían los nobles. Sin embargo, también había visto su sentido del honor y su voluntad de hacer lo correcto. Y había percibido esos rasgos porque habían estado ahí de verdad, no porque deseara verlos.

—¿Sabes qué? —Daphne sonrió y apoyó la cabeza encima de la de Kit—. Creo que tienes razón.



Había un carruaje fuera.

Daphne estaba en la sala de música, contemplando al lacayo asegurar los baúles.

Si no lo hacía ahora, no volvería a tener esa oportunidad. ¿Se pasaría el resto de su vida preguntándose «y si...»? Tal vez. El pasado podía ser una losa que la hundiera o una base sobre la que construir una vida. Y si quería forjar una nueva vida tenía que cortar los lazos con la vieja.

En su mente empezó a sonar una melodía majestuosa, estimulándola mientras abría la puerta y se dirigía al vestíbulo.

Y allí estaba él, con su esposa, preparándose para partir.

Cuando la vio, estaba sosteniendo un bastón en una mano y el sombrero en otra. En cuanto se percató de quién era, frunció el ceño.

—¿Qué quieres?

Con esa actitud estaba claro que no iba disculparse con ella.

—Quería verte —dijo ella, agradecida de que la falda le ocultara las temblorosas rodillas—. Y supongo que también quería que me vieras.

—¿Por qué?

—Porque no quiero volver a pensar en aquello.

—Sí, sería lo ideal. —Volvió a fruncir el ceño. Abrió la puerta del carruaje y le dijo a su mujer que le esperara dentro.

Cuando Daphne la vio obedecer se quedó un tanto asombrada. Su marido estaba al lado de una mujer con la que había tenido un hijo, ¿y ella se iba sin decir una palabra al respecto?

El señor Oswald cerró la puerta y se frotó la cara con la mano.

—No sabía nada.

—Ya lo sé. Y también sé que no habría cambiado nada. Cuando me enteré ya estabas casado, y tampoco me habrías creído de todos modos.

—Seguramente no. Entonces, ¿qué sentido tiene este encuentro? Está claro que el muchacho no necesita mi ayuda económica cuando ya tiene a su señoría de mecenas.

Daphne ladeó la cabeza.

—¿Y eso te molesta?

—Sí, bastante. He tenido que pasar dos días atrapado en un dormitorio minúsculo mientras mis caballos descansaban lo suficiente para poder marcharme de aquí.

En ese momento, lo único que Daphne sentía era lástima. La habitación en la que los habían alojado, aunque no sería muy grande en una mansión, estaba mucho de ser pequeña. Pero lo más importante de todo: ese hombre era incapaz de ver lo que había hecho mal.

—No tuviste ningún reparo en arruinar la reputación de una mujer por una apuesta. Ciertamente, no sabías que era yo. Pero ¿lo habrías lamentado si se hubiera tratado de Kit? ¿Te planteaste siquiera esperar a ver si tu noche había tenido más consecuencias que la caída en desgracia ante la sociedad?

Él apartó la vista y se quedó mirando unos instantes algunos de los cuadros colgados en una de las paredes. Cuando volvió a mirarla lo vio cansado y mucho más viejo de lo que debería estar después de catorce años.

—No, no me lo planteé. Y aunque puede que te fuera mal durante una temporada, parece que ahora estás triunfando en la vida. De lo contrario, jamás habrías llamado la atención de un

marqués. Todos lo vimos acudir presto en tu ayuda, no te molestes en negarlo.

—¿De verdad creía que, como su vida había ido a mejor, eso justificaba todo lo que él había hecho?

—¿Por qué has venido?

—Porque no tengo nada que me pertenezca. Mi padre es el segundo hijo de un aristócrata con un título que ahora ha heredado otra generación. Mis opciones son vivir de la generosidad de los demás o buscarme un trabajo y una casucha para vivir.

—Así que viniste aquí para...

—Para pedir prestada la casa en Bath para la temporada. Está claro que no se me va a conceder, así que tendremos que pasar el verano en Londres. ¿Estás contenta?

Daphne se dio cuenta de que le daba igual. Había querido enfrentarse a él con la cabeza bien alta y no solo lo había conseguido, sino que había sorprendido a Maxwell Oswald al hacerlo. Quizá le pasara lo mismo que a ella, que necesitara un tiempo para entenderlo. De ser así, puede que algún día volviera para disculparse. Si no, ella no iba a pasarse la vida esperando esa disculpa.

—No estoy ni contenta ni disgustada. Como dijiste, la vida sigue su camino, y yo también. — Fue hacia la puerta y se la abrió; sobre todo porque quería darse el gusto de cerrársela después—. No sé si te trae o no sin cuidado, pero a mí sí me importa. Te perdono. Aunque no me llevaré ninguna decepción si no te vuelvo a ver. Que tengas buen viaje.

Oswald se quejó por lo bajo, se puso el sombrero y salió por la puerta. Daphne la cerró, quizá con un poco más de fuerza de la necesaria, pero con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro.



Capítulo 41



Cuando vio a Daphne entrar en la biblioteca con una sonrisa de oreja a oreja, se olvidó enseguida de todos los informes de la fábrica que tenía delante. Dejó los papeles sobre el escritorio y se levantó para saludarla devolviéndole la sonrisa.

—Pensé que quizá te gustaría saber que tu primo se ha ido.

William asintió y la tensión que atenazaba sus hombros, de la que no era consciente hasta ese momento, se esfumó.

—Sé que puede resultar hipócrita por mi parte estar enfadado con él, pero no puedo evitarlo. No lo quiero en mi casa, ni en ningún lugar cerca de ti.

—Todavía tienes que asimilarlo. Y supongo que él también. —Se sentó en la silla frente al escritorio. Daba una imagen de absoluta serenidad—. Yo he tenido catorce años para reflexionar sobre ello. Pensaba que había pasado página, pero parece que una parte de mí necesitaba volver a verlo. Creo que ahora, en lo que a mí respecta, por fin ha terminado todo.

—Me alegra oír eso. —En realidad, estaba más que alegre. Maxwell formaba parte de su familia y no podría cortar todo lazo con él. Quería mantener a Daphne en su vida y sabía que tarde o temprano su primo volvería a hacer acto de presencia.

De todos modos, aquello era lo último de lo que quería hablar en ese momento.

—He pedido una mesa de billar —continuó—. Debería habérsela encargado a Benedict, pero no quería esperar. Le he pedido tantos muebles que va a estar ocupado años.

La mujer se echó a reír.

—Creo que lo entenderá. Sobre todo si le enseñas a jugar.

Verla tan relajada le llegó al corazón. Incluso cuando habían cenado juntos, nunca se había mostrado tan confiada. Esta era la auténtica Daphne. A pesar de que tenía tan pocas posesiones, no parecía importarle. La vida era como era y ella era quien era. Y él nunca había contemplado nada tan bello.

Daphne siguió hablando:

—¿Recuerdas lo que me dijiste sobre compartir mi historia con las otras mujeres? Creo que me gustaría hablar con la que Kit y Graham han traído a la casa de la señora Lancaster. Le va a resultar muy duro y me gustaría que supiera que hay más gente que ha pasado por lo mismo. —Aspiró profundamente y volvió a sonreír—. Sé que últimamente he estado yendo mucho al pueblo, pero quiero que sepas que esta vez volveré.

—Te agradezco la información. —A William se le aceleró la respiración mientras cambiaba de postura en la silla—. Tengo una idea mejor. Bueno, puede que mejor no, pero sí distinta.

—Ah, ¿sí?

—Tráela aquí.

Daphne lo miró con la boca abierta.

—¿Aquí? ¿Quieres que traiga a una mujer de clase alta, que está intentando ocultar su

embarazo, a la casa de un marqués?

Dicho de ese modo, sonaba un poco raro.

—Sí. Pero no exactamente aquí. Estaba pensando en la casa del guarda. Allí podrá tener un poco más de intimidad e independencia. Y tú podrás enseñarle lo que has aprendido durante todos estos años para que, si quiere quedarse con el niño, tenga la opción de abandonar la sociedad y hacer otro tipo de vida.

Daphne parpadeó, pero no le dijo que no.

Esperaba que eso fuera una buena señal.

—Podría trabajar en la casa —prosiguió él—, aprender cosas como hacer la colada, cocinar... pero sin ser una sirvienta. Si hay más de una mujer a la vez, la nueva podría aprender de la anterior. De esta forma, siempre habría un sitio donde podrían estar. Y cuando vengan visitas, no tendrían que quedarse encerradas en la casa del guarda.

Daphne no dejaba de mirarlo con algún que otro parpadeo y esa expresión tan típica suya que indicaba que sentía demasiadas cosas, pero no sabía qué emoción dejar entrever primero.

—¿Qué te parece? —preguntó él al cabo de un rato.

—Es... Yo... ¿Quieres que las mujeres se queden aquí?

—Sí, si crees que eso las ayudará. —Si esas mujeres se habían visto privadas de algo era precisamente de eso, de opciones. Y eso era algo que él podía ofrecerles a través de Daphne.

—No sé qué decir —murmuró con voz un poco entrecortada—. Que lo hayas propuesto siquiera.... Pero, aunque aprendieran a valerse por sí mismas, jamás encontrarían trabajo teniendo que cargar con un niño pequeño.

Ahora fue él el que tomo una profunda bocanada de aire. Llevaba toda la mañana desarrollando aquella idea con el señor Blakemoor. ¿Le gustaría a Daphne? Dio la vuelta a uno de los papeles y lo deslizó sobre el escritorio.

—Mira esto. Ahora mismo solo es una idea, y todavía hay un montón de detalles que valorar, pero aquí tienes mi fábrica.

Daphne se inclinó hacia delante para echar un vistazo. Parecía alegrarse de lo que ella creía que era un cambio de conversación.

—¡Qué bonita!

La dulzura de su expresión casi le obligó a rodear el escritorio y envolverla en sus brazos. Aunque primero tenía que terminar de contarle su plan.

—Y esto... —Señaló un espacio rectangular situado justo en un promontorio del valle donde se estaba construyendo la fábrica—. Esto va a ser una escuela infantil. Para las mujeres que quieran trabajar para mí. No va a ser una fábrica normal. Vamos a hacer botones, broches, hebillas y horquillas. Hay mucho trabajo con metal, pero también mucha ornamentación. Es algo que ellas podrían realizar; al fin y al cabo es lo que han hecho de una u otra forma la mayor parte de sus vidas.

Daphne volvió a parpadear; la sonrisa desapareció de su rostro, sustituida por una mirada de asombro.

—¿Una escuela infantil? ¿Vas a contratar a alguien para que cuide de los hijos de tus trabajadoras?

—Sí. Bueno, no solo sería para tus mujeres. Seguro que hay personas en Birmingham que también podrían beneficiarse de ella, pero tengo que reconocer que fuiste tú la que me hizo pensar en ello.

Le dio la vuelta al papel para mirarlo y se recordó a sí mismo que debía asegurarse de que las ventanas de la escuela no se orientaran hacia la fábrica y así amortiguar el ruido. De repente, Daphne, se puso de pie, bordeó el escritorio y lo abrazó.

Fuera lo que fuese lo que se había puesto a anotar dejó de importarle. Oyó el sonido del lápiz contra la mesa cuando lo dejó caer para abrazarla también. La estrechó contra él cuanto pudo, porque ella estaba de pie y él seguía sentado, y saboreó la sensación que tanto miedo le había dado haber perdido. Se incorporó, se apoyó contra el escritorio y le tomó las manos con las suyas.

—Supongo que esto significa que estás de acuerdo, ¿no?

—Sí —respondió ella con una sonrisa—. Por supuesto que estoy de acuerdo. Tengo que contárselo corriendo a Kit y a Graham. Tener un lugar permanente donde llevarlas hará que todo sea mucho más fácil. —Apoyó la cabeza en su pecho y soltó un suspiro tembloroso—. No me puedo creer que te importe todo esto.

—Me importas tú. Y a ti te importa. Poder ayudar a que la vida de alguien mejore... hace que me sienta mejor de lo que imaginaba. Y si encima lo hago «contigo», mucho mejor.

Daphne dejó de sonreír y se mordió el labio.

—William...

—Lo sé. Estoy tratando de no presionarte. Estos últimos días han pasado muchas cosas, pero cuando me vino a la cabeza esta idea, no pude esperar para compartirla contigo. —Se detuvo, preparándose para su reacción—. Pero esto solo funcionará si tú formas parte de ello. Tú eres la que puede ayudarlas mejor que nadie.

Sus dedos se aferraron con más fuerza a los de ella. Si pudiera, publicaría las amonestaciones de su matrimonio inmediatamente. Viajaría a Londres a toda prisa para conseguir una licencia especial. Lo único que necesitaba era que ella lo aceptara como esposo.

—Me gustaría que vieras lo que yo veo, lo que podríamos hacer —continuó él.

Daphne respiró hondo y le apretó los dedos.

—Pues cuéntamelo.

—Estoy convencido de que te encantaría Dawnview Hall. Allí hay personas, arrendatarios, que llevan mucho tiempo sin ver a nadie que se preocupe por ellos de verdad. Quiero cambiar eso. Podemos cambiarlo juntos. No es un viaje tan largo desde allí, así que, siempre que necesitaras ayudar a alguien, podrías venir sin ningún problema. Y todavía hay menos distancia desde Londres. Podríamos pasar en Haven Manor la mayor parte del verano.

Cuanto más se lo imaginaba, más se emocionaba. Hubiera dado saltos de alegría al ver que su vida podía tomar un rumbo que jamás había soñado.

—Cuando vayamos a Londres, podríamos reunirnos con el comité del que me habló Kit, ese que ayuda a localizar a las mujeres que os necesitan. Tengo amigos a los que no he visto desde hace mucho con los que quiero pasar un poco más de tiempo, y estoy deseando que puedas conocerlos. Nunca me han gustado los bailes, pero como sé que adoras la música, me encantaría llevarte a la ópera.

Tuvo que detenerse para recuperar un poco el aliento. Pero cuando la miró, sintió que su entusiasmo no era compartido.

Daphne no parecía feliz.

Se la veía aterrorizada.

Estaba pálida y parecía estar preparada para salir corriendo.

—¿Daphne?

—No puedo hacerlo. No puedo... Demasiada gente. No sabría qué hacer o qué decir. Me mirarán y hablarán. Incluso aunque no conozcan mi historia, verán que soy mayor y se harán preguntas. Pensé que podría, pero no puedo. Todas esas personas... Yo... No puedo. —Consiguió liberar las manos de su abrazo y se las llevó al pecho.

La había vuelto a presionar, la había empujado antes de que se diera cuenta por sí misma de que era más fuerte que antes, de que ahora podía escoger sus propias batallas. Había esperado que su entusiasmo fuera suficiente para despertar el de ella. Y quizá lo fuera, pero no bastaba para vencer el terror a relacionarse con desconocidos.

Por lo menos le había gustado lo de la escuela infantil. Le diría al señor Blakemoor que siguiera adelante con la idea. Independientemente de lo que sucediera entre Daphne y él, esas mujeres iban a necesitar su fábrica y Haven Manor.



Daphne no salió corriendo. Quería, pero no lo hizo. Se las arregló para evitar a William mientras conseguía mantener su extraña posición entre invitada y ama de llaves. Dos días después su padre se marchó, no sin antes prometer que les escribiría con frecuencia y los visitaría a menudo.

Contó a Kit y a Jess la idea de William de llevar a las mujeres a la casa del guarda y enseñarles lo que necesitaran para salir adelante. Ambas pensaron que aquello supondría un avance más en sus planes. Todavía les quedaba trabajo por hacer, limpiar y reparar la casa del guarda, pero no pasaría mucho tiempo antes de que pudieran llevar a Martha, la mujer que ahora vivía con la señora Lancaster, a su nuevo hogar temporal.

También recibieron la nueva mesa de billar.

Y entre unas cosas y otras, transcurrió una semana.

Cada día, se tomaba un momento para recordar la conversación que habían mantenido en la biblioteca, para ver si, poco a poco, la perspectiva le iba asustando menos.

Pero no fue así.

Y como no fue así, volvió a encontrarse buscando mil y una excusas para no subir a la planta principal. En ese momento, la cocina parecía la opción más recomendable, así que sacó la masa que Jess había puesto a reposar y se preparó para amasarla.

—Quita tus manos de mi pan —gruño Jess.

Daphne sonrió y retrocedió con los brazos en alto.

—Pero si ya no tienes a ninguna ayudante que te eche una mano... Kit fue ayer a Marlborough. Dice que a Eugenia le va de maravilla con la señora Lancaster. Ambas se pasan todo el día compitiendo por ver quién puede ser más feliz y quién puede hablar con un cliente hasta quedarse

sin aliento.

—Me alegro. Les vendrá bien a ambas. —Dejó el cuchillo que estaba usando para cortar una hogaza ya horneada—. Pero eso no significa que puedas tocar mi pan.

Daphne soltó un resoplido y se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿qué necesitas que haga?

—Ten un propósito.

—¿Qué?

Su amiga se volvió con las manos en las caderas.

—Un propósito. Siempre ha sido más fácil convivir contigo cuando estás haciendo algo por otra persona. Así que, por favor, por el bien de todos, búscate a alguien a quien ayudar.

—¿Eso que dices es cierto? —Nunca se había parado a pensarlo, pero se sentía cómoda con la idea.

—¿Nunca te has dado cuenta? Si tienes algo que hacer, sobre todo algo que implique ayudar a alguien, te da igual la cantidad de personas que estén a tu alrededor. —Empezó a golpear la masa.

No le importó que Jess le hubiera quitado el puesto.

—Pero aquí tenía muchas cosas que hacer y cuando vinieron los nuevos sirvientes me puse muy nerviosa.

—Cambiar las sábanas no tiene nada que ver con cambiar el futuro de alguien. Lo primero es aburrido. Lo otro te da un propósito. No puedes comparar. Abrió la boca, dispuesta a contradecirla, pero un atisbo de esperanza hizo que la cerrara de nuevo. ¿Y si Jess volvía a estar en lo cierto?

—Me voy al pueblo —anunció. Ya iba siendo hora de poner en marcha sus adorables nuevos planes en vez de esperar a que se marchitaran y la dejaran sin nada que hacer.

Jess alzó la mirada.

—¿Para qué?

—Para hacer una visita a Martha.



Capítulo 42



William pasó una mano por el tapete verde de la nueva mesa de billar. La suave rugosidad del paño le recordó a Daphne y a aquellos vestidos suyos que habían sido lavados y usados tantas veces, que habían alcanzado el tacto reconfortante de una vieja manta.

¿A quién estaba intentando engañar? Todo en aquella casa le recordaba a Daphne. Habían hablado y planeado la decoración de cada centímetro de aquella vivienda. Esa habitación, sin embargo, había sido idea suya, su plan. Y verlo hecho realidad le produjo una emoción extraña.

Derek seguía quejándose de la cantidad de obras de arte que William estaba guardando, pero no podía seguir viviendo en esa abundancia que le impedía disfrutar de cada una de ellas. Quizá terminara abriendo un museo en Marlborough para entretener a los nobles cuando estuvieran de paso por el pueblo. Derek sería el encargado de gestionarlo.

Sacó un taco del soporte de cerezo, que combinaba con el revestimiento de la parte inferior del muro y ofrecía un agradable contraste con la pintura azul de las paredes, donde ahora colgaban algunos cuadros cuidadosamente seleccionados, incluido el de un perro que parecía sonreír.

Toda la casa era un lugar cómodo y acogedor. Un hogar. Le encantaba estar allí, en Haven Manor. Puede que fuera un poco pequeña respecto a las viviendas a las que estaba acostumbrada la aristocracia —Dawnview Hall debía de ser cuatro veces más grande—, pero le gustaba. Le ofrecía el espacio que cualquier persona razonable necesitaría, a menos que solo le interesara mostrar al mundo lo importante que era.

De hecho, estaba bastante seguro de que en Dawnview Hall existían habitaciones en las que nunca había estado. No como allí, donde incluso conocía la despensa.

Y no solo eso, había participado personalmente en las discusiones y planes para cada una de esas habitaciones. Cuando terminara la renovación, una parte de él estaría en cada cuarto de aquella casa.

Quería que Haven Manor fuera de Daphne tanto como suya, pero eso no sucedería si no se casaba con ella.

Había pasado una semana. Y durante todos esos días ella había actuado como si la conversación en la biblioteca no se hubiera producido nunca.

Daphne no estaba preparada. Puede que nunca lo estuviera. Tal vez aceptaría casarse si él le prometía vivir allí todo el tiempo, pero aquello no sería razonable. Ambos sabían que no podía llevar el marquesado desde allí. Ya había asuntos que requerían su atención y había tenido que posponerlos por la distancia.

No, no podía quedarse allí. Y se negaba a contraer un matrimonio como el de sus padres: dos extraños con un hijo en común, que vivieron separados tanto tiempo que hasta llegaron a odiarse.

Nunca podría odiar a Daphne, pero sí podría terminar sintiendo un resquemor hacia ella por haberlo aceptado a él pero no su título. Por obligarlo a dejarla allí, viviendo su propia vida, y

permitiéndole visitarla de vez en cuando.

Quiso reprocharle a Dios que le hubiera mostrado algo que no podía tener. Pero sabía que estar con Daphne, aprender a amarla, le había hecho crecer como persona. No cambiaría eso por nada. Incluso aunque el futuro que tanto le había emocionado hacía una semana se le estuviera escapando de las manos mientras que otro distinto ocupaba su lugar.

Uno donde esperaba a Daphne eternamente.

¿Lo amaría como él la amaba? Nunca se lo había dicho. Aunque él tampoco. Pero William le había ofrecido todo lo que era y ella le había confesado que no podía aceptarlo.

Araminta y Edmond ya se habían marchado, y Kit y Graham estaban pensando en partir al día siguiente. William ya les había ofrecido su bendición para que Haven Manor se convirtiera en un refugio para las mujeres. Con independencia de que Daphne aceptara o no casarse con él, lo que ella estaba haciendo era algo bueno. Y él quería formar parte de aquello.

Aunque quizá lo mejor que podía hacer era quitarse de en medio. Podría ir a Londres, a Dawnview Hall o a cualquiera de las otras propiedades que ahora le pertenecían. No había razón alguna para seguir allí. Si Morris empezaba a hacer el equipaje ahora, podría marcharse poco después de Kit y Graham.

Así Haven Manor volvería a ser el hogar de Daphne.



Daphne estaba temblando cuando entró en la habitación donde estaba Martha. Pero en cuanto pasaron unos minutos, dejó de importarle que aquella mujer fuera una extraña. La joven la necesitaba y eso era lo único que hacía falta para que ella empezara a compartir de buena gana, y sin ningún reparo, detalles personales con aquella futura madre muerta de miedo.

Martha no le contó mucho, pero la mirada que le lanzó cuando le explicó que tenían una casa a las afueras de Marlborough donde podría quedarse, donde podría pasear libremente y sin preocupaciones, parecía llena de alivio, e incluso de una profunda emoción.

Estuvieron hablando un buen rato, Daphne le contó su historia y los nuevos planes y posibilidades que les iba a ofrecer Haven Manor. La señora Lancaster les dejó una tetera, así como unos platos con un poco de carne, queso y unas galletas. Cuando la conversación empezó a decaer era tarde. Demasiado tarde para regresar a casa.

Y entonces empezó a sentirse incómoda.

En cuanto dejó de contar su plan para ayudar a Martha, se dio cuenta de que no sabía qué decir. Recordó su terrible cansancio cuando estaba embarazada de Benedict y la preocupación por el futuro del niño, y a pesar de ello atribuyó cada uno de los suspiros de Martha a su presencia allí. No tenía ningún sentido, pero su parte más insegura se había hecho fuerte.

Cuando quiso darse cuenta estaba acostada en la segunda cama que había en las habitaciones superiores de la tienda de la señora Lancaster, esperando que aparecieran los primeros rayos de luz para poder marcharse.

A la mañana siguiente, cuando se puso en marcha, apenas había nadie despierto en el pueblo. Las pocas personas con las que se encontró iban a lo suyo y no tenían interés alguno en mantener

una conversación más allá de un cortés y breve saludo. De modo que pudo escapar de Marlborough sin tener que hablar con nadie.

Al cruzar el puente de la zona norte del pueblo, se encontró con el carruaje de Kit y Graham. La pareja iba de camino a Bath a visitar a los padres de él.

Habló con ellos unos minutos, contándoles su conversación con Martha y deseándoles buen viaje. ¿Por qué no podía relacionarse con el resto de la gente de la misma manera que con sus amigos? ¿No eran todos personas?

—Tenemos tiempo de sobra para dar la vuelta y llevarte de regreso a Haven Manor antes de irnos. No tardaremos tanto y llegaremos igualmente hoy a Bath —dijo Kit.

—No —repuso ella. Se bajó del carruaje para reanudar su camino a la casa—. Me alegro de haberos visto antes de que os marcharais, pero prefiero ir dando un paseo.

Mientras continuaba andando, sintió una ridícula sensación de alivio porque fueran ellos los que iban de camino al pueblo y no ella.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué había significado su conversación con Martha? Tenía la sensación de que, durante las últimas horas, había aprendido mucho sobre sí misma, pero no estaba completamente segura de qué.

Las respuestas no llegaron mientras cruzaba el bosque.

Ni tampoco cuando vio el lago.

Se negaba a regresar a la casa sin ellas, así que se detuvo y se sentó en medio de la cañada llena de flores de color púrpura.

No iba a correr. No iba a esconderse. Se iba a quedar allí sentada, enfrentándose a la realidad y tomando una decisión.

Por una vez, iba a elegir ser fuerte, en vez de esperar a que la obligaran a serlo. La fuerza le había venido muy bien, y la había recibido encantada, cuando trajo a Benedict al mundo en medio de gritos y llantos, con un futuro más incierto que el de un ratón de campo. Entonces no había tenido alternativa.

Después, todos pensaron que era fuerte para criar a los niños en Haven Manor, pero tenía que reconocer que hacer aquello había sido más un escape que otra cosa. Amaba a esos niños, adoraba todos y cada uno de los momentos que había pasado con ellos, pero tenía que agradecer la necesidad de esconderlos, porque eso implicaba que también podía ocultarse con ellos.

Había llegado el momento de terminar de esconderse.

Puede que no de forma radical. Sabía que nunca se encontraría cómoda con grupos grandes de personas, pero últimamente se había dado cuenta de que podía ampliar su círculo. Incluso había bromeado con Horatia hacía unos días. ¿Hasta dónde podía agrandar su entorno personal si iba poco a poco?

Tenía una imaginación portentosa. Quizá no fuera tan difícil imaginarse a sí misma en ese futuro que él le había descrito. Daba igual que nunca hubiera fantaseado con algo que realmente pudiera ocurrir. Tampoco podía haber mucha diferencia.

Se tumbó sobre el manto de flores con un gruñido de frustración. Lo que costaba tomar el control de la vida...

Le habría gustado que William cruzara el campo en ese mismo momento, le dijera que no iba a

aceptar su negativa y expusiera todas las razones por las que iban a solucionarlo todo.

Soltó un suspiro. Sí, aquello sería maravilloso. Él la abrazaría, le daría uno de esos besos gloriosos y le diría... le diría...

Frunció el ceño y se sentó. ¿Qué le diría William? ¿Por qué no podía imaginárselo?

Tal vez porque, por primera vez en mucho mucho tiempo, sí importaba lo que imaginara. Aquella no era una placentera forma de evadirse mentalmente que pudiera dejar de lado con una sonrisa. Aquello era la realidad. Deseaba con todas sus fuerzas que ese sueño se cumpliera.

William era un hombre de honor. Respetaría su decisión y se iría si ella continuaba diciéndole que no. Pero si era capaz de imaginarse lo que él podía ofrecerle, ¿encontrarían la forma de estar juntos? ¿Podría decirle que sí?

Comenzó a recoger flores mientras pensaba en las opciones que tenía. No le costaba mucho imaginarse a William sentado frente a ella, últimamente le resultaba tremendamente fácil.

Pero ¿qué quería que él le dijera? Si William le hiciera otra proposición, le ofreciera otras alternativas, ¿qué aceptaría ella?

«Puedo gestionar el marquesado desde aquí. No hace falta que salgas de Haven Manor».

No. Hizo un gesto de negación con la cabeza y lanzó al aire una lluvia de pétalos rotos. Nunca le diría eso. Y tampoco querría que lo hiciera. Una de las cosas que le gustaban de él era que se tomaba en serio su posición. Quería ser un noble responsable, cuidar de su gente y de su país. Y eso requería acudir al Parlamento y visitar a sus arrendatarios.

Proporcionar un heredero.

Ese sería un futuro absolutamente desolador para ella.

Se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro con la cabeza dándole vueltas a mil cosas, pero sin conclusiones concretas.

Entonces se dio cuenta de que no sabía cómo tomar una decisión.

Qué horror.

—Señor —murmuró—, voy a necesitar un poco de ayuda en esto.

Se frotó la cara. Un punto de partida. Eso era lo único que solía necesitar para que su mente divagara. En cuanto tuviera ese punto de partida, el resto fluiría sin ningún problema.

William era un marqués. Tenía un trabajo que hacer. Tenía que vivir en Londres parte del año.

¿Podría ir sin ella? No todos los nobles llevaban a su familia a la ciudad. Sí, sus padres habían vivido separados; pero, por lo que le contó, parecía que lo hacían durante todo el año. Si Daphne iba a Haven Manor mientras William permanecía en Londres, no estarían a mucha distancia y él podría ir a verla a menudo.

O ir ella a verlo a él. La idea de la ópera la atraía bastante. O visitar a uno o dos de sus amigos íntimos, cuando los conociera, por supuesto. Sobre todo si él estaba a su lado. No sería como en el pasado, donde se quedaba sola en un rincón cuando todo el mundo esperaba que se relacionara con los presentes y mantuviera alguna conversación ocurrente.

Podía pasar algunos días en Londres y luego volver a Haven Manor para estar tranquila y pendiente de las mujeres que vivieran allí.

William le había dicho que Dawnview Hall era enorme. Seguro que podía encontrar algunas estancias que le gustaran y convertirlas en una especie de zona privada. Él podría atender a quien

lo necesitara sin estar a su lado en todo momento. Además, también podría ir a ver a las mujeres que trabajaran en la fábrica y visitar a los niños en la escuela infantil que tenía pensado construir.

Empezó a imaginárselo, vio cómo podía ser. Sí, desde luego que podía afrontar aquello. Tal vez hasta... ¿disfrutar con ello?

No era la típica vida de un matrimonio de la aristocracia, pero William ya había rehuido de lo que todo el mundo consideraba un comportamiento aristocrático normal, así que seguro que no le importaba mucho.

Agarró otro puñado de flores y las desmenuzó mientras seguía paseando, pensando e imaginándose su realidad perfecta, decidida a que aquello funcionara.



Capítulo 43



Lo que una vez había sido una caótica mezcla de jardines, terrenos y arboledas descuidadas se había convertido en una hermosa combinación de pulcras praderas y caminos perfectamente delimitados y rodeados por un bosque salvaje. Era increíble lo que se podía conseguir con un poco de tiempo y atención.

Desde luego era un lugar en el que uno podría llegar a sentirse como en casa.

Lo que hacía que su inminente partida le doliera todavía más.

¿Volvería a contemplar esos terrenos con el lago, el puente y los edificios? No parecía muy probable. Si se permitía el lujo de regresar, lo haría una y otra vez esperando que en algún momento Daphne aceptara casarse con él. Y al final, esa esperanza se convertiría en un ancla que terminaría hundiéndolo. Nunca encontraría una esposa si creía que Daphne podía cambiar de opinión en algún momento.

No podía hacer eso. Tenía un título en el que pensar. Si no lo tuviera... Bueno, si no lo tuviera no existiría ningún problema. Se instalaría allí con ella sin pensárselo dos veces y formarían una familia en aquel lugar alejado del mundo.

Pero tenía el deber con Inglaterra de proporcionar un digno heredero al título. Y aunque todavía albergaba la esperanza de que Edmond terminara convirtiéndose en un adulto maduro, capaz y con buen corazón, no estaba dispuesto a jugarse el futuro de su país o de las personas que estaban a su cuidado en su capacidad para eliminar el legado de su padre en aquel niño.

La simple idea de tener que casarse con alguien que no fuera Daphne le provocaba náuseas. Otra razón más para mantenerse alejado de Haven Manor. Le llevaría un tiempo volver a concentrarse en su deber. Era muy probable que terminara contrayendo matrimonio con una mujer a la que no amara, pero se negaba rotundamente a hacerlo mientras estuviera enamorado de otra. Así que solo consideraría casarse con alguien cuando Daphne no fuera más que un recuerdo doloroso.

Algo que no sucedería ni ese día, ni al siguiente. Aunque sí a largo plazo.

Se dio la vuelta y entró de nuevo en la casa. Allí había cosas que quería grabar en su memoria, sin importar el tormento que le pudiera causar. Benedict le había sorprendido esa mañana con una mesa nueva para el comedor, que había transportado en la carreta. William entró en la estancia y acarició la superficie pulida, admirando el diseño limpio y la ausencia de adornos grotescos. También tenía gárgolas. Eso sí, delicadas, de no más de siete centímetros y talladas encima de las patas curvadas.

Se sentó en la silla y, con la mirada perdida, pasó un dedo sobre la sonriente criatura alada.

—Hay varios baúles llenos en el vestíbulo.

Se volvió y vio a Daphne, de pie, en el umbral de la puerta, mirándolo. Tenía las mejillas enrojecidas y los labios apretados con aire resuelto.

—Sí —respondió él, empapándose de una última imagen de ella, como había hecho hacía unos

instantes con el paisaje—. Me marchó.

—¿Cuándo vuelves?

William hizo un gesto de negación con la cabeza. En cuanto pronunciara aquellas palabras, todo habría llegado a su fin.

—No voy a volver.

Daphne entró en el comedor y se sentó en la silla que William tenía enfrente. Ver la sombra de sus manos en la mesa le causó un profundo dolor. Solo tenía que extender la mano y podría volver a tocarla. Sentir el tacto de su piel, esa mezcla de suavidad y rugosidad tan propia de ella.

Podría. Pero no lo haría. No tenía por qué someterse a esa tortura.

—Quédate con todo el personal que necesites para mantener la casa en su estado actual. Trae aquí a las mujeres. Ayúdalas, enséñales. Si no estoy aquí, nadie tendrá ningún motivo para visitarme. Estarán a salvo.

Alejó de él las manos.

—Estaba pensando —dijo ella en voz baja—, en lo que dijiste el otro día, en cómo veías nuestro futuro.

Soltó un gruñido a modo de respuesta. No necesitaba que le recordaran que sus sueños nunca se harían realidad.

—Y me estaba preguntando —continuó— si estás abierto a hacer algún cambio.

Cedió a su deseo de mirarla a los ojos.

—¿Qué tipo de cambio?

—Nunca me sentiré cómoda en medio de un grupo grande de personas. No sería capaz de aguantar semanas y semanas en Londres, pero tú tampoco tienes una vida social muy intensa. Creo que si vamos poco a poco, y contigo a mi lado, puedo acostumbrarme a vivir en tu mundo.

William se quedó sin respiración a medida que la esperanza que había intentado aniquilar empezaba a revivir. Extendió la mano para tomar la de ella mientras oía su propuesta. Presentarle a sus amigos sin prisa para que pudiera ir ampliando el círculo social en el que se sentía a gusto. Una buena organización del tiempo que pasaran en Londres. Que le asignara tareas específicas cada vez que tuviera que relacionarse con los arrendatarios de Dawnview Hall. Usar la casa del guarda de Haven Manor para ayudar a las mujeres.

Daphne movió la mano y entrelazó los dedos con los de él.

—Sé que tienes miedo de que terminemos como tus padres, pero aunque te amo con toda mi alma, William, a veces me gusta estar sola. No será un matrimonio típico, pero creo que podemos hacer que funcione.

Aunque todavía estaba confundido, y sorprendido por la meticulosidad con la que le había expuesto sus condiciones, se levantó inmediatamente para abrazarla.

Buscó a tientas su cabeza para depositar un torpe beso en ella, pero se dejó llevar por la emoción del momento y sus labios terminaron rozándole la mejilla. Después, le dio besos por toda la cara, haciéndola reír, hasta que llegó finalmente a su boca.

No tardó mucho en tener que recordarse a sí mismo que todavía no estaban casados. La abrazó con fuerza y apoyó la barbilla en su cabeza mientras la mecía suavemente.

—¿Has dicho que me amas? —preguntó con tono áspero.

—Sí —murmuró ella contra su pecho, antes de echar la cabeza hacia atrás y sonreírle—. ¿Eso es lo único que oíste?

—No. —Esbozó una amplia sonrisa—. También oí a una mujer que hizo un uso asombroso de su increíble imaginación y encontró una solución que jamás se me hubiera ocurrido.

—Entonces, supongo que la oferta de ser la señora de esta casa todavía sigue en pie. ¿Estás de acuerdo con mi propuesta?

—Ahora que has aceptado, el puesto está adjudicado de por vida —respondió él, sorprendido por la brusquedad de su voz—. Y entiendo que por propuesta te refieres a que vas a casarte conmigo, ¿verdad?

—Nos pondríamos en una situación muy incómoda si no lo hiciera. Sobre todo si tenemos hijos.

Decidió volver a su silla. Ya tendrían tiempo de abrazarse más tarde. En un momento más apropiado. Ambos se habían equivocado en el pasado. Ahora iba a asegurarse de hacer las cosas como debían.

Pero no podía resistirse al contacto con ella, así que volvió a unir sus manos a las de ella sobre la mesa.

—Lo único que he querido toda mi vida ha sido convertirme en alguien distinto a mi padre. Creo que todos sus problemas matrimoniales fueron culpa suya. Pero también creo que habría dado igual que mi madre hubiera ido más a Londres o que él se hubiese quedado más tiempo en el campo, porque no se querían. —Aspiró con fuerza—. Tu plan no va a ser fácil y seguro que tendremos que hacer algunos ajustes sobre la marcha. Pero una vida complicada contigo a mi lado es muchísimo mejor que cualquier otra alternativa.

—Nunca me encontraré a gusto entre la alta sociedad —advirtió ella—. Sé que nunca me aceptarán.

William sonrió.

—En realidad, yo tampoco los he aceptado nunca. Pronto te darás cuenta de que mis amigos son un poco diferentes a las personas que recuerdas de tu temporada.

Daphne se humedeció los labios.

—Hay una cosa más.

—Lo que sea. —Le daría el mundo con tal de que ella aceptara permanecer en el suyo.

—Puede que insista un poco más de lo normal en que Araminta se mude a la casa de la marquesa viuda.

William se echó a reír.

—Hecho. —Ya estaba decidido. Le había enviado un mensaje la semana anterior para que comenzara a hacer los preparativos—. Te amo, futura *lady* Chemsford.

Daphne se puso pálida y se recostó contra el respaldo de la silla.

—Voy a ser una dama con título.

William se incorporó un poco y se inclinó para darle un breve beso en los labios, procurando no profundizar demasiado.

—Vas a ser mi esposa.



Tres semanas después, Daphne estaba en la parte trasera de St. Mary, lista para pronunciar los votos que la convertirían en marquesa. Había creído que llevaba una vida recluida y solitaria, hasta que vio a todas las personas que la esperaban de pie en la iglesia.

Kit y Graham estaban en una fila con Jess a un lado y, en el otro, su padre, que tenía el rostro surcado de lágrimas. La miró y sonrió.

Detrás de ellos, Nash, su esposa y sus cuatro hijos.

Al otro lado del pasillo, la señora Lancaster, con un brazo sobre Eugenia y otro sobre Sarah. Reuben estaba juntos a ellas, tal alto y lleno de orgullo. Trabajar en el establo le sentaba bien; parecía menos escuálido que hacía unos meses.

Daphne sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Sarah los dejaría pronto. William le había conseguido un empleo como sirvienta en la casa de un músico, y había incluido en el trato que pudiera tocar el piano. La joven estaba tan emocionada ante su inminente aventura como Daphne nerviosa.

—Sabes que puedes quedarte en Haven Manor. Podemos contratar a un músico para que te enseñe —le había dicho.

La muchacha la había envuelto con sus delgados brazos y había negado con la cabeza.

—Ha llegado el momento de que todos comencemos una nueva vida. Ahora vas a enseñar a mujeres que no han tenido suerte a cómo valerse por sí mismas en este mundo. Piensa en mí como en otro de tus éxitos. Estoy lista, mamá Daphne. Estoy lista para vivir mi propia vida.

Y tendrían muchos más éxitos. Jess ya estaba decidiendo qué tipo de formación recibirían las mujeres cuando fuesen a vivir a la casa del guarda. Su amiga jamás reconocería lo mucho que le importaba ayudarlas y sus métodos nunca serían los más dulces, pero Daphne estaba deseando ver los resultados de su nueva misión.

El señor Leighton le sonrió desde su banco, trayéndola de vuelta al presente. Estaba sentado junto a las personas que habían ayudado de vez en cuando a Haven Manor a lo largo de los años.

Incluso había venido una de las familias que habían acogido como propio a uno de sus niños. Ver a la joven Alice pelearse y jugar con sus nuevos hermanos casi consiguió que rompiera a llorar.

El señor Thornbury parecía encantado con el acontecimiento. Estaba sentado junto a dos de los mejores amigos de William. Se habían alojado en una posada, pero habían cenado con ellos en varias ocasiones y ya podía mirarlos sin ponerse a temblar.

Y también estaba Benedict. A su lado, rompiendo con la tradición, sonriendo con su traje a medida completamente nuevo.

—¿Estás lista? —Tragó saliva—. Mamá.

No iba a conseguir recordar ese día sin llorar.

—Sí, estoy lista.

Su hijo la llevó hasta el hombre que estaba a punto de convertirse en su marido, le dio un beso en la mejilla y fue a sentarse al lado de Kit.

Apenas recordó los votos, sabía que las palabras no eran lo importante. Lo importante era que

su corazón, su futuro y toda ella pertenecían a William. Igual que él le pertenecía a ella.

Cuando fueron declarados marido y mujer los presentes aplaudieron y gritaron de alegría. Sus familiares y amigos corrieron a felicitarlos sin esperar a que concluyera la ceremonia.

En medio de la gente, Daphne era el centro de atención. Y aun así, no sintió en ningún momento la necesidad de esconderse.

Cuando llegó el turno de la felicitación de Kit, la abrazó con todas sus fuerzas.

—No estaría aquí sin ti.

Su amiga le devolvió el abrazo, antes de darle un pequeño puñetazo en el hombro.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que eres mucho más fuerte de lo que pensabas, o de lo que cualquiera de nosotros pensamos que fueras.

Daphne miró a Jess para ver si iba a unirse a ellas, pero se dio cuenta de que no estaba pendiente de ellas, sino la parte trasera de la iglesia.

—¿Jess? ¿Va todo bien?

La rubia menuda parpadeó antes de responder:

—Por un momento, he creído ver a... alguien. Y sí, creo que cualquier mujer capaz de convencer a un hombre para que vea lo equivocado que está en algún asunto es digna de admiración.

Recorrió la iglesia de un vistazo y miró al señor Thornbury. Daphne no pudo contener la risa.

—Pensaba que el problema con el señor Thornbury es que no se equivoca.

—El señor Thornbury es muy molesto —repuso Jess—. ¿No va siendo hora de que volvamos a Haven Manor? Horatia se quedó supervisando los últimos preparativos de la comida y ya debe de estar todo listo.

Cuando llegaron a la casa, comieron y se divirtieron mientras los niños jugaban en el jardín. Al final, todos se fueron poco a poco a sus respectivos hogares.

Esa noche, cuando la oscuridad se cernió sobre ellos y se acostó en la cama con su flamante esposo acurrucado a su lado, Daphne no tuvo nada con lo que fantasear. Y es que, por primera vez en su vida, nada de lo que pudiera imaginar podía ser mejor que la realidad.



Agradecimientos



Aunque conozco de primera mano los peligros de una imaginación desmedida, hay un montón de cosas del resto de la vida de Daphne que no he experimentado.

Quiero dar las gracias a los hombres y mujeres que compartieron sus historias conmigo. A los que me abrieron sus corazones, me mostraron sus cicatrices y convirtieron sus historias en las de Daphne y William.

Sois fuertes, queridos nuevos amigos. Sois una inspiración. Espero que Daphne comparta vuestra historia y pueda transmitir vuestra fuerza a todo aquel que la necesite. Y espero que William inspire a quien haga falta para volver a empezar con una nueva motivación en la vida.

Dios os bendiga a todos.

Descarga la guía de lectura gratuita
de este libro en:

<https://librosdeseda.com/>

KRISTI ANN HUNTER

*Misterio en
Flaven Manor*



Libros de
seda

Misterio en Haven Manor

KRISTI ANN HUNTER

Cuando Katherine FitzGilbert, Kit, le dio la espalda a la sociedad londinense hace más de una década, decidió no volver a pisar un salón de baile. Sin embargo, un asunto espinoso la lleva a Londres y se ve obligada a enfrentarse a todo lo que había dejado atrás: no solo acaba en un salón de baile, sino topándose con Graham, lord Wharton. Lo que no tendría que haber sido más que un encuentro casual se convertirá en una alianza por necesidad: Kit va en busca de su hermana pequeña y Graham se presta a ayudarla... aunque no está muy seguro de que Kit le esté contando toda la verdad.

Ver a Graham hace que Kit desee que las cosas hubieran sido de otra manera en su vida. Sin embargo, lleva tiempo ayudando a otras mujeres a escapar del desprecio social del que ella huyó un día. Ojalá pudiera contárselo todo a él. Pero, si lo hiciera, ¿qué sucedería con todos aquellos que dependen de su ayuda?

KRISTI ANN HUNTER

*En busca
de refugio*



Libros de
seda

En busca de refugio

KRISTI ANN HUNTER

¿Cómo una joven tranquila, obediente y casada por conveniencia, con una vida planificada, acaba huyendo como si fuera una forajida? ¿Qué secreto alberga?

Margaretta Fortescue necesita desaparecer de Londres y de la vida social cuanto antes. La única que tal vez podría ayudarla es una joven que hizo lo propio antes que ella, pero que no sabe dónde está. En su busca llega hasta Marlborough, una pequeña localidad donde espera pasar desapercibida, aunque no lo consigue.

Nash Banfield, el abogado del pueblo, no busca otra cosa que llevar una vida tranquila, pero la llegada al pueblo de una mujer que viaja sola despierta su curiosidad... y algo más. Sin duda, la joven huye, pero ¿por qué? Y, lo más importante, ¿de qué?